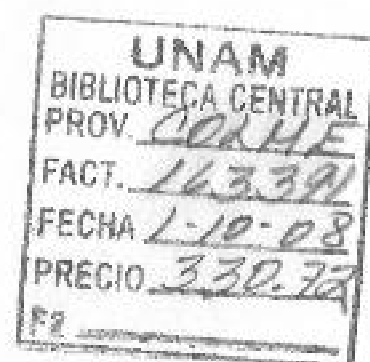
BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 52

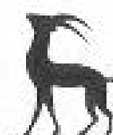



JENOFONTE

# ANÁBASIS

INTRODUCCIÓN DE
CARLOS GARCÍA GUAL

TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
RAMÓN BACH PELLICER



EDITORIAL GREDOS

Asesor para la sección griega: Carlos García Gual.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por M.ª Emilia Martínez-Fresneda.



Sánchez Pacheco, 85, Madrid, 1982.
www.editorialgredos.com

Primera edición, 1982.
2.ª reimpresión.



Depósito Legal: M. 1625-2001.

ISBN 84-249-0314-5.

Impreso en España. Printed in Spain.
Gráficas Cóndor, S. A.
Esteban Terradas, 12. Polígono Industrial. Leganés (Madrid), 2001.



# INTRODUCCIÓN

## JENOFONTE. VIDA Y ESCRITOS

### I

El aprecio por la obra de un escritor antiguo está sujeto a notables variaciones, a curiosas subidas y bajadas en su cotización literaria e histórica. Un ejemplo claro de esta obvia observación podemos encontrarlo en el hoy relativamente reducido interés con que los filólogos clásicos, y probablemente también muchos de los lectores no especializados en el mundo antiguo, encaran la variada obra y la singular personalidad de Jenofonte, tan excelentemente considerado en otros tiempos entre los grandes clásicos de la prosa ática.

¿Es que acaso la misma sencillez de su estilo y la sobriedad de su prosa, que tan recomendable le hacen como lectura de iniciación para los estudiosos de las letras griegas, le rebajan en la estima de los expertos en éstas? ¿O es que su modo narrativo, esa manera directa de presentar los hechos y los personajes, le resta atractivo? ¿Es, tal vez, lo variado y diverso de su producción escrita lo que hace difícil que un mismo estudioso pueda interesarse por todos los aspectos de su personalidad literaria? Hace más de treinta años, O. Gigon ya apuntaba estas cuestiones. Más reciente-

mente vuelven a insinuarlas W. E. Higgins y R. Nickel en dos excelentes trabajos de conjunto sobre nuestro autor [1].

Todos esos puntos contribuyen a recortar la estima por el más fácil de entender de los escritores griegos de época clásica. Pero, además, las sombras de otros dos grandes prosistas vienen a suscitar una comparación desventajosa para Jenofonte. Tanto la *Historia de la Guerra del Peloponeso* de Tucídides —de quien Jenofonte se pretende continuador con sus *Helénicas*— como los *Diálogos* de Platón —con quien, de algún modo, rivaliza Jenofonte en sus *Recuerdos de Sócrates*— proyectan un duro contraste, en su rigor intelectual y en su fondo teórico y filosófico, con las obras mayores de éste e incitan a una valoración un tanto injusta del testimonio histórico y de la perspicacia crítica de Jenofonte [2].

Para una apreciación más ecuánime de sus virtudes y defectos, hemos de tratar de enfocar su oficio y figura tal y como se nos presentan en sí mismos, prescindiendo de esa comparación, que, ciertamente, es difícil de evitar porque uno piensa que la lectura de Tucídides debía haber enseñado a Jenofonte una perspectiva historiográfica más crítica, y que el haber conversado con Sócrates y conocido una parte de la obra platónica le debía haber incitado a un mayor esfuerzo filosófico, a intentar calar más hondamente en las palabras del inquietante e impenitente pensador.

Sin embargo, pese a todos los reparos, la personalidad de Jenofonte es la de un individuo magnánimo, que, en una época muy revuelta, la misma que vivió Platón, se afirma con una innegable dignidad; que supo aunar el talante aventurero y una visión lúcida y clara de su entorno histórico; que recordó siempre las nobles enseñanzas de Sócrates y defendió los ideales tradicionales helénicos con valor; que, como escritor, sabe relatar sus impresiones y reflexiones en un estilo sobrio y preciso, con sinceridad, agudeza y una templada ironía. Y no deja de ser interesante el hecho de que él, un hombre de ideas más bien conservadoras, haya sido en muchos aspectos un precursor del helenismo: en su fuerte tendencia al individualismo, en sus esbozos muy influyentes de nuevos géneros literarios, como la biografía (con su *Agesilao*) y la novela (con su *Ciropedia*), en su preocupación por la pedagogía un tanto idealizada, en sus breves tratados sobre temas concretos, como la equitación y la distribución de los recursos económicos. Reprocharle que no fue un teórico cabal del acontecer histórico y que, acaso, no entendió el trasfondo filosófico más profundo de las enseñanzas de Sócrates es enjuiciar con parcialidad su obra y enfocarla con prejuicios críticos. Pero si nos acercamos a los escritos de Jenofonte sin ellos y lo leemos con atención y sobre su entorno histórico, no es difícil que descubramos en su obra aquellas virtudes que le hicieron tan estimado en otros tiempos, desde los historiadores latinos y los griegos tardíos hasta Maquiavelo y E. Gibbon [3].

---

1 O. Gigon, *Kommentar zum ersten Buch von Xenophons «Memorabilien»*, Basilea, 1953, pág. 2; W. E. Higgins, *Xenophon the Athenian*, Albany, N. York, 1977, págs. 1-2; R. Nickel, *Xenophon*, Darmstadt, 1979, pág. 132.

2 Ya F. Jacoby calificó de «artificiosa tríada de la literatura» a la formada por los tres historiadores conservados de época clásica: Heródoto, Tucídides y Jenofonte. La relación con la historiografía de Tucídides ha sido muy tratada. Puede verse, entre otros, el trabajo de L. Canfora, *Tucidide continuato*, Padua, 1970, págs. 57-77.

3 Sobre la influencia de la obra de Jenofonte en la antigüedad sigue siendo el más extenso y comprensivo el estudio de K. Münscher, *Xenophon in der griechisch-römischen Literatur*,

En ese sentido de reconsiderar justamente las obras de Jenofonte, parece muy justo constatar aquí, al comienzo de este prólogo, la valiosa aportación de algunos trabajos modernos, entre los que conviene destacar el amplio y riguroso artículo de H. Breitenbach, *Xenophon von Athen*, en Pauly-Wissowa, *Realencyclopaedie* (1966), y los libros más recientes de W. E. Higgins, *Xenophon the Athenian* (1977), apologético y de un estilo excelente, y el preciso y crítico de R. Nickel, *Xenophon* (1979). Frente a uno y otro resulta un tanto superficial el más divulgador de J. K. Anderson, *Xenophon* (1974). Son sugerentes las ágiles páginas que W. K. C. Guthrie dedica a Jenofonte, como testimonio sobre Sócrates, en *A History of Greek Philosophy*, III (1969, págs. 333-348). Sobre su apasionante biografía sigue siendo el estudio más amplio el de E. Delebecque, *Essai sur la vie de Xénophon* (1957).

II

La experiencia vital de Jenofonte late, en efecto, en la mayoría de sus escritos. Hombre de acción, primero, y escritor, después, Jenofonte es el testigo sensible de una época revuelta y amarga de la historia de Grecia, de una Grecia agitada por los enfrentamientos bélicos entre ciudades hostiles, en un país empobrecido por esos combates y por los enfrentamientos sociales, por crisis continuas que conmocionan a las *póleis* celosas de su independencia difícil, y en especial a Atenas, que declina en medio de grandes inquietudes

*Philologus*, Supl. XIII 2, (1920). También R. Breitenbach, en su art. *Xenophon von Athen*, de la *RE*, IX A 2 (1966), cols. 1928-1982, da interesantes datos sobre la tradición de sus obras. Cf., además, el prólogo de J. K. Anderson, *Xenophon*, Londres, 1974, págs. 1-8.



intelectuales y morales [4]. Los acontecimientos políticos y su arrojo personal hicieron de Jenofonte un soldado de fortuna; un mercenario en la aventura de los Diez Mil griegos alistados por Ciro el Joven para disputar el trono persa a su hermano Artajerjes, aventura que decidió su fortuna. Tras la vana victoria de Cunaxa, los Diez Mil cruzaron audazmente las vastas llanuras de Anatolia para volver a la patria, en un empeño esforzado por salvar sus vidas, y Jenofonte estuvo al frente de esa retirada. Luego se vio convertido en un exiliado que, gracias al apoyo de su amigo Agesilao, rey de Esparta, pudo gozar del dominio de Escilunte, cerca de Olimpia, un retiro campestre para largos años. Tras la batalla de Leuctra (371), en donde los tebanos mandados por Epaminondas ponen fin a la hegemonía de Esparta, se ve obligado a abandonar el predio, que recuperan los eleos. De nuevo va a buscar un nuevo lugar de residencia en Corinto, donde murió después del 355 a. C. Los atenienses, reconciliados con los espartanos ante la amenaza de la supremacía tebana, cancelaron la sentencia de destierro (hacia el 368), y tal vez en esta última etapa de su vida —de la que andamos mal informados— Jenofonte volvió a residir en Atenas.

Es en el período de su madurez, en los últimos años de Escilunte y, luego, en Corinto o en Atenas, cuando escribe sus reflexiones y sus recuerdos —de sus días de marcha heroica por tierras lejanas en Persia y de sus conversaciones con el extraordinario Sócrates, el más justo de los atenienses, al que su ciudad condenó a muerte en 399. La *Anábasis* y las *Memorables*, la *Apología de Sócrates* y el *Banquete* reconstruyen, me-

[4] Sobre esta época sigue pareciéndonos magistral la exposición de J. Burckhardt, *Historia de la Cultura Griega*, trad. esp., vol. V., Barcelona, 1971, en la sección dedicada a «El hombre del s. IV hasta Alejandro». (Este tomo se publicó póstumo en 1902.)

diante apuntes personales y algunas lecturas de otros textos, el escenario de sus andanzas de juventud. Luego trata de recordar, mediante un rápido relato, los conflictos constantes y sangrientos entre las *póleis* helénicas, en los vaivenes de una discutible hegemonía: Atenas, Esparta, Tebas, y otras ciudades menores, se desgarran en un horizonte de azarosas batallas y hostilidad fratricida [5]. Y también da rienda suelta a su imaginación para disertar sobre la educación ideal del príncipe, de la buena administración de la casa familiar, del cuidado de los caballos y de los recursos económicos de una ciudad, y evoca, con sentido elogio fúnebre, la silueta de su admirado amigo, el rey Agesilao, al tiempo que reflexiona sobre la constitución de Esparta, con una admiración no exenta de crítica.

Acaso el hombre de acción retirado se consuela así, rememorando el pasado y buscando en la teoría un refugio más estable. Hay nostalgia en la evocación de las charlas con Sócrates, un maestro en virtud y en patriotismo, que atrajo al joven Jenofonte sin lograr hacer de él un filósofo [6].

---

[5] Las *Helénicas* traducidas al castellano, con breve introducción y notas, por O. GUNTIÑAS TUÑÓN, han aparecido ya en esta misma serie (B.C.G. 2, Madrid, 1977). En el prólogo pueden verse algunas observaciones críticas sobre Jenofonte como historiador.

[6] Sobre su relación con Atenas ha insistido, especialmente, HIGGINS, *op. cit.*, ante todo en págs. 128 y sigs.: «Xenophon the writer is therefore not the man who hunted and farmed abroad in Skillous, much less the man who fought for Cyrus, but the returned Socratic advising his fellow Athenians (and anyone else who cares to read) what he thinks best for the city» (página 132). El regreso de Jenofonte a Atenas durante la última etapa de su vida y el que allí escribiera sus obras (en su mayoría), en lo que insiste Higgins, no está probado, pero es muy probable. Con todo, nos parece que es muy sugerente considerar que el socrático que escribe sus recuerdos a una distancia de muchos años es *también* el aventurero y el agricultor, y que reúne todas esas experiencias en su vejez reflexiva. Y eso da más valor a sus reflexiones.



Inscrita en las peripecias de un país turbulento en la primera mitad del s. IV a. C., en tiempos «de incertidumbre y confusión», como él mismo dice en el párrafo final de las *Helénicas*, cobra la existencia de Jenofonte un perfil significativo, y su biografía refleja bien la inestabilidad de los tiempos, que su ánimo le ayuda a vencer.

Hijo de Grilo, del demo ateniense de Erquía, de familia acomodada, Jenofonte nació en Atenas hacia el año 430 a. C., como Platón. El comienzo de las hostilidades, la muerte de Pericles, la mortífera peste de Atenas habían trazado una línea frente a la época áurea anterior. La democracia no tendría otro estadista de la misma talla, sino que conocería las alternativas y expectaciones de las noticias bélicas, las destempladas demagogias de los sucesores indignos de Pericles y, al final de la larga guerra, la catástrofe de la derrota y el torpe gobierno de los Treinta Tiranos. Jenofonte, que por su familia pertenecía al rango de los caballeros, no debió de sentirse muy orgulloso del destino de Atenas en aquellos turbulentos años. El pronto derrocamiento de los Treinta, seguido de una amnistía general, no logró, seguramente, borrar los enfrentados sentimientos, las humillaciones y los rencores de los atenienses. El joven Jenofonte aprovechó, pues, la invitación de Próxeno para enrolarse como otros, en contra del consejo de Sócrates, en la expedición mercenaria que partía para sostener las pretensiones de Ciro el Joven al trono que ocupaba su hermano Artajerjes. Lo hacía por conseguir honores y la amistad del pretendiente, no sólo por la soldada. Se embarcaba en tan arriesgada aventura también por huir de un agobiante ambiente político, el de Atenas

en 401, cuando en la ciudad se restauraba la democracia.

Tenía cerca de treinta años. Los acontecimientos de la política no habían sido los más apropiados para despertar en él una visión entusiasta sobre el futuro de Atenas y su democracia. (¿Cómo no recordar, al respecto, las amargas palabras de Platón, muchos años después, en su *Carta séptima*, acerca de las decepciones de su juventud?)

Tardará luego más de treinta años en poder regresar a su ciudad natal. El exilio será para Jenofonte, como antes para Tucídides, el lugar desde donde se perfila su perspectiva histórica y desde donde el historiador percibe los hechos de su tiempo con una distancia crítica. Pero fue en Atenas, en aquella Atenas ilustrada y tan agitada por las nuevas ideas, donde Jenofonte recibió su formación intelectual, como Higgins y otros han señalado. Allí había encontrado a Sócrates (hacia el 410) y allí había atendido, con avidez juvenil, a las discusiones entre éste y los sofistas y discípulos de otros ilustres pensadores. Allí se representaban las tragedias de Sófocles y Eurípides, allí se podían leer los libros de cierto prestigio. Era la ciudad de Tucídides, de Antístenes, de Isócrates, de Platón, de Calias, de Critias, de Terámenes, de Alcibíades, de Trasibulo, la capital de la política y del pensamiento griegos.

Se ha discutido en qué momento decretaron los atenienses el destierro de Jenofonte[7]: si en 399 —por participar en la expedición de Ciro contra Artajerjes, siendo el rey persa aliado entonces de Atenas, y por entregar el resto del contingente expedicionario al espartano Tibrón, que dirigía la campaña contra los persas en Asia Menor—, o si fue en 394, al volver a

[7] Cf. R. Nickel, *op. cit.*, págs. 10-13.



Grecia y combatir en la batalla de Coronea a las órdenes de Agesilao contra sus compatriotas. Los testimonios de los antiguos parecen apuntar a lo primero. Tal vez podamos pensar que los atenienses quisieron condenar no sólo el que Jenofonte pusiera en peligro sus buenas relaciones diplomáticas con el poderío persa, al acaudillar tal tropa y entregar a los espartanos cerca de 6.000 hombres de guerra, sino también que sancionaban con el exilio a un miembro de la clase de los caballeros, de dudosas simpatías populares. Se puede asimismo suponer que, si Jenofonte ya había sido condenado al destierro, tendría menos reparos en combatir con los espartanos contra sus antiguos compatriotas. Más tarde la ciudad revocará el decreto (hacia el 368) y Jenofonte enviará a sus dos hijos a combatir en la caballería ateniense. El mayor de ellos, Grilo, morirá combatiendo heroicamente en Mantinea (362), y el viejo Jenofonte recibirá la noticia con entereza[8].

Jenofonte murió hacia el 354 a. C., algunos años antes que sus compatriotas y casi coetáneos Platón e Isócrates, con los que compartió el afán pedagógico, la preocupación política y el alejamiento de la intervención activa en los asuntos de su ciudad natal[9]. No

[8] La famosa anécdota, que trasmite Diógenes Laercio (II 55), de que, cuando le notificaron a Jenofonte la muerte de Grilo, no lloró, sino que dijo: «Sabía que lo engendré mortal», puede muy bien ser una invención afortunada. Sobre la heroica muerte de Grilo se escribieron epitafios y elogios fúnebres numerosos, como atestiguaba Aristóteles. En todo caso, la frase no desdice del ánimo valiente y resignado de Jenofonte.

[9] Sobre la vida de Jenofonte tenemos las noticias sueltas que él mismo nos da en sus obras y la biografía que Diógenes Laercio incluyó en el libro II (caps. 48-59) de sus *Vidas y opiniones de los filósofos famosos*. Tenemos muy pocos datos sobre sus últimos años, aunque se sabe que era apreciado y considerado por sus conciudadanos, y gozó de cierto bienestar económico.

alcanzó a vivir lo bastante, aunque tuvo una larga vida, de más de setenta años, como para divisar el final de las largas contiendas entre los estados griegos, que concluirán en la forzada sumisión al poder arbitral de Filipo de Macedonia. No deja de ser curioso el pensar que el hijo de este monarca, el magnífico Alejandro, repetirá con su ejército la marcha de los Diez Mil hacia el corazón de Persia, esta vez con un aire de victoria, casi setenta años después de la expedición narrada y vivida por Jenofonte [10].

Entre sus campañas guerreras, coronadas por la amistad con Agesilao y la protección y gratitud de Esparta, y esos años finales en los que escribe la mayor parte de su obra y en los que se reconcilia con Atenas, están los años vividos en Escilunte, cerca de Olimpia, en aquellos terrenos confiscados a los eleos que le donaron los espartanos. Fueron tiempos de dicha y serenidad campesina, administrando su hermosa finca, criando caballos, cazando, dedicado a las faenas del campo y los placeres agrestes que tanto apreciaba, según muestran sus escritos.

En un pasaje de la *Anábasis* (V, 3, 7) ha descrito con orgullo y cariño lo agradable y ameno de su finca, donde dedicó un templete y un altar a Artemis, al recuperar una parte del botín de la famosa expedición. Tras la batalla de Leuctra los eleos recobraron aquellos terrenos que Jenofonte había considerado suyos.

Es probablemente en ese marco, en su amplia casona en medio de una hermosa comarca, donde mejor cuadra la imagen del Jenofonte bien establecido, acomodado propietario de tierras, dedicado a la administración de la finca, reflexionando en su discreto retiro sobre las contingencias de la vida y el azar. Aquí viene bien recordar unas sugerentes líneas de Guthrie:

«Jenofonte puede ser descrito como un caballero en el sentido anticuado del término, que implica tanto un tipo noble de carácter como un alto nivel de educación y cultura general. Es una planta que florece mejor en un entorno de riqueza, especialmente de riqueza heredada, y existe un cierto parecido entre Jenofonte y los mejores personajes de la aristocracia que ocupaban las grandes casas de campo en Inglaterra en los siglos XVIII y XIX —hombres cuyo corazón estaba ocupado no sólo en la administración de sus propiedades y el servicio de su país, sino también en las grandes bibliotecas que algunos de ellos coleccionaban con notorio detenimiento y selección y que también utilizaban. Era un soldado, un deportista y un amante de la vida del campo, metódico en su trabajo, moderado en sus hábitos y religioso con la religión del hombre llano y honesto» [11].

Esta imagen de Jenofonte, como «a gentleman in the oldfashioned sense of the term», se revela un tanto limitada, pues no recuerda al mercenario de la retirada de Persia, ni a quien ha logrado con su talento militar y su audacia tal posición. Pero no es del todo inadecuada en relación con el ideal de vida que el propio Jenofonte había elegido para sí mismo.

A este respecto es característica la presentación que Jenofonte hace de Iscómaco, el protagonista de su *Económico*. Es Sócrates quien habla de él como personificación de la verdadera *kalokagathia*, ese ideal de la «hombría de bien». «El exponente de la auténtica *kalokagathia* es, sencillamente, la vida de un buen agri-

[10] En el s. II d. C., Arriano de Nicomedia, émulo de Jenofonte, titulará *Anábasis* su relato de la marcha de Alejandro, como homenaje a nuestro autor, en recuerdo no sólo de su estilo, sino también de su hazaña.



[11] W. K. C. GUTHRIE, *A History of Greek Philosophy*, III, Cambridge, 1969, pág. 334.

cultor, que ejerce su profesión con verdadero gozo y con una idea clara de lo que es y que, además, tiene el corazón en su sitio. La experiencia vivida por Jenofonte se combina en este cuadro con su ideal profesional y humano de tal modo que no es difícil reconocer en la figura de Iscómaco el autorretrato del autor, elevado al plano de la poesía. Es indudable, sin embargo, que Jenofonte no tuvo la pretensión de ser, en realidad, semejante dechado de perfección. Los persas nobles sabían asociar el tipo del soldado con el del agricultor, y a lo largo de todo este diálogo vemos cómo el autor establece una afinidad entre el valor educativo de la profesión agrícola y de la del soldado. Esto es lo que alienta detrás del nombre de su agricultor ideal. En esta asociación de las virtudes y el concepto del deber del guerrero y del agricultor reside el ideal cultural de Jenofonte» [12].

W. Jaeger enlaza esta enseñanza del *Económico* con la del *Cinegético,* con gran brillantez. También en la caza se manifiestan las virtudes que Jenofonte quiere destacar. «Un buen cazador es también el hombre mejor educado para la vida de la colectividad. El egoísmo y la codicia mal se avienen con el espíritu cinegético» [13]. Como en el ejemplo de Ciro, también aquí se subraya el valor del esfuerzo, el *pónos,* la sencillez y la autenticidad de una vida natural, al margen de las ambiciones políticas y la mezquindad de otros comportamientos ciudadanos.

El oyente de Sócrates guardó siempre una preocupación ética y pedagógica. En su estudio acerca del comportamiento de los hombres y las ciudades vio que la *pleonexía* y la *philotimía,* la codicia, el egoísmo y la ambición desmedidos, eran las causas más conspi-

[12] W. JAEGER, *Paideia,* trad. esp., México, 1957, pág. 973.
[13] *Ibid.,* pág. 981.



cuas del continuo desgarramiento de la vida pública griega. Propone, pues, con un cierto idealismo, unos ejemplos de *aretḗ* que tienen un matiz un tanto arcaico y, si se lo quiere calificar así, un tanto rústico.

Se ha hablado de la influencia filosófica de Antístenes, con su ascética derivada de su peculiar comprensión de la enseñanza de Sócrates, en la concepción ética de Jenofonte. Sin embargo, parece más sencillo constatar que tuvo siempre una simpatía natural hacia ese ideal de vida sobria, simple, tradicional. «Jenofonte era por naturaleza un hombre amante de las penalidades y del esfuerzo, habituado a poner en tensión sus fuerzas siempre que fuera necesario» [14].

También R. Nickel destaca ese talante esforzado. «Los medios de vida de Jenofonte, la fuente de su pensar y actuar, eran la alegría en la lucha y en el esfuerzo y la voluntad de enfrentarse a la adversidad. Por esa razón es un precursor de los estoicos... Sus escritos son un magnífico documento de coraje, de optimismo racional, de resolución. En su obra se expresa la esperanza de una superación de las circunstancias adversas, que acometía más con su propia fuerza que con la ayuda de los dioses. Su modo típicamente griego de vivir le capacitaba para no hundirse en la desgracia» [15].

Tal vez Jenofonte no tenía una gran fe en los destinos de tal o cual sistema político, pero creía en el valor de algunos individuos para afrontar los rigores del destino. No en vano había sido él discípulo de Sócrates. Su obra exalta el valor de esos individuos excepcionales, a veces bajo la forma del encomio personal —con Agesilao, con el legendario Ciro—, otras subrayando la importancia de la actuación indi-

[14] *Ibid.,* pág. 980.
[15] R. NICKEL, *op. cit.,* págs. 8-9.

vidual en el desarrollo de los hechos. En la *Anábasis* y las *Helénicas* hay muestras de esa tendencia de Jenofonte a destacar el valor individual [16].

III

Podemos ordenar las obras de Jenofonte en tres apartados: históricas, didácticas, y filosóficas. Esta división no tiene grandes pretensiones, es sólo un procedimiento simple de clasificar en esos tres grupos los escritos varios de nuestro autor.

Los escritos históricos comprenden: la *Anábasis*, las *Helénicas* y el *Agesilao*. Los didácticos pueden abarcar un grupo un tanto heterogéneo: la *Ciropedia*, *Hierón*, la *Constitución de los lacedemonios*, los *Ingresos* o *Recursos económicos*, dos libros sobre hípica y equitación: *Acerca de la hípica* y *El jefe de caballería*, y tal vez el *Cinegético*, sobre el arte de la caza. (Las dudas sobre la autenticidad de esta obra son numerosas.) Los filosóficos comprenderían las obras «socráticas», como son el *Económico* (que podría también introducirse en el apartado anterior), los *Recuerdos de Sócrates* o *Memorables*, el *Banquete* y la *Apología de Sócrates*. Entre los escritos de Jenofonte se introdujo también un interesante opúsculo

[16] Además de ser una tendencia personal, coincide con una progresiva tendencia en la historiografía de la época, que se irá haciendo más marcada hasta desembocar en los historiadores de Alejandro. Cercano al *Agesilao* de Jenofonte está el *Evágoras* de Isócrates, otro encomio que hay que situar en los preámbulos del género biográfico. También Teopompo, otro historiador del siglo IV, aunque algo posterior a ambos, insistirá en la relevancia de los personajes de su historia, muy marcadamente.



sobre la *Constitución de Atenas* (*Athenaiōn Politeía*) [17], en paralelo a su tratado sobre la constitución y régimen de Esparta. (Esta obra es reconocida hoy como un libelo anterior a Jenofonte, y suele denominarse a su autor como «el viejo oligarca».) También se le adscribieron, como a tantos otros, algunas «cartas», todas ellas de invención tardía.

No es nuestra intención aquí detenernos en comentar cada una de estas obras. Nos requeriría mucho espacio y, por otro lado, ese estudio queda mejor en el prólogo a sus respectivas traducciones. Nos detendremos tan sólo en la consideración de las obras de carácter historiográfico y, especialmente, en la *Anábasis*. (También la *Ciropedia*, el *Hierón* y la *Constitución de los lacedemonios* tienen un ingrediente histórico; sin embargo, su intención literaria rebasa el mero relato historiográfico; el autor pretende, ante todo, exponer una teoría ética y pedagógica, apelando a ese trasfondo histórico.)

La *Anábasis* es una de las primeras obras de Jenofonte. Pero es difícil precisar la fecha de su redacción. Probablemente fue en Escilunte, en sus últimos años, más de veinte después de la expedición que narra, donde Jenofonte rememoró la gran aventura de su juventud. Publicó, inicialmente, la obra bajo el pseudónimo de Temistógenes de Siracusa. (A éste se la adjudica él mismo, al citar un pasaje en *Helénicas* III 1, 20.) Ya Plutarco, en *De gloria Atheniensium* 345e, observó que éste era un pseudónimo de Jenofonte. Acaso el motivo de publicar la obra así fuera el favorecer su difusión en Atenas, donde el decreto de su exilio aún estaba en

[17] Véase la edición de M. FERNÁNDEZ-GALIANO: PSEUDO-JENOFONTE, *La república de los atenienses*, con trad. y notas, Madrid, 1951. Cf. el estudio de MAX TREU, en PAULY WISSOWA, *RE*, IX A (1966), cols. 1928-1982.

vigor y donde eran bien conocidas sus simpatías por Esparta [18].

La obra está dividida en siete libros, pero es probable que esta división (así como los resúmenes iniciales de cada uno de éstos) sea de época posterior. Jenofonte, que habla de sí mismo en tercera persona, se asigna un destacado papel en la retirada de la tropa mercenaria que combatió con Ciro el Joven contra Artajerjes II, su hermano y rey legítimo de Persia. Tras la batalla de Cunaxa (descrita en I 8-10), los griegos, que habían perdido a su pretendiente al trono y que luego perdieron también a sus generales, emprendieron la larga retirada, a través del país de los carducos y Armenia hasta Trapezunte, en la costa del Mar Negro, y desde allí fueron a reunirse al ejército espartano que operaba, a las órdenes de Tibrón, en Asia Menor. El título de la obra, la *Subida de Ciro* (*Anábasis Kýrou*), es decir, la ascensión desde la costa hacia el interior de Persia, conviene con propiedad tan sólo a los seis primeros capítulos del libro I. El resto se ocupa en la descripción de la larga marcha, de casi cuatro mil kilómetros, a través de países hostiles y de abrupta geografía, de los Diez Mil griegos, conducidos por el espartano Quirísofo y el propio Jenofonte, que destaca en primer plano su intervención personal [19].

Se ha hablado bastante, en algunos estudios sobre la obra, del carácter apologético, de la «tendencia» marcadamente personal con que está escrito este informe histórico [20]. Según algunos, Jenofonte habría

[18] Sobre la fecha de redacción de la obra, cf. R. Nickel, *op. cit.*, págs. 39-40.

[19] Anderson, *Xenophon*, págs. 72 y sigs., resume bien el papel que Jenofonte se concede a sí mismo en la trama; su verosimilitud y su sinceridad están hoy generalmente aceptadas.

[20] Cf. Breitenbach, *Xenophon...*, en *RE*, col. 1646; R. Nickel, *op. cit.*, págs. 41-43; W. E. Higgins, *op. cit.*, págs. 94-98, H. Erbse, «Xenophons *Anabasis*», *Gymnasium* 73 (1966), 78-100.



querido dejar en claro su papel en la expedición, en vista de otras versiones que ya circulaban en Atenas, subrayando que marchó con Ciro sin tener conciencia, en un principio, de su plan de derrocar a Artajerjes II, y, luego, su actuación de consejero salvador en la retirada. Repetidamente, Jenofonte demuestra su fe en la disciplina y el buen orden (*eutaxía*), es animoso y sensato, está en todas partes para ayudar a los soldados, es llamado por éstos su «padre» y «benefactor», quiere salvarlos de la negligencia y el abandono, como Ulises salvó a sus compañeros del olvido del retorno en el país de los lotófagos (como dice el propio Jenofonte, en una alusión muy significativa, en III 2, 25) [21]. Desde luego, la tendencia apologética es patente, creemos, a lo largo de la narración. Lo que no quiere decir que sea un relato tendencioso. Jenofonte escribe sus recuerdos personales de la expedición, a más de veinte años tal vez, apoyándose quizás en algunos apuntes o un diario de viaje. Pero escribe con un propósito mucho más amplio que el de redactar un escrito exculpatorio o laudatorio. Si la *Anábasis* tiene algo de «rendición de cuentas», es también una «rendición de cuentas» consigo mismo, una rememoración orgullosa y sincera de su pasado.

Cuando Diodoro hace el resumen de la expedición de Ciro, omite la intervención de Jenofonte [22]. Pero esa omisión puede explicarse porque Diodoro se sirve como fuente principal de Éforo, el discípulo de Isócrates, hostil hacia Jenofonte y su obra [23], de modo que tal hecho no indica que nuestro autor no tuviera en la

[21] Lo subraya muy acertadamente Higgins, *op. cit.*, pág. 166, notas 104, 105.

[22] Diodoro, XIV 19-31.

[23] Tampoco Isócrates, en dos breves alusiones a la expedición de Ciro (en *Panegírico* 145-8, y *Filípico* 90-2), menciona a Jenofonte, sólo a Clearco.

empresa el importante papel que él mismo se asigna. La *Anábasis* es más que un frío documento histórico; tiene un cierto aire épico y, a la par, un regusto herodoteo, al evocar paisajes, costumbres locales, fauna y flora, caracteres de diversos personajes, las emociones de las gentes en una determinada situación. Tiene el aroma auténtico de lo vivido y recordado de un modo real. Los mismos discursos, tan de acuerdo con la práctica retórica de la historiografía de la época, tienen un notable dramatismo, a la vez que una gran verosimilitud. Los retratos que se introducen —como el panegírico de Ciro (I, 7), o los de Clearco, Próxeno y Menón (II 6)— están trazados con mano firme y diestra, y van más allá de una obra de circunstancias y propósito apologético. Acaso la *Anábasis* tuvo un pretexto apologético, pero su contenido no queda recortado por esta tendencia original. En esta obra late una verdadera intención histórica, la de contar lo que pasó realmente, la de presentar las cosas tal como fueron, aunque, naturalmente, Jenofonte se presente a sí mismo bajo una luz favorable. No era un carácter como el de Tucídides, pero era un historiador sincero; acaso un tanto parcial en sus simpatías, hacia sí mismo, hacia algún otro, hacia los espartanos, en su amor a la disciplina y el arrojo, pero no un expositor tendencioso de los hechos.

Como ha señalado Anderson [24], Jenofonte es mejor reportero que historiador, en cuanto que da mejor el relato de los hechos que él personalmente ha presenciado, que las noticias que recibe de otros. Por otra parte, su estilo de pinceladas cortas, su modo de contar, transmite bien las impresiones de momentos decisivos con singular dramatismo. Así, p. ej., el comienzo de la batalla de Cunaxa (I 8, 8) o la llegada de la columna griega a la vista del mar (IV 7, 21). Esas escenas, de una vívida sensación dramática, no faltan tampoco en las *Helénicas*. (Recordemos, p. ej., cómo evoca en *Hel.* II 2, 3-4, la llegada a Atenas de la nave Páralos, con la noticia de la derrota de Egospótamos, y cómo el rumor de lamentos va recorriendo los Largos Muros.) Describe con trazos sobrios, pero bastante precisos, a los actores de sus historias y presta atención a los movimientos de las tropas y a las tácticas y estrategias militares.

[24] ANDERSON, *op. cit.*, pág. 84. H. BREITENBACH, *Xenophon...*, en *RE*, cols. 1579-1656, da un excelente y pormenorizado análisis de la *Anábasis*.



Otro rasgo importante en la concepción de la *Anábasis* es la exposición que Jenofonte hace de cómo, en circunstancias críticas, la camaradería de los guerreros se sobrepone a las rivalidades y a los estrechos límites de los nacionalismos. Por encima de su procedencia local —espartanos, atenienses, beocios, tesalios, etc.—, los griegos se sienten hermanados en una empresa militar común, frente a los bárbaros. Hasta qué punto se intenta preludiar con este relato un ideal panhelénico es discutible. Se expone, ante todo, un hecho real: que en un contexto preciso, enfrentados a una población y a una geografía hostiles, esos Diez Mil griegos, de variada procedencia, se sienten unidos en una causa común. Como dice R. Nickel, «la *Anábasis* es, a este respecto, independientemente de la tendencia ya aludida de su autor, objetivamente, un informe periodístico para despertar o fortalecer la conciencia panhelénica» [25].

Tal vez Jenofonte utilizó algunos libros, como el escrito por Esféneto de Estínfalo, el general más viejo de la expedición, y ya titulado así: *Anábasis*, o unos para nosotros desconocidos repertorios geográficos

[25] R. NICKEL, *op. cit.*, pág. 26.

—de esa literatura de periplos y periegesis con que se relaciona su obra—; y, ciertamente, conoció los *Persiká* de Ctesias, el médico de Artajerjes, al que cita expresamente (I 8, 26). Pero, a lo largo de todo su relato, se percibe la nota de lo vivido personalmente. Esas descripciones de usos y lugares, esos mismos discursos retóricos, esas observaciones psicológicas sobre las reacciones de los soldados evocan un testimonio inmediato, los ojos agudos del historiador, en el sentido etimológico de la palabra. (Acaso utilizó Jenofonte las notas de un diario propio del viaje, para tanto detalle concreto.)

Por otra parte, hay que decir que la *Anábasis* se lee como lo que es, el relato de una gran aventura, de proporciones épicas, de valores novelescos. Sus personajes no son héroes como los nobles semidioses de antaño. Son figuras muy reales, soldados de fortuna, como tantos griegos mercenarios que vagaban por Asia y Egipto, profesionales de esa amarga ocupación en que muchos emigrantes helénicos habían probado su valer, desde hacía siglos [26].

Desde la primavera del 401 a. C., en que se inició la marcha, hasta marzo del 399, en que Jenofonte entregó las tropas a su cargo al harmosta espartano Tribón, pasaron los dos años más azarosos de su vida, en los que vivió intrépidamente una aventura desaforada, en continua alerta, con cotidianos sobresaltos y riesgos desconocidos, una odisea por las tierras hostiles de Asia, cruzando desiertos y montes, por la Armenia invernal, al frente de la larga columna de los Diez Mil.

[26] Sobre los mercenarios griegos, los datos principales están señalados en O. MURRAY, *Grecia antigua*, trad. esp., Madrid, 1981, págs. 212-6, y en J. K. DAVIES, *La democracia y la Grecia Clásica*, trad. esp., Madrid, 1981; págs. 177-9. Además, está el libro, algo antiguo, de H. W. PARKE, *Greek mercenary soldiers from the earliest times to the battle of Ipsus*, Oxford, 1933.



El final de la expedición fue feliz, en cuanto que lograron salir con vida, escapar a la trampa persa, reincorporarse a sus puestos habituales. Para los mercenarios nunca hay gloria, sino sólo, en el mejor de los casos, botín y fortuna. Jenofonte no salió mal parado de la empresa. Si bien, cuando nos revela las rencillas que alteran los últimos meses, nos deja un regusto triste, pero real. Tales eran los hombres que luchaban con él, valientes pero díscolos, ambiciosos y taimados.

La expedición llegó a «un heroico y brillante término». «A decir verdad, las dificultades no resultaron tan grandes como parecían. La misma marcha fue la señal, para Europa, de la interna debilidad de los imperios de Oriente, que fue puesta luego al descubierto por Alejandro, Pompeyo, Lúculo y los varios conquistadores de la India. Mas el valor placentero de Jenofonte, su inteligencia y su cultura, relativamente elevadas, su honor transparente, su religiosa simplicidad, combinados con una gran habilidad para manejar a los hombres y un verdadero don de improvisar disposiciones para hacer frente a toda contingencia, le capacitaron para llevar a cabo una proeza que en vano hubiera intentado alcanzar cualquier militar más hábil. No fue completamente afortunado como *condottiero*. Sus *Diez Mil*, por orgulloso que le pongan más tarde sus hechos, contenían muchos de los peores granujas de Grecia, y Jenofonte, como Próxeno, los trataba demasiado a lo gentilhombre. El viejo Clearco, con el látigo en la mano y una maldición en los labios, sin dejar jamás su malhumor, fuera del momento de la acción, era el único hombre que debía haberlos guiado» [27].

[27] G. MURRAY, *Historia de la literatura clásica griega*, trad. esp., Bs. Aires, 1973, pág. 351.

Jenofonte, como historiador, tiene notorios defectos. No es exhaustivo en la recogida de datos, es olvidadizo y margina hechos de primera importancia, cuenta las cosas desde su perspectiva [28] —y no tanto por una consciente parcialidad, por esa simpatía proespartana que muchas veces se le ha reprochado, como por una característica ingenuidad, cercana a la improvisación sin el examen crítico requerido, y eso, tras leer a Tucídides—, pero es, como ya advertimos, mucho mejor reportero de guerra. Este reportaje, escueto y penetrante, de sus propias experiencias en el ejército de los «Cireos», en la larga marcha por la inhóspita geografía minorasiática, está espléndidamente contado. Con esa precisa rapidez habitual en Jenofonte, no ajena a la ironía en varias ocasiones [29], tan sólo alterada por

[28] Así se ha hecho notar, sobre todo, en las *Helénicas*, donde omite hechos tan importantes como la batalla de Cnido, la constitución de la Segunda Liga Marítima, la fundación de Megalópolis, etc. Cf. A. LESKY, *Historia de la literatura griega*, trad. esp., Madrid, 1968, págs. 649-650, y G. CAWKWELL en el prólogo a la trad. inglesa de las *Helénicas* (por R. WARNER: *Xenophon. A history of my times*, Harmondsworth, 1979, págs. 7-48). El mismo G. CAWKWELL ha escrito la introducción a la trad. inglesa de la *Anábasis* por R. WARNER, en su reedición en esa misma serie de los «Penguin Books» (Harmondsworth, 1972), con excelente estilo.

[29] Sobre esta ironía de Jenofonte nos parecen claras las págs. que le dedica HIGGINS en el cap. I de su obra ya varias veces citada. Un buen ejemplo de cómo Jenofonte subraya la distancia entre las palabras y los hechos puede verse en cómo cuenta la conducta del espartano Calicrátidas en Metimna de Lesbos (*Hel.* I 6, 14-15): «Calicrátidas... se negó a esclavizar a un solo heleno, mientras que él fuera el jefe, en lo que de él dependía. Mas al día siguiente soltó a los hombres libres; pero a los miembros de la guarnición ateniense y a los prisioneros que eran esclavos a todos los vendió» (trad. esp. de O. GUNTIÑAS). Al día siguiente de su bello discurso el general espartano hace lo contrario de lo que decía, esclavizando a los atenienses de esa guarnición. Este tipo de contrastes no son raros en esas feroces guerras y emboscadas que Jenofonte cuenta sin pestañear.



la longitud de algún que otro discurso un tanto cargado de tópicos retóricos (aunque no siempre, pues hay estupendas arengas, de hábil efecto psicológico en muchos puntos de la obra). «Esta agradable obra es original y auténtica», como señaló Gibbon. Y, como señala G. Murray: «En su conjunto, es una obra fresca y franca, en la cual, por lo menos, el escritor consigue no echar a perder un relato verdaderamente conmovedor» [30].

Cada género histórico tiene sus pautas y normas un tanto flexibles. El *Agesilao* y la *Ciropedia* tienen una orientación peculiar que permite, a su autor, remodelar la historia, silenciar ciertos hechos, embellecer las figuras con los prestigios de la retórica y la ficción [31].

[30] G. MURRAY, *op. cit.*, pág. 355.

[31] Sobre los géneros de los escritos históricos de Jenofonte, cf. R. NICKEL, *op. cit.*, págs. 84 y sigs., 104 y sigs. El encomio permite prescindir de aquellos hechos que ensombrecerían el elogio o que son inconvenientes (p. ej., de Agesilao no nombra Jenofonte su rasgo físico más notable: su cojera, y calla ciertas actuaciones, más maquiavélicas que heroicas, que cuenta en las *Helénicas*). La ficción idealizada de la *Ciropedia* modifica los datos de la historia de Ciro el Grande. Su juventud no es la de un rebelde sublevado contra su abuelo Astiages, al que arrebatará el trono, sino la de un hijo de familia real en plena armonía. Ciro muere en su vejez en su lecho palaciego, mientras que el Ciro histórico, el fundador del imperio persa, murió en una batalla contra los maságetas (según Heródoto) o contra los derbices (según Ctesias). (Sobre Ciro el Grande, la versión de HERÓDOTO, I 108 y sigs.-214, nos da los datos más tradicionales, que, en lo que respecta al nacimiento, están bastante novelados. Véanse la traducción y las notas de C. SCHRADER, *Heródoto. Historia I-II*, Madrid, 1977.) Es probable que la figura de Ciro el Grande ya hubiera sido utilizada como paradigma del gran monarca con un propósito ejemplar y moralizante en una obra de Antístenes, titulada *Ciro*, que hemos perdido. También el título de la *Ciropedia* conviene mejor a los capítulos iniciales de la obra —como en el caso de la *Anábasis*— que a toda ella, pues no se trata tan sólo de la «educación de Ciro», sino de la biografía idealizada de Ciro como paradigma ético y pedagógico. Del mismo modo,

En la *Anábasis*, pese a su tendencia apologética, a su visión personal de lo narrado, hay una fidelidad a lo real y una dramaticidad histórica singular, que hacen de esta narración un admirable reportaje, escrito a cierta distancia de los hechos, contenida la emoción, de una indiscutible grandeza.

## BIBLIOGRAFIA

Nos limitamos a señalar los libros más recientes y algunos artículos de interés para la crítica de Jenofonte como historiador.

### I. *Estudios:*

J. K. ANDERSON, *Greek Military Tactics in the Age of Xenophon*, Berkeley, 1970.
—, *Xenophon*, Londres, 1974.
H. R. BREITENBACH, *Historiographische Anschauungsformen Xenophons*, Basilea, 1950.
—, *Xenophon von Athen*, en PAULY-WISSOWA, *RE*, IX A 2 (1966), cols. 1569-1928.
L. CANFORA, *Tucidide continuato*, Padua, 1970, págs. 57-77.
— (ed.), *Erodoto, Tucidide, Senofonte. Letture critiche*, Milán, 1975, págs. 167-210.
E. DELEBECQUE, *Essai sur la vie de Xénophon*, París, 1957.
H. ERBSE, «Xenophons *Anabasis*», *Gymnasium* 73 (1966), 485-505.

la Persia que allí se describe está estilizada, las costumbres tienen un cierto sabor espartano; la disciplina y la austeridad corresponden a la enseñanza querida por Jenofonte, no a la realidad investigada históricamente. La influencia ejercida por esta primera «novela educativa» —desde la época de Cicerón al siglo XVIII— es difícil de comprender si uno no piensa en la novedad introducida por su perspectiva didáctica. Para el lector moderno, que prefiere una visión histórica precisa, el relato de la *Ciropedia* es un tanto pálido y retórico; en fin, como decía GIBBON: «la *Ciropedia* es vagorosa y lánguida; la *Anábasis*, detallada y animada. Tal es la diferencia eterna entre la ficción y la verdad» (*The Decline and Fall of Roman Empire*, cap. 24, n. 115).



O. GIGON, *Kommentar zum ersten Buch von Xenophons «Memorabilien»*, Basilea, 1953.
—, *Kommentar zum zweiten Buch von Xenophons «Memorabilien»*, Basilea, 1956.
W. K. C. GUTHRIE, *A History of Greek Philosophy*, III, Cambridge, 1969, págs. 333-348.
W. P. HENRY, *Greek Historical Writing. A Historiographical Essay based on Xenophons «Hellenika»*, Chicago, 1967.
W. E. HIGGINS, *Xenophon the Athenian. The Problem of the Individual and the Society of the Polis*, Albany, N. York, 1977.
D. KROEMER, *Xenophons Agesilaos*, tesis doct., Berlín, 1971.
O. LENDLE, «Der Bericht Xenophons über die Schlacht bei Kunaxa», *Gymnasium* 73 (1966), págs. 429-452.
J. LUCCIONI, *Les idées politiques et sociales de Xénophon*, París, 1947.
—, *Xénophon et le socratisme*, París, 1953.
K. MEYER, *Xenophons «Oikonomikos»*, tesis doct., Marburgo, 1975.
G. B. NUSSBAUM, *The Ten Thousand. A Study in Social Organisation and Action in Xenophon's «Anabasis»*, Leiden, 1967.
L. STRAUSS, *Uber Tyrannis*, Neuwied-Berlín, 1963.
—, *Xenophon's Socratic Discourse*, Ithaca, N. York, 1970.
—, *Xenophon's Socrates*, Ithaca, N. York, 1972.
M. TREU, art. sobre el escrito pseudo-jenofonteo *La república de los atenienses*, en PAULY-WISSOWA, *RE*, IX A (1966), cols. 1928-1982.

### II. *Ediciones:*

Las más asequibles son las publicadas en la «Oxford Classical Texts»: *Xenophontis opera omnia*, editadas por E. C. Marchant en 3 vols., Oxford, 1900-1904 (con reediciones), así como las de «Les Belles Lettres», por diversos editores: *Les Helléniques*, por J. Hatzfeld, París, 1936-39; *Anabase*, por P. Masqueray, 2 vols., París, 1931; *Économique*, por P. Chantraine; *L'art de la chasse, Le commandant de la cavalerie, De l'art équestre*, por E. Delebecque, París, 1970, 1973, 1978,

respectivamente. En la colección de la «Tusculum Bücherei» tenemos las ediciones de la *Anábasis,* por W. Müri, Munich, 1959, y de las *Helénicas,* por G. Strassburger, Munich, 1970. En la colección del «Instituto de Estudios políticos» están editados el *Hierón* y *La república de los atenienses,* por M. Fernández-Galiano, Madrid, 1951, y *La república de los lacedemonios,* por M.ª Rico.

De algunas obras hay ediciones sueltas, muy interesantes por sus notas y cuidado crítico, como el *Económico,* editado por J. Gil, Madrid, 1967; los *Póroi* (*Recursos*), editado por G. Bodei Giglioni, Florencia, 1970; *Sobre la equitación,* por K. Widdra, Leipzig, 1964, y Berlín, 1965.

Para la tradición textual jenofontea, el libro fundamental sigue siendo el de A. W. Persson, *Zur Textgeschichte Xenophons,* Lund, 1915, que puede complementarse con las páginas del volumen colectivo *Geschichte der Textüberlieferung,* I, Zurich, 1961, págs. 268-72.

El léxico de Jenofonte es el antiguo de F. W. Sturz, *Lexicon Xenophonteum,* Leipzig, 1831, reimpr. Hildesheim, 1964.

> Siendo Jenofonte autor muy reiteradamente seleccionado como texto de traducción para los estudiantes de griego de Instituto y Universidad, hay incontables ediciones escolares de obras y libros suyos. En España, como ejemplo, el libro I de la *Anábasis* está editado por J. Pérez Riesco: con notas (Madrid, 1968, 4.ª ed. rev., 5.ª reimpr.) y bilingüe (Madrid, 1976, 4.ª ed. rev., 6.ª reimpr.), en la Ed. Gredos.

## III. *Traducciones castellanas:*

La primera versión directa al castellano es la de Diego Gracián de Alderete, el mismo traductor de Tucídides, publicada en Salamanca en 1552. El título de la traducción reza así: *Las obras de Xenophon, trasladadas de Griego en Castellano por el Secretario Diego Gracián, divididas en tres partes. Dirigidas al Serenissimo Principe Don Philippe nuestro señor.* La traducción —«con privilegio para los reinos de Castilla y de Aragón»— comprende los siguientes tratados:



> Historia de Cyro (Cyropedia) que trata de la crianza e institución, vida y hechos de Cyro. — De la entrada de Cyro el menor en Asia, y de las guerras que allí tuvieron contra los bárbaros los caudillos griegos. — Del oficio y cargo del capitán general de los de a caballo y de lo que se requiere en el caudillo. — Del arte militar de caballería, y de los caballos, y de las partes que ha de tener el buen caballero para la guerra. — De los loores y proezas de Agesilao, rey de los lacedemonios. — De la república y gobernación de los lacedemonios. — De la caza y montería cuyo ejercicio es necesario para la guerra.

Menéndez y Pelayo, al dar noticia de esta versión, agrega:

> Esta versión de Xenofonte no es completa; faltan las *Helénicas* que Gracián pensó añadir a su versión de Tucídides y todas las obras filosóficas o no enlazadas directamente con la historia, a saber: las *Cosas Memorables de Sócrates,* la *Apología* del mismo, el *Convite,* la *Económica,* el *Hierón* o *Del reino,* el tratado *De las rentas públicas de Atenas* y el *De la república de los atenienses,* cuya omisión no me explico, dado caso que incluyó Gracián el *De la república de los lacedemonios.*
>
> La *Ciropedia* llena la primera parte de las tres en que dividió el traductor su obra, la *Anábasis* forma la segunda y los tratados cortos la tercera.

Menéndez y Pelayo habla luego («Biblioteca de traductores españoles», Madrid, CSIC., ed. de 1952-3, tomo II, págs. 188-90) de la reimpresión de esta traducción, revisada por Flórez Canseco:

> *Las Obras de Xenophonte... Segunda Edición en que se ha añadido el texto griego y se ha enmendado la traducción castellana por el Lcdo. D. Casimiro Flórez Canseco... Madrid, en la Imprenta Real, 1781.* Dos tomos, en 4.º, a cada uno de los cuales acompaña un mapa.
>
> La edición es bellísima y digna del autor a que se consagraba. El texto griego fue revisado con esmero, y la traducción de Gracián enmendada en todos los lugares mal entendidos por el intérprete. Del docto helenista Canseco, a cuyo cargo corrió esta tarea, son también las notas que ilustran y aclaran las dificultades del original.
>
> El primer volumen contiene la *Cyropedia* y el segundo la *Anábasis*. De la publicación del tercero no hemos hallado noticia. Debía contener, además de los tratados que tradujo Gracián, los por él omitidos cuya versión fue encargada a Flórez Canseco.
>
> El *Xenophonte* de Gracián disfruta de merecida fama, y es, con el *Herodoto* del P. Pou, lo mejor que en punto a traducciones de prosistas griegos posee nuestra lengua. Su estilo es claro, sencillo, puro y exento de toda afectación; algo distante se halla, sin embargo, de la admirable dulzura y amenidad que cautivan y encantan en los escritos del que por ello mereció el hermoso dictado de la *Abeja Atica*.

El propio Menéndez y Pelayo proporciona noticias sobre otras traducciones. Francisco de Támara, catedrático de Humanidades en Cádiz, tradujo «la *Económica*» desde el latín al castellano en 1549, acompañando a varios tratados de Cicerón: *Libros de Marco Tulio Cicerón, en que tracta de los Officios, de la Amicicia y de la Senectud. Con la Económica de Xenophon. Todo nuevamente traduzido del Latín en Romance Castellano. Los Paradoxos, que son cosas admirables, Sueño de Scipión*, Alcalá, Joan de Brocar, 1549. Esta traducción conoció una primera versión, en Sevilla, 1545, y fue luego reimpresa repetidamente (en Amberes en 1550 y en Salamanca en 1582; y en Valencia en 1774,



edición cuidada por Mayáns). No deja de ser interesante la inclusión de Jenofonte entre esos tratados ciceronianos, y muy significativa.

Los tratados «económicos» suscitaban interés especial. Ambrosio Ruy Bamba, el traductor de Polibio, en 1788, publicó dos años antes su traducción de dos obras de Jenofonte: *La Economía y los medios de aumentar las rentas públicas de Athenas. Dos tratados de Xenophonte, traducidos del griego al castellano, con notas históricas, políticas y cronológicas, por el Lic. D. Ambrosio Ruiz* (sic) *Bamba, abogado de los Reales Consejos*, Madrid, 1786, por B. Cano. En 8.º, 298 págs.

Y Comenta Menéndez y Pelayo (*op. cit.*, vol. IV, págs. 179-80):

> Va precedido de una dedicatoria al Conde de Floridablanca y un prólogo en que se habla del mérito e importancia de estos tratados de Xenofonte, especialmente de la *Económica*, que Cicerón vertió al latín y muchos escritores de la antigüedad mencionaron con encomio. Cita Ruy Bamba la traducción castellana de Zamora —probablemente es una errata, por Támara— y advierte que es incompleta por estar hecha del latín y no directamente del griego.
>
> Sabido es —sigue diciendo D. Marcelino— que el tratado que generalmente se llama *Económica de Xenofonte* no es otra cosa que el libro 5.º de sus *Memorias de Sócrates*, dividido a veces en *tres* por editores y comentadores, división que sigue Ruy Bamba. Añadió éste frecuentes notas para aclarar dificultades o corregir errores científicos del original. Otro tanto hace en el tratadito *De las rentas públicas de Atenas*.
>
> La traducción de Jenofonte en castellano pudo haberse completado, si A. Ranz Romanillos, el traductor de las *Vidas paralelas* (cuyo último tercer tomo apareció el mismo año de su muerte, en 1830), hubiera podido publicar su versión de la «Apología de Sócrates por Xenophonte»

y su «Extracto de las Memorias de Sócrates, escritas por Xenophonte», que decía tener preparadas. (Cf. Menéndez y Pelayo, *op. cit.*, vol. IV, pág. 132.)

La primera versión de las *Helénicas* es, en la «Biblioteca Clásica», la de Enrique Soms y Castelín: *Las Helénicas o Historia griega del año 411 hasta el 362 antes de Jesucristo. Traducida por primera vez del griego al castellano con numerosas notas filológico-literarias*, Madrid, 1888. La segunda es la de J. B. Xuriguera (redactada sobre una versión francesa). La tercera es, en la B. C. G., la de O. Guntiñas Tuñón, *Helénicas*, Madrid, 1977. Los *Recuerdos de Sócrates*, la *Apología*, y el *Simposio* han sido traducidos al castellano por A. García Calvo, en edición de bolsillo, Alianza Ed., Madrid, 1967.

La segunda traducción de la *Anábasis* en castellano es la de Ángel Sánchez Rivero, *La expedición de Ciro*, Madrid, 1930. Esta notable traducción, con múltiples reimpresiones (en la «Colección Austral»), tiene una nota preliminar, cuyas primeras líneas quisiera transcribir aquí, porque expresan una opinión bastante divergente de la de Menéndez y Pelayo sobre la versión de Gracián:

> La única traducción de la *Anábasis* existente en castellano —dice A. Sánchez Rivero— es la publicada por Diego de Gracián en 1552, junto con la de otras obras de Jenofonte. En 1781 editó el humanista don Casimiro Flórez Canseco una refundición del texto de Gracián, modificándolo en numerosos pasajes y acompañándolo con el original griego. El texto establecido por Flórez Canseco fue reimpreso sin modificaciones en la edición de la Biblioteca Clásica, publicada en 1882.
>
> La traducción de Gracián, interesante a menudo por su sabor de lenguaje, abunda en pormenores inexactos, debido unas veces a la utilización de un texto poco depurado, otras al prurito de traducir en términos del s. XVI detalles peculiares a la civilización griega, según costumbre de nuestros viejos humoristas (*sic*, por humanistas), y en ocasiones por la tendencia a soslayar dificultades. Pero su principal defecto consiste en la deformación que imprime al texto por el abuso de la traducción, diluida, que explicando el sentido destruye las mejores cualidades de Jenofonte: el paso vivo, la rapidez concisa, el movimiento dramático.
>
> La edición enmendada por Flórez Canseco, lejos de remediar la fatigosa languidez del original primitivo, la acrecienta aún por una desdichada multiplicación de los periodos que impone pausas superfluas a la lectura.



La traducción de Sánchez Rivero —sobre el texto editado por G. Gemoll, Teubner, Leipzig 1899— tiene esa presteza y fidelidad que se echa en falta en la anterior.

Una versión de todas las obra históricas de Jenofonte es la publicada en dos tomos, con el título de *Jenofonte. Historia Griega*, por J. B. Xuriguera (Barcelona, Ed. Iberia, 1965), que se afirma como «versión establecida a la vista de los textos más autorizados» (no sabemos qué es lo que se quiere indicar exactamente), y que es un tanto apresurada y menos literal que lo pretendido.

En el tomo *Historiadores griegos*, Madrid, 1969, las *Helénicas* y *Anábasis* están traducidas por F. P. Samaranch. Aunque se proponen como versión directa, deben muchísimo a la versión francesa de las mismas.

Hay traducciones de la *Anábasis* en otras colecciones de bolsillo, así la de F. L. Cardona y J. Alcina Rovira (en Ed. Bruguera, Barcelona, 1971) y la de V. López Soto (en Ed. Juventud, Barcelona, 1976).

La que aquí prologamos, de Ramón Bach Pellicer, es una versión muy fiel, sobria, y precisa.

CARLOS GARCÍA GUAL

## NOTA A LA PRESENTE TRADUCCIÓN

Hemos seguido básicamente el texto de la edición crítica de P. Masqueray, *Xénophon, Anabase,* 2 vols., París, 1931, de cuya lectura raramente nos apartamos. Hemos consultado también el texto de la edición anterior de E. C. Marchant, *Xenophontis opera omnia,* III, Oxford, 1904. Cuando preferimos una variante al texto admitido por P. Masqueray, lo hacemos constar en nota a pie de página.

Los pasajes de dudosa autenticidad se reflejan en la traducción entre corchetes cuadrados [...]. Los trozos suplidos en el original van entre paréntesis angulares ⟨...⟩.

Hemos consultado, además de la ya citada versión de P. Masqueray, la versión catalana de F. Cuartero (Barcelona, 1979), la francesa de P. Chambry, y la inglesa de C. L. Brownson (Col. Loeb.).

Las notas a pie de página son fundamentalmente de carácter geográfico e histórico; siempre hemos procurado darlas con concisión y brevedad. Al final del volumen ofrecemos un índice de nombres propios.

## LIBRO I

Preparativos de Ciro para destronar a su hermano Artajerjes. Reclutamiento de tropas en Sardes. Encuentro con Epiaxa, reina de los cilicios. Negativa de los mercenarios griegos a proseguir la marcha. Discurso de Clearco. El ejército desconfía de las intenciones de Ciro. Ciro y sus hombres cruzan el Eufrates y llegan a Arabia. Traición, juicio y ejecución de Orontas. El ejército de Ciro llega a Babilonia. Promesas de Ciro a sus hombres. Enumeración de efectivos en ambos bandos. Batalla de Cunaxa: victoria de los griegos. Muerte de Ciro. Retrato de Ciro: sus virtudes. Consecuencias inmediatas de la batalla.

Darío y Parisátide tuvieron dos hijos[1]: el mayor, 1
Artajerjes; el menor, Ciro. Y como Darío estaba enfermo y sospechaba el fin de su vida, quiso que sus dos
hijos estuvieran a su lado. El mayor se encontraba, por 2
entonces, casualmente allí. A Ciro lo mandó llamar de la provincia de la que le había hecho sátrapa; le había designado, además, estratego de todos cuantos se reúnen en la llanura de Castolo[2]. Así, pues, Ciro se dirige hacia el interior en compañía de Tisafernes[3], al que

[1] Según Plutarco, habían tenido cuatro hijos: Arsicas, que reinó con el nombre de Artajerjes, Ciro, Ostanes y Oxatres.

[2] Ciudad de Lidia, próxima a Sardes, donde se concentraban tropas de Lidia, Frigia y Capadocia.

[3] Sátrapa de Lidia y Caria; fue desposeído de la satrapía por Darío. Había desempeñado ya un activo papel en la guerra del Peloponeso.

consideraba amigo, y con trescientos hoplitas griegos a
3 las órdenes de Jenias de Parrasia[4]. Cuando Darío mu-
rió y subió al trono Artajerjes, Tisafernes calumnió a
Ciro ante su hermano con la acusación de conspirar
contra él. El Rey se lo creyó y detuvo a Ciro con inten-
ción de matarle; pero, gracias a la intercesión de su
4 madre, lo envió de nuevo a su provincia. Y Ciro, cuando
hubo partido, después de correr peligros y víctima de
ultrajes, deliberó sobre la manera de no estar ya nunca
más bajo el dominio de su hermano, sino, si podía,
reinar en vez de aquél. Parisátide, su madre, estaba a
favor de Ciro, porque lo quería más que a Artajerjes,
5 el que reinaba. Además, a todos los que acudían a él
de parte del Rey, los despedía con una disposición tal,
que quedaban más amigos suyos que del Rey. También
se preocupaba de que los bárbaros que estaban a su
lado llegasen a ser aptos para la guerra y estuviesen
6 bien dispuestos con él. Reunía las fuerzas griegas con
el máximo sigilo posible, a fin de coger al Rey total-
mente desprevenido. Así, pues, hacía el reclutamiento:
para cuantas guarniciones tenía en las ciudades, enco-
mendaba a cada uno de sus jefes alistar soldados pelo-
ponesios, los mejores y el mayor número posible, con
el pretexto de que Tisafernes conspiraba contra las
ciudades. En efecto, las ciudades jonias eran de Tisa-
fernes desde hacía mucho tiempo, le habían sido dadas
por el Rey, pero entonces todas le habían hecho defec-
ción y se habían pasado a Ciro, con la excepción de
7 Mileto[5]. Presintiendo Tisafernes que, en Mileto, delibe-
raban igualmente pasarse al bando de Ciro, a unos los
mató y a otros los desterró. Ciro, después de acoger
a los exiliados y reunir un ejército, asediaba Mileto

[4] Ciudad de Arcadia.

[5] Ciudad de Jonia junto a la desembocadura del Meandro. Tomada por los persas en 494.



por tierra y por mar e intentaba repatriar a los deste-
rrados. Y éste era, para él, otro pretexto para reunir
tropas. Y, al enviar embajadas al Rey, reclamaba que, 8
por ser su hermano, le fueran entregadas esas ciuda-
des, más merecedor de ellas que su gobernador, Tisa-
fernes. También su madre colaboraba con él en su
propósito. De manera que el Rey no se daba cuenta de
la conspiración que se tramaba contra él, y pensaba
que su hermano, por estar en guerra con Tisafernes,
gastaba en preparativos militares. Artajerjes, pues, no
estaba en absoluto molesto por la lucha que ellos sos-
tenían. Porque Ciro remitía al Rey los tributos recau-
dados de las ciudades que Tisafernes tenía asignadas.
Otro ejército había reunido Ciro en el Quersoneso, 9
frente a Ábidos[6], de la manera siguiente: Clearco[7] era
un exiliado lacedemonio; Ciro, después de entablar
relaciones con él, quedó admirado y le entregó diez
mil daricos[8]. Tomó el oro Clearco y, con este dinero,
reclutó un ejército y hacía la guerra a los tracios que
habitaban al otro lado del Helesponto y ayudaba a los
griegos, tomando como base de operaciones el Querso-
neso; de modo que también las ciudades del Heles-
ponto le daban gustosamente dinero para las tropas.
Así se formaba en secreto este ejército a su disposi-
ción. Aristipo de Tesalia, que era su huésped y estaba 10
agobiado en su patria por los adversarios políticos,
se dirigió al encuentro de Ciro y le pidió salario para
dos mil mercenarios durante tres meses, en la creencia
de que así se impondría a sus adversarios políticos. Le
entrega Ciro salario para cuatro mil durante seis meses

[6] Ciudad de la Tróade, junto al Helesponto, frente a Sesto.

[7] General espartano durante la guerra del Peloponeso, harmosta de Bizancio, fue condenado a muerte por desobediencia a los éforos.

[8] «Darico», moneda de oro equivalente a unos 20 dracmas. Los 3.000 «daricos» suponen, por tanto, unos 60.000 dracmas.

y le pide no poner fin a las hostilidades con sus adversarios políticos sin habérselo consultado previamente. Así se sostenía en Tesalia en secreto un nuevo ejército
11 para Ciro. También exhortó a Próxeno de Beocia, su huésped, a presentarse con el mayor número de soldados posible, con el pretexto de que quería hacer una expedición militar contra los pisidas, alegando que éstos creaban problemas en su territorio. A Soféneto[9] de Estinfalia y a Sócrates de Acaya, que eran también sus huéspedes, les ordenó venir con el mayor número de soldados posible, porque tenía intención de hacer la guerra a Tisafernes con la ayuda de los exiliados milesios.

2 Cuando Ciro creyó que era el momento oportuno de iniciar la marcha hacia el interior, puso el pretexto de que quería expulsar totalmente de su territorio a los pisidas; y reunió sus fuerzas bárbaras y griegas como para ir contra ellos. Entonces transmite a Clearco la orden de acudir con todo el ejército a sus órdenes y a Aristipo, la de reconciliarse con sus ciudadanos y enviarle el ejército que tenía; a Jenias de Arcadia, que estaba al frente de las tropas mercenarias en las ciudades, le transmite la orden de acudir con todas ellas, excepto las necesarias para defender las ciudadelas.
2 Llamó también a los que asediaban Mileto y exhortó a los exiliados a acompañarle en su expedición, con la promesa de que, si coronaba con éxito la expedición militar que emprendía, no descansaría hasta devolverlos a su patria. Éstos accedieron de buena gana, pues confiaban en él. Tomaron las armas y se presentaron
3 en Sardes[10]. Jenias se presentó en Sardes con los hombres de las ciudades, unos cuatro mil hoplitas[11]. Próxeno acudía con unos mil quinientos hoplitas y quinientos soldados de infantería ligera[12]. Soféneto de Estinfalia, con mil hoplitas; Sócrates de Acaya, con unos quinientos hoplitas. Pasión de Mégara se presentó con trescientos hoplitas y trescientos peltastas[13]; éste era también, como Sócrates, de los que asediaban Mileto. Estos fueron los que se reunieron con él en Sar- 4
des. Pero Tisafernes, cuando se dio cuenta de esto, considerando que los preparativos eran superiores a los necesarios para una expedición contra los pisidas, se dirigió al encuentro del Rey con la mayor rapidez posible, acompañado de unos quinientos jinetes[14]. Y 5
el Rey, informado por Tisafernes de la expedición militar de Ciro, tomó las medidas para defenderse. A su vez, Ciro partió de Sardes con los efectivos que he citado; recorrió, a través de Lidia, en tres etapas, veinte parasangas[15] hasta el río Meandro[16], que tenía dos pletros[17] de anchura; sobre él había un puente tendido con barcas. Después de cruzarlo, recorre, a través de 6
Frigia, en una sola etapa, ocho parasangas, hasta Colo-

[9] Soféneto de Estinfalia (Arcadia), activo jefe a lo largo de la expedición; autor también de una *Anábasis*.

[10] Capital de Lidia; residencia de los reyes lidios y capital de las satrapías occidentales.



[11] Infantería pesada; cuerpo principal de combatientes. Iban armados de casco, corazas, grebas, escudo, lanza y espada.

[12] La infantería ligera sólo llevaba armas ofensivas, y en ella estaban integrados los arqueros, honderos y lanzadores de jabalina.

[13] Infantería semiligera. Iban armados de una espada y un pequeño escudo.

[14] Su armamento era semejante al de los hoplitas, siendo su escudo más pequeño y redondo.

[15] «Parasanga», medida itineraria de los persas. Equivalía, según Heródoto, a 30 estadios, unos 5 km. y medio. Se utilizaba, además, como unidad horaria, siendo su equivalencia aproximada una hora de camino.

[16] Río que fluye por la ciudad de Celenas.

[17] «Pletro», medida equivalente a 100 pies griegos, unos 30 m., sexta parte del estadio. Medida comúnmente utilizada por Jenofonte para aludir a la anchura de los ríos.

sas, ciudad habitada[18], próspera y grande. Aquí perma-
neció durante siete días. También acudió Menón de
Tesalia con mil hoplitas y quinientos peltastas, Dólo-
7 pes, Enianes y Olintios. Desde allí recorre, en tres eta-
pas, veinte parasangas, hasta Celenas, ciudad de Frigia,
habitada, grande y próspera. Aquí Ciro tenía un palacio
real y un gran parque[19] lleno de fieras salvajes, que
aquél solía cazar a caballo, cuando quería ejercitarse,
él y sus caballos. Por el centro del parque fluye el río
Meandro; sus fuentes salen del palacio, y recorre tam-
8 bién la ciudad de los celenos. Pertenece, además, al
gran Rey en Celenas un palacio fortificado, sobre las
fuentes del río Marsias, al pie de la ciudadela. Tam-
bién éste cruza la ciudad y desemboca en el Meandro;
la anchura del Marsias es de veinticinco pies. Se dice
que aquí Apolo desolló a Marsias[20], tras haberlo ven-
cido en una disputa sobre habilidad, y que colgó su
piel en la gruta de donde brotan las fuentes. Por eso,
9 el río se denomina Marsias. Se cuenta que aquí Jerjes,
cuando se retiraba de Grecia, derrotado en el combate,
construyó ese palacio y la ciudadela de Celenas. Aquí
Ciro permaneció durante treinta días. También acudió
Clearco, el exiliado lacedemonio, con mil hoplitas y
ochocientos peltastas tracios y doscientos arqueros cre-
tenses. Al mismo tiempo se presentó también Sosis de
Siracusa con trescientos hoplitas y Agias de Arcadia,
con mil hoplitas. Entonces Ciro pasó revista e hizo re-
cuento de los griegos en el parque; se contabilizaron,

---

18 Jenofonte distingue entre ciudades habitadas y ciudades desiertas (abandonadas). Era una costumbre frecuente entre los reyes orientales la construcción de una nueva ciudad al comenzar el reinado, con lo cual abundaban las ciudades abandonadas.

19 Jenofonte utiliza *parádeisos*, término de origen asiático de donde procede el «paraíso» del Nuevo Testamento.

20 Sileno, cuya leyenda se sitúa en Frigia. Inventor de la flauta de doble tubo.



en total, once mil hoplitas y alrededor de dos mil pel-
tastas. Desde allí recorre, en dos etapas, diez parasan- 10
gas, hasta Peltas[21], ciudad habitada. Aquí permaneció
durante tres días. En estas jornadas, Jenias de Arcadia
celebró la fiesta Liceas[22] con sacrificios y estableció un
certamen. Los premios consistían en estrígiles[23] de
oro. Asistió también al certamen, como espectador,
Ciro. Desde este lugar recorre, en dos etapas, doce pa-
rasangas, hasta el mercado de los cerameos, ciudad
habitada, limítrofe con la Misia. Desde allí recorre, en 11
tres etapas, treinta parasangas, hasta la llanura del
Caístro, ciudad habitada. Aquí permaneció durante
cinco días. Adeudaba a los soldados más de tres meses
de sueldo, y con frecuencia se dirigían a las puertas de
Ciro y se lo reclamaban. Éste difería el tema dándoles
esperanzas, y era evidente que se sentía molesto, pues
no era propio del carácter de Ciro no pagar las deudas
cuando tenía recursos.

Entonces Epiaxa, esposa de Siénesis[24], a la sazón rey 12
de Cilicia, vino al encuentro de Ciro. Y se decía que le
dio a Ciro dinero en abundancia. Efectivamente, Ciro
pagó entonces al ejército el sueldo de cuatro meses.
Escoltaba a la cilicia una guardia de cilicios y as-
pendios. Decían también que Ciro había mantenido
relaciones íntimas con la cilicia. Desde allí recorre, 13
en dos etapas, diez parasangas, hasta Timbrio, ciudad
habitada. Aquí había junto al camino una fuente llama-
da de Midas[25], rey de Frigia, en la que se dice que
Midas cazó al sátiro mezclando vino en ella. Desde este 14

---

21 Ciudad de Frigia, al O. de Celenas.

22 Fiesta en honor de Zeus Liceo. Liceo es una montaña de Arcadia.

23 «Estrígile», rascador para frotarse el cuerpo después del baño o de los ejercicios gimnásticos.

24 «Siénesis», título del Rey de Cilicia, considerado por Jenofonte como nombre propio.

25 Rey legendario de Frigia. Cf. OVIDIO, *Metamorfosis* 85-145.

lugar recorre, en dos etapas, diez parasangas, hasta Tirieo, ciudad habitada. Aquí permaneció durante tres días. Y dicen que la cilicia pidió a Ciro que le mostrara su ejército. Accede, pues, Ciro a mostrárselo y dispone en la llanura una revista de tropas griegas y
15 bárbaras. Ordenó a los griegos alinearse y ponerse firmes, como lo hacían normalmente para entrar en batalla, y que cada uno de los jefes alineara a sus hombres. Se alinearon de cuatro en fondo: ocupaba la derecha Menón y sus hombres, a la izquierda Clearco y
16 los suyos, y en el centro los restantes estrategos. Ciro pasó revista, en primer lugar, a los bárbaros; éstos desfilaban formados en escuadrones y batallones. A continuación pasó revista a los griegos, desfilando él sobre su carro de guerra y la cilicia sobre un carro de
17 viaje[26]. Llevaban, todos, cascos de bronce, túnicas rojas, grebas y los escudos desenfundados. Una vez que hubo desfilado por delante de todas las tropas, detuvo el carro en el centro de la falange, envió a Pigres, el intérprete, ante los estrategos griegos y ordenó que la falange entera pusiera las armas por delante[27] y avanzara. Transmitieron éstos la orden a los soldados y, tan pronto como sonó la trompeta, avanzaron poniendo las armas por delante. A continuación se lanzaron con más rapidez dando gritos y, de forma espontánea, los soldados corrieron hacia las tiendas, causan-
18 do gran espanto entre los bárbaros. También la cilicia huyó en su carro y los del mercado abandonaron las mercancías y huyeron. Los griegos, por su parte, volvieron a sus tiendas en medio de risas. La cilicia, al ver la brillantez y disciplina del ejército, estaba ad-

[26] El carro de viaje, utilizado sobre todo por mujeres, provisto de cuatro ruedas. Textos de Heródoto y Esquilo aluden a este tipo de carro.

[27] Maniobra que consiste en detenerse con la lanza extendida y el escudo hacia adelante.



mirada. Y Ciro sintió satisfacción al ver el pánico que los griegos infundían a los bárbaros.

Desde allí recorre en tres etapas veinte parasangas, 19
hasta Iconio[28], última ciudad de la Frigia. Aquí permaneció tres días.

Desde este lugar recorre a través de la Licaonia[29] en cinco etapas treinta parasangas. Dejó a los griegos devastar esta región porque era enemiga.

Entonces, Ciro despidió a la cilicia de vuelta a su 20
país por el camino más corto; mandó que la escoltaran los soldados de Menón y él mismo. Ciro, con los demás, recorre a través de la Capadocia en cuatro etapas veinticinco parasangas, hasta Dana[30], ciudad habitada, grande y próspera. Aquí permanecieron tres días. En este tiempo Ciro hizo matar al persa Megafernes, purpurado real[31], y a otro notable jefe, bajo la acusación de que conspiraban contra él.

Desde este punto intentaban atacar la Cilicia; pero 21
su acceso[32] era un camino de carros muy accidentado e impracticable para un ejército, a poca resistencia que encontrase. Se decía, además, que Siénesis ocupaba las alturas vigilando la entrada; por esta razón permaneció un día en la llanura. Al día siguiente llegó un mensajero con la noticia de que Siénesis había abandonado las cumbres, al enterarse de que el ejército de Menón estaba ya en Cilicia al otro lado de las montañas y porque había oído decir que las trirremes de los lace-

[28] Ciudad de Frigia, hoy Konia.

[29] Región situada al N. de Cilicia.

[30] Texto dudoso. Se trata de la Tiana de los romanos, ciudad de Capadocia.

[31] Una de las posibles traducciones de la palabra *phoinikistês*, de difícil interpretación, ya que no aparece en otros pasajes. Otros traducen «inspector de las tintorerías del Rey», «escriba», «portaestandarte».

[32] El paso por el que se accede a Cilicia. Se llama «Puerta de Cilicia»; por él penetró Alejandro en Cilicia.

demonios y del mismo Ciro navegaban siguiendo la costa desde Jonia rumbo a Cilicia, a las órdenes de
22 Tamos [33]. En efecto, Ciro subió las montañas sin ninguna dificultad y vio las tiendas desde donde los cilicios habían vigilado. Desde allí descendió hasta una llanura inmensa y hermosa, bien regada y llena de árboles de todas clases y de viñas, muy fecunda también en sésamo, zahína, trigo y cebada. Una montaña magnífica y dominante la rodeaba por todas partes, de mar a mar.
23 Descendió y, a través de esta llanura, recorrió, en cuatro etapas, veinticinco parasangas hasta Tarso [34], ciudad de Cilicia grande y próspera, donde estaba el palacio de Siénesis, [rey de los cilicios]; por en medio de la ciudad corre un río llamado Cidno [35], de dos pletros
24 de ancho. Abandonaron esta ciudad sus habitantes, junto con Siénesis, dirigiéndose a un lugar seguro sobre las montañas, excepto los que tenían tiendas; se quedaron también los que vivían junto al mar en Solos
25 y en Isos [36]. Epiaxa, la esposa de Siénesis, llegó a Tarso cinco días antes que Ciro; en el paso de las montañas hasta la llanura dos compañías del ejército de Menón perecieron. Unos decían que, mientras efectuaban un saqueo, fueron machacados por los cilicios; otros, que habían quedado rezagados y no conseguían encontrar ni al resto del ejército ni los caminos y, en consecuencia, perecieron después de andar errantes; eran en
26 total cien hoplitas. Los demás, cuando llegaron, saquearon la ciudad [de los tarsos], indignados por la pérdida de sus compañeros, incluso el palacio que había. Ciro, una vez que entró en la ciudad, mandó llamar

---

[33] Gobernador de Cilicia, a las órdenes de Tisafernes. Cf. Tucídides, VIII 31, 2; 87, 1.

[34] Capital de Cilicia.

[35] Río de Cilicia, hoy Mesarlik. Cf. Estrabón, XIV 5.

[36] Ciudades de Cilicia. En Isos, Alejandro venció a Darío (333 a. C.).



a Siénesis a su presencia. Éste dijo que nunca, hasta la fecha, había entrado en relaciones con nadie superior a él y no aceptó encontrarse con Ciro, hasta que su mujer lo convenció y recibió garantías. Después de 27
esto, cuando estuvieron ambos reunidos, Siénesis dio a Ciro mucho dinero para el ejército; por su parte, Ciro le obsequió con los presentes que se consideran de honor en la corte del Rey: un caballo con freno de oro, un collar de oro, brazaletes, un sable de oro y un vestido persa, y también con la promesa de no saquear nunca más su país y devolverle los esclavos que le había arrebatado dondequiera que se encontrasen.

Aquí permaneció Ciro con su ejército veinte días, 3
pues los soldados se negaron a seguir adelante; tenían ya la sospecha de que iban contra el Rey y decían que no se habían alistado para eso. Clearco, en primer lugar, les obligaba a marchar, pero éstos le arrojaban piedras a él y a sus acémilas, cada vez que empezaban a avanzar. Clearco, entonces, apenas si logró evitar 2
ser lapidado, pero más tarde, cuando comprendió que no conseguiría su objetivo por la fuerza, convocó la asamblea de sus soldados. Al principio, puesto en pie, lloraba durante mucho rato; éstos, al verlo, estaban sorprendidos y permanecían callados. Después, dijo lo 3
siguiente: «Soldados, no os extrañe que a duras penas soporte la situación presente. Ciro fue mi huésped y cuando fui desterrado de mi patria me concedió diversos honores y, además, me entregó diez mil daricos, que al cogerlos no reservé para mi interés particular ni los derroché, sino que los gasté con vosotros. En 4
primer lugar, hice la guerra a los tracios y, en defensa de Grecia, los vengué con vuestra ayuda, expulsando del Quersoneso a quienes querían arrebatar esta tierra a los griegos que la habitaban. Cuando Ciro me llamó, acudí con vosotros, para prestarle ayuda, si tenía alguna necesidad, a cambio de los favores que de él había

5 recibido. Pero, puesto que vosotros no queréis acom-
pañarme en la marcha, tengo necesidad o de traiciona-
ros a vosotros y mantener la amistad de Ciro, o bien
engañar a aquél y estar a vuestro lado. Si procedo con
justicia, no lo sé, pero os elegiré a vosotros y con vos-
otros sufriré lo que sea preciso. Y nadie podrá decir
nunca que yo, que conduje a los griegos al país de los
bárbaros, traicioné a los griegos y preferí la amistad
6 de los bárbaros. Pero, puesto que vosotros no queréis
obedecerme, yo con vosotros seguiré y soportaré lo que
sea necesario. Porque os considero mi patria, mis ami-
gos y aliados, y a vuestro lado pienso que seré honrado
dondequiera que esté, mientras que sin vosotros pienso
que no sería capaz ni de favorecer a un amigo ni de
rechazar a un enemigo. Por consiguiente, tened la con-
7 vicción de que iré donde vosotros vayáis.» Así habló.
Los soldados, los suyos y los demás, al oír que decía
que no marchaba contra el Rey, aprobaron su decisión.
Más de dos mil hombres de Jenias y Pasión cogieron
las armas y los bagajes y acamparon al lado de Clear-
8 co. Ciro, apurado y afligido por esto, mandó llamar a
Clearco; éste no quiso ir, pero a escondidas de los
soldados le envió un mensajero con la misiva de que
tuviera ánimo, puesto que la situación tendría el des-
enlace preciso. Le pedía, también, que le mandara
llamar otra vez, pero le advertía que no pensaba ir.
9 Después de esto, convocó a sus soldados y a los que
se le habían unido y, de los demás, a todo el que quiso,
y habló así: «Soldados, es claro que la situación de
Ciro respecto a nosotros es igual que la nuestra res-
pecto a él, porque ni somos nosotros ya soldados de
aquél, puesto que no le seguimos, ni él es ya nuestro
10 pagador. Pero que se considera perjudicado por nos-
otros, lo sé; de manera que, pese a su requerimiento
para que vaya, no quiero ir, más que nada, por ver-
güenza, ya que soy consciente de haberle engañado en



todo; luego, también, porque temo que me aprese y
me aplique el castigo por los daños que cree que yo le
he causado. Por consiguiente, a mí me parece que no 11
es momento de dormirnos ni de abandonarnos, sino
de deliberar lo que debemos hacer a la vista de la
situación. Mientras permanezcamos aquí, creo que de-
bemos buscar la manera de hacerlo con la máxima
seguridad, pero si parece oportuno partir inmediata-
mente, examinemos cómo salir con las mayores garan-
tías y de qué modo obtendremos los víveres, porque,
sin éstos, ni estratego, ni soldado sirven para nada.
Ciro, en efecto, es un hombre valioso para el amigo, 12
pero es el más terrible adversario para el enemigo, y
tiene fuerzas de infantería, caballería y navales que
todos vemos y conocemos por igual. Pues me parece
que no estamos acampados lejos de su campamento.
Por consiguiente, ha llegado el momento de que cada
uno manifieste lo que le parezca mejor.» Con estas
palabras terminó.

A continuación se levantaron, unos, espontánea- 13
mente, para manifestar lo que pensaban y otros, a ins-
tancias de Clearco, para indicar cuáles eran las dificul-
tades de permanecer o de partir sin la venia de Ciro.
Uno de ellos, fingiendo tener prisa por regresar cuan- 14
to antes a Grecia, propuso elegir otros estrategos a la
mayor brevedad, si Clearco no quería conducirlos de
vuelta, comprar víveres —el mercado estaba en el ejér-
cito bárbaro— y recoger los bagajes; dirigirse luego
a Ciro y pedirle barcos para regresar por mar. Y, si
no se los daba, pedirle un guía que los condujera a
través de un país amigo. Y, si tampoco les concedía
un guía, alinearse en orden de combate cuanto antes
y enviar un destacamento que se anticipara a tomar
las cimas, para que no se adelantaran a ocuparlas ni
Ciro ni los cilicios, «a los que hemos arrebatado muchos
hombres y muchas cosas». Tales fueron sus palabras.

15 Después de éste, Clearco se limitó a decir: «Que ninguno de vosotros me proponga conducir esta expedición en calidad de estratego, pues veo muchas cosas por las que no debo hacerlo, pero obedeceré con todas mis fuerzas al hombre que elijáis, para que sepáis que
16 también sé obedecer como el que más.» A continuación se levantó otro, señalando la inocencia de quien sugería pedirle barcos, como si la expedición de Ciro estuviese ya de vuelta, indicando, además, que sería ingenuo el pedir un guía «a quien acabamos de desbaratar su plan de acción. Y si confiamos en el guía que Ciro nos dé, ¿qué nos impide exhortar a Ciro a que también ocupe de antemano las cimas de las mon-
17 tañas para nosotros? Yo dudaría en embarcarme en las naves que nos diera, por miedo a que nos hunda con sus trirremes; temería, además, seguir al guía que nos dé, no vaya a ser que nos conduzca a un lugar de donde no podamos salir; desearía, en fin, ya que me voy contra la voluntad de Ciro, partir sin que él se
18 diera cuenta, cosa que no es posible. Mas yo afirmo que eso son tonterías; me parece oportuno que vayan a ver a Ciro en compañía de Clearco las personas adecuadas y que le pregunten en qué quiere emplearnos; si se trata de una acción semejante a aquella en la que antes se valió de los mercenarios, sigámosle y no seamos más cobardes que quienes lo acompañaron, an-
19 tes, en su marcha hacia el interior. Pero si la acción se revela más penosa y más arriesgada que la anterior, merece la pena que nos convenza de que nosotros vayamos, o bien que se deje convencer y nos despidamos amistosamente; de este modo, si le seguimos, lo haremos como amigos y con ánimo bien dispuesto, y si nos vamos, lo haremos con seguridad; lo que él responda a esta propuesta, que lo comunique aquí, y nosotros, oída su respuesta, deliberaremos sobre ella.»



Acordaron esto y, después de elegir a los acompa- 20
ñantes de Clearco, los enviaron a preguntar a Ciro los acuerdos del ejército. Contestó él que había oído decir que Abrócomas[37], su enemigo, estaba junto al río Eufrates, a doce etapas de distancia; contra éste, pues, decía que quería dirigirse; si estaba allí, dijo que deseaba castigarle, y si conseguía huir, «nosotros deliberaremos allí al respecto». Enterados de su respuesta, 21
los elegidos lo anunciaron a los soldados; tenían éstos la sospecha de que les conducía contra el Rey; acordaron, sin embargo, seguirle. Pero reclaman un complemento de sueldo. Ciro promete dar a todos la mitad de lo que hasta la fecha percibían: en vez de un darico, tres semidaricos al mes por soldado. Que les condujera contra el Rey, nadie lo oyó tampoco entonces, al menos claramente.

Desde allí recorre, en dos etapas, diez parasangas, 4
hasta el río Psaro, cuya anchura era de tres pletros.

Desde este lugar recorre, en una etapa, cinco parasangas, hasta el río Píramo, cuya anchura era de un estadio.

Partiendo de aquí recorre, en dos etapas, quince parasangas, hasta Iso, última ciudad de la Cilicia, a orillas del mar, habitada, grande y próspera. Aquí per- 2
manecieron tres días; se presentaron a Ciro treinta y cinco naves procedentes del Peloponeso y, al frente de ellas, el navarco Pitágoras[38], lacedemonio. Las guiaba desde Éfeso el egipcio Tamos, con otras veinticinco naves de Ciro con las que había asediado Mileto, cuando era partidaria de Tisafernes, y había colaborado con Ciro en la guerra contra él. Se hallaba también 3

[37] Uno de los jefes del ejército del Rey, sátrapa de Fenicia y Siria.

[38] Almirante lacedemonio, comandante de la flota; colaboró con Ciro. A él se alude con nombres diferentes en otros pasajes.

en las naves Quirísofo de Lacedemonia, mandado
llamar por Ciro, con setecientos hoplitas, de los que
era estratego al servicio de Ciro. Las naves estaban
ancladas junto a la tienda de Ciro. Aquí también los
mercenarios griegos, cuatrocientos hoplitas de Abróco-
mas, hicieron defección, se pasaron al bando de Ciro
y participaron en la expedición contra el Rey.
4 Desde allí recorre, en una etapa, cinco parasangas,
hasta las Puertas de Cilicia y Siria. Eran éstas dos
murallas: la de la parte interior, delante de Cilicia, la
ocupaban Siénesis y una guarnición de cilicios; la ex-
terior, la que se hallaba delante de Siria, se decía que
la guardaba una guarnición del Rey. Entre una y otra
fluye el río denominado Carso, de un pletro de ancho.
Todo el espacio intermedio entre las murallas abarca-
ba tres estadios. No era posible forzar el paso. Pues
la entrada era estrecha, las murallas llegaban hasta el
mar y había encima rocas inaccesibles. En ambas mu-
5 rallas habían dispuesto puertas. A causa de este acceso,
Ciro había mandado venir a las naves, para que los
hoplitas desembarcasen dentro y fuera de las puertas
y se abrieran camino por la fuerza, si los enemigos
vigilaban en las puertas sirias, cosa que Ciro pensaba
que haría Abrócomas, que disponía de un numeroso
ejército. Abrócomas, sin embargo, no hizo esto, sino
que, cuando se enteró de que Ciro estaba en Cilicia,
volviendo de Fenicia se dirigió al encuentro del Rey,
con un ejército, según se decía, de treinta miríadas.
6 Desde este lugar recorrió a través de Siria, en una
etapa, cinco parasangas, hasta Miriando[39], ciudad habi-
tada por los fenicios a orillas del mar; era un centro
comercial y allí atracaban muchas embarcaciones de
7 carga. Aquí permanecieron siete días. Jenias de Arca-
dia y Pasión de Mégara embarcaron en una nave y,

[39] Ciudad portuaria fenicia en el golfo de Isos.



después de depositar en ella lo más valioso que tenían,
se hicieron a la mar, resentidos, en opinión de la mayo-
ría, porque Ciro permitía a Clearco tener sus soldados,
los que les abandonaron para regresar a Grecia con
él y no ir contra el Rey. Cuando habían desaparecido,
circuló el rumor de que Ciro los perseguía con las
trirremes; unos deseaban que fueran capturados como
cobardes; otros los compadecían, si llegaban a coger-
los.
Ciro convocó a los estrategos y les dijo: «Nos han 8
abandonado Jenias y Pasión. Pero que sepan bien que
no han escapado, pues sé adonde van, ni tampoco han
huido, pues dispongo de trirremes para capturar su
embarcación. Pero, ¡por los dioses!, no seré yo quien
los persiga, ni nadie podrá decir que yo, mientras al-
guien está conmigo, lo utilizo, y que, cuando quiere
marcharse, después de detenerlo, lo maltrato y lo des-
pojo de sus bienes. Por consiguiente, que se vayan,
conscientes de que se comportan peor con nosotros
que nosotros con ellos. Ciertamente tengo a sus hijos
y a sus esposas en Trales[40] bajo vigilancia; pero tam-
poco se verán privados de éstos, sino que los recupera-
rán por los méritos contraídos conmigo con anteriori-
dad». Éstas fueron sus palabras. Y los griegos, si algu- 9
no estaba un tanto desanimado con la expedición, al
oír la nobleza de ánimo de Ciro lo acompañaron en la
marcha con más gusto y mejor disposición.
Después de esto, Ciro recorrió, en cuatro etapas,
veinte parasangas, hasta el río Calo[41], que tenía un
pletro de ancho y estaba lleno de peces grandes y do-
mesticados[42], a los que los sirios consideraban dioses

[40] Ciudad de Caria, al E. de Éfeso, cerca del Meandro.
[41] Río de Siria, hoy Kuwaik.
[42] Este tipo de pez estaba consagrado a Astarté, diosa siria
que había tomado la forma de pez.

y no permitían que se les dañara [ni tampoco a las palomas]. Las aldeas en las que acampaban le habían
10 sido entregadas a Parisátide para su atavío [43]. Desde allí recorre, en cinco etapas, treinta parasangas, hasta las fuentes del río Dardas [44], de un pletro de ancho. Aquí se hallaba el palacio de Belesis, gobernador de Siria, y un parque muy grande y hermoso, que tenía todos los frutos que producen las estaciones. Ciro lo arrasó y quemó el palacio.

11 Partiendo de este lugar recorre, en tres etapas, quince parasangas, hasta el río Eufrates, que tiene una anchura de cuatro estadios. Había allí una ciudad habitada, grande y próspera, llamada Tápsaco [45]. Aquí permaneció cinco días. Ciro mandó llamar a los estrategos griegos y les dijo que la expedición se dirigía a Babilonia contra el gran Rey; les ordenó también que lo comunicasen a los soldados y que los convenciesen para
12 seguirle. Éstos convocaron la asamblea y les transmitieron esta noticia; los soldados se molestaron con los estrategos y decían que, a pesar de conocer este proyecto hacía mucho tiempo, lo habían mantenido oculto, y se negaban a avanzar, a no ser que se les diera dinero, como a los primeros que habían acompañado a Ciro en la marcha hacia el interior [en la visita a su padre], y esto, sin ir a luchar, sino a requerimiento de
13 su padre. Esta respuesta transmitieron los estrategos a Ciro. Éste prometió dar a cada hombre cinco minas de plata y el sueldo íntegro hasta restablecer de nuevo

[43] Solían asignar los reyes de Persia a sus mujeres las rentas de determinadas ciudades para sufragar diversos gastos personales, sobre todo, de vestir.

[44] Río afluente del Eufrates, según unos; otros opinan que se trata de un pequeño río que desemboca en el lago salado de Sabakhah.

[45] Ciudad de Siria, en la margen derecha del Eufrates, por donde cruzaría el ejército.



a los griegos en Jonia. La mayor parte del ejército griego se dejó convencer así.

Menón, antes de ser evidente qué harían los demás soldados, si seguirían a Ciro o no, reunió a su ejército aparte de los demás y les dijo esto: «Soldados, si os 14
dejáis convencer por mí, sin correr riesgos ni penalidades, recibiréis más honores de Ciro que el resto de los soldados. ¿Qué es, realmente, lo que os pido que hagáis? Ahora Ciro necesita que los griegos le sigan contra el Rey. Pues bien, yo os digo que vosotros debéis cruzar el río Eufrates antes de que sea evidente la respuesta de los demás griegos a Ciro. Si votan seguirle, 15
parecerá que vosotros sois la causa por haber empezado a cruzar, y Ciro sabrá agradecéroslo por ser los más dispuestos y os lo recompensará. Y sabe hacerlo como el que más. Pero si votan en contra, todos regresaremos de nuevo y, dado que tan sólo vosotros le habréis obedecido, os utilizará [como los más fieles] en las guarniciones y en las compañías, y cualquier otra cosa que necesitéis, sé que tendréis a Ciro como amigo.» Oído esto, le obedecieron y cruzaron antes de que los 16
demás respondieran. Cuando se enteró Ciro de que habían cruzado, se alegró y envió a Glus a decir al ejército: «Yo, soldados, desde este momento os elogio y me preocuparé de que vosotros me elogiéis también a mí, o ya no sería Ciro.» Los soldados, que alberga- 17
ban grandes esperanzas, deseaban que tuviera éxito y se decía que envió a Menón magníficos regalos.

Después de hacer esto, cruzó el río y lo siguió el resto del ejército sin excepción. Ninguno de los que cruzaron el río se mojó más arriba del pecho en el río. Los habitantes de Tápsaco decían que nunca el río 18
se había podido cruzar a pie, salvo en esta ocasión. Hacían falta barcas, las que Abrócomas, anticipándose en el paso, quemó para que Ciro no cruzara. Parecía

intervención divina que el río cediera ostensiblemente ante Ciro como futuro rey.

19 Desde este punto recorre a través de Siria, en nueve etapas, cincuenta parasangas, y llegan al río Araxes[46]. Aquí había muchas aldeas llenas de trigo y de vino. Aquí permanecieron tres días y se aprovisionaron.

5 Partiendo de este lugar recorre, a través de Arabia[47], teniendo el río Eufrates a su derecha, en cinco etapas desérticas, treinta y cinco parasangas. Aquí la tierra era toda una llanura, lisa como el mar y llena de ajenjo. Si existía algún otro tipo de maleza o caña, todas despedían perfumes como aromas; sin embargo, no
2 había ningún árbol. Pero sí animales selváticos de todas clases, asnos salvajes abundantísimos y gran número de avestruces de los grandes; había, además, avutardas y gacelas. Los jinetes perseguían, a veces, a estos animales. Los asnos, cuando alguien los perseguía, una vez que se adelantaban corriendo, se detenían; pues corrían con mucha mayor rapidez que los caballos. Y de nuevo, cuando se acercaban los caballos, hacían lo mismo, y no podían cogerlos, a no ser que los jinetes, colocándose a intervalos, los cazaran por turnos. La carne de los que capturaban era parecida a la de
3 los ciervos, pero más tierna. Nadie capturó un avestruz hembra. Los jinetes que las persiguieron desistieron rápidamente, pues se alejaban mucho en su huida, con las patas a la carrera y elevándose con las alas, utilizándolas a modo de vela. Las avutardas, en cambio, pueden capturarse, si alguien las levanta con rapidez, porque tienen un vuelo corto como las perdices y pronto se fatigan. Su carne es sabrosísima.

[46] Río de Arabia, afluente del Eufrates, hoy Khabur.
[47] Arabia abarca, además de la península, la parte desierta del S. de Mesopotamia.



Avanzando a través de esta región llegan al río 4
Mascas[48], de un pletro de ancho. Aquí había una ciudad desierta importante, llamada Corsote. Y era bañada por el Mascas que la rodeaba. Aquí permanecieron tres días y se aprovisionaron.

Desde allí recorre, en trece etapas desérticas, no- 5
venta parasangas, teniendo el río Eufrates a su derecha, y llega a Pilas. En el curso de estas etapas murieron de hambre muchas acémilas, pues no había forraje ni ningún otro árbol, sino que todo el país estaba pelado. Sus habitantes desenterraban a lo largo del río piedras de molino que, una vez trabajadas, las llevaban a Babilonia a venderlas y, a cambio de éstas, compra-
ban trigo para subsistir. Faltó el trigo al ejército y no 6
era posible comprarlo a no ser en el mercado lidio entre las tropas extranjeras de Ciro, a cuatro *siglos* la cápita de harina de trigo o de cebada. El *siglo* equivalía a siete óbolos y medio áticos, y la *cápita* contenía dos *quénices*[49] áticos. Por consiguiente, los soldados subsis-
tían comiendo carne. Entre estas etapas hubo algunas 7
que tuvieron un muy largo recorrido, siempre que Ciro quería llegar a donde hubiese agua o forraje.

Un día que surgió un paso estrecho y con barro que dificultaba el acceso a los carros, se detuvo Ciro con los más selectos de su séquito y los más ricos, y ordenó a Glus y a Pigres que cogieran unos hombres del ejér-
cito bárbaro y ayudaran a hacer pasar los carros. Y 8
como le parecía que trabajaban con lentitud, con actitud colérica ordenó a los persas más poderosos de su séquito que ayudaran también a desatascar los carros con más rapidez. Entonces pudo contemplarse una muestra de disciplina. Arrojaron sus mantos de púrpura, cada uno donde casualmente se encontraba y se pre-

[48] Canal que procedía del Eufrates.
[49] Medida de trigo equivalente a algo más de un litro; era la ración diaria para sustento de un hombre.

cipitaron como si se tratara de conseguir una victoria en la carrera, descendiendo por una colina muy pendiente, con sus largas túnicas y sus anchos pantalones bordados, algunos incluso con collares en sus cuellos y brazaletes en sus manos. Inmediatamente dieron un salto y se metieron en el barro con esta indumentaria y desatascaron los carros, levantándolos en el aire, con
9 más rapidez de la que se hubiese podido pensar. En suma, era evidente que Ciro se apresuraba en todo el trayecto, sin detenerse más tiempo que el necesario para aprovisionarse o por otra necesidad cualquiera, pensando que cuanto más se apresurara, tanto menos preparado para luchar estaría el Rey, y que cuanto más tardara, tanto mayor número de efectivos reuniría aquél. Y era posible comprender a quien prestara atención al poder del Rey que era poderoso por la magnitud de su territorio y de sus hombres, pero por la cantidad de sus caminos y por la dispersión de sus fuentes era débil si alguien le presentaba batalla de improviso.

10 Al otro lado del río Eufrates, siguiendo las etapas desérticas, había una ciudad opulenta y grande, llamada Carmande. Allí los soldados compraron víveres, cruzando el río con balsas de este modo: pieles que tenían como tiendas, las llenaban de forraje ligero, luego las unían y las cosían, para que el agua no tocara el heno. Con estas balsas cruzaban y cogían los víveres, vino elaborado con el fruto de la palmera y pan de mijo que era abundantísimo en el país.

11 Aquí, habiéndose suscitado una discusión entre un soldado de Menón y otro de Clearco, juzgando Clearco que era culpable el soldado de Menón, le mandó azotar. Regresó éste a su campamento y lo contó. Al oírlo, los soldados se indignaron e irritaron violentamente contra
12 Clearco. El mismo día, Clearco, después de haber ido al vado del río y, allí, vigilar el mercado, volvía a caballo a su tienda atravesando el ejército de Menón acompa-



ñado de una pequeña escolta. Ciro todavía no había llegado, sino que aún cabalgaba. Un soldado de Menón que partía leña, cuando vio a Clearco pasar a caballo le arrojó el hacha, pero falló el golpe. Otro le tiró una piedra y, después, otro, luego muchos, organizándose
un gran griterío. Se refugia Clearco en su ejército y, de 13
inmediato, transmite la orden de empuñar las armas. Ordenó a los hoplitas que permanecieran allí con los escudos colocados frente a las rodillas, mientras él, con los tracios y los jinetes que había en el ejército, en número superior a los cuarenta —y éstos en su mayoría tracios—, se puso en marcha contra los soldados de Menón, de manera que aquéllos quedaron aturdidos, incluso el propio Menón, y corrieron en busca de las armas. Pero otros, sin embargo, permanecieron quietos sin comprender la situación.

Próxeno llegó después seguido de una compañía de 14
hoplitas; al instante, avanzando en medio de ambos campos, detuvo el combate y pidió a Clearco que no hiciera eso. Se sentía molesto éste de que, habiendo estado a punto de ser lapidado, le hablase sin inmutarse por su sufrimiento y le ordenó que se quitara de
en medio. En este momento llegó Ciro y se informó 15
de los hechos. Al instante cogió la dardos en sus manos y, en compañía de sus leales que estaban presentes, fue cabalgando a colocarse en el centro y dijo lo siguiente:
«Clearco, Próxeno y los demás griegos presentes, no 16
sabéis lo que hacéis. Si trabáis combate entre vosotros, pensad que hoy me destrozaréis a mí y vuestra ruina seguirá a la mía sin demora. Porque si nuestras cosas van mal, todos esos bárbaros que estáis viendo serán para nosotros peores enemigos que los que están con el Rey.» Al oír esto, Clearco volvió en sí; se calmaron ambos y depusieron las armas.

Prosiguiendo su avance desde allí, vieron huellas de 6
caballos y estiércol; se conjeturaba que el rastro co-

rrespondía a unos dos mil caballos. Esta tropa que les precedía quemaba el forraje y todo cuanto pudiera ser útil. Orontas, persa por su nacimiento, emparentado con el Rey y que se contaba entre los mejores persas en lo relativo a la guerra, trata de conspirar contra Ciro, a quien con anterioridad había hecho la guerra,
2 reconciliándose después. Éste dijo a Ciro que si le daba mil jinetes aniquilaría el cuerpo de caballería que iba por delante quemando el país, o tendiéndoles una emboscada los mataría o capturaría a muchos de ellos con vida y les impediría que siguieran quemando, y conseguiría que jamás pudieran explicar al Rey que habían visto el ejército de Ciro. Pareció útil a Ciro esta propuesta, cuando la oyó, y le ordenó coger una parte de
3 los efectivos de cada uno de los jefes. Orontas, cuando consideró que estaban dispuestos sus jinetes, escribió una carta al Rey comunicándole que irá con el mayor número de jinetes que pueda, y le exhortó a decir a sus jinetes que le acogieran como amigo. Incluía también la carta recuerdos de su antigua amistad y fidelidad. Esta carta la entrega a un hombre leal, según
4 creía, pero éste la cogió y la entregó a Ciro. Después de leerla, mandó Ciro detener a Orontas, convocó en su tienda a los siete persas más nobles de su séquito y ordenó a los estrategos griegos que trajeran hoplitas y que éstos montaran guardia alrededor de su tienda. Así lo hicieron, aportando unos tres mil hoplitas.

5 También hizo entrar, como consejero, a Clearco, que era considerado por él y por los demás como el más digno de estima entre los griegos. Cuando salió, anunció a sus amigos el desarrollo del juicio de Orontas, pues no era secreto.

6 Dijo que Ciro empezó a hablar así: «Os he convocado, amigos, para deliberar con vosotros lo que es justo ante los dioses y ante los hombres, y ponerlo en práctica con Orontas aquí presente. Al principio, mi



padre me concedió que éste fuera mi súbdito, pero luego, bajo las órdenes de mi hermano, según él mismo confesó, entró en guerra conmigo ocupando la acrópolis de Sardes, y yo le opuse resistencia e hice que decidiera poner fin a las hostilidades conmigo, y cogí su diestra y le di la mía.» Después de esto dijo:
«Orontas, ¿te he causado algún perjuicio?» Respondió 7
que no. Preguntó Ciro de nuevo: «Más tarde, según tú mismo reconoces, ¿no te pasaste, sin ser en absoluto perjudicado por mí, al bando de los misios[59] y dañaste a mi país tanto como pudiste?» Asintió Orontas. «¿No es cierto, dijo Ciro, que, cuando conociste tus fuerzas, dirigiéndote al altar de Ártemis dijiste que estabas arrepentido y, después de convencerme a mí, de nuevo me diste garantías y las recibiste de mí?» También esto
reconoció Orontas. «¿En qué, pues, dijo Ciro, has sido 8
perjudicado por mí para que ahora por tercera vez conspires contra mí abiertamente?» Respondió Orontas que en nada había sido perjudicado, y Ciro le preguntó: «¿Reconoces, pues, que has sido injusto conmigo?» «Fuerza es reconocerlo», contestó Orontas. A continuación, Ciro le preguntó de nuevo: «Volverías a ser todavía enemigo de mi hermano y leal amigo mío?» Contestó éste: «Aunque volviera a serlo, Ciro, tú no lo
creerías jamás.» Ante estas respuestas dijo Ciro a los 9
presentes: «Tales han sido las acciones de este hombre y las confiesa. Tú en primer lugar, Clearco, manifiesta la opinión que estimes oportuna.» Clearco dijo: «Aconsejo librarnos de este hombre lo antes posible, para que ya no nos sea preciso vigilarlo y tengamos tiempo libre, en lo que respecta a éste, de favorecer a los que
quieran ser nuestros amigos.» A esta opinión, dijo 10
Clearco que también se sumaron los demás, y que, después de esto, a una orden de Ciro, todos se levantaron,

[59] De Misia. Región de la Gran Frigia, al N. de Lidia.

incluso los familiares, y cogieron a Orontas por la cintura[51] para ser ejecutado; luego lo sacaron quienes habían sido designados. Cuando lo vieron los que antes se inclinaban ante él, también entonces lo hicieron,
11 aunque sabían que lo llevaban a la muerte. Después de introducirle en la tienda de Artapates, el más leal de los portacetros[52] de Ciro, nadie vio nunca más a Orontas ni vivo ni muerto, ni nadie pudo decir con conocimiento de causa cómo murió. Unos hacían unas conjeturas y otros otras, pero jamás se descubrió su tumba[53].

7 Desde allí recorre a través de Babilonia, en tres etapas, doce parasangas. En la tercera etapa, Ciro pasó revista a las tropas griegas y bárbaras en la llanura hacia medianoche, ya que se creía que al día siguiente, al amanecer, el Rey vendría con su ejército a presentar batalla. Ordenó a Clearco que se pusiera al frente del ala derecha, a Menón de Tesalia de la izquierda, mien-
2 tras él dispuso en orden de batalla a los suyos. Después de la revista, amaneciendo, llegaron unos desertores del gran Rey y dieron noticias a Ciro acerca del ejército de su hermano.

Ciro convocó a los estrategos y capitanes, deliberó con ellos de qué modo daría la batalla y él mismo los
3 exhortaba animándolos así: «Griegos, no os llevo como aliados por no tener hombres bárbaros, sino porque creo que sois mejores y más valerosos que muchos bárbaros. Por eso os incorporé a mis fuerzas. Sed, por lo tanto, dignos de la libertad que tenéis y por la que yo os felicito. Porque bien sabéis que preferiría la libertad
4 a todas las cosas que tengo y a otras muchas más. Para que también sepáis a qué lucha os dirigís, os lo indi-

[51] Señal de condena a la pena de muerte. Cf. Diodoro, XVII 30.

[52] Funcionario de palacio, habitualmente eunuco.

[53] Entre los persas, era suplicio frecuente enterrar vivos a los condenados a la pena capital. Cf. Heródoto, VII 114, 2.



caré, puesto que yo lo sé. La multitud de enemigos es inmensa y van a atacar con inmenso griterio. Pero si no os dejáis intimidar, conoceréis qué clase de hombres tenemos en este país. Vergüenza me dará a mí mismo. Pero si vosotros os comportáis como hombres y mis asuntos consiguen éxito, yo haré que aquel de vosotros que desee regresar a su patria, regrese envidiado por sus compatriotas; aunque creo que muchos escogerán hacer su fortuna junto a mí antes que buscarla en su patria.»

Entonces, Gaulites, que estaba presente, exiliado de 5
Samos y leal a Ciro, dijo: «Ciertamente, Ciro, algunos dicen que ahora prometes mucho porque te encuentras en esta situación, ante un peligro inminente, pero, si las cosas te salen bien, afirman que tú no te acordarás. Incluso hay quien dice que, aunque te acordaras y quisieras, no podrías pagar cuanto has prometido.»

Oído esto, Ciro respondió: «El imperio de mis pa- 6
dres, amigos, se extiende hacia Mediodía, hasta donde los hombres no pueden habitar debido al calor; y por el Norte, hasta donde no pueden vivir debido al frío. Todos los territorios que se hallan entre estos límites los gobiernan, como sátrapas, los amigos de mi hermano. Si vencemos, debemos hacer a nuestros amigos 7
dueños de estos territorios. De manera que no temo no tener qué dar a cada uno de los amigos si las cosas salen bien, sino no tener amigos suficientes a quienes dar. Además, a cada uno de vosotros, griegos, os daré una corona de oro.» Los que escucharon estas palabras estaban mucho más animados y lo comunicaban a los 8
demás.

Entraban a verle los estrategos y algunos de los demás griegos para saber qué les correspondería si obtenían la victoria. Y éste los despedía colmando los deseos de todos. Todos cuantos hablaban con él le exhor- 9
taban a no combatir, sino a situarse detrás de ellos. En

esta ocasión, Clearco le preguntó más o menos en estos términos: «¿Crees, Ciro, que tu hermano luchará contigo?» «Sí, ¡por Zeus!, contestó Ciro; si realmente es hijo de Darío y Parisátide y hermano mío, no me dejará apoderarme de este imperio sin lucha.»

10 En la revista militar en armas de entonces el número de hombres griegos con escudo ascendió a diez mil cuaotrocientos, los peltastas sumaron dos mil quinientos. Cien mil eran los bárbaros que acompañaban a Ciro y unos veinte, los carros[54] armados de hoces.
11 Se decía que los enemigos eran un millón doscientos mil y los carros falcados, doscientos. Tenían, además, seis mil jinetes, al frente de los cuales estaba Artagerses. Se hallaban alineados éstos delante de la persona
12 del Rey. Cuatro eran los comandantes del ejército del Rey: Abrócomas, Tisafernes, Gobrias y Arbaces, cada uno al frente de trescientos mil. De éstos, estuvieron presentes en la batalla novecientos mil y ciento cincuenta carros armados de hoces. Abrócomas, que venía de Fenicia, llegó cinco días después del com-
13 bate. Estas noticias dieron a Ciro los desertores enemigos procedentes del ejército del gran Rey antes de la batalla y, después del combate, los que fueron capturados más adelante lo confirmaron.

14 Desde este lugar, Ciro recorre, en una etapa, tres parasangas con todo el ejército griego y bárbaro puesto en orden de combate, pues se creía que aquel día el Rey presentaría batalla, ya que en medio de esta etapa había un profundo foso excavado, de cinco brazas[55] de ancho y tres de profundidad. El foso se pro-
15 longaba hacia arriba a través de la llanura en una extensión de doce parasangas hasta la muralla de Media. [Allí están los canales que brotan del río Tigris.

[54] Carros inventados por Ciro el Viejo. Cf. *Ciropedia* VI 1, 27.
[55] Medida equivalente a 1,85 m.



Hay cuatro de un pletro de anchura y muy profundos; por ellos navegan barcos que transportan trigo. Desembocan en el Eufrates; separa a cada uno una parasanga de distancia, y sobre ellos hay puentes.] Había a lo largo del Eufrates un paso estrecho, entre el río y
el foso, de veinte pies de anchura. Este foso lo mandó 16
construir el gran Rey a modo de defensa cuando se enteró de que Ciro avanzaba contra él. Cruzaron este paso Ciro y sus ejércitos y llegaron al otro lado del foso.
Aquel día no presentó batalla el Rey, sino que las 17
abundantes huellas de caballos y hombres demostra-
ban que se retiraban. Entonces, Ciro hizo llamar a Si- 18
lano, el adivino ampraciota, y le dio tres mil daricos, porque once días antes le había anunciado en el curso de un sacrificio que el Rey no presentaría batalla en diez días. Ciro le contestó: «Si en estos días no presenta batalla, ya no luchará. Te prometo diez talentos, si dices la verdad.» Entonces le dio este dinero transcu-
rridos los diez días. Y como el Rey no impedía, aposta- 19
do en el foso, que el ejército de Ciro cruzara, creyeron Ciro y los demás que había renunciado a luchar. De manera que, al día siguiente, Ciro se puso en marcha
con menos precauciones. Al tercer día marchaba sen- 20
tado en su carro con pocos hombres de escolta alineados delante de él. La mayoría del ejército iba en desorden y los soldados llevaban buena parte de sus armas en los carros y en las acémilas.

Era ya aproximadamente la hora en que se llena 8
el mercado[56] y estaba ya cerca el lugar donde debían detenerse para descansar, cuando Pategias —un persa diligente del séquito de Ciro— se presenta cabalgando

[56] Con esta expresión se alude a las nueve o diez horas de la mañana. Otros autores utilizan esta frase con el mismo sentido (Heródoto, II 173; VII 223; Tucídides, VIII 92, 2; Platón, *Gorgias* 469d).

a rienda suelta con el caballo sudoroso, gritando en
griego y en bárbaro a todos cuantos encontraba que el
Rey se acerca con un ejército numeroso, dispuesto a
2 presentar batalla. Entonces se produjo un gran albo-
roto, pues creían los griegos y todos que se precipita-
3 rían sobre ellos de inmediato sin estar formados. Saltó
Ciro del carro, se vistió la coraza, montó en su caballo,
tomó en sus manos los dardos, y ordenó a todos los
demás que se armaran y ocuparan cada uno su puesto.
Entonces se formaron a toda prisa, ocupando Clearco
4 el flanco derecho, junto al río Eufrates. A continuación,
Próxeno, y los demás después de éste. Menón [y sus
tropas] ocuparon el flanco izquierdo del ejército grie-
5 go. Unos mil jinetes paflagones del ejército bárbaro y
los peltastas griegos se situaron junto a Clearco a la
derecha. A la izquerda, Arieo, lugarteniente de Ciro, y
6 el resto de las tropas bárbaras. Ciro y sus jinetes —en
número aproximado de seiscientos— ocupaban ⟨el cen-
tro⟩, todos armados con corazas, quijotes y cascos, a
excepción de Ciro. Ciro con la cabeza descubierta se
preparaba para el combate. [Se dice también que los
demás persas afrontan el peligro de la guerra con las
7 cabezas al descubierto.] Todos los caballos que acom-
pañaban a Ciro llevaban testeras y petrales. Los jine-
tes llevaban también dagas griegas.

Era ya mediodía y todavía no aparecían los enemi-
8 gos. Cuando llegó la tarde, se divisó una polvareda
semejante a una nube blanca y, mucho tiempo des-
pués, como una nube negra que cubría gran parte de
la llanura. A medida que se aproximaban, se veía brillar
el bronce y aparecían claramente las lanzas y las filas
9 de los soldados. Había jinetes con blancas corazas en
el ala izquierda de los enemigos. Se decía que Tisa-
fernes estaba al frente de ellos. A continuación estaban



los portadores de escudos de mimbre[57] y, después,
hoplitas con escudos de madera que les llegaban hasta
los pies. Éstos se decía que eran egipcios[58]. A continua-
ción seguían otros cuerpos de caballería y, además,
arqueros. Todos éstos, agrupados por pueblos, y cada
pueblo marchaba en formación de cuadro, densa de
hombres. Delante de ellos, a mucha distancia unos de 10
otros, iban los carros llamados portadores de hoces.
Tenían las hoces extendidas a partir de los ejes hacia
un lado y situadas bajo los asientos mirando al suelo
para cortar todo lo que encontraran. Su intención era
precipitarlos contra las formaciones griegas y destro-
zarlas. Sin embargo, lo que Ciro les había dicho cuan- 11
do convocó a los griegos y les animó a soportar el gri-
terío de los bárbaros sin temor, resultó falso. No con
griterío, sino con el mayor silencio posible y tranquili-
dad, avanzaban con lentitud en correcta formación.

En este momento, Ciro que recorría a caballo per- 12
sonalmente las formaciones, junto con Pigres, el intér-
prete, y otros tres o cuatro, gritaba a Clearco que con-
dujera su ejército contra el centro de los enemigos,
porque allí se encontraba el Rey. «Si vencemos en este
lugar —dijo— está todo hecho.» Clearco, sin embargo, 13
al ver el centro de la columna y al oír decir a Ciro que
el Rey estaba fuera del ala izquierda del ejército griego
—pues el ejército del Rey era tan superior en número,
que su centro rebasaba el ala izquierda de Ciro—, no
quiso separar del río el ala derecha por temor a ser
envuelto por ambos lados y respondió a Ciro que él
se preocuparía de que las cosas fueran bien. Mientras 14

[57] Tropas ligeras parecidas a los peltastas griegos y que van armadas con un pequeño escudo rectangular, recubierto de cuero. Este escudo, clavado en el suelo, protegía al soldado mientras disparaba flechas.

[58] Se trata, probablemente, de los egipcios establecidos en Persia por Ciro el Viejo. Cf. *Ciropedia* VII 1, 45.

tanto, el ejército bárbaro avanzaba en línea recta, y el
griego todavía permanecía en el mismo lugar y conti-
nuaba formándose con los hombres que seguían lle-
gando.

Ciro, al pasar a caballo a cierta distancia de sus
tropas, miraba a ambos lados dirigiendo los ojos a los
15 enemigos y a los amigos. Al verle, desde el ejército
griego, Jenofonte de Atenas azuzó a su caballo al en-
cuentro de Ciro y le preguntó si quería transmitir
alguna orden. Se detuvo éste y le dijo y ordenó comu-
nicar a todos que los sacrificios eran favorables y que
16 las entrañas de las víctimas lo eran también. Mientras
decía esto, oyó un alboroto que recorría las formacio-
nes y preguntó qué era aquel alboroto. Jenofonte le
contestó: «La consigna que llega por segunda vez.» Se
sorprendió de que alguien la hubiera dado y quiso sa-
ber cuál era ésta. Contestó Jenofonte: «Zeus salvador y
17 Victoria.» Ciro, después de oírla, dijo: «La acepto, y
así sea.» Dicho esto, regresó a su puesto.

Ya no separaban a las dos falanges entre sí más de
tres o cuatro estadios, cuando los griegos entonaron el
peán [59] y empezaron a avanzar contra los enemigos.
18 Como en su avance una parte de la falange rompió la
línea, los que se quedaron atrás empezaron a correr.
Al mismo tiempo, entonaron el grito de guerra al uní-
sono, como acostumbraban a hacerlo en honor de Enia-
lio [60], y todos corrieron a la vez. Dicen algunos que
también golpearon sus lanzas contra sus escudos para
19 asustar a los caballos. Antes de llegar a tiro de arco, los
bárbaros dieron media vuelta y huyeron. Entonces los
griegos los perseguían con todas sus fuerzas y se gri-
taban unos a otros que no corrieran precipitadamente,

[59] Canto de guerra de los griegos; en su origen era un himno en honor de Apolo o Artemis.

[60] Sobrenombre de Ares, dios de la guerra.



sino que los persiguieran en orden. Los carros eran 20
arrastrados, ya entre los mismos enemigos, ya por las
filas de los griegos, sin conductores. Cuando los veían
venir, los griegos abrían su formación. Hubo también
alguno que, desconcertado como en un hipódromo, fue
cogido, pero ni siquiera sufrió daño, dijeron, ni tam-
poco ningún otro griego en esta batalla, excepto en el
ala izquierda que decían que uno fue alcanzado por una
flecha.

Ciro, al ver que los griegos se imponían a los que 21
estaban frente a ellos, y los perseguían, a pesar de su
satisfacción y de que la gente de su séquito le saluda-
ban como si fuera Rey, ni siquiera en estas circunstan-
cias se dejó arrastrar a la persecución, sino que, mante-
niendo compacta la formación de seiscientos jinetes
junto a él, prestaba atención a lo que haría el Rey.
Sabía que él ocupaba el centro del ejército persa. To- 22
dos los jefes bárbaros se colocan en el centro de los
ejércitos que mandan, en la convicción de que así gozan
de la mayor seguridad, si sus fuerzas están a ambos
lados, y, si desean transmitir alguna orden, se entera
el ejército ⟨en⟩ la mitad de tiempo. El Rey, que ocupa- 23
ba entonces el centro de su ejército, rebasaba, sin em-
bargo, el ala izquierda de Ciro. Como nadie le pre-
sentaba batalla frontalmente ni tampoco a los hombres
situados delante de él, mandó a éstos dar un giro como
para envolver a los griegos.

Entonces, Ciro, temiendo que, situado detrás, destro- 24
zara al ejército griego, avanza a caballo de frente.
Cargando con los seiscientos jinetes vence a las tropas
alineadas delante del Rey y pone en fuga a los seis mil,
y dice que mató con su propia mano a Artagerses su
jefe. Cuando se produjo la derrota, se dispersaron tam- 25
bién los seiscientos hombres de Ciro lanzándose a la
persecución, excepto muy pocos que se quedaron a su
lado, casi todos de los llamados «compañeros de mesa».

26 Estando con éstos, ve al Rey y la columna que lo escoltaba. Al instante, sin poder contenerse gritó: «Veo al hombre», mientras se lanza contra él, y lo golpea en el pecho, y lo hiere a través de la coraza según afirma el médico Ctesias[61] (que) dice también haberle curado él en persona la herida.

27 Mientras atacaba al Rey, uno le lanzó con gran ímpetu una flecha que le penetró por debajo del ojo. Y allí trabaron pelea el Rey, Ciro y los acompañantes de ambos cada uno en defensa de su jefe. Ctesias cuenta cuántos murieron de los del Rey, pues él estaba cerca. En el bando contrario murió el mismo Ciro y los ocho mejores hombres de su séquito yacían sobre su cadá-
28 ver. Se dice que Artapates —el más leal servidor entre los portacetros—, cuando vio a Ciro caído, saltando de
29 su caballo se precipitó sobre él. Unos dicen que el Rey ordenó a uno que lo degollara sobre Ciro, otros, que habiendo desenvainado su sable, se quitó la vida degollándose. Pues tenía un sable de oro y llevaba también un collar, brazaletes y los demás objetos que llevan los nobles persas. Había sido considerado con gran estima por Ciro debido a su benevolencia y fidelidad.

9 Así murió Ciro, el hombre más apto para reinar y el más digno de gobernar entre los persas que sucedieron a Ciro el Viejo[62], según han reconocido todos los
2 que parece que le conocieron de cerca. Ya, siendo todavía niño, cuando era educado en compañía de su hermano y de los demás niños, se le consideraba el mejor
3 de todos en todo. Todos los hijos de los nobles persas

[61] Ctesias de Cnido, médico de Parisátide. Escribió 23 libros de *Persicá*, base de la *Vida de Artajerjes* de Plutarco.

[62] El retrato de Ciro que Jenofonte hace en la *Anábasis* tiene muchos puntos en común con el de Ciro el Viejo, fundador del imperio persa de la *Ciropedia* VII 2.



son educados en las Puertas[63] del Rey, donde se puede aprender mucha moderación y no es posible oír ni ver nada vergonzoso. Allí los niños conocen de vista o de 4
oídas a los que son honrados por el Rey y a otros que han caído en su desgracia, de modo que, desde su primera niñez aprenden a mandar y a obedecer. Enton- 5
ces Ciro parecía ser el más respetuoso de los de su edad y obedecía mejor a los ancianos que sus compañeros de condición inferior. Luego fue muy aficionado a los caballos y un excelente jinete. Lo consideraban también en la instrucción para la guerra y en el manejo del arco y de la jabalina como el más dispuesto a aprender y a practicar. Cuando tuvo la edad adecuada se aficio- 6
nó mucho a la caza y, en verdad, fue el más arriesgado ante las fieras. Un día lo atacó una osa y no huyó, sino que abalanzándose contra ella cayó del caballo y sufrió diversas heridas, cuyas cicatrices conservaba, pero por último la mató. Sin embargo, al primero que acudió en su ayuda le colmó de favores.

Cuando fue enviado por su padre como sátrapa de 7
Lidia, de la gran Frigia y de Capadocia y fue nombrado estratego de todas las fuerzas que habían de reunirse en la llanura de Castolo, demostró que lo que tenía en mayor estima era, ante todo, el mantener su palabra si firmaba una tregua, hacía un pacto o una promesa. Por 8
consiguiente, confiaban en él las ciudades que le eran encomendadas y también los hombres. Si alguno fue enemigo suyo, después de haber pactado con él, tenía la seguridad de que nada sufriría contra lo pactado. Así, pues, cuando entró en guerra con Tisafernes, todas 9
las ciudades de manera espontánea prefirieron a Ciro en vez de a Tisafernes, excepto los milesios que lo temían porque no quería abandonar a los desterrados.

[63] Recinto, previo a la residencia real, destinado a los jóvenes que recibían instrucción para ocupar altos cargos.

10 Y, en efecto, les demostró de obra y de palabra que
jamás los abandonaría, una vez que fue su amigo, ni
aunque fuesen todavía inferiores en número y sus cosas
fueran peor.
11 Era evidente también que, si alguien le hacía algún
bien o algún mal, se esforzaba en superarle. Y algunos
contaban de él que deseaba vivir suficiente tiempo
para superar a los que le hacían bien y a los que le
hacían mal, correspondiendo en la misma forma.
12 En efecto, muchísimos desearon confiarle, sólo a él
entre los hombres de nuestro tiempo, sus bienes,
13 sus ciudades y sus cuerpos. Sin embargo, nadie po-
dría decir que permitía a los malhechores e injustos
burlarse de él, sino que los castigaba sin contem-
placiones. Con frecuencia se podían ver en los cami-
nos transitados hombres mutilados de pies, manos y
ojos. De manera que en los dominios de Ciro, tanto el
griego como el bárbaro, que no eran delincuentes, po-
dían circular sin miedo por donde quisiesen, llevando
lo que fuera conveniente.
14 Era un hecho reconocido que honraba de manera
especial a los valientes en la guerra. En primer lugar
sostuvo una guerra contra los pisidas y los misios. Él
en persona dirigía la expedición militar contra estas
regiones; a los que veía que espontáneamente afronta-
ban el peligro los hacía gobernadores del país que so-
metía y, luego, los distinguía con otras recompensas.
15 Por tanto, era claro que consideraba justo que los
valerosos fueran muy felices y los cobardes esclavos de
éstos. Por ello había abundancia de hombres que que-
rían por él afrontar el peligro, cuando creían que Ciro
16 iba a enterarse. En cuanto a la justicia, si veía a alguno
que quería destacarse en este sentido, procuraba por
todos los medios hacerlo más rico que a los codicio-
sos que se valían de la injusticia en su propio provecho.
17 Administraba con justicia muchas y diversas cosas y



tuvo un verdadero ejército, porque los estrategos y
capitanes que se dirigieron por mar a su encuentro
para conseguir dinero, comprendieron que era más
ventajoso el estar a bien con Ciro, que su sueldo men-
sual. Ciertamente, si alguien le prestaba una valiosa 18
colaboración en la tarea por él encomendada, nunca a
nadie dejó de recompensar su celo. Por tanto, se dijo
que Ciro tuvo los mejores colaboradores en toda em-
presa.
Si veía que uno era hábil administrador con proce- 19
dimientos justos y que organizaba el país al frente del
cual estaba y conseguía ingresos, nunca lo destituía,
sino que siempre incrementaba sus atribuciones. De
manera que no sólo trabajaban con gusto, sino que se
procuraban ganancias sin riesgo y no ocultaban a Ciro
lo que habían adquirido. Estaba claro que no sentía
envidia de los que se enriquecían ostensiblemente, pero
trataba de aprovecharse de los bienes de quienes los
ocultaban.
A cuantos eran sus amigos, sabía demostrarles afec- 20
to y, a los que consideraba eficaces colaboradores en la
tarea que quería llevar a término, sabía como nadie
colmarlos de atenciones, según se muestran todos de
acuerdo. Ésta era la razón por la que creía necesitar 21
amigos, para tener colaboradores, y él mismo intentaba
ser el mejor colaborador de sus amigos, desde el mo-
mento en que se daba cuenta de los deseos de cada
uno. Ningún hombre, pienso, recibió mayor número de 22
presentes por múltiples razones, como tampoco nadie
mejor que él los distribuía entre los amigos, a tenor
de la manera de ser de cada uno y de las necesidades
más acuciantes que veía. De cuantos regalos le envia- 23
ban para su persona, bien para la guerra, bien para su
propio adorno, decían que él afirmaba, acerca de éstos,
que no podría adornarse con todos ellos y que consi-
deraba el mejor adorno para un hombre unos amigos

24 bien engalanados. El hecho de que superara grande-
mente a sus amigos en hacer favores no tiene nada de
extraño, puesto que también era él el más poderoso;
pero el aventajarlos en atenciones y en afán por darles
gusto, esto es en lo que a mí me parece admirable.
25 Con frecuencia, Ciro les enviaba jarros de vino medio
llenos cuando lo recibía muy dulce, diciendo que des-
de hacía mucho tiempo no había caído en sus manos
un vino tan agradable como ése. «Te lo envía Ciro y
te pide que lo bebas hoy en compañía de los que más
26 quieras.» A menudo enviaba medias ocas, medios pa-
nes y otros comestibles, ordenando al que los llevaba
que dijera: «Esto le gustó a Ciro. Por tanto, quiere que
27 tú también lo pruebes.» Cuando el forraje era muy
escaso, pero él podía procurárselo por el número y el
celo de sus servidores lo repartía entre sus amigos y
les ordenaba que alimentaran con este forraje a los ca-
ballos que ellos montaban, para que éstos llevaran a
28 sus amigos estando saciados. Si alguna vez iba de via-
je y muchas personas podían verlo, llamaba a sus ami-
gos y hablaba con ellos de asuntos importantes para
poner de relieve a quienes honraba.

Por consiguiente, a tenor de lo que he oído decir,
juzgo que nadie ha sido amado por más personas ni
29 entre los griegos ni entre los bárbaros. Y una prueba
de ello aquí está: de Ciro que era un súbdito, nadie
se pasó al ejército del Rey, sólo Orontas lo intentó. Y
el Rey pronto descubrió que aquel a quien consideraba
más leal era mejor amigo de Ciro que de él mismo.
Pasáronse muchos del partido del Rey al de Ciro, cuan-
do se declararon enemigos entre ambos, y, aun a pe-
sar de ser éstos los más amados por el Rey, considera-
ban que, siendo valientes al lado de Ciro, obtendrían
30 recompensa más valiosa que junto al Rey. También lo
que aconteció a su muerte fue una gran prueba de que
él era valiente y de que era capaz de distinguir con



acierto a los leales, fieles y dignos de confianza. A su 31
muerte, todos sus amigos y compañeros de mesa mu-
rieron combatiendo por Ciro, excepto Arieo, que se ha-
llaba alineado en el ala izquieda al frente de la caballe-
ría. Cuando se enteró de que Ciro había caído, empren-
dió la huida y, con él, todo el ejército que dirigía.

Allí mismo cortaron la cabeza y la mano derecha de 10
Ciro [64]. El Rey [y su séquito] en la persecución cayeron
sobre el campamento de Ciro. Arieo y los suyos ya no
se mantuvieron firmes, sino que huyeron a través de
su propio campamento en dirección al lugar de donde
habían partido, que estaba, según se decía, a cuatro
parasangas de camino. El Rey y los suyos se entregaron 2
a un pillaje total y capturaron, además, a la focense [65],
concubina de Ciro, que tenía fama de ser sabia y
bella. Pero la milesia [que era más joven], capturada 3
por los hombres del Rey, logró escapar medio desnuda
y acercarse a los griegos que hacían guardia en los ba-
gajes, los cuales, habiéndoles hecho frente a los saquea-
dores, dieron muerte a muchos, pero murieron también
algunos de los suyos. Con todo, no huyeron, sino que a
ésta la salvaron, y a todas las personas y cosas que
estuvieron bajo su defensa también las salvaron.

Entonces, el Rey y los griegos se encontraron a una 4
distancia de unos treinta estadios, los unos, persiguien-
do a los que tenían enfrente [como vencedores absolu-
tos], los otros, saqueando como si hubiesen obtenido
ya una victoria total. Cuando las griegos se dieron 5
cuenta de que el Rey con su ejército estaban entre los
bagajes y, a su vez, el Rey oyó decir a Tisafernes que
los griegos habían vencido a los que tenían delante y
que continuaban en su persecución, entonces el Rey

---

[64] Sobre la muerte de Ciro. Cf. PLUTARCO, *Artajerjes* XVII.
[65] De nombre Mirto, aunque Ciro la llamaba Aspacia. Cf. PLUTARCO, *Artajerjes* XXVI.

reunió a sus tropas y las dispuso en orden de batalla,
y Clearco, llamando a Próxeno, pues estaba muy cerca,
deliberaba si enviarían un destacamento o se dirigirían
6 todos a defender el campamento. En este momento
también estaba claro que el Rey pretendía atacar de
nuevo, al parecer, por detrás. Los griegos dieron media
vuelta y se prepararon para recibirle por si atacaba
por allí. Pero el Rey no condujo el ejército por allí,
sino que volvió por donde había rebasado el ala iz-
quierda, recogiendo a los que se habían pasado a los
griegos durante la batalla y a Tisafernes y sus hom-
7 bres. Porque en el primer encuentro no huyó Tisafer-
nes, sino que cruzó siguiendo el curso del río por entre
los peltastas griegos. Sin embargo, al cruzar, no mató
a nadie, mientras que los griegos, separándose, los
golpeaban y herían con darlos. Epístenes de Anfípolis
estaba al frente de los peltastas y se decía que actuó
con sensatez.

8 Por consiguiente, Tisafernes, al ver que llevaba la
peor parte, se aparta, pero no retrocede, sino que se
dirige al campamento de los griegos y allí se encuentra
con el Rey, y después de disponer ambos de nuevo las
9 tropas en orden de combate se ponen en marcha. Cuan-
do estuvieron frente al ala izquierda de los griegos,
temieron los griegos que les atacaran de flanco y que,
envolviéndolos por ambos lados, los destrozaran. Deci-
dieron entonces desplegar el ala y dejar el río a su es-
10 palda. Mientras deliberaban esto, el Rey, cambiando
hacia la misma posición, colocó en frente la falange,
de la misma manera que trabó combate por primera
vez. Cuando vieron los griegos que estaban los enemi-
gos cerca y dispuestos en orden de batalla, de nuevo
entonaron el peán y se lanzaron con mucho más cora-
11 je todavía que antes. Los bárbaros, por su parte, no los
esperaron, sino que huyeron desde una distancia ma-
yor que la primera vez. Los griegos los persiguieron



hasta una aldea. Aquí se detuvieron los griegos, pues 12
había una colina que dominaba la aldea, sobre la cual
el Rey y sus tropas habían dado media vuelta. No ha-
bía soldados de a pie, pero la colina estaba llena de
jinetes, de manera que no se podía conocer lo que
estaba ocurriendo. Decían ver la enseña real: una espe-
cie de águila de oro, con las alas desplegadas, en la pun-
ta de una lanza. Cuando los griegos se dirigieron a este 13
lugar abandonaron también los jinetes la colina, pero
no agrupados, sino unos por un lado y otros por otro.
Y la colina quedó desprovista de jinetes. Al fin, todos
se retiraron. Clearco no subió a la colina, sino que de- 14
tuvo su ejército al pie de la misma, y envió a Licio de
Siracusa y a otro a la cima, con la orden de que ins-
peccionaran lo que había arriba y que se lo notificaran.
Licio avanzó a caballo y, después de examinar el terre- 15
no, le comunicó que los enemigos huían a galope.
Cuando esto ocurría, era, más o menos, la hora en que
el sol se ponía.

Entonces los griegos se detuvieron y deponiendo las 16
armas descansaban. Al mismo tiempo se extrañaban de
que Ciro no apareciera por ninguna parte ni nadie se
presentara de su parte, pues no sabían que él había
muerto, sino que pensaban que continuaba en la perse-
cución de los enemigos o que se había adelantado a
tomar una posición. Deliberaban ellos si quedarse allí 17
y traer los bagajes o regresar al campamento. Acorda-
ron regresar y llegaron a las tiendas a la hora de cenar.
Así acabó aquel día. Encuentran la mayor parte de sus 18
cosas saqueadas, así como lo que había de comer y de
beber, y los carros llenos de harina y de vino que Ciro
había preparado para repartirlo entre los griegos si
algún día sorprendía una extrema necesidad al ejército
—había cuatrocientos carros, según decían— que tam-
bién los habían saqueados éstos entonces las tropas del

19 Rey. De modo que la mayor parte de los griegos se quedaron sin cenar, y estaban también sin almorzar, pues antes de detenerse para almorzar se presentó el Rey. Así, pues, pasaron aquella noche.

# LIBRO II

**Se divulga la noticia de la muerte de Ciro. El Rey exige entregar las armas. Negativa de Clearco. Alianza de los griegos con Arieo. Entrevista Clearco-Tisafernes. Se concluye una tregua. Los griegos desconfían de Arieo y de Tisafernes. Los expedicionarios reanudan la marcha. Traición de Tisafernes. Retrato de Clearco, Menón, Agias y Sócrates.**

[Cómo Ciro reclutó el ejército griego cuando em- 1
prendió la expedición militar contra su hermano Artajerjes, todo lo que aconteció en la marcha hacia el interior, cómo se desarrolló la batalla, cómo murió Ciro y cómo los griegos, después de su llegada al campamento, durmieron, creyendo que habían conseguido una victoria total y que Ciro seguía con vida, en el libro anterior ha sido expuesto][66].

Al amanecer, los estrategos se reunieron y les sor- 2
prendía que Ciro no les enviara a nadie para indicarles lo que había que hacer y que tampoco él se personara. En estas circunstancias, decidieron recoger los bagajes que tenían, tomar las armas y seguir adelante hasta encontrarse con Ciro. Estando ya en marcha, a la sali- 3
da del sol, llegó Procles, gobernador de Teutrania[67], des-

---

[66] Resumen del libro I, que no corresponde a Jenofonte. Se trata de una interpolación debida al editor que dividió la obra en siete libros.

[67] Región situada entre Misia y Lidia. Pérgamo era su capital.

cendiente de Damarato[68] de Laconia, y Glus, hijo de Tamo. Decían éstos que Ciro había muerto y que Arieo había huido con los demás bárbaros en la etapa de donde habían partido el día anterior, y les mandaba decir que les esperaban aquel día, si pensaban ir, pero que al día siguiente, añadía, regresaba a Jonia de donde había
4 venido. Enterados de estas noticias los estrategos y al informarse los demás griegos, con dificultad lo soportaron. Y Clearco les dijo: «¡Ojalá Ciro siguiera con vida!, pero, puesto que ha muerto, anunciad a Arieo que hemos vencido al Rey, y que, como veis, nadie ya nos ofrece resistencia, y que, si vosotros no hubieseis venido, habríamos reemprendido la marcha contra el Rey. Comuniquemos a Arieo que, si viene aquí, se sentará en el trono real, pues corresponde gobernar a los
5 que vencen en combate.» Dicho esto, despide a los mensajeros y, con ellos, a Quirísofo de Laconia y a Menón de Tesalia. Menón, a petición propia, pues era amigo
6 y huésped de Arieo. Partieron éstos, pero Clearco se quedó. El ejército se procuraba víveres como podía de las acémilas, matando bueyes y asnos. Utilizaban como leña, adelantándose un poco fuera de la falange donde tuvo lugar la batalla, las numerosas flechas que había, las que los griegos obligaban a los desertores del Rey a arrojar, los escudos de mimbre y los de madera de los egipcios. Había también muchos escudos ligeros y carros abandonados. De todo ello se sirvieron para cocer la carne que comieron durante aquel día.

7 Era ya el momento en que el mercado está lleno, y llegan de parte del Rey y de Tisafernes unos heraldos, todos ellos bárbaros, excepto uno que era griego, Falino, que estaba con Tisafernes y era bien considerado

[68] Rey de Esparta que, expulsado de Tracia por Cleómenes, se había refugiado en la corte de Darío. Cf. HERÓDOTO, V 75, VI 51, 61-70; VII 3, 101 y sigs.




porque se hacía pasar por un experto en táctica y en el manejo de las armas[69]. Éstos se acercaron y llamaron 8
a los jefes griegos para decirles que el Rey ordenaba a los griegos —puesto que era vencedor y había dado muerte a Ciro— entregar las armas y acudir a las puertas del Rey para tratar de obtener un trato favorable.
Esto dijeron los heraldos del Rey. Con disgusto lo es- 9
cucharon los griegos, pero, con todo, Clearco dijo tan sólo que no correspondía a los vencedores entregar las armas. Y añadió: «Vosotros, estrategos, dadles la respuesta que consideréis más oportuna y mejor. Yo regresaré en seguida.» Pues uno de sus servidores lo llamó para que viera las entrañas extraídas a las víctimas, porque estaban precisamente ofreciendo sacrificios.

Entonces respondió Cleanor de Arcadia —que era el 10
más anciano— que ellos preferían morir a entregar las armas. Próxeno de Tebas dijo: «Yo, Falino, me pregunto con sorpresa si el Rey pide las armas como vencedor o como prueba de amistad. Si es como vencedor, ¿por qué es preciso que él las pida y no viene a cogerlas? Y si quiere obtenerlas convenciéndonos amistosamente, que diga qué recompensa tendrán los soldados,
si acceden a esto.» A lo que contestó Falino: «El Rey 11
se considera vencedor, porque ha dado muerte a Ciro. Pues, ¿quién hay que le dispute el poder? Además, considera que vosotros le pertenecéis, porque os tiene en el corazón de su propio país y entre ríos no vadeables, y puede lanzar contra vosotros una multitud tal de hombres, que, aunque se os presentara la ocasión, no
seríais capaces de matarlos.» A continuación de éste, 12

[69] Profesionales que adiestraban a los soldados en el manejo de las armas durante las campañas del ejército. Cf. PLATÓN, *Laques* 181c y sigs.; *Ciropedia* I, 6, 17 y sigs.

Teopompo[70] de Atenas dijo: «Falino, ahora, como ves,
nosotros ningún otro bien tenemos a no ser las armas
y el valor. Por consiguiente, teniendo armas creemos
que podríamos hacer uso también del valor, pero si las
entregamos podríamos perder, además, la vida. No
creáis, por tanto, que los únicos bienes que tenemos os
los entregaremos, sino que, con éstos y para conseguir
13 los vuestros, lucharemos.» Al oír esto, Falino se rió y
dijo: «Pareces un filósofo, jovencito, y lo que dices no
deja de tener gracia[71]. Sin embargo, has de saber que
estás loco si imaginas que vuestro valor podría impo-
14 nerse al poder del Rey.» Dicen que otros que empeza-
ban a flaquear afirmaron que si fueron leales a Ciro
podrían ser también de inestimable ayuda para el Rey,
si quería ser su amigo y emplearlos en cualquier otra
empresa, tal vez en una expedición contra Egipto[72]
para ayudarle a someterlo.

15 En este momento llegó Clearco y preguntó si ha-
bían dado ya la respuesta. Falino, interrumpiendo, dijo:
«Éstos, Clearco, cada uno dice una cosa, pero dinos tú
16 qué piensas.» Él contestó: «Yo, Falino, te he visto con
agrado e imagino que también todos los demás, porque
tú eres griego y nosotros, todos los que ves, lo somos.
En estas circunstancias te pedimos consejo sobre qué
17 debemos hacer a tenor de tus propuestas. Tú, por con-
siguiente, en nombre de los dioses, aconséjanos lo que
te parezca más oportuno y mejor, cosa que te honrará
en el futuro, siempre que se diga que Falino, envia-
do un día de parte del Rey para invitar a los griegos a

[70] Única alusión en toda la obra a este personaje. Algunos comentaristas afirman que se trata del mismo Jenofonte. Sin embargo, no todos coinciden en esta apreciación.

[71] Expresión homérica, *Odisea* VIII 236.

[72] Egipto se había librado de la dominación persa bajo el reinado de Psamético (414). Los Persas pretendían subyugarlo de nuevo.



que entregaran las armas, participando en sus delibera-
ciones, les dio tal consejo. Y sabes que necesariamente
se dirá en Grecia el consejo que tú hayas dado. Clear- 18
co le insinuaba esto con el propósito de que el mismo
enviado del Rey les aconsejara no entregar las armas
para que los griegos estuvieran más esperanzados. Pero 19
Falino eludió el tema y, contra lo que el otro esperaba,
dijo: «Yo, si tenéis una sola esperanza entre diez mil
de salvaros haciendo la guerra al Rey, os aconsejo no
entregar las armas. Pero si realmente ninguna esperan-
za de salvación os queda yendo contra la voluntad del
Rey, os aconsejo que os salvéis como sea posible.» A 20
lo cual respondió Clearco: «Ésta es tu propuesta. Anún-
ciales de nuestra parte lo que nosotros pensamos. Si
fuera preciso hacernos amigos del Rey, seríamos amigos
más valiosos conservando las armas que entregándolas
a otro y, si fuera preciso hacer la guerra, la haríamos
mejor conservando las armas que entregándolas a
otro». Falino contestó: «Esto comunicaremos. Pero 21
también me ordenó el Rey que os dijera que si os que-
dabais aquí tendríais tregua, pero que si avanzáis o
retrocedéis significará la guerra. Decid, pues, sobre este
punto si permaneceréis y hay tregua, o si anuncio de
vuestra parte que entramos en guerra.» Clearco dijo: 22
«Pues bien, anuncia que en este punto también nos-
otros somos del mismo parecer que el Rey.» «¿Qué
significa esto?», dijo Falino. Contestó Clearco: «Si per-
manecemos, tregua, si retrocedemos o avanzamos, gue-
rra.» Preguntó de nuevo aquél: «¿Anuncio tregua o 23
guerra?» Y Clearco contestó de nuevo en los mismos
términos: «Tregua, si permanecemos; si retrocedemos
o avanzamos, guerra.» Pero lo que tenía intención de
hacer no lo manifestaba.

Falino y sus acompañantes se fueron. De los que 2
habían ido a ver a Arieo volvieron Procles y Quirísofo.

Menón se quedó con Arieo. Decían éstos que Arieo sos-
tenía que había muchos persas superiores a él que no
le tolerarían como rey. «Sin embargo, si queréis retira-
ros con él os exhorta a ir esta noche y si no, que
2 mañana al amanecer, dice, partirá.» Clearco dijo: «Con-
viene actuar tal como decís, si vamos; pero si no,
proceded como creáis más conveniente para vosotros.»
Pero lo que proyectaba hacer tampoco a éstos se lo
dijo.
3 Después de esto, cuando el sol ya se ponía, convocó
a los estrategos y capitanes y les habló en estos tér-
minos: «Compañeros, mientras ofrecía sacrificios para
ir contra el Rey, las víctimas no resultaban favorables.
Y era natural que no lo fueran, porque según acaban
de informarme, entre nosotros y el Rey se encuentra el
Tigris, río navegable que no podríamos cruzar sin bar-
cos, y barcos no tenemos. Permanecer aquí tampoco
es posible porque no podemos obtener víveres. En cam-
bio, las víctimas eran muy favorables para reunirnos
4 con los amigos de Ciro. Así, pues, es necesario actuar
de este modo: ahora nos separamos y que cada uno
cene lo que tenga. Cuando, mediante el cuerno, se dé
la señal de descansar, recoged los bagajes. A la segunda
señal, cargadlos en las acémilas. A la tercera, seguid al
guía situando las acémilas del lado del río y la gente
5 armada por la parte de fuera.» Oído esto, los estrategos
y capitanes se retiraron y así actuaron. A partir de
entonces, éste mandaba y los demás obedecían, no por
haberlo elegido, sino porque veían que era el único con
la sensatez requerida para ser jefe y los demás eran
6 inexpertos. [El cómputo del camino que recorrieron
desde Éfeso de Jonia hasta la batalla sumaba noventa y
y tres etapas, quinientas treinta y cinco parasangas y
dieciséis mil cincuenta estadios. Desde el campo de



batalla hasta Babilonia se decía que había trescientos
sesenta estadios][73].
Desde allí, cuando oscureció, Miltócites de Tracia, 7
con los jinetes que lo acompañaban, unos cuarenta, y
con unos trescientos soldados de infantería tracios,
desertaron al bando del Rey.
Clearco iba al frente del resto del ejército, de acuer- 8
do con las órdenes transmitidas, y los soldados le se-
guían. Llegaron en la primera etapa a encontrarse con
Arieo y su ejército hacia medianoche. Acamparon sin
perder la formación y los estrategos y capitanes grie-
gos fueron a reunirse con Arieo. Los griegos, Arieo y los
más destacados de sus acompañantes juraron que no
se traicionarían los unos a los otros y serían aliados.
Y los bárbaros, por su parte, juraron que les guiarían 9
sin engaño. Hicieron estos juramentos después de
haber degollado un toro, un jabalí y un carnero en un
escudo: los griegos, sumergiendo en la sangre una espa-
da y los bárbaros, una lanza.
Sellados los compromisos de fidelidad, Clearco dijo: 10
«Ea, pues, Arieo, puesto que el trayecto para nosotros
y para vosotros es el mismo, di que opinión tienes
acerca del camino a seguir, si regresamos por el camino
que vinimos o crees conocer otro mejor.» Arieo con- 11
testó: «Si volviéramos por el camino que vinimos,
necesariamente moriríamos de hambre, pues ahora no
tenemos provisiones de ningún tipo. Durante las dieci-
siete etapas últimas, al venir aquí, no pudimos coger
nada del país, y si algo había por allí, a nuestro paso
lo consumimos. Ahora pensamos recorrer un camino
más largo, pero en el que no nos faltarán provisiones.
»Debemos hacer las primeras etapas tan largas como 12
podamos para alejarnos lo más posible del ejército,

[73] Interpolación. Jenofonte partió de Sardes, y no de Éfeso.
Estos datos proceden, posiblemente, de la *Anábasis* de Soféneto.

pues aunque sólo nos distanciemos de él dos o tres días
de camino, ya no hay miedo de que pueda el Rey
darnos alcance. Con pocos efectivos no se atreverá a
perseguirnos y con una expedición numerosa no podrá
avanzar con rapidez. Tal vez, incluso, tendrá escasez
de víveres. Ésta es, dijo, mi opinión particular.»
13 Esta estrategia no pretendía otra cosa que esquivar
al Rey o huir, pero el azar fue mejor guía. Cuando llegó
el día se pusieron en camino teniendo el sol a la dere-
cha, pensando que llegarían con la puesta del sol a
unas aldeas de la región de Babilonia. Y en esto no se
14 equivocaron. Todavía en la tarde creyeron ver unos
jinetes enemigos. Y los griegos que en ese momento
no se encontraban en las formaciones corrieron a ellas;
Arieo (marchaba él entonces en carro porque estaba
herido) saltó a tierra y se vistió la coraza, y lo mismo
15 hicieron sus acompañantes. Mientras se armaban, lle-
garon los vigías enviados en avanzadilla diciendo que
no se trataba de jinetes sino de acémilas que pacían.
En seguida comprendieron todos que en algún lugar
próximo tenía su campamento el Rey, pues se veía
humo en unas aldeas, no lejos.
16 Pero Clearco no avanzó contra los enemigos, pues
sabía que los soldados estaban agotados y en ayunas,
y además era ya tarde. No obstante, tampoco desvió
la ruta, tomando la precaución de que no pareciera que
huía, sino que, conduciendo a sus tropas en línea recta,
a la puesta del sol, con los soldados de vanguardia
acampó en las aldeas más próximas, de donde el ejér-
cito del Rey había robado incluso la madera de las
17 casas. Con todo, los primeros consiguieron acampar
de algún modo, pero los últimos que llegaron de noche,
acamparon cada uno como pudo e hicieron un gran
griterío llamándose unos a otros, de manera que inclu-
so los enemigos podían oírlo. Prueba de ello fue que
los enemigos situados más cerca huyeron de sus tien-



das. Y esto pudo comprobarse al día siguiente, pues 18
no se vio ya ninguna acémila, ni campamento, ni humo
en ningún lugar próximo. Se asustó, según parece, in-
cluso el Rey, con el avance del ejército. Y lo demostró
con su actuación al día siguiente.
En el transcurso de aquella noche, el miedo tam- 19
bién invadió a los griegos y se produjo alboroto y
estrépito, como es natural que surja cuando cunde el
miedo. Clearco ordenó a Tólmides de Élide, que se 20
hallaba a su lado y era el mejor heraldo de su tiempo,
que hiciera silencio y pregonara que «los jefes declaran
que quien denuncie al que soltó el asno en el campa-
mento, recibirá un talento de recompensa». Hecha esta
proclama, comprendieron los soldados que el miedo
no tenía razón de ser y que los jefes estaban a salvo.
Al amanecer, Clearco transmitió la orden a los griegos
de que formaran en armas en el mismo orden en que
estaban cuando se produjo la batalla.
Lo que escribí de que el Rey se asustó con este 3
avance era evidente. El día anterior envió una emba-
jada con la orden de entregar las armas, mientras que
a la salida del sol les envió heraldos para negociar
una tregua. Cuando éstos llegaron a los vigías de van- 2
guardia preguntaron por los jefes. Una vez que los cen-
tinelas transmitieron la orden, Clearco que se hallaba
entonces revistando las formaciones, les dijo que orde-
naran a los heraldos esperar hasta que tuviese un rato
libre. Cuando hubo dispuesto el ejército de manera 3
que la falange compacta tuviera un aspecto magnífico
por todas partes y que a nadie se viera desprovisto de
las armas, mandó llamar a los mensajeros y él mismo
se adelantó acompañado de sus soldados mejor arma-
dos y de mejor aspecto, y a los demás estrategos les
invitó a seguir su ejemplo. Cuando estuvo al lado de 4
los mensajeros, les preguntó qué querían. Ellos dijeron
que venían para concertar una tregua y que tenían

capacidad para transmitir las propuestas reales a los
5 griegos y las de los griegos al Rey. Respondió Clear-
co: «Pues bien, anunciadle que en primer lugar debe-
mos luchar, pues no tenemos almuerzo y no hay quien
se atreva a hablar a los griegos de concertar treguas
6 sin haber suministrado almuerzo.» Al oír estas palabras
los enviados se fueron y volvieron muy pronto. Por lo
que era manifiesto que estaba en un lugar próximo el
Rey o algún otro al que le había encomendado estas
negociaciones. Decían que parecían razonables al Rey
las propuestas y que venían acompañados de guías que,
de firmarse la tregua, los conducirían a un lugar don-
7 de encontrarían víveres. Preguntó Clearco si la tregua
sería sólo para los que iban y venían a negociarla o
también para los demás. «Para todos, dijeron, hasta
8 que vuestras propuestas se transmitan al Rey.» Una
vez que hubieron hablado, Clearco los despidió y cele-
bró consejo. Pareció oportuno concluir la tregua cuan-
to antes y con tranquilidad ir a buscar los víveres y
9 cogerlos. Clearco dijo: «También yo estoy de acuerdo
con esto, pero no voy a anunciarlo en seguida, sino que
dejaré transcurrir un tiempo, hasta que los mensajeros
teman que no aceptamos concluir la tregua. Sin em-
bargo, añadió, creo que nuestros soldados sentirán el
mismo temor.» Cuando consideró que era el momento
oportuno, declaró que accedía a la tregua y ordenó que
los guiaran sin demora al lugar de los víveres.
10 Y, así, los heraldos emprendieron la marcha condu-
ciendo la expedición. Aunque Clearco se ponía en cami-
no, después de haber pactado las treguas, llevaba el
ejército en orden de batalla y él en persona iba en la
retaguardia. Se encontraron con fosos y canales llenos
de agua hasta el extremo de que no podían cruzarlos
sin puentes. No obstante, hicieron unos vados con las
palmeras que encontraron caídas y con otras que cor-
11 taron. Entonces pudo comprobarse cómo Clearco ejer-



cía el mando, llevando en la mano izquierda la lanza y
en la derecha un bastón. Y si le parecía que alguno de
los aplicados a esta tarea era perezoso, lo sacaba apar-
te y le daba los golpes que merecía; al propio tiempo,
él mismo se ponía manos a la obra metiéndose en el
barro de modo que hubiera sido vergonzoso no cola-
borar con él en los esfuerzos. Habían sido designados 12
para esta misión los que tenían treinta años, pero
cuando vieron que Clearco trabajaba afanosamente se
sumaron también los de más edad. Clearco ponía mu- 13
cho mayor empeño sospechando que no siempre esta-
ban tan llenos de agua los fosos, pues no era época de
regar la llanura. Suponía que el rey había soltado el
agua para que el camino se presentara a los griegos
lleno de obstáculos.

En su avance, llegaron a unas aldeas donde los guías 14
les comunicaron que podían coger provisiones. Existía
allí abundancia de trigo, de vino de palmeras y de
una bebida ácida sacada también de las palmeras me-
diante cocción. También se daban los frutos propios 15
de las palmeras semejantes a los que pueden verse en
Grecia que reservaban para los criados; y otros, que
se guardaban para los señores, escogidos por lo extra-
ordinario de su belleza y de su tamaño. Su aspecto no
era diferente del ámbar; y muchos, que, secándolos,
los guardaban como golosinas. Era también un fruto
agradable acompañando a la bebida, pero producía dolor
de cabeza. Y entonces, por primera vez, los soldados 16
comieron la yema de palmera, y la mayoría se extra-
ñaba de su forma y de su agradable sabor. Pero tam-
bién les causaba tremendos dolores de cabeza. La pal-
mera de la que se extraía la yema se secaba entera.

Aquí permanecieron tres días. De parte del gran 17
Rey se presentó Tisafernes, el hermano de la mujer del
Rey y otros tres persas. Numerosos esclavos iban con
ellos. Cuando salieron a su encuentro los estrategos

griegos, habló, en primer lugar, Tisafernes por medio
18 de un intérprete en estos términos: «Yo, griegos, habito en un país vecino a Grecia y cuando os vi sumidos en numerosas e insalvables dificultades, consideré hallazgo feliz poder pedir al Rey que me concediera devolveros a Grecia sanos y salvos, porque pienso que no me faltaría vuestro agradecimiento ni el de toda Grecia.
19 Con esta convicción hice la petición al Rey, diciéndole que con justicia me haría este favor porque fui el primero en anunciarle que Ciro emprendía una expedición militar contra él y, al mismo tiempo que se lo notificaba, llegué con refuerzos para ayudarle. Y fui el único entre los alineados frente a los griegos que no emprendí la huida, sino que atravesé vuestras filas y me reuní con el Rey en vuestro campamento, a donde él había llegado, una vez que dio muerte a Ciro y persiguió a los bárbaros que lo acompañaban junto con éstos que están presentes ahora conmigo, que, precisa-
20 mente, son sus hombres más leales. Sobre estas razones me prometió deliberar. Pero me ordenó que viniera a preguntaros por qué motivo emprendisteis la expedición contra él. Os aconsejo que respondáis con moderación, para que me resulte más fácil, si puedo, conseguir de él un beneficio para vosotros.»

21 Después de estas palabras los griegos se retiraron a deliberar y respondieron tomando la palabra Clearco: «Nosotros no nos unimos para hacer la guerra al Rey ni tampoco hacíamos la expedición contra el Rey, sino que Ciro encontraba muchos pretextos, como tú bien sabes, para cogeros a vosotros desprevenidos y condu-
22 cirnos a nosotros aquí. Pero cuando vimos que él se hallaba ya en situación difícil, sentimos vergüenza ante los dioses y ante los hombres de traicionarlo, dado que
23 antes nosotros aceptábamos sus favores. Pero, puesto que Ciro ha muerto, no nos oponemos al poder del Rey ni hay razón para que nosotros queramos saquear su



país ni tampoco queremos matarlo. Sólo pretendemos volver a nuestra patria sin que nadie nos moleste. No obstante, si se nos causa daño intentaremos defendernos con la ayuda de los dioses. Por el contrario, si alguien está dispuesto a favorecernos, no nos quedaremos atrás en darle el mismo trato en la medida de nuestras posi-
bilidades.» Así habló Clearco. Tisafernes, después de 24
oírle, dijo: «Esto comunicaré al Rey y volveré con su respuesta. Mientras yo regreso, que se mantengan las treguas. Nosotros os proporcionaremos mercado.»

Al día siguiente no volvió, de modo que los griegos 25
estaban preocupados. Pero al tercer día llegó diciendo que había obtenido del Rey la salvación de los griegos, aunque muchos se oponían alegando que no era propio de un Rey dejar en libertad a los que lucharon contra
él. Y acabó diciendo: «Ahora os es posible recibir de 26
nuestra parte la seguridad de que el territorio por donde paséis será vuestro amigo y que regresaréis a Grecia sin engaño, proporcionándoos mercado. Y cuando no os sea posible comprar os permitiremos que toméis del país los víveres necesarios.» Habéis de jurar 27
por vuestra parte, que marcharéis, en efecto, como a través de una tierra amiga, sin causar daño, tomando comida y bebida sólo cuando no os proporcionemos mercado. Pero si os lo ofrecemos, compraréis lo que 28
necesitéis. Esto acordaron, y Tisafernes y el hermano de la mujer del Rey juraron y tendieron su mano derecha a los estrategos y capitanes griegos y recibieron la de los griegos. Después de esto, dijo Tisafernes: 29
«Ahora iré a ver al Rey y, cuando haya terminado lo que tengo que hacer, regresaré con los bagajes dispuestos para conduciros de nuevo a Grecia y regresar yo mismo a mi provincia.»

Después de esto aguardaron a Tisafernes los griegos 4
y Arico, que habían acampado los unos cerca de los otros, más de veinte días. Entretanto llegan a visitar a

Arieo sus hermanos y los demás parientes. También comparecieron algunos persas para ver a los que se encontraban con él. Estos visitantes los tranquilizaban e, incluso, llevaban para algunos, en nombre del Rey, la promesa de que no pensaba guardarles rencor por haber acompañado a Ciro en la expedición ni por nada
2 de lo pasado. Mientras esto acontecía, era evidente que Arieo y los suyos prestaban menos atención a los griegos, de manera que a causa de esta actitud la mayor parte de los griegos no estaban contentos, sino que se acercaban a Clearco y a los demás estrategos y les de-
3 cían: «¿Qué esperamos? ¿Acaso no sabemos que el Rey no regatearía ningún esfuerzo para aniquilarnos, a fin de que los demás griegos tuvieran miedo de emprender una expedición militar contra el gran Rey? Ahora nos sugiere que nos quedemos aquí porque su ejército está disperso, pero en cuanto lo haya reunido de nuevo,
4 podemos tener la seguridad de que nos atacará. Tal vez está excavando algún foso o levantando murallas en alguna parte para hacernos inaccesible el camino. Porque jamás consentirá, al menos por voluntad propia, que nosotros regresemos a Grecia y anunciemos que nosotros, siendo tan pocos, vencimos al Rey a las puertas de su palacio y nos retiramos después de
5 habernos burlado de él.» Clearco respondió a los que decían esto: «También yo me hago todas esas reflexiones, pero pienso que si ahora nos vamos, daremos la impresión de que partimos en son de guerra y de que transgredimos las treguas. Luego, en primer lugar, nadie nos ofrecerá mercado ni tampoco un lugar de donde aprovisionarnos. Además, ningún guía tendremos. Y en el preciso momento que hiciéramos esto, al instante Arieo nos abandonaría, de modo que ningún amigo nos quedará y los que antes lo eran se con-
6 vertirán en enemigos. Si hemos de cruzar algún otro río, no lo sé, pero sí sabemos que el Eufrates es impo-



sible cruzarlo si los enemigos lo impiden. Además, si hay que combatir, carecemos de jinetes aliados, mientras que los enemigos disponen de muchísimos jinetes y muy buenos. En consecuencia, si vencemos, ¿a quién podríamos matar?, y si somos derrotados, nadie podría salvarse. Así, pues, yo, respecto al Rey, que tiene tan 7
gran número de aliados, si desea acabar con nosotros, no sé qué necesidad tiene de prestar juramentos, ni de darnos seguridad y perjurar poniendo por testigos a los dioses, ni de hacer su palabra sospechosa para griegos y bárbaros.» Y muchas otras argumentaciones semejantes añadía Clearco.

En este momento llegó Tisafernes con sus efectivos 8
como para regresar a su casa y Orontas con los suyos. Llevaba también a la hija del Rey con la que estaba casado. Desde allí mismo, teniendo como guía a Tisa- 9
fernes que les proporcionaba mercado, partieron. También partió Arieo con el ejército bárbaro de Ciro. Iba con Tisafernes y Orontas, y acampaba con ellos. Los 10
griegos, que miraban con desconfianza a éstos, avanzaban por su cuenta, con sus guías. Acampaban siempre dejando una distancia entre sí de una parasanga e, incluso, más. Se vigilaban unos a otros como si fueran enemigos y, de inmediato, esto motivó sospechas. A 11
veces también, al reunirse en un mismo lugar, cuando salían en busca de leña, forraje y otras cosas semejantes, se golpeaban entre sí, con lo que se incrementaba el odio.

Después de haber recorrido tres etapas, llegaron a 12
la llamada muralla de Media[74] y la atravesaron. Estaba construida con ladrillos cocidos asentados en asfalto; tenía veinte pies de ancho y cien de altura. Se decía que su extensión era de veinte parasangas, y no

[74] Aunque se ignora su posición exacta, ha sido situada por algunos autores a lo largo del río Tigris.

13 distaba mucho de Babilonia. Desde allí recorrieron
en dos etapas ocho parasangas y cruzaron dos canales,
uno sobre un puente fijo y el otro sobre un puente ten-
dido con siete barcas unidas. Estos canales procedían
del río Tigris. Y de éstos se habían abierto unas ace-
quias horadando la tierra que se extendía sobre la lla-
nura. Las primeras eran grandes, las siguientes más
pequeñas, y al final había pequeñas acequias, como en
Grecia, para el cultivo de la zahína.
Y llegan al río Tigris. Cerca de éste había una ciu-
dad grande y muy poblada denominada Sítaca que
14 distaba del río quince estadios. Los griegos acamparon
junto a él cerca de un grande y hermoso parque lleno
de toda clase de árboles. Los bárbaros atravesaron el
río, pero no se les podía ver.
15 Después de la cena se hallaban paseando frente al
campamento Próxeno y Jenofonte. Se acercó un hom-
bre y preguntó a los centinelas de vanguardia dónde
podría ver a Próxeno o a Clearco. No buscaba a Menón,
a pesar de que venía de parte de Arieo, huésped de
16 Menón. Cuando Próxeno dijo: «Yo soy el que buscas»,
el hombre dijo esto: «Me enviaron Arieo y Artaozo que
fueron leales a Ciro y están bien dispuestos hacia
vosotros. Y os piden que vigiléis, no vaya a ser que los
bárbaros os ataquen por la noche, pues hay un nume-
17 roso ejército en el parque cercano. Os exhortan tam-
bién a enviar una guardia junto al puente del río Ti-
gris, puesto que Tisafernes pretende cortarlo por la
noche, si puede, para que no lo atraveséis y quedéis
18 atrapados entre el río y el canal.» Después de haber
oído estas informaciones, lo conducen a presencia de
Clearco y le indican lo que dice. Clearco, al oírlo, se
inquietó mucho y sentía temor.
19 Entonces un joven [75] de los que estaban allí conclu-
yó, previa reflexión, que no era coherente atacar y

[75] Opinan algunos comentaristas que se trata de Jenofonte.



destruir el puente. «Pues es evidente que, si atacan, o
vencerán, o serán vencidos. Si, en efecto, vencen, ¿qué
necesidad tienen de cortar el puente? Pues, aunque
existieran muchos puentes tampoco tendríamos dónde
huir para salvarnos. Y si nosotros vencemos, destruido 20
el puente, no podrán escapar a ningún sitio. Ni tam-
poco a ellos, aun teniendo muchos efectivos al otro
lado, nadie podrá socorrerlos sin el puente.»
Después de haber oído estas reflexiones, Clearco 21
preguntó al mensajero cuánto terreno había entre el
Tigris y el canal. Contestó éste que mucho y que había
también aldeas y ciudades, muchas y grandes. Entonces 22
se llegó a la conclusión de que los bárbaros habían
enviado como espía a este hombre, por temor a que
los griegos cortaran el puente y se quedaran en la isla
cercada de un lado por el Tigris y del otro, por el canal,
disponiendo de los víveres del territorio situado en me-
dio, ya que era amplio y fértil y había en él gente para
cultivarlo. Y, además, podría convertirse también en
refugio, si alguien quisiera hacer daño al Rey.
Después de esto, se acostaron. Pero, a pesar de todo, 23
enviaron una guardia al puente. Ni los atacó nadie por
ningún lado ni se acercó al puente ningún enemigo
según los guardianes notificaron. Al amanecer, cruza- 24
ron el puente, tendido con treinta y siete barcas uni-
das, con las máximas precauciones posibles, pues algu-
nos griegos del bando de Tisafernes les notificaron que
al cruzar el río iban a atacarles. Sin embargo, la noti-
cia resultó falsa. Pero al cruzar, apareció Glus con
otros, observando si cruzaban el río. En cuanto lo vio,
se alejó.
Desde el Tigris recorrieron, en cuatro etapas, veinte 25
parasangas hasta el río Fisco, de un pletro de ancho,
y sobre él había un puente. Aquí había una gran ciu-

dad habitada, denominada Opis[76]. Cerca de ésta, se encontró con los griegos el hermano bastardo de Ciro y Artajerjes procedente de Susa y Ecbatana al frente de un numeroso ejército para socorrer al Rey. Mandó detener a su ejército mientras contemplaba el paso de
26 los griegos. Clearco conducía a sus tropas de dos en fondo y marchaba deteniéndose de vez en cuando. Cada vez que la vanguardia del ejército se detenía era necesario que se detuviera el ejército en su totalidad, de manera que incluso a los mismos griegos les dio la impresión de que era mucho más numeroso, y el Persa
27 al contemplarlo se quedó sorprendido. Desde allí recorrieron a través de la Media, en seis etapas desérticas, treinta y seis parasangas hasta las aldeas de Parisátide, madre de Ciro y del Rey. Tisafernes, por burlarse de Ciro, permitió a los griegos que las saquearan, con la excepción de hacer esclavos. Había allí trigo en abundancia, ganado y otras muchas cosas.

28 Desde allí recorrieron, en cuatro etapas desérticas, veinte parasangas con el Tigris a su izquierda. En la primera etapa, al otro lado del río, había una ciudad grande y opulenta, denominada Cenas, desde la que los bárbaros cruzaron el río con balsas de cuero y les trajeron pan, queso y vino.

5 Después de esto llegan al río Zapatas[77], de cuatro pletros de ancho. Aquí permanecieron tres días; en el transcurso de éstos seguían los recelos, pero ninguna
2 conspiración abierta se manifestaba. Creyó, entonces, oportuno Clearco entrevistarse con Tisafernes y, si podía, poner fin a los recelos antes de provocar una guerra. Envió un emisario para decirle que necesitaba
3 entrevistarse con él. Tisafernes le exhorta a ir de inmediato.

[76] Ciudad situada a 200 estadios del Eufrates, según afirma Eratóstenes (Estrabón, II 80).

[77] Afluente del Tigris, hoy Gran Zab.



Una vez que estuvieron reunidos, Clearco le dijo: «Yo sé, Tisafernes, que nos hemos juramentado y nos hemos dado las manos como garantía de que no nos causaríamos daño. Sin embargo, veo que tú estás vigilando[78] como si nosotros fuéramos enemigos, y nosotros, al verlo, procedemos de modo semejante. Y 4
puesto que, al examinarlo, no puedo descubrir que tú intentes causarnos daño y yo sé, con seguridad, que tampoco nosotros pretendemos nada semejante, me parece oportuno entablar conversaciones contigo, para disipar, si pudiéramos, la desconfianza mutua. Porque 5
sé que se han dado casos de hombres, unos por calumnia, otros incluso por recelo, que, atemorizados, queriendo tomar la iniciativa antes de sufrir las consecuencias, causaron daños irreparables a quienes ni tenían intención ni querían hacer nada semejante. Así, 6
pues, considerando que tales equívocos se desvanecen, sobre todo, mediante conversaciones, vengo y quiero demostrar que tú desconfías de nosotros sin razón. Ante todo y sobre todo los juramentos ante los dioses 7
nos impiden ser enemigos. Al que conscientemente se ha olvidado de ellos, jamás yo podría considerarle feliz. Porque yo no sé a qué velocidad alguien huyendo podría evitar la guerra con los dioses, ni a qué tinieblas se retiraría, ni qué fortaleza le serviría de asilo. En todas partes, todo está sometido a los dioses y a todos por igual los dioses dominan. Así pienso acerca de los 8
dioses y de los juramentos con los que haciendo un trato establecimos nuestra amistad. Y con respecto a lo humano, yo creo que en el momento presente tú eres para nosotros el mayor bien. Porque contigo todo 9
camino está expedito, todo río es franqueable y no

[78] El término griego *éphedron* designa al atleta que espera «sentado» su turno para competir con el vencedor, cuando el número de luchadores es impar. Cf. Luciano, *Hermótimo* 40.

tenemos escasez de víveres. Sin ti, en cambio, todo camino discurre a través de tinieblas, porque lo desconocemos. Todo río es difícil de cruzar, toda multitud nos infunde miedo y más temible es aún la soledad,
10 pues está llena de numerosas privaciones. Y si, enloquecidos, te matáramos, ¿haríamos otra cosa que dar muerte a nuestro bienhechor para luchar contra el Rey, el más peligroso adversario? De cuántos y de qué tipo de esperanzas me privaría, si intentara hacerte
11 algún daño, te lo explicaré. Yo deseé que Ciro fuera mi amigo porque lo consideraba entre los de su tiempo el más apto para hacer bien a quien quisiera. Y ahora veo que tú tienes el poder y el territorio de Ciro y que conservas tu provincia, mientras que las fuerzas del Rey las que eran enemigas de Ciro son también tus
12 aliadas. En estas circunstancias, ¿quién es tan loco que no quiera ser tu amigo? Pero, además, te diré en qué baso mis esperanzas de que también tú querrás
13 ser nuestro amigo. Sé que los misios os resultan molestos y pienso que con las fuerzas presentes podría reducirlos a vuestro dominio. Sé también que os pasa lo mismo con los písidas, y conozco que se comportan así otros muchos pueblos a los cuales pienso que podría hacerles desistir de perturbar siempre vuestra felicidad. Respecto a los egipcios, con los que me doy cuenta de que ahora estáis muy irritados, no veo qué fuerza aliada mejor que la mía podríais utilizar para
14 castigarlos. Pero, además, de los que habitan alrededor si tú quisieras ser amigo de alguno, lo serías como el más poderoso, y si alguien te molestara, podrías comportarte como señor teniéndonos a nosotros como servidores que no sólo por el sueldo estaríamos a tu servicio, sino también por la gratitud que con justicia te
15 tendríamos por haber sido salvados por ti. Al considerar todo esto, me parece tan sorprendente el hecho de que tú desconfíes de nosotros, que con muchísimo



gusto escucharía quién es el que tan hábilmente hablando consiguió convencerte de que nosotros conspiramos contra ti.» Éstas fueron las palabras de Clearco.
Y Tisafernes le contestó así: «Me complace, Clearco, 16
oír tus sensatas palabras. Porque estoy de acuerdo con ellas. Si tramaras algún mal contra mí, me parece que al mismo tiempo serías malvado contigo mismo. Y para que te des cuenta de que tampoco vosotros tendríais razón en desconfiar ni del Rey ni de mí escucha
mi respuesta. Si quisiéramos aniquilaros, ¿crees que 17
no tenemos una multitud de jinetes, de infantería o de armamento con lo que seríamos capaces de haceros daño, sin riesgo de que pudierais devolvérnoslo?
¿Crees que no encontraríamos lugares adecuados para 18
atacaros? ¿No veis cuántas llanuras, que vosotros recorréis con muchas dificultades a pesar de ser amigas, y cuántas montañas debéis pasar que nosotros podemos ocupar de antemano y cerraros el paso? Y hay tantos ríos en los que podríamos nosotros determinar con cuántos queremos luchar de vosotros, e incluso entre ellos hay algunos que de ningún modo podríais cruzar,
si nosotros no os los pasáramos. Si no tuviéramos éxito 19
con todos esos medios, el fuego sin duda es más poderoso que el fruto de la tierra, fruto que nosotros podríamos quemar para enfrentaros con el hambre, contra la que por muy valientes que fuerais, no podríais
combatir. ¿Cómo, pues, disponiendo de tantos recur- 20
sos para haceros la guerra, y ninguno de ellos peligroso para nosotros, iríamos a escoger el único método que es impío ante los dioses, el único que es vergon-
zoso ante los hombres? Sólo aquellos que carecen 21
totalmente de recursos y de medios y están apremiados por la necesidad y, además, son malvados, son los que quieren conseguir un objetivo violando los juramentos hechos ante los dioses y la palabra dada a los hombres. Nosotros, Clearco, no somos tan insensatos ni

22 tan estúpidos. Pero ¿por qué siéndonos posible aniqui-
laros no lo hemos intentado? Pues bien, sabrás que la
causa de esto es mi deseo de ser digno de confianza
para los griegos y de regresar poderoso por haberme
ganado, a causa de mis favores, a estas tropas extran-
jeras con las que Ciro vino fiándose de ellas sólo por
23 la soldada. Respecto a qué cosas puede serme útil vues-
tra ayuda, algunas las has indicado tú, pero la más
importante la sé yo: pues sólo al Rey es lícito llevar
la tiara derecha en la cabeza, pero en el corazón, con
vuestra presencia, posiblemente también otro podría
llevarla fácilmente.» [79].
24 Después de haber pronunciado estas palabras, pa-
reció a Clearco que decía la verdad, y respondió. «¿No
merecen sufrir la pena máxima, dijo, quienes, dado
que tenemos tales motivos de amistad, intentan por
25 medio de calumnias hacernos enemigos? Yo, al menos,
dijo Tisafernes, si queréis venir conmigo vosotros, los
estrategos y los capitanes, os señalaré abiertamente a
los que dicen que tú conspiras contra mí y contra mi
26 ejército.» «Yo, dijo Clearco, los conduciré todos ante
ti y, por mi parte, te manifestaré de dónde proceden
27 mis noticias sobre ti.» Después de estas palabras, Ti-
safernes, en prueba de amistad, le animó a quedarse
entonces y le hizo partícipe de su cena. Al día siguiente,
Clearco regresó al campamento y era evidente que
estaba convencido de tener relaciones amistosas con
Tisafernes y comunicó lo que éste le había dicho. Dijo
también que debían ir a visitar a Tisafernes aquellos
a los que había invitado, y que los griegos que fuesen
convictos de calumnia deberían ser castigados como
culpables de traición y de mala voluntad hacia los
28 griegos. Sospechaba que el calumniador era Menón,

[79] Tisafernes adula a los griegos para que no desconfíen de él. Así le será mucho más fácil aniquilarlos.



porque sabía que había tenido relaciones con Tisafer-
nes en compañía de Arieo y que formaba un partido
contra él y conspiraba para ganarse todo el ejército y
ser amigo de Tisafernes. Clearco también quería ga- 29
narse la opinión de todo el ejército y librarse de los
que le molestaban. Algunos soldados le replicaron di-
ciendo que no fueran todos los capitanes y estrategos
y que no confiaran en Tisafernes. Clearco se esforzó 30
con gran ahínco, hasta que consiguió que fueran cinco
estrategos y veinte capitanes; los acompañaron, como
si fueran en busca de provisiones, unos doscientos
soldados.
Cuando estuvieron a las puertas de Tisafernes, los 31
estrategos fueron llamados para entrar: Próxeno de
Beocia, Menón de Tesalia, Agias de Arcadia, Clearco
de Laconia y Sócrates de Acaya. Los capitanes aguarda-
ban en las puertas. No mucho después, a la misma 32
señal, los del interior fueron hechos prisioneros y los
de fuera abatidos a golpes. Después de esto, algunos
jinetes bárbaros hicieron incursiones por la llanura y
dieron muerte a todo griego que encontraban, esclavo
o libre. Los griegos al ver la carrera de caballos desde 33
el campamento estaban perplejos y no acertaban a en-
tender qué hacían, hasta que llegó Nicarco de Arcadia
huyendo, herido en el vientre y sosteniendo los intes-
tinos con las manos. Explicó lo que había ocurrido.
Seguidamente los griegos corrieron todos en busca de 34
las armas, llenos de confusión y creyendo que de inme-
diato llegarían al campamento. Pero no vinieron todos, 35
sino Arieo, Artaozo y Mitrádates, que eran los más
leales a Ciro. El intérprete de los griegos dijo que veía
también al hermano de Tisafernes con ellos y que los
reconocía; con ellos venían también unos trescientos
persas revestidos de corazas. Éstos, cuando estuvieron 36
cerca, ordenaron que si había algún estratego o capitán
griego, que se acercara para anunciarles el mensaje

37 del Rey. Después de esto, salieron tomando precaucio-
nes los estrategos griegos Cleanor el Orcomenio y
Soféneto de Estinfalia y, con ellos, Jenofonte de Atenas,
para enterarse de lo ocurrido con Próxeno. Quirísofo
se hallaba en ese momento ausente, en una aldea junto
38 con otros en busca de provisiones. Cuando estuvieron
a una distancia en la que la voz podía oírse, Arieo dijo
esto: «Griegos, Clearco, puesto que ha confesado ser
perjuro y romper las treguas, tiene su castigo y
está muerto. Próxeno y Menón, que denunciaron su
conspiración, reciben grandes honores. A vosotros el
Rey os reclama las armas, pues afirma que son suyas,
39 porque pertenecían a Ciro su vasallo.» A estas pala-
bras contestaron los griegos, y era su portavoz Clea-
nor, el orcomenio: «¡Oh Arieo, el más cobarde de los
hombres, y todos los demás que erais amigos de Ciro,
¿no sentís vergüenza ante los dioses ni ante los hom-
bres de que, después de habernos jurado que tendría-
mos los mismos amigos y enemigos, nos traicionáis,
con Tisafernes, el más impío y malvado de los hom-
bres, y después de haber dado muerte a los mismos
con quienes habíais hecho los juramentos y de haber-
nos hecho traición, venís contra nosotros con nuestros
40 enemigos?» Contestó Arieo: «Clearco declaró haber
conspirado contra Tisafernes, contra Orontas y contra
41 todos los que estábamos con ellos.» A esto replicó Je-
nofonte: «Pues bien, si Clearco rompió la tregua contra
los juramentos, tiene su castigo, pues es justo que
mueran los perjuros. Pero a Próxeno y Menón, puesto
que se han portado bien con vosotros y son nuestros
estrategos, enviadlos aquí. Porque es evidente que, sien-
do amigos de ambos, intentarán aconsejar lo mejor
42 tanto para vosotros como para nosotros.» A esto los
bárbaros, después de haber conversado entre sí mu-
cho tiempo, se fueron sin dar ninguna respuesta.



Los estrategos así capturados, fueron conducidos al 6
Rey y murieron decapitados. Uno de ellos, Clearco, se-
gún reconocían todos los que le trataron, era conside-
rado como un hombre de las más extremadas condicio-
nes militares y de una desmesurada afición a la guerra.
En efecto, mientras duró la guerra entre los lacedemo- 2
nios y los atenienses, permaneció allí. Pero cuando se
firmó la paz, convenció a su ciudad de que los tracios
perjudicaban a los griegos y, tras obtener como pudo
la autorización de los éforos, se hizo a la mar con la
intención de hacer la guerra a los tracios del otro lado
del Quersoneso y de Perinto. Y cuando los éforos, ha- 3
biendo cambiado de opinión, estando ya él fuera, pre-
tendieron que retornara del istmo, entonces ya no los
obedeció sino que se fue navegando rumbo al Heles-
ponto. Seguidamente fue condenado a muerte por los 4
magistrados de Esparta por insubordinación. Y, ya en
el exilio, se dirige al encuentro de Ciro. Ya ha queda-
do escrito en otro lugar de qué razones se valió para
convencer a Ciro que, finalmente, le dio diez mil dari-
cos. Los cogió Clearco, pero no se entregó a la vida 5
fácil, sino que con este dinero reclutó un ejército e
hizo la guerra a los tracios, los venció, saqueó después
su país y continuó la guerra hasta que Ciro necesitó
el ejército. Entonces volvió para hacer la guerra a su
lado. Estas acciones me parecen propias de un hombre 6
amante de la guerra, que, pudiendo vivir tranquilo sin
deshonra ni perjuicio, prefiere luchar. Pudiendo llevar
una vida fácil, prefiere el esfuerzo con tal de poder
hacer la guerra; pudiendo conservar el dinero sin ries-
gos, prefiere gastarlo haciendo la guerra. Clearco, al
igual que uno gasta en amoríos o en cualquier otro
placer, prefería gastar en la guerra. Tan amante de la
guerra era. Y parecía ser apto para ella, porque era 7
amante del riesgo, llevando de día y de noche a sus
hombres contra el enemigo, y prudente en los momen-

tos críticos, según reconocían todos los que en cual-
8 quier parte estaban con él. Se decía, además, que era
hábil en el mando, en la medida en que era posible en
un hombre de carácter como el suyo. Además era ca-
paz, como cualquier otro, de preocuparse de que su
ejército tuviera víveres y de proporcionárselos, y con-
seguía infundir en los presentes la idea de que había
9 que obedecer a Clearco. Y lo lograba por la firmeza de
su carácter. Tenía un aspecto que infundía temor y la
voz áspera; castigaba siempre con rigor y era a veces
colérico, hasta el punto de que en ocasiones se arre-
10 pentía. Castigaba por convicción, pues consideraba
que ningún provecho se obtenía de un ejército indisci-
plinado. Según contaban, él afirmaba que un soldado
debía temer más a su jefe que al enemigo, si se pre-
tendía conseguir que hiciesen las guardias con aten-
ción, que defendiesen un territorio amigo o que ata-
11 casen sin demora al enemigo. Así, pues, en los momen-
tos difíciles los soldados preferían obedecerlo precisa-
mente a él y no elegían otro jefe. Decían que su aspecto
temible aparecía entonces sereno entre los demás ros-
tros, y su severidad era firmeza contra los enemigos,
de manera que le veían como la salvación y no ya
12 como objeto de temor. Pero cuando salían del peligro
y podían pasar a las órdenes de otro, muchos lo aban-
donaban, pues no tenía atractivo y siempre era duro
y cruel, de modo que los soldados se comportaban con
13 él como los niños con el maestro. Ciertamente, nunca
tenía personas que lo siguieran por amistad o por
simpatía. Sabía hacerse obedecer sin contemplaciones
de quienes, ya por obligarlos su patria, ya por su pro-
pio interés o por otra necesidad cualquiera, se veían
14 forzados a estar bajo sus órdenes. Pero cuando empe-
zaron a vencer con él a los enemigos, había ya gran-
des razones para que se hicieran unos magníficos sol-
dados luchando a su lado. Tenían arrojo frente a los



enemigos, y el temor de ser castigados por él les hacía
disciplinados. Tales eran sus cualidades de jefe. Se de- 15
cía, sin embargo, que a duras penas aceptaba estar a
las órdenes de otros. Cuando murió tenía cincuenta
años.

Próxeno de Beocia, ya siendo adolescente, deseaba 16
llegar a ser un hombre capaz de grandes proezas. Con
este afán dio dinero a Gorgias de Leontinos [80]. Des- 17
pués de que tuvo trato con él, creyendo que ya era
apto para mandar y que, teniendo amigos importantes,
podría corresponder a los favores que le hicieran, tomó
parte en esta expedición con Ciro. Creía que iba a
conseguir en ella un gran nombre, mucho poder e innu-
merables riquezas. Pero, a pesar de que deseaba ar- 18
dientemente tantas cosas, también estaba claro que
ninguna de ellas aceptaría conseguir con injusticia,
sino que pensaba que debía obtenerlas con justicia y
con honradez, pero sin éstas no. Era capaz de man- 19
dar a hombres de categoría. Sin embargo, no podía
infundir a sus soldados ni respeto ni temor a su per-
sona, sino que incluso él sentía más respeto ante los
soldados que los subordinados ante él. También esta-
ba claro que tenía miedo de hacerse odioso a los sol-
dados más que los soldados temían desobedecerlo.
Creía que bastaba —para ser apto para mandar y pa- 20
recerlo— con alabar al que obraba bien y no elogiar al
que obraba mal. Por consiguiente, los hombres de pro
que convivían con él le tenían afecto, mientras que los
deshonestos conspiraban contra él en la idea de que
era fácil de manejar. Cuando murió tenía unos treinta
años.

---

[80] Gorgias de Leontinos (483-375), orador y maestro de retórica. No trata de enseñar la verdad, sino de inspirar confianza a los demás. Viajero incansable, recorrió Grecia dando conferencias y enseñando retórica.

21 Menón de Tesalia ponía de manifiesto que deseaba a
toda costa enriquecerse, quería mandar para obtener
más, pretendía recibir honores para incrementar sus
ganancias y buscaba la amistad de los más poderosos
22 para no recibir castigo por sus atropellos. Para conse-
guir lo que deseaba, tenía la idea de que el camino
más corto era el perjurio, la mentira y el engaño. En
su opinión la sencillez y la verdad eran lo mismo que la
23 necedad. Era evidente que a nadie amaba, y de quien
dijera que era amigo, era seguro que contra él conspi-
raba. De ningún enemigo se burlaba, pero siempre ha-
blaba en tono burlesco de todos los que convivían con
24 él. Contra los bienes de los enemigos no maquinaba,
pues creía que era difícil apoderarse de los de quie-
nes está en guardia, pero los bienes de los amigos
creía ser el único en saber que es fácil cogerlos, dado
25 que no están vigilados. A cuantos sabía que eran per-
juros y malvados, los temía, en la creencia de que esta-
ban bien armados. Sin embargo, a los piadosos y a los
que practicaban la verdad, intentaba utilizarlos como
26 si no fueran hombres. Y así como uno se enorgullece
de su piedad, de su sinceridad y de su justicia, del mis-
mo modo Menón se enorgullecía de su capacidad de
engaño, de urdir mentiras y de mofarse de los amigos.
Al que no era malvado lo consideraba ignorante. Y
cuando pretendía ser el primero en la amistad de al-
guien, pensaba que debía conseguirlo calumniando a
27 los que ya ocupaban ese puesto. Intentaba hacer a
sus soldados sumisos mediante la complicidad en sus
fechorías. Se consideraba digno de recibir honores y
de tener servidores, haciendo alarde de que podría
causarles los mayores daños, si quisiera. Si alguien
desertaba de su servicio decía que ya era un favor por
su parte el no haberlo aniquilado cuando estaba a su
28 servicio. Sobre su persona es posible equivocarse en
aspectos poco conocidos, pero lo que todos saben aquí



está: siendo todavía joven, consiguió de Aristipo que le
nombrara estratego de las tropas extranjeras. Fue ami-
go íntimo, en esta época, del bárbaro Arieo, porque a
éste le gustaban los bellos muchachos. El propio
Menón, siendo todavía imberbe, mantenía relaciones
amorosas con Taripas, que sí tenía barba. Cuando los 29
generales griegos que hicieron la expedición militar
al lado de Ciro contra el Rey fueron condenados a
muerte, él, a pesar de haber hecho lo mismo, no fue
condenado. Pero después de la muerte de los demás
estrategos fue castigado por el Rey a morir, no como
Clearco y el resto de los estrategos que fueron decapi-
tados, muerte que parece la más rápida, sino que se
dice que alcanzó la muerte viviendo torturado durante
un año, como corresponde a un malvado.

Agias de Arcadia y Sócrates de Acaya murieron tam- 30
bién. Nadie se mofó de ellos como cobardes en la
guerra, ni les censuró sus relaciones de amistad. Te-
nían ambos unos treinta y cinco años.

## LIBRO III

Abatimiento de las tropas griegas. Participación activa de Jenofonte en la marcha. Sueño de Jenofonte. Discursos. Es elegido estratego. Asamblea del ejército. Discursos de Quirísofo, Cleanor y Jenofonte. Las propuestas de Jenofonte son aceptadas. Ataques de Mitrádates y Tisafernes. Los griegos cambian el orden de marcha. El país es incendiado por los bárbaros. Los griegos se dirigen al país de los carducos ante la imposibilidad de cruzar el Tigris.

1 [Cuanto hicieron los griegos durante la expedición de Ciro hasta la batalla, y lo que sucedió después de la muerte de Ciro, al retirarse los griegos con Tisafernes durante la tregua, en el relato anterior ha sido expuesto.][81].

2 Una vez que los estrategos habían sido detenidos y que los capitanes y los soldados que les acompañaban habían sido ejecutados, en gran apuro se encontraban los griegos, creyendo que estaban a las puertas del Rey rodeados por todas partes de muchas tribus y ciudades enemigas y que ya nadie iba a ofrecerles mercado. Además distaban de Grecia no menos de diez mil estadios y ningún guía tenían para el viaje. Ríos infranqueables se interponían en el camino de regreso a la patria. Y los bárbaros que Ciro trajo consigo los habían trai-

[81] Este resumen del libro II es una interpolación debida al editor que dividió la *Anábasis* en siete libros.



cionado. Se habían quedado solos, sin tener siquiera un jinete aliado, de manera que estaba bien claro que, vencedores, a nadie matarían y, derrotados, ninguno de ellos sobreviviría. Con estas consideraciones y es- 3
tando desanimados, sólo unos pocos al atardecer probaron la comida, y algunos encendieron fuego, y la mayoría no acudieron al campamento aquella noche. Cada cual se acostaba donde buenamente le cogía la noche, no pudiendo dormir de aflicción, de nostalgia de su patria, de sus padres, de sus esposas, de sus hijos, a los que creían que no iba a volver a ver. Con esta disposición de ánimo descansaban todos.

Había en el ejército un ateniense, Jenofonte[82], que 4
los acompañaba no como estratego, ni como capitán ni como soldado, sino que Próxeno, que era su amigo desde antiguo, lo había animado a dejar su patria. Y le había prometido que, si iba, le procuraría la amistad de Ciro, cosa que él tenía para sí mismo en mayor estima que su propia patria. En efecto, Jenofonte, 5
después de leer la carta, consultó con Sócrates de Atenas a propósito del viaje. Y Sócrates —temiendo que la ciudad le pudiera reprochar a Jenofonte el convertirse en amigo de Ciro, puesto que, al parecer, Ciro había colaborado resueltamente con los lacedemonios en la guerra contra Atenas— aconseja a Jenofonte ir a Delfos a consultar al dios a propósito del viaje. Fue 6
Jenofonte y preguntó a Apolo a qué dios debía ofrecer sacrificios y plegarias para realizar, de la manera más provechosa y en óptimas condiciones, el viaje que tenía en proyecto y para volver sano, después de haber triunfado en su misión. Y le indicó Apolo los dioses a los que debía ofrecer sacrificios. Y una vez que regresó, contó 7

[82] En realidad, Jenofonte ha sido ya citado en cuatro ocasiones: I 8, 15; II 4, 15; 5, 37; 5, 41. Pero ésta es la primera ocasión en que aparece como miembro activo de la expedición.

a Sócrates el oráculo. Y éste, después de escucharlo, le
censuró que no hubiese preguntado en primer lugar
si era mejor para él, emprender el viaje o quedarse,
sino que, habiendo decidido personalmente que debía
ir, se limitara a informarse sobre la manera más pro-
vechosa de realizar el viaje. Sin embargo, dijo, ya que
has preguntado en estos términos, conviene que hagas
8 cuanto el dios te ha ordenado. Jenofonte, después de
haber ofrecido así los sacrificios a los dioses indicados
por Apolo, se hizo a la mar, y se encontró en Sardes
con Próxeno y Ciro, que estaban a punto ya de partir,
9 y entabló relaciones con Ciro. Y mientras Próxeno lo
animaba a quedarse, también Ciro se sumaba a este
deseo y le dijo que, tan pronto como terminara la
expedición, de inmediato lo devolvería a su país. Se
10 decía que la expedición era contra los pisidas. Tomaba
parte en esta expedición militar, engañado de este
modo —no por Próxeno, pues él no sabía que el ataque
fuera contra el Rey, ni tampoco ningún otro griego, a
excepción de Clearco[83]. Sin embargo, cuando llegaron
a Cilicia, parecía ya claro para todos que la expedición
era contra el Rey. Pero ya entonces, temiendo las difi-
cultades del camino y contra su voluntad, la mayoría
lo siguieron por respeto a Ciro y a los demás. Entre
éstos se encontraba también Jenofonte.
11 A causa de las dificultades existentes, compartía la
aflicción de los demás y no podía dormir. Sin embargo,
durante un momento en el que consiguió dormir, tuvo
un sueño. Le pareció que descargaba una tormenta y
que un rayo caía en la casa de su padre y que, por
12 esta causa, resplandecía toda. Muy asustado, se desper-
tó de inmediato y, por una parte, juzgaba el sueño
favorable, porque en medio de fatigas y peligros creyó

[83] Todos los jefes griegos sin excepción conocían el verdadero objetivo de Ciro. Cf. DIODORO, XIV 19, 9.



ver una gran luz procedente de Zeus. Pero si conside-
raba que el sueño procedía de Zeus como Rey, el fue-
go que brillaba alrededor suyo temía que significara
la imposibilidad de salir del territorio del Rey porque
muchos obstáculos lo impedirían. Cuál es el significado 13
de un sueño tal, es posible conocerlo por lo que suce-
dió después del sueño. Y ocurrió lo siguiente. Tan
pronto como despertó, se le ocurrió en primer lugar
esta idea: «¿Por qué estoy acostado? La noche avanza.
Y con el día es lógico que los enemigos vengan. Si
caemos en manos del Rey, ¿qué impedirá que nosotros,
después de haber visto todo lo más penoso, después
de haber sufrido todo lo más terrible, muramos igno-
miniosamente? Mas, de cómo nos defenderemos, nadie 14
se prepara ni se preocupa, sino que continuamos acos-
tados, como si pudiéramos permanecer inactivos. Por
consiguiente, respecto a mí, ¿de qué ciudad espero
que acuda el estratego que hará lo necesario?, ¿a qué
edad espero llegar? Porque yo, al menos, ya no llegaré
a viejo, si hoy me entrego al enemigo.»
A continuación se levanta y convoca primero a los 15
capitanes de Próxeno. Cuando estuvieron reunidos, dijo:
«Yo, capitanes, no puedo dormir, ni creo que tampoco
vosotros, ni puedo seguir acostado a la vista de la
situación en la que nos encontramos. Porque es evi- 16
dente que los enemigos no nos han declarado la guerra
antes de haber juzgado que sus preparativos estaban
bien dispuestos, mientras que ninguno de nosotros se
preocupa de cómo luchar con las máximas garantías de
éxito. Y, ciertamente, si cedemos y caemos en manos 17
del Rey, ¿qué pensamos que nos ocurrirá? Una perso-
na que, a su hermano, nacido de la misma madre,
incluso después de muerto, le cortó[84] la cabeza y la

[84] La mutilación de un cadáver, que, para los griegos, era un sacrilegio, no tenía este carácter entre los persas. Cf. PLUTARCO, *Artajerjes* 13.

mano y las clavó en una cruz. Y nosotros, que no tenemos ningún protector, que combatimos contra él con la intención de convertirle de Rey en esclavo y matarle si pudiéramos ¿qué pensamos que nos ocurri-
18 ría? ¿No lo intentaría todo, a fin de, tras habernos inferido los mayores ultrajes, infundir miedo a todos los hombres para que nunca emprendieran una expedi-
19 ción militar contra él? Pues bien, para no caer en sus manos hay que intentarlo todo. Yo, en efecto, mientras se mantenía la tregua, nunca cesaba de compadecernos y de felicitar al Rey y a los suyos, al contemplar la inmensidad y calidad de su tierra, sus abundantes recursos, la cantidad de servidores, de ganado, de oro
20 y de vestidos. Sin embargo, cuando pensaba en la situación de los soldados, faltos de todos estos bienes a no ser que los compraran —y sabía que pocos contábamos con medios para ello—, y que los juramentos nos impedían obtener los víveres de otro modo que no fuera comprándolos, tenía más miedo en aquellas ocasiones —reflexionando sobre estas cosas— que ahora
21 tengo a la guerra. Pero ya que aquéllos han roto la tregua me parece que se ha terminado también su abuso y nuestras dificultades. Porque estos bienes se hallan ya en medio[85], como premios, para los que de entre nosotros sean más valientes. Y son árbitros del certamen los dioses, que, como es natural, estarán a
22 nuestro lado. Pues ésos han perjurado contra ellos. En cambio, nosotros, a pesar de ver bienes en abundancia, nos absteníamos de ellos con firmeza, por fidelidad a los juramentos a los dioses. De manera que, a mi entender, nos es lícito ir al combate con mucha más con-
23 fianza que aquéllos. Además, tenemos cuerpos más

[85] Es decir, en medio de la arena, donde los premios en litigio estaban expuestos a los espectadores del certamen. Cf. JENOFONTE, *Ciropedia* VII 1, 13; DEMÓSTENES, IV 5.



aptos que los suyos para soportar fríos, calores y fatigas. Y contamos también con mejor disposición de espíritu, con ayuda de los dioses. Los enemigos, además, son más vulnerables y fáciles de matar que nosotros, si los dioses, como hasta ahora, nos conceden la victoria. Pero posiblemente también otros se 24
hacen las mismas reflexiones. ¡Por los dioses!, no debemos esperar a que vengan otros a invitarnos a gestas hermosísimas, sino empecemos nosotros a incitar también a los demás al valor. Demostrad que sois los mejores capitanes y más dignos de ser estrategos que los propios estrategos. Y yo, si queréis emprender 25
esta iniciativa, estoy dispuesto a seguiros. Pero si me ordenáis que os guíe, de ninguna manera pongo como pretexto la edad, sino que incluso considero que estoy en plenitud de condiciones para apartar los peligros que acechen.» Eso fue lo que dijo. Y los jefes, después 26
de oírlo, todos le pidieron que tomara el mando, excepto un tal Apolónides que hablaba beocio. Este dijo que decía tonterías todo el que afirmara que se podría conseguir la salvación de otro modo que no fuera convenciendo al Rey, si se podía, y al mismo tiempo empezaba a enumerar las dificultades. Pero Je- 27
nofonte le interrumpió y dijo así: «¡Singularísimo hombre! Tú no comprendes nada ante la evidencia, ni recuerdas lo que oyes. Sin embargo, estabas presente igual que éstos cuando el Rey, después de la muerte de Ciro, orgulloso por este hecho, nos transmitió la orden de entregar las armas. Y puesto que nos- 28
otros no las entregamos, sino que vinimos armados y acampamos a su lado, ¿qué no hizo, enviando embajadores, pidiendo treguas, suministrando víveres hasta que consiguió las treguas? Y cuando los estrategos y 29
los capitanes, como tú aconsejas, fueron a hablar con ellos sin armas, confiando en la tregua, ¿no es cierto que ahora, golpeados, fustigados, ultrajados, ni siquie-

ra pueden morirse, los desgraciados, aunque, pienso, muchos lo preferirían? Tú, a pesar de que sabes todo eso, ¿afirmas que dicen tonterías los que animan a la defensa y crees que debemos ir de nuevo a conven-
30 cerlo? A mí, compañeros, me parece que a tal sujeto no debemos admitirle entre nosotros sino degradarlo y utilizarlo como acémila. Porque este hombre deshonra a su patria y a Grecia entera, porque, siendo griego,
31 se comporta así.» Entonces tomó la palabra Agasias de Estinfalia y dijo: «Éste no pertenece en absoluto ni a Beocia ni a Grecia, porque he visto que tiene las dos orejas agujereadas como un lidio»[86]. Y así era.

32 Por consiguiente, lo expulsaron. Los demás recorrían las filas y llamaban al estratego, donde éste seguía con vida. Si había muerto, a su lugarteniente y donde
33 el capitán seguía con vida, al capitán. Cuando todos estuvieron reunidos, se sentaron en el campamento. Los reunidos sumaron, entre estrategos y capitanes, aproximadamente un centenar. Cuando esto ocurría era
34 casi medianoche. Entonces, Jerónimo de Elea, el mayor de los capitanes de Próxeno, empezó a hablar en estos términos: «Nos ha parecido oportuno, estrategos y capitanes, a la vista de la situación presente, reunirnos y convocaros para tomar, si pudiéramos, una decisión adecuada. Y tú, Jenofonte, añadió, di ahora también lo que nos dijiste a nosotros.»

35 Seguidamente, Jenofonte habla en estos términos: «Todos sabemos que el Rey y Tisafernes han apresado a cuantos de nosotros pudieron y, respecto a los demás, es evidente que conspiran para aniquilarlos, si pueden. A mi entender, al menos, debemos intentarlo todo para no caer nunca en manos de los bárbaros,
36 sino más bien que aquéllos caigan en las nuestras. Por

[86] Costumbre de ciertos pueblos del Asia Menor (frigios, lidios, etc.). Cf. JUVENAL, I 102, 5.



tanto, sabed bien que vosotros, siendo tan gran número como ahora os habéis reunido, tenéis una oportunidad excelente. Porque todos esos soldados os miran y, si os ven desanimados, todos serán cobardes. Pero si vosotros os preparáis claramente para atacar a los enemigos y animáis a los demás, sabed bien que os seguirán e intentarán imitaros. Sin duda alguna tam- 37
bién tenéis el deber de destacar sobre ellos. Pues vosotros sois estrategos; vosotros, taxiarcos y capitanes. Cuando había paz, vosotros erais superiores en dinero[87] y en honores. Cuando hay guerra, es preciso que consideréis un mérito ser más valientes que la masa, ser los primeros en deliberar y en esforzaros por ellos, si fuera preciso. Y ahora pienso que vosotros haríais 38
un gran favor al ejército si, ante todo, os preocuparais de sustituir lo más rápidamente posible a los estrategos y capitanes muertos. Porque sin jefes nada aceptable ni grande podría llevarse a cabo —por decirlo en pocas palabras— en ninguna parte, pero, sobre todo, en las acciones de guerra. Pues la disciplina supone salvación, mientras que la indisciplina ha perdido ya a muchos. Una vez que hayáis nombrado a cuantos 39
jefes sea preciso, si reunierais también a los demás soldados y los animarais, pienso que actuaríais muy oportunamente. Porque ahora, posiblemente, os dais 40
cuenta también vosotros de que han acudido a las armas con desaliento y sin ánimo también hacen las guardias. De modo que, en estas circunstancias, no sé qué se podría obtener de ellos, tanto si fueran precisos sus servicios de noche como de día. Mas si alguien cam- 41
bia su criterio, para que no piensen sólo en los sufrimientos que les esperan, sino en lo que tendrán que

[87] La paga mensual del estratego era cuatro daricos; dos, la del capitán, y uno, la del soldado (VII 6, 1). Con este dinero debían sustentarse y cubrir todas sus demás necesidades.

42 hacer, muchos estarán más animados. Sabéis también
que ni el número ni la fuerza es lo que da las victorias
en la guerra, sino que quienes, con ayuda de los dioses,
se lanzan con ánimo más resuelto contra los enemigos,
éstos, en general, no encuentran adversario que resista.
43 »Y yo en particular, compañeros, estoy convencido
de que, los que en la guerra buscan por todos los me-
dios conservar la vida, ésos por lo general mueren co-
barde y vergonzosamente, mientras que, quienes han
comprendido que la muerte es común e ineludible para
todos los hombres y luchan para morir con honor, veo
que ésos llegan frecuentemente a la vejez y, mientras
44 viven, son más felices. Es preciso también que nosotros,
habiendo aprendido esta lección, seamos valientes y
45 animemos a los demás a serlo.» Dicho esto, terminó.
A continuación, habló Quirísofo: «Hasta este momento,
Jenofonte, sólo te conocía en la medida en que había
oído decir que eras ateniense, pero ahora te elogio por
lo que dices y haces, y me gustaría que hubiera muchos
46 más como tú. Pues sería bueno para todos. Y ahora,
dijo, no aguardemos, compañeros. Salid ya y elegid
a los jefes que faltan y, una vez elegidos, venid al cen-
tro del campamento y traedlos. Luego, convocaremos
a los demás soldados. Preséntese también ante nos-
47 otros, indicó, el heraldo Tólmides.» Y al mismo tiempo
que pronunció estas palabras, se puso en pie, para
cumplir lo debido sin pérdida de tiempo. A continua-
ción, fueron elegidos los jefes: en lugar de Clearco,
Timasión de Dárdano[88]; en vez de Sócrates, Janticles
de Acaya; en lugar de Agias, Cleanor de Arcadia; en
lugar de Menón, Filesio de Acaya, y, en lugar de
Próxeno, Jenofonte de Atenas.

**2** Cuando terminó la elección, apenas despuntaba el
día. Los jefes se dirigieron al centro del campamento

[88] Ciudad de la Tróade en el Helesponto.



y decidieron poner puntos de guardia avanzados y con-
vocar a los soldados. Y, una vez que el resto de los
soldados estuvieron reunidos, se puso en pie, en pri-
mer lugar, Quirísofo de Lacedemonia y habló así:
«Soldados, difícil es la situación presente, porque he- 2
mos perdido a unos estrategos, capitanes y soldados de
cualidades por todos conocidas. Por si esto fuera poco,
Arieo y los suyos, que hasta ahora eran aliados nues-
tros, nos han traicionado. Sin embargo, es preciso, en 3
las circunstancias presentes, estar en plenitud de fuer-
zas como hombres valientes y no ceder, sino intentar
encontrar la manera de, si podemos, vencer con honor
y salvarnos. Y si no, muramos al menos con honor y
jamás estaremos sometidos, en vida, a los enemigos.
Pues pienso que nosotros sufriríamos la suerte que
ojalá los dioses reserven a los enemigos.» Después de 4
éste, Cleanor, el orcomenio, se puso en pie y dijo:
«Veis, compañeros, el perjurio del Rey y su impiedad,
veis también la infidelidad de Tisafernes, el que,
diciendo que era vecino de Grecia y que pondría su
mayor empeño en salvarnos, después de haber ratifi-
cado personalmente estas promesas mediante un jura-
mento, después de habernos estrechado la mano, ha
capturado, él mismo, a los estrategos con engaños y
no ha respetado a Zeus hospitalario. Sin tener siquie-
ra en cuenta que Clearco era su compañero de mesa,
lo engañó con esta demostración de amistad y mató a
nuestros soldados. Y Arieo, al que queríamos nombrar 5
Rey y con quien pactamos mutuas garantías de segu-
ridad, también éste, sin temer a los dioses ni respetar
a Ciro ya muerto (en vida de Ciro había recibido espe-
ciales honores), se ha pasado ahora al bando de los
peores enemigos de aquél e intenta perjudicarnos a
nosotros, los amigos de Ciro. Pero, ¡ojalá los dioses 6
les den su merecido! Y es preciso que nosotros, a la
vista de esta situación, no nos dejemos engañar nunca

más por ellos, sino que, luchando con el máximo ardor
posible, suframos la suerte que los dioses determinen.»
7 Seguidamente, se pone en pie Jenofonte, vestido con
la mejor armadura que pudo, en la creencia de que, si
los dioses le concedían la victoria, era adecuado para
el vencedor el atavío más hermoso y de que si debía mo-
rir, lo oportuno era hacerlo con aquellas galas que uno
considera el más digno vestido. Y empezó así el discur-
8 so: «Al perjurio y a la infidelidad de los bárbaros se
refiere Cleanor, pero también vosotros los conocéis,
pienso. Si, pues, queremos dirigirnos de nuevo a ellos
en plan de amistad, forzosamente debemos tener gran
desánimo, al ver qué suerte han corrido los estrategos,
los que, por confiar en ellos, se pusieron en sus manos.
Pero si pensamos aplicarles con las armas el castigo
por lo que han hecho y, en adelante, entrar en guerra
total con ellos, con la ayuda de los dioses, tenemos
9 muchas y magníficas esperanzas de salvación.» Mien-
tras decía esto, alguien estornuda [89]. Al oírlo, los solda-
dos, todos a la vez, se arrodillaron ante el dios y Jeno-
fonte dijo: «Me parece conveniente, compañeros, pues-
to que mientras nosotros hablábamos de salvación se
ha manifestado un augurio de Zeus salvador, compro-
meternos a ofrecer sacrificios a este dios, tan pronto
como lleguemos a un país amigo, y también sacrificar
a los demás dioses de acuerdo con nuestras posibili-
dades. Y el que considere esto oportuno, dijo, que le-
vante la mano.» Todos la levantaron. Acto seguido,
hicieron el voto y entonaron el peán. Y, una vez que las
obligaciones con los dioses fueron bien resueltas, reanu-
10 dó el discurso con estas palabras: «Os decía que tenía-
mos muchas y magníficas esperanzas de salvación.
Porque, en primer lugar, hemos sido fieles a los jura-

[89] Entre los griegos, el estornudo era signo de buen augurio. Cf. *Odisea* XVII 541 y sigs.



mentos contraídos con los dioses, mientras que los
enemigos han perjurado y han roto la tregua contra
los juramentos. Y siendo así, es natural que los dioses
sean contrarios a los enemigos y favorables para nos-
otros. Ellos son capaces de empequeñecer en un ins-
tante a los poderosos y de salvar con facilidad a los
desvalidos, aunque se hallen en situación angustiosa,
si se lo proponen. A continuación os recordaré tam- 11
bién los peligros de nuestros antepasados, para que
sepáis que os conviene ser valientes, y que con la ayuda
de los dioses los valientes se salvan de las más terri-
bles dificultades. Cuando los persas y sus aliados par-
tieron con un ejército numerosísimo para aniquilar
Atenas, los atenienses únicamente se atrevieron a resis-
tirles y los vencieron [90]. Y habiendo prometido a la 12
diosa Ártemis sacrificar tantas cabras como enemigos
mataran, como no podían encontrarlas en número sufi-
ciente, decidieron sacrificar anualmente quinientas y
todavía ahora las sacrifican [91]. Después, cuando Jerjes, 13
más tarde, logró reunir un innumerable ejército y se
dirigió contra Grecia, también en aquella ocasión ven-
cieron nuestros antepasados a los antepasados persas
por tierra y por mar [92]. Y como prueba de esto se pue-
den ver los trofeos, pero el testimonio más fehaciente
es la libertad de las ciudades en las que habéis nacido
y os habéis criado. Pues no os arrodilláis ante ningún

[90] Parece poco oportuna esta alusión elogiosa a los atenienses en presencia de peloponesios, poco tiempo después de haber concluido la guerra del Peloponeso.

[91] Alusión a la fiesta conmemorativa del triunfo de los griegos en Maratón. Se celebraba cada año, la segunda quincena de septiembre, en el santuario de Ártemis Agrótera, con el sacrificio de quinientas cabras. Según HERÓDOTO, VI 117, fueron 6.400 los enemigos muertos en la batalla.

[92] Alusión a las batallas de Salamina (480), Platea y Micale (479).

hombre, como dueño absoluto, sino ante los dioses.
De tales antepasados procedéis.
14 »Desde luego no quiero yo insinuar que sois motivo
de vergüenza para ellos. Al contrario, todavía no hace
muchos días que, alineados contra los descendientes de
aquéllos, vencíais, con la ayuda de los dioses, a un
15 ejército mucho más numeroso que el vuestro. Y mos-
trasteis vuestro valor cuando se trataba de elevar a
Ciro al poder. Pero ahora, cuando está en juego vues-
tra salvación, os conviene sin duda ser mucho más
16 valientes y arrojados. Por otra parte, os conviene tam-
bién ahora estar más seguros de vosotros mismos
frente a los enemigos. Porque, entonces, vosotros, que
no los conocíais y a pesar de que veíais su innumerable
multitud, os atrevisteis, con la gallardía de vuestros
padres, a atacarlos. Y ahora, cuando habéis visto que
no tienen valor para aguantar a pie firme vuestro ata-
que a pesar de doblaros en número, ¿por qué, todavía,
17 tenéis que temerlos? Tampoco penséis que estáis en
inferioridad de condiciones porque Arieo y los suyos,
alineados hasta la fecha con nosotros, ahora nos hayan
abandonado. Pues éstos todavía son más cobardes que
los derrotados por nosotros. En efecto, huyeron con
aquéllos, después de habernos abandonado. Y es prefe-
rible ver a los que quieren iniciar la huida luchando
18 con los enemigos que en nuestras filas. Si alguno de
vosotros está desanimado porque no tenemos jinetes,
mientras que los enemigos tienen muchos, pensad que
diez mil jinetes no son sino diez mil hombres. Pues
nunca nadie murió en combate, ni víctima de un mor-
disco de caballo ni de una coz. Son los hombres los
19 autores del desenlace de las batallas. Por consiguiente,
nosotros estamos sobre una base mucho más segura
que los jinetes, porque ellos están suspendidos sobre
los caballos y tienen miedo no sólo de nosotros, sino
también de caer. Mientras que nosotros, afianzados en



tierra, golpearemos con mucha fuerza, si alguien nos
ataca y los alcanzaremos mucho mejor donde quera-
mos. En un solo aspecto los jinetes nos aventajan:
pueden huir con más seguridad que nosotros[93]. Si 20
afrontáis el combate con valor, pero os afligís porque
Tisafernes ya no será vuestro guía ni el Rey os ofre-
cerá mercado, considerad si es mejor tener como guía
a Tisafernes, el cual es evidente que conspira contra
nosotros, o que mandemos guiar a los hombres que
apresemos, los cuales sabrán que, si cometen un error
con nosotros, perderán sus vidas. Y respecto a los 21
víveres, ¿es mejor comprarlos en el mercado que éstos
nos proporcionaban, en pequeñas cantidades por mucho
dinero, que ya tampoco tenemos, o cogerlos nosotros
mismos, si vencemos, en la cantidad que cada cual
quiera?
»Si comprendéis que esto es lo mejor, pero pensáis 22
que los ríos son algo infranqueables y consideráis
haber cometido un gran error al haberlos cruzado,
tened en cuenta que los bárbaros han cometido tam-
bién esta suprema tontería. Pues todos los ríos, aunque
lejos de su nacimiento son infranqueables, remontán-
dose en dirección ascendente resultan vadeables sin
mojar apenas las rodillas.
»Y si ni los ríos nos permiten pasar ni ningún guía 23
nos aparece, tampoco debemos desanimarnos por eso.
Porque sabemos que los misios, de los que no diríamos
que son más valientes que nosotros, habitan en el país
del Rey muchas ciudades prósperas y grandes. Cono-
cemos otro tanto de los pisidas. Hemos visto con nues-
tros propios ojos que los licaones, mediante el dominio

[93] Aunque, en esta ocasión, Jenofonte reste importancia al hecho de no contar con la caballería, para mantener alta la moral de las tropas, pronto (III 3, 19-20), tratará por todos los medios de organizar un cuerpo de caballería, consciente de la importancia de su intervención.

de los puntos estratégicos en las llanuras, recogen el
24 fruto de la tierra de éstos. Yo, por mi parte, diría que
nosotros no debemos poner de manifiesto todavía que
estamos ansiosos de volver a nuestro país, sino que nos
estamos preparando como para vivir aquí. Pues sé que
el Rey daría a los misios muchos guías, muchos rehenes
para garantizar su retirada, incluso les abriría un ca-
mino, aunque quisieran partir en cuadrigas. Y sé que
con nosotros lo haría tres veces más a gusto, si viera
que nosotros hacemos los preparativos para quedarnos.
25 Pero temo que, una vez aprendamos a vivir ociosos, a
pasar nuestros días en la abundancia, a tener relacio-
nes íntimas con las mujeres casadas y solteras de los
medos y de los persas, hermosas y exuberantes, olvi-
demos, como los lotófagos[94], el camino de regreso a
26 casa. Por consiguiente, me parece natural y justo, en
primer término, intentar llegar a Grecia y junto a
nuestras familias, y demostrar a los griegos que son
pobres porque quieren, ya que les es posible traer aquí
a los ciudadanos que ahora a duras penas viven allá
y verles ricos.

»Porque, compañeros, todos esos bienes es eviden-
te que pertenecen a los vencedores. Ahora debo decir
cómo podríamos emprender la marcha con la máxima
seguridad y, si hay que combatir, cómo lo podríamos
27 hacer con el máximo éxito. Pues bien, en primer lugar,
dijo, me parece oportuno quemar los carros que tene-
mos, para que nuestras yuntas no condicionen nuestra
expedición sino que sigamos el camino que más con-
venga al ejército. Luego, también quemar, al tiempo,
las tiendas porque causan molestias para transportar-
las y no son de ninguna utilidad ni para combatir ni
28 para proporcionar víveres. Más aún, eliminemos tam-
bién los demás bagajes superfluos, excepto lo que nece-

[94] Alusión a *Odisea* IX 82-104.



sitamos para la guerra, para comer o para beber, a fin
de que el mayor número posible de nosotros esté en
armas y los menos tengan que transportar bagajes.
Porque sabed que, si sois vencidos, todo irá a parar a
los enemigos, pero, si vencemos, podremos considerar
también a los enemigos acemileros nuestros.

»Me resta decir lo que precisamente considero de 29
suma importancia. Veis que los enemigos no se atre-
vieron a declararnos la guerra hasta que capturaron a
nuestros estrategos, en la creencia de que, mientras tu-
viéramos jefes y los obedeciéramos, seríamos capaces
de triunfar en la guerra. En cambio, pensaban que,
una vez apresados los jefes, nos aniquilarían debido a
la anarquía y a la indisciplina. Por consiguiente, es pre- 30
ciso que los jefes de ahora sean mucho más diligentes
que los de antes, y los subordinados mucho más disci-
plinados y obedientes a los jefes ahora que antes. Y 31
si alguien desobedece, debéis votar que el que de vos-
otros se encuentre presente allá colabore siempre con
el jefe en el castigo. De este modo, los enemigos se
sentirán muchísimo más frustrados. Porque en este
día, en vez de uno sólo, verán diez mil clearcos, que
no consentirán a nadie ser cobarde. Mas ya es hora de 32
terminar. Posiblemente los enemigos se presentarán
de inmediato. Así, pues, a quien parezca correcta esta
propuesta, ratifíquela a la mayor brevedad posible,
para ponerla en práctica. Pero si alguno tiene otra idea
mejor, que se atreva a explicarla, aunque sea un solda-
do raso. Pues todos deseamos la salvación común.»

Después de esto, Quirísofo dijo: «Si hay que añadir 33
algo más a lo dicho por Jenofonte, habrá que conside-
rarlo en seguida. Pero lo que ha dicho ahora me
parece que lo mejor es someterlo a votación con la
mayor celeridad posible. Quien esté de acuerdo que
levante la mano.» Todos la levantaron.

34 De nuevo se puso en pie Jenofonte y dijo: «Compa-
ñeros, escuchad esta nueva propuesta. Es evidente que
debemos encaminarnos a donde tengamos víveres, y
tengo entendido que hay aldeas hermosas a no más
35 de veinte estadios de distancia. Pues bien, no me extra-
ñaría que los enemigos, a la manera que los perros
cobardes persiguen y muerden, si pueden, a los que
pasan, pero huyen de los que los atacan, también nos
36 persiguieran al retirarnos. Posiblemente, pues, es más
seguro para nosotros emprender la marcha con los
hoplitas dispuestos en cuadro, para que la impedimen-
ta y el grueso del ejército estén más seguros. Por
consiguiente, si ahora designamos a los que deben
estar al frente del cuadro[95] y proteger la vanguardia, a
los que tienen que estar al frente de cada uno de los
flancos y a los de la retaguardia, no tendríamos que
37 deliberar cuando los enemigos ataquen. Bastará con
utilizar de inmediato las tropas dispuestas táctica-
mente. Si alguien, pues, ve otra solución mejor, que
prevalezca ésa. Pero si no, que sea guía Quirísofo,
puesto que también es lacedemonio. Que se ocupen de
cada uno de los flancos los estrategos más viejos. Los
más jóvenes, Timasión y yo, estaremos de momento
38 en la retaguardia. Más adelante, una vez experimentada
esta táctica, deliberaremos lo que en todo momento
parezca mejor. Y si alguien ve otra solución mejor,
que lo diga.» Y como nadie replicaba, siguió: «Quien
esté de acuerdo con esto que levante la mano.» Se
39 acordó la propuesta. Pues bien, ahora, dijo, debemos
retirarnos y hacer lo convenido. Y todo el que desee
ver a su familia tenga bien presente el ser valiente.
Quien desee seguir viviendo procure vencer, porque es

[95] Esta formación, puesta en práctica cuando era imprevisible por donde iba a atacar el enemigo, ofrecía la ventaja de mantener protegida en el centro la impedimenta.



propio de los vencedores matar, y de los derrotados
morir. Y si alguien desea riquezas, que procure vencer,
pues también los vencedores conservan sus bienes y se
apoderan de los bienes de los derrotados.»
Pronunciados estos discursos, se levantaron y se fue- 3
ron a quemar los carros y las tiendas. Se repartieron
lo sobrante dando a cada uno lo que necesitaba y arro-
jaban al fuego el resto. Hecho esto, desayunaron. Y en
mitad del desayuno se presentan Mitrádates con unos
treinta jinetes y, habiendo llamado a los estrategos
para conversar en privado, les habla en estos términos:
«Yo, también, griegos, era leal a Ciro, como vosotros 2
sabéis, y ahora estoy bien dispuesto con vosotros, pero
también estoy aquí pasando mucho miedo. Si viera,
en efecto, que vosotros tomáis una decisión salvadora,
me uniría a vosotros con todos mis servidores. Decid-
me, pues, qué proyectáis, como amigo vuestro, bien
dispuesto y que quiere emprender la marcha con vos-
otros.» Deliberaron los estrategos y acordaron dar esta 3
respuesta. Dijo Quirísofo: «Hemos decidido, si se nos
permite regresar a nuestra patria, cruzar el país ha-
ciendo el menor daño posible, pero si alguien nos
impide el paso, luchar con la mayor fuerza posible.» A 4
continuación, Mitrádates intentó demostrar que era
imposible salvarse contra la voluntad del Rey. Enton-
ces comprendieron que había sido enviado como espía,
pues lo acompañaba para mayor seguridad uno de los
familiares de Tisafernes. Y, a partir de este momento, 5
decidieron los estrategos que la mejor decisión era
hacer la guerra sin heraldos mientras se hallaran en
tierra enemiga, porque éstos se acercaban a los solda-
dos e intentaban sobornarlos. Esto lo hicieron, por lo
menos con un capitán de Arcadia, al que consiguieron
sobornar y desertó por la noche con unos veinte hom-
bres.

6 Después de esto, cuando terminaron el desayuno
atravesaron el río Zapatas avanzando en orden, con
las acémilas y el grueso del ejército en medio. No
habían hecho mucho camino y se presentó de nuevo
Mitrádates, con unos doscientos jinetes y unos cuatro-
7 cientos arqueros y honderos, muy ligeros y ágiles. Se
acercaba como si fuera amigo de los griegos. Pero,
cuando estuvieron cerca, de pronto, los jinetes y los
soldados de infantería dispararon sus arcos y los otros
las hondas y produjeron heridos. La retaguardia de
los griegos lo pasó mal, pues no consiguió rechazar el
ataque, porque los cretenses no alcanzaban con los
arcos a los persas y, además, armados con armas
ligeras, habían quedado encerrados dentro de los ho-
plitas. Y los soldados armados con jabalina disparaban
demasiado cerca como para alcanzar a los honderos.
8 Después de esto, Jenofonte decidió que debía empren-
derse la persecución y así lo hicieron los hoplitas y
peltastas que se encontraban con él en la retaguardia.
Pero, a pesar de la carrera, no apresaron a ningún
9 enemigo. Pues los griegos no tenían jinetes y los sol-
dados de a pie no podían alcanzar, en poco terreno,
a los soldados de a pie enemigos, que huían más lejos,
porque no podían en su persecución alejarse mucho
10 del resto del ejército. En cambio, los jinetes bárba-
ros, al tiempo que huían, herían, disparando sus arcos
desde los caballos en su retirada. Y los griegos, lo que
avanzaban en la persecución debían retrocederlo com-
11 batiendo. De modo que en todo el día no recorrieron
más de veinticinco estadios. Sin embargo, al atardecer,
llegaron a las aldeas.
Entonces cundió de nuevo el desánimo. Y Quirísofo
y los estrategos más ancianos acusaban a Jenofonte
por haber perseguido a los enemigos alejándose de la
falange, corriendo él mismo peligro y sin haber podi-
12 do causar más daño a los enemigos. Y después de



oírlos, Jenofonte dijo que lo acusaban con razón y que
los propios hechos testificaban en favor de ellos. «Sin
embargo, yo, dijo, me sentí obligado a la persecución,
porque veía que nosotros sufríamos penalidades per-
maneciendo quietos sin poder hacerles frente. Y, una 13
vez que emprendimos el ataque, siguió, tenéis razón al
decir que no pudimos causar más daño a los enemi-
gos y que nos retiramos con todo tipo de dificultades.
Por consiguiente, debemos dar gracias a los dioses, 14
porque no se presentaron con muchas fuerzas sino con
pocas, de modo que no nos causaron grandes daños y,
en cambio, nos han revelado nuestras deficiencias.
Porque ahora los enemigos disparan el arco y la honda 15
a una distancia tal, que los cretenses no pueden ha-
cerlo ni los que lanzan dardos con la mano pueden
alcanzarlos. Y siempre que los persigamos, no podemos
hacerlo alejándonos mucho del ejército, y en poco
espacio un soldado de a pie, aunque fuera rápido,
tampoco podría alcanzar en su persecución a otro
separado por la distancia de un tiro de arco.
»Si nosotros, en efecto, queremos impedir que pue- 16
dan atacarnos mientras avanzamos, necesitamos cuanto
antes honderos y jinetes. Tengo entendido que en
nuestro ejército hay rodios, la mayoría de los cuales,
se dice, saben tirar con honda y su dardo llega, in-
cluso, dos veces más lejos que las hondas persas.
Éstas tienen un corto alcance debido a que tiran pie- 17
dras del tamaño de una mano. En cambio los rodios
saben usar bolas de plomo. Así, pues, si buscamos 18
entre ellos los que tienen hondas, y se las pagamos, y
al que quiera trenzar otıas también lo pagamos, y
encontramos otra exención cualquiera para el que
acepte alistarse como hondero, posiblemente se pre-
sentarán algunos capaces de ayudarnos. Veo también 19
que hay caballos en el ejército, unos me pertenecen
a mí, otros los dejó Clearco y muchos otros, botín de

guerra, que llevan bagajes. Si seleccionamos todos éstos y los sustituimos por acémilas y preparamos los caballos para los jinetes, tal vez éstos puedan entorpe-
20 cer la retirada a los enemigos.» Pareció bien esta propuesta. Aquella noche se reclutaron unos doscientos honderos. También caballos y jinetes fueron escogidos, al día siguiente, en número aproximado de cincuenta y se les proporcionaron cubiertas de cuero y corazas. Fue designado jefe de la caballería Licio de Atenas, hijo de Polístrato.

4 Aquel día lo pasaron allí y, al siguiente, reanudaron la marcha habiéndose levantado más temprano. Pues debían atravesar un barranco por el que temían ser
2 atacados por los enemigos. Y cuando ya lo habían cruzado, se presenta de nuevo Mitrádates con mil jinetes y unos cuatro mil arqueros y honderos. Había pedido a Tisafernes tan gran número, y lo había obtenido, con la promesa de que, si se los daba, le entregaría a los griegos, envaneciéndose porque en el anterior ataque, con pocos efectivos, no había sufrido ningún daño y, en cambio, creía haber causado gran-
3 des males. Y, una vez que los griegos hubieron cruzado y se hallaban a una distancia aproximada del barranco de ocho estadios, cruzó también Mitrádates con sus fuerzas. Habían sido designados los hoplitas y peltastas que debían emprender la persecución, y se había dicho a los jinetes que se sumaran a la carrera con ardor, porque una fuerza suficiente de apoyo los
4 seguiría. Después que Mitrádates ya había conseguido alcanzarlos y ya les llegaban los disparos de las hondas y de los arcos, entre los griegos se oyó la señal de la trompeta e, inmediatamente, los que habían sido designados empezaron a correr, todos, a la vez, y los jinetes cargaron. Los enemigos no ofrecieron resistencia,
5 sino que huyeron hacia el barranco. En esta persecución murieron muchos soldados bárbaros de infante-



ría y, en el barranco, fueron apresados vivos unos dieciocho jinetes. Y los griegos, por iniciativa propia, mutilaron a los muertos, a fin de que fuera para los bárbaros el espectáculo más espeluznante de ver.

Los enemigos, después de semejante resultado, se 6
retiraron, mientras que los griegos avanzaron el resto del día con seguridad y llegaron hasta el río Tigris. Allí había una ciudad desierta, grande, cuyo nombre 7
era Larisa, habitada antiguamente por los medos. La anchura de su muralla era de veinticinco pies y su altura de cien. Su perímetro era de dos parasangas. Había sido construida con ladrillos cocidos y estaba asentada sobre unos cimientos de piedra de veinte pies de altura. El Rey de los persas, cuando éstos preten- 8
dían apoderarse del imperio de los medos, la asediaba y no podía tomarla de ninguna manera. Pero una nube ocultó el sol[96] y la hizo invisible, hasta que sus moradores la abandonaron, y así fue tomada. Junto a esta 9
ciudad había una pirámide[97] de piedra de un pletro de ancho y dos de alto. Sobre ésta había muchos bárbaros que habían huido de las aldeas próximas.

Desde allí recorrieron, en una etapa, seis parasan- 10
gas hasta una muralla desierta, grande, situada junto a una ciudad. El nombre de la ciudad era Mespila[98]; en otro tiempo la habían habitado los medos. Los cimientos de la muralla eran de piedra pulimentada, incrustada de conchas; tenía cincuenta pies de ancho y cincuenta de alto. Sobre ésta se había construido una 11
muralla de ladrillos de cincuenta pies de anchura y

---

96 Se interpreta la ocultación del Sol como presagio del fin de un imperio. Cf. HERÓDOTO, VIII 37; también diversos profetas: Ezequiel, Joel, etc.

97 Considerada por algunos como la tumba de Nino o de Sardanopol.

98 Parte de Ninive, que abarcaba, además, Larisa, fue dominada por los persas el año 608 a. C.

cien de altura. Seis parasangas medía el perímetro de la muralla. Aquí se cuenta que Medea, mujer del Rey, se refugió cuando los medos perdieron el imperio a
12 manos de los persas. Y el Rey de los persas, a pesar del asedio a que se sometía a esta ciudad, no podía tomarla ni por el tiempo ni por la fuerza, pero Zeus, con un trueno, aterrorizó a sus habitantes, y así fue tomada [99].

13 Desde allí recorrieron, en una etapa, cuatro parasangas. En el curso de esta etapa apareció Tisafernes. Vino con sus jinetes y con las fuerzas de Orontas, que estaba casado con la hija del Rey, con los bárbaros que Ciro llevó en su expedición y con los que el hermano del Rey había auxiliado al Rey, y además de éstos, con cuantos el Rey le había dado, de manera que el ejér-
14 cito presentaba un aspecto muy poderoso. Y cuando estuvo cerca, dispuso unas formaciones detrás, otras las situó en los flancos, pero no se atrevió a atacar ni quiso arriesgarse, sino que ordenó disparar hondas y
15 arcos. Pero cuando los rodios, dispuestos en orden de batalla, dispararon sus hondas y los arqueros [escitas] sus arcos, y nadie fallaba el tiro, pues no era fácil aunque se lo hubieran propuesto, Tisafernes retrocedió muy deprisa fuera del alcance de los dardos y los demás destacamentos retrocedieron también.

16 Y el resto del día, unos proseguían la marcha y los otros seguían. Los bárbaros ya no causaban daño entonces con las escaramuzas porque los rodios, al menos, disparaban sus hondas más lejos que los persas
17 y sus arqueros. Grandes eran también los arcos de los persas, de manera que cuantas flechas cogían eran útiles a los cretenses, y seguían utilizando las flechas de los enemigos y se ejercitaban en el manejo del arco

[99] Debido al desbordamiento del Tigris, que abrió una brecha en la muralla por donde penetraron los que la asediaban.



disparando lejos hacia lo alto. Se encontraban también en las aldeas muchas cuerdas de arco y plomo que utilizaban para las hondas. En este día, cuando los grie- 18
gos acamparon en las aldeas que encontraron, los bárbaros se retiraron, habiéndoles correspondido la peor parte en la escaramuza. Al día siguiente, los griegos permanecieron allí y buscaron provisiones, pues había mucho trigo en las aldeas. Al otro día avanzaron a través de la llanura y Tisafernes los seguía disparándoles de lejos.

Entonces los griegos comprendieron que una forma- 19
ción en cuadro de lados iguales no era conveniente si los enemigos seguían sus pasos. Pues es necesario —si las alas del cuadro efectúan una maniobra convergente, ya porque el camino se hace más estrecho, ya porque una montaña o un puente obligan a ello— que los hoplitas se apretujen y avancen con dificultad, agobiados y desordenados, de manera que [a la fuerza], estando en desorden, resultan inútiles. Por el contrario, cuando 20
las alas vuelven a su posición primitiva, necesariamente se separan los que entonces se apretujaban, queda vacío el centro de las alas y se desaniman los que sufren esto, si los enemigos siguen sus pasos. Y cuando era preciso atravesar un puente o un paso cualquiera, todos se apresuraban queriendo llegar en primer lugar. Y entonces era fácil para los enemigos atacarlos. Cuando los estrategos comprendieron estos 21
problemas, formaron seis compañías de cien hombres cada una al frente de un capitán. Además hicieron compañías de cincuenta y de veinticinco con otros jefes al mando. Y en el avance, al reducirse las alas, estas tropas se paraban para no estorbarlos y, quedándose atrás, seguían su camino por fuera de las alas. Por el 22
contrario, cuando se separaban los flancos del cuadro, llenaban el centro, si la separación era demasiado estrecha, por compañías de cien hombres; si era dema-

siado ancha, por secciones de cincuenta, y si era muy
ancha, por secciones de veinticinco. De modo que el
23 centro podía estar así siempre lleno. Y si era preciso
atravesar un desfiladero o un puente, no se producía
alboroto, sino que los capitanes cruzaban sucesiva-
mente. Y si alguna vez era necesario formar en falan-
ge, éstos marchaban paralelamente. De este modo
recorrieron cuatro etapas.

24 Y cuando recorrían la quinta etapa, vieron un pala-
cio real y, a su alrededor, muchas aldeas; el camino
hacia este lugar discurría a través de elevadas colinas,
que descendían de la montaña al pie de la cual estaba
la aldea. Vieron las colinas con satisfacción los grie-
gos, como es natural cuando los enemigos son jinetes.
25 Y cuando, al salir de la llanura, subieron a la prime-
ra colina ⟨y⟩ estaban bajando para subir a la otra,
entonces se presentaron los bárbaros y, desde lo alto,
disparaban hacia la pendiente, con hondas y con arcos,
26 obligados a golpes de látigo. Hirieron a muchos, ven-
cieron a los soldados griegos de infantería ligera y los
encerraron entre los hoplitas, de manera que durante
este día resultaron absolutamente inútiles, honderos y
27 arqueros, en medio de la multitud. Cuando, agobiados
los griegos, intentaron la persecución, con lentitud
alcanzan la cima, por tratarse de hoplitas, mientras
28 que los enemigos se apartaban con rapidez. Cada vez
que se retiraban de nuevo hacia el resto del ejército,
sufrían la misma suerte, y en la segunda colina ocu-
rría lo mismo, de manera que, a partir de la tercera
colina, decidieron no mover los soldados hasta haber
conducido a los peltastas desde el flanco derecho del
29 cuadro a la montaña. Cuando éstos estuvieron por
encima de los enemigos que seguían sus pasos, ya no
atacaron los enemigos a los que bajaban por temor a
30 ser interceptados y envueltos. El resto del día avanza-
ron así, unos siguiendo el camino de las colinas, otros



por la montaña, y llegaron a las aldeas. Designaron
ocho médicos, pues había muchos heridos.

Aquí permanecieron tres días, debido a los heridos 31
y, a la vez, porque tenían muchas provisiones, harina
de trigo, vino y mucha cebada reunida para los caba-
llos. Estas provisiones habían sido reservadas al sátra-
pa del país. Al cuarto día bajaron a la llanura. Cuando 32
Tisafernes les dio alcance con sus fuerzas, la necesidad
les enseñó a acampar en la primera aldea que vieron y
a no proseguir la marcha combatiendo; pues muchos
eran los que estaban fuera de combate, ⟨los⟩ heridos,
los que llevaban a éstos y los que tenían las armas de
los que llevaban a los heridos. Cuando hubieron acam- 33
pado e intentaron los bárbaros una escaramuza contra
ellos acercándose a las aldeas, mucha ventaja tuvieron
los griegos, pues había mucha diferencia entre recha-
zar al enemigo haciendo una salida de la posición y
hacer frente al enemigo que ataca mientras el ejército
avanza.

Cuando ya atardecía, era el momento de retirarse 34
para los enemigos. Pues nunca acampaban los bárbaros
a menos de sesenta estadios del campamento griego,
por miedo a que los griegos los atacaran por la noche.
Porque un ejército persa durante la noche no está 35
expedito, pues atan los caballos y, generalmente, con
las patas trabadas[100] para evitar que se escapen si
consiguen soltarse, y si se produce una alarma el persa
tiene que ensillar el caballo y ponerle la brida. Tam-
bién es necesario que se ponga la coraza y monte sobre
el caballo. Todo eso es difícil por la noche en medio
de un tumulto. Por esta razón acampaban lejos de los
griegos. Cuando los griegos comprendieron que ellos 36
querían retirarse y que se transmitían la orden, anun-

[100] Costumbre frecuente entre muchos pueblos de la Antigüedad. Cf. *Ilíada* XIII 36-38; TÁCITO, *Anales* IV 25.

ció el heraldo a los griegos que preparasen los bagajes, oyéndolo los enemigos. Durante cierto tiempo los bárbaros detuvieron la marcha, pero cuando ya era tarde, se retiraron. Pues no les parecía beneficioso[101] ir y
37 volver al campamento de noche. Cuando los griegos vieron claramente que ya se retiraban, levantaron el campamento y se pusieron en camino también ellos, y recorrieron unos sesenta estadios: y fue tan grande la distancia que separaba a los ejércitos, que al día siguiente no aparecieron los enemigos ni tampoco al tercer día. Pero al cuarto día, después de un avance nocturno, los bárbaros se apoderaron de una posición dominante situada a la derecha de donde los griegos debían pasar: la cima de un monte, al pie de la cual se hallaba el camino de descenso hacia la llanura.

38 Cuando Quirísofo vio que la cima había sido ocupada de antemano, llamó a Jenofonte que se encontraba en la retaguardia y le ordenó situarse en van-
39 guardia con los peltastas. Jenofonte, sin embargo, no llevaba con él a los peltastas porque veía que Tisafernes se presentaba con todo el ejército, sino que avanzando él solo a caballo preguntó: «¿Por qué me llamas?» Y Quirísofo le contestó: «Tú mismo puedes verlo. Se nos han anticipado en tomar la cima que domina el camino de descenso y no podemos pasar, si
40 no los destrozamos. Pero, ¿por qué no traías a los peltastas?» Éste contestó que no le había parecido bien dejar desguarnecida la retaguardia en presencia de los enemigos. «No obstante, es momento, dijo, de decidir la manera de desalojar a estos hombres de la
41 colina.» Entonces, Jenofonte ve que la cima del monte estaba situada encima de su propio ejército y que, desde ésta, había un camino que conducía hasta la

[101] Interpretamos la lectura *lysiteleîn autoîs* de los manuscritos F. M.



colina donde estaban los enemigos, y dijo: «Lo más importante, Quirísofo, es lanzarnos con la máxima rapidez posible hacia la cima; pues si la tomamos, no podrán permanecer los que dominan el camino. Pero, si quieres, quédate con el ejército, yo quiero emprender la marcha. Y, si lo prefieres, dirígete hacia la montaña y yo me quedaré aquí.» «Te dejo escoger lo 42
que quieras», dijo Quirísofo. Jenofonte contestó que prefería marchar, puesto que era más joven, pero le pidió que le enviara hombres de vanguardia, pues estaban lejos para cogerlos de retaguardia. Quirísofo le 43
envió los peltastas de vanguardia, y él se quedó con los que ocupaban el centro del cuadro. Ordenó que lo siguiesen también a los trescientos hombres escogidos que él mismo tenía en la vanguardia del cuadro. De 44
allí avanzaron con la máxima rapidez posible. Los enemigos que se hallaban en la colina, cuando vieron que se encaminaban hacia la cima, al instante también ellos se lanzaron a luchar para alcanzar la cima. En- 45
tonces un gran griterío surgió del ejército griego animando a los suyos, y un griterío de los hombres de Tisafernes, que animaban a los suyos. Jenofonte, avan- 46
zando a caballo, los animaba: «Soldados, ahora pensad que lucháis para volver a Grecia, por vuestros hijos y por vuestras mujeres; con un pequeño esfuerzo ahora, haremos el resto del camino sin lucha.» Sotéridas de 47
Sición dijo: «No estamos en igualdad de condiciones. Tú vas a caballo; sin embargo, yo a duras penas puedo llevar el escudo.» Al oírlo Jenofonte, saltó del caballo, 48
lo apartó de la formación y, después de arrebatarle el escudo, siguió avanzando con la mayor rapidez posible llevando el escudo. Llevaba también una coraza de jinete, de manera que estaba agobiado. A los de vanguardia los animaba a avanzar y a los de retaguardia, a seguirles a pesar de que a duras penas seguía él. Los demás soldados golpean, hieren e insultan a Soté- 49

ridas, hasta que le obligaron a coger su escudo y a proseguir la marcha. Jenofonte subió al caballo y, mientras fue posible, continuó cabalgando, pero cuando ya el camino era intransitable, abandonando el caballo se echó a correr. Y consiguen llegar antes que los enemigos a la cima.

5 Entonces los bárbaros dieron la vuelta y huyeron cada uno por donde pudo mientras los griegos tomaban la cima. Tisafernes y Arieo, con los suyos se desviaron y fueron por otro camino. Quirísofo y los suyos bajaron y acamparon en una aldea llena de abundantes provisiones. Había también otras muchas aldeas llenas de muchas cosas en esta llanura, siguiendo el curso
2 del río Tigris. Cuando llegó la tarde, de súbito los enemigos aparecieron en la llanura y destrozaron a algunos griegos que se habían dispersado por la llanura para dedicarse al pillaje. En efecto, habían cogido mu-
3 cho ganado que pastaba al otro lado del río. Entonces, Tisafernes y los suyos intentaron incendiar las aldeas. Algunos griegos se desanimaron mucho, en la convicción de que no tendrían de dónde obtener víveres, si
4 los quemaban. Quirísofo y los suyos regresaban de la expedición de socorro. Jenofonte, una vez que hubo bajado de la montaña, mientras recorría a caballo las filas, ⟨se⟩ encontró con [los griegos] que venían de re-
5 chazar al enemigo y les dijo: «¿Veis, soldados griegos, que ya dejan el país en posesión nuestra? Cuando hicieron con nosotros los pactos habían estipulado que nosotros no incendiaríamos el territorio del Rey y ahora son ellos mismos los que lo queman como si les fuera ajeno. Mas, si en alguna parte dejan víveres para
6 ellos, allí también nos verán dirigirnos. Pero, Quirísofo —añadió—, me parece oportuno acudir en su ayuda contra los incendiarios, como si se tratara de defender nuestra tierra.» Y Quirísofo contestó: «Pues



yo no comparto tu decisión; al contrario, incendiemos también nosotros, dijo, y así terminarán más pronto.»

Cuando llegaron a las tiendas, los demás se ocupa- 7
ban de los víveres, mientras que los estrategos y capitanes se reunían. En estas circunstancias la confusión era grande. Por una parte había montañas muy elevadas, por la otra, el río era tan profundo que las lanzas no sobresalían en absoluto al comprobar la profundidad. En medio de los apuros se les acercó un hombre 8
rodio y les dijo: «Yo estoy dispuesto, compañeros, a haceros cruzar en grupos de cuatro mil hoplitas, si me socorréis en mis necesidades y me ofrecéis como recompensa un talento.» Preguntándole qué necesitaba, 9
dijo: «Necesitaré dos mil odres; veo muchos rebaños, cabras, bueyes y asnos, que, desollados e hinchadas sus pieles, nos facilitarían el paso. Necesitaré también 10
correas de las que usáis para las acémilas. Con éstas correas ataré los odres unos con otros afianzándolos en el fondo colgando de ellos piedras y las soltaré en el agua a modo de anclas. Y haciendo un puente de orilla a orilla con una cuerda cubriré los odres con maleza y sobre ella pondré tierra. De que, en efecto, no os hun- 11
diréis, al punto os daréis cuenta perfectamente. Pues cada odre sostendrá a dos hombres para que no se hundan. Y la maleza y la tierra impedirán que resbalen.» Al oír esta propuesta los estrategos, les pareció 12
el proyecto ingenioso, pero su ejecución imposible, puesto que al otro lado del río había gran número de jinetes enemigos que no hubieran permitido ejecutar este plan a los primeros que lo hubieran intentado.

Entonces, al día siguiente, retrocedieron en direc- 13
ción opuesta [a Babilonia] hacia las aldeas no quemadas; después de incendiarlas se iban de allí. De manera que los enemigos no los perseguían a caballo, sino que los contemplaban y daban la impresión de preguntarse con sorpresa hacia dónde se volverían los

14 griegos y qué idea tenían en la mente. Entonces el resto de los soldados se dirigieron en busca de víveres, mientras que los estrategos se reunieron de nuevo y, después de juntar a los prisioneros, les interrogaban acerca de cuál era cada una de las regiones circundan-
15 tes. Éstos decían que hacia Mediodía se hallaba el camino que conducía a Babilonia y a Media [102], o sea el país que ya habían atravesado. Hacia Oriente, el camino que lleva a Susa [103] y Ecbatana, donde se dice que veranea el Rey; el camino, si se cruza el río en dirección a Occidente, conducía a Lidia y Jonia; y el camino a través de las montañas y orientado al Norte,
16 hasta el país de los carducos [104]. Decían que éstos habitaban montes arriba, y que eran belicosos y que no se sometían al Rey, sino que incluso en cierta ocasión un ejército real de ciento veinte mil hombres los había atacado y que ninguno de éstos había regresado debido a la dificultad del terreno. Sin embargo, cuando firmaban un pacto, con el sátrapa de la llanura, mantenían relaciones recíprocas los habitantes de ambos
17 pueblos. Oídas estas informaciones, los estrategos hicieron sentar por separado a los que decían conocer todas las rutas, sin manifestarles por donde pensaban seguir la marcha. Decidieron los estrategos que era necesario invadir el país de los carducos a través de las montañas. Decían que, después de cruzar el país de los carducos, llegarían a Armenia, extensa y próspera, gobernada por Orontas. Desde allí afirmaban que era fácil dirigirse a donde se quisiera seguir la marcha.
18 Con este propósito hicieron los sacrificios, para em-

[102] Es el nombre que Jenofonte da a Asiria.

[103] Ciudad situada al E. del Tigris. Existen ruinas del palacio de Darío y Jerjes. Ecbatana es la capital de la Media.

[104] Hoy kurdos; pueblo belicoso, independientes del Rey; a lo largo de la historia han destacado por su feroz resistencia a cualquier tipo de dominación.



prender la marcha en el momento que pareciese oportuno, pues temían que las cimas de las montañas fueran tomadas de antemano. Y transmitieron la orden de que, después de cenar, todos recogieran los bagajes y se acostaran, y que se pusieran en marcha cuando se les transmitiese la orden.

# LIBRO IV

Penalidades de los expedicionarios griegos para acceder al país de los carducos. Los griegos sufren bajas considerables. Cruzan el río Centrites. Penetran en Armenia. Negociaciones con Tiribazo, gobernador de Armenia. Llegan a un acuerdo. La nieve dificulta el avance de los griegos. Victoria sobre los taocos. Llegan al país de los cálibes. Después de un largo peregrinaje los griegos divisan el mar. Pacto con los macrones. Los colcos son derrotados. Efectos de la miel envenenada. Llegan a Trapezunte.

1 [Cuanto aconteció en la expedición hasta la batalla y
después de la batalla, durante la tregua que el Rey y
los griegos que acompañaron a Ciro en la expedición
concertaron, y cuanto, una vez que el Rey y Tisafernes
violaron la tregua, se combatió contra los griegos, con
el apoyo del ejército persa, ha sido expuesto en el libro
2 anterior. Cuando llegaron al lugar en el que el río Tigris,
por su profundidad y anchura, era absolutamente in-
vadeable y no existía camino que siguiera su orilla, sino
que los montes carducos dominaban escarpados el pro-
pio río, decidieron los estrategos que había que avanzar
3 a través de las montañas. Pues oían decir a los prisio-
neros que, si conseguían cruzar los montes carducos,
en Armenia, pasarían las fuentes del río Tigris, si que-
4 rían, y si no, podían rodearlas. La penetración en el
país de los carducos, la hacen así: en parte, intentando



pasar desapercibidos, en parte, tratando de anticiparse
a los enemigos en la ocupación de las cimas][105].
Cuando era ya más o menos el momento de la última 5
guardia[106] y de noche sólo quedaba el tiempo de cruzar
la llanura a oscuras, entonces, después de levantarse
a una orden, se pusieron en marcha y llegaron, al ama-
necer, a la montaña. Quirísofo estaba a la sazón al 6
frente del ejército con los suyos y con todos los solda-
dos de infantería ligera, mientras Jenofonte seguía con
los jinetes de retaguardia sin ningún soldado de infan-
tería ligera, pues no parecía existir ningún peligro de
que alguien los hostigara por detrás en su marcha as-
cendente. Quirísofo alcanzó la cima antes de que los
enemigos se dieran cuenta. Después, continuó la marcha,
mientras lo seguía el resto del ejército en las incursio-
nes a las aldeas situadas en los valles y profundidades
de las montañas. Entonces los carducos abandonaron 8
sus casas y, con sus mujeres e hijos, huyeron a las mon-
tañas. Había víveres en abundancia para coger, las casas
estaban también surtidas de todo tipo de objetos de
bronce. Ninguno de éstos se llevaron los griegos, tam-
poco persiguieron a los habitantes, tratándolos con con-
sideración en la esperanza de que los carducos los deja-
ran pasar como si se tratase de un país amigo, ya que
ellos mismos eran enemigos del Rey. Sin embargo, res- 9
pecto a los víveres, cogía cada cual lo que podía porque
tenían necesidad. Los carducos ni prestaban atención
a su llamada, ni mostraban actitud alguna amistosa.
Cuando los últimos griegos descendían de la cima hacia 10
las aldeas, ya de noche —debido a la estrechez del cami-
no emplearon todo el día en el ascenso y descenso—

[105] Interpolación. Este resumen ha sido incorporado al texto de Jenofonte por el editor.

[106] Corresponde al período de tiempo que va desde el amanecer hasta el momento de ponerse en camino la expedición. Tres guardias se sucedían a lo largo de la noche.

entonces se reunieron algunos carducos y atacaron a
los últimos, matando a algunos e hiriendo a otros con
piedras y flechas, a pesar de ser pocos, pues el ejército
11 griego se les presentó de improviso. Sin embargo, si
entonces se hubiesen reunido en mayor número, habría
corrido peligro de ser destruido gran parte del ejército
griego. Durante esta noche vivaquearon así en las al-
deas; los carducos encendían muchas hogueras alrede-
dor, en las montañas, y no se perdían de vista unos a
otros.

12 Al amanecer, reunidos los estrategos y capitanes
griegos, acordaron seguir la marcha con las acémilas
necesarias y las más fuertes, abandonando el resto, y
poner en libertad a todos los prisioneros que desde
13 hacía poco eran como esclavos en el ejército. Pues ha-
cían lenta la marcha, al ser muchas las acémilas y los
prisioneros, y muchos que estaban al cuidado de éstos
no podían combatir, y había que suministrar doble can-
tidad de víveres y transportarlos, al ser muchos los
hombres. Tomada esta decisión, dieron la orden por
14 medio del heraldo de actuar así. Después de desayunar,
se pusieron en marcha; los estrategos, apostados en el
estrecho, si encontraban a uno que no había dejado
algo de lo dicho, se lo quitaban, y éstos obedecían,
salvo si alguien había ocultado, por ejemplo, un niño
o una mujer hermosa, objeto de sus deseos. Durante
este día avanzaron así, a veces luchando, a veces des-
cansando.

15 Al día siguiente se produjo una gran tempestad, pero
era necesario seguir la marcha, pues no tenían víveres
suficientes. Iba al frente Quirísofo y Jenofonte estaba
16 en la retaguardia. Los enemigos atacaban con fuerza
y, cuando los lugares de paso eran estrechos, se acerca-
ban y disparaban sus arcos y hondas, de manera que
los griegos se veían forzados a perseguirlos y a retirar-
se de nuevo, y avanzaban con lentitud. Y con frecuen-



cia Jenofonte ordenaba detenerse, cuando los enemigos
atacaban violentamente. Quirísofo, en otras ocasiones, 17
aguardaba siempre que recibía esta orden, pero en ésta
no lo hizo, sino que avanzaba con rapidez y transmitía
la orden de seguirle, de manera que estaba claro que
algo pasaba. Pero no era posible acercarse a ver la
causa de la prisa. Por tanto, la marcha parecía una 18
huida para los de la retaguardia. Entonces murió un
hombre valiente, Cleónimo de Laconia, alcanzado por
una flecha que le atravesó el escudo y la coraza, pene-
trándole en el costado, y también Basias de Arcadia,
con la cabeza atravesada de parte a parte.

Cuando llegaron al fin de la jornada, Jenofonte, tal 19
como estaba, fue inmediatamente al encuentro de Quirí-
sofo y lo censuró por no haber esperado, pues se vieron
obligados a luchar al tiempo que huían. «Ahora han
muerto dos formidables compañeros y ni pudimos re-
cogerlos ni enterrarlos.» Le respondió Quirísofo: «Mira, 20
dijo, hacia las montañas y ve que todas son inaccesibles.
Este camino que ves escarpado es el único recto, y en
él puedes ver la cantidad de hombres que han ocupado
y vigilan la salida. Aquí tienes las razones por las que 21
me apresuraba y no te aguardaba, por si podía antici-
parme a tomar la cima. Los guías que tenemos dicen
que no hay otro camino.» Jenofonte le dijo: «Pero yo 22
tengo dos prisioneros. Debido a que nos ponían dificul-
tades, les tendimos una emboscada, cosa que nos per-
mitió también un respiro; matamos a algunos y nos
esforzamos por capturar a algunos con vida precisa-
mente por este motivo, para servirnos de ellos como
guías conocedores del terreno.»

En seguida trajeron a los hombres y les pregunta- 23
ron por separado si conocían otro camino distinto del
que se veía. Uno de ellos dijo que no conocía otro, a
pesar de las muchas amenazas para amedrentarlo. Y,
como nada útil decía, fue degollado en presencia del

24 otro. El que quedaba dijo que su compañero no había dicho nada porque tenía una hija casada con un hombre de allí; sin embargo, él dijo que los guiaría por un
25 camino accesible incluso para las acémilas. Preguntado si había en él algún lugar de difícil paso, contestó que había una cima que, si no se tomaba de antemano, sería imposible cruzar.

26 Entonces decidieron convocar a los capitanes, peltastas y a algunos hoplitas y comunicarles la situación presente y también preguntarles si había alguno entre ellos que quería mostrarse como un valiente compro-
27 metiéndose a marchar voluntario. Entre los hoplitas se ofreció Aristónimo de Metidrio[107] [arcadio] y Agasias de Estinfalia [arcadio], y, rivalizando con ellos, Calímaco de Parrasio [arcadio también éste] dijo que estaba dispuesto a marchar con voluntarios tomados de todo el ejército. «Pues yo, dijo, sé que muchos jóve-
28 nes me seguirán teniéndome a mí de guía.» A continuación preguntan si hay también algún taxiarco[108] entre los soldados armados a la ligera dispuesto a participar en la marcha. Se presenta Aristeas de Quíos[109], que muchas veces, en circunstancias parecidas, había prestado una valiosa colaboración al ejército.

2 Era el atardecer, y a los voluntarios se les da la orden de cenar y ponerse en camino. Después de haber atado al guía, se lo entregan y acuerdan vigilar la posición durante la noche, si toman la cima, y, al amanecer, dar la señal a toque de trompeta. Deciden también que los que están arriba se dirigirán contra los que ocupan la salida visible, mientras que ellos mismos acu-
2 dirán en su ayuda con la mayor rapidez posible. Tras

[107] Ciudad de Arcadia, situada entre dos pequeños ríos.
[108] Comandante de un cuerpo de ejército (infantería, caballería o naval).
[109] Isla del mar Egeo.



este acuerdo, se pusieron en marcha en número aproximado de dos mil. Caía del cielo un fuerte chaparrón. Jenofonte, con los hombres de retaguardia, se dirigía hacia la salida visible, para que los enemigos prestaran atención a este punto y no advirtieran el movimiento de los otros. Cuando los hombres de la retaguardia es- 3
taban junto al barranco que debían cruzar para emprender la subida, entonces los bárbaros hicieron rodar enormes cantidades de bloques de piedra, grandes y pequeñas, que, al golpear contra las rocas, saltaban en pedazos por doquier como piedras de honda. Y era del todo imposible acercarse al camino de acceso. Algunos 4
capitanes, si no podían por allí, lo intentaban por otro lugar. Y así continuaron hasta que llegó la noche. Cuando creyeron que no los veían en su retirada, entonces se fueron a cenar. Se daba el caso, incluso, de que los hombres de la retaguardia no habían desayunado. Sin embargo, los enemigos no cesaron en toda la noche de hacer rodar las piedras; por el ruido se podía comprobar.

Los que llevan el guía dan la vuelta en un movimiento 5
circular y sorprenden a los guardianes sentados alrededor del fuego. A unos los mataron, a otros los persiguieron y ellos permanecieron aquí en la creencia de que dominaban la cima. Pero no la dominaban, sino que 6
encima de ellos había una colina a lo largo de la cual se encontraba este estrecho camino en el que estaban sentados los guardianes. Sin embargo, había un paso que desde allí comunicaba con los enemigos que estaban sentados junto al camino a la vista. Aquí pasaron la 7
noche. Cuando apareció el día, avanzaron en silencio, en orden de combate, contra los enemigos. Había niebla, de manera que se acercaron sin ser vistos. Cuando se vieron unos a otros, sonó la trompeta y, dando gritos de guerra, se lanzaron contra los enemigos. Éstos no opusieron resistencia, sino que abandonaron el camino,

muriendo sólo unos pocos en la huida, pues corrían
8 con agilidad. Quirísofo y los suyos, al oír la trompeta,
se lanzaron, al punto, hacia arriba por el camino a la
vista.

Otros estrategos avanzaban por caminos intransita-
bles, por donde cada uno tenía posibilidad, y subían
como podían ayudándose unos a otros con las lanzas.
9 Éstos fueron los primeros que se unieron a los que
habían tomado de antemano la posición.

Jenofonte, con la mitad de la retaguardia, avanzó por
el mismo lugar que los que llevaban guía, pues era el
camino más accesible para las acémilas. Dispuso la otra
10 mitad detrás de las acémilas. Y, en su avance, se en-
cuentran con una colina, encima del camino, ocupada
por los enemigos, a los que había que aniquilar o quedar
separados del resto de los griegos. Ellos hubieran podido
avanzar por el mismo camino que los demás, pero las
acémilas no podían pasar por otro más que por éste.
11 Entonces se animaron mutuamente y se lanzaron hacia
la colina con las compañías formadas en columnas,
no en círculo, sino dejando una salida a los enemigos,
12 si querían huir. Mientras ellos subían por donde podían,
los bárbaros les disparaban flechas y les arrojaban
piedras, pero cuando les tuvieron cerca, abandonaron
la posición y se dieron a la fuga. Atravesaron esta colina
los griegos y vieron delante otra, ocupada. De nuevo
parecía oportuno emprender la marcha para tomarla.
13 Jenofonte, temiendo que, si dejaba sin guarnición la
colina tomada, los enemigos la tomarían de nuevo y
atacarían a las acémilas al pasar —pues ocupaban gran
extensión las acémilas que avanzaban por el estrecho
camino—, deja en la colina a los capitanes Cefisodoro
de Atenas, hijo de Cefisofonte, Anfícrates, hijo de An-
fidemo de Atenas, y Arcágoras desterrado de Argos;
él, con los restantes, se dirigen hacia la segunda colina
y, de la misma manera, la ocupan también.



Todavía les quedaba una tercera colina, muchísimo 14
más escarpada: la que dominaba el lugar en que la
noche pasada los voluntarios habían sorprendido al des-
tacamento junto al fuego. Cuando los griegos estuvieron 15
cerca, los bárbaros se retiraron de la colina sin luchar,
de manera que a todos sorprendió y sospechaban que,
por temor a ser envueltos y asediados, la habían abando-
nado. Pero entonces éstos, que veían desde la cima lo
que ocurría detrás, se lanzaron en bloque contra la reta-
guardia. Jenofonte, con los más jóvenes, subía hacia la 16
cima y dio orden a los demás de avanzar lentamente,
para que las últimas compañías pudiesen unirse a ellos,
indicándoles que, al llegar a la llanura siguiendo el cami-
no, se detuvieran.

En este momento llegó Arcágoras de Argos, que 17
había escapado al enemigo, y dijo que habían sido des-
alojados de la colina y que habían muerto Cefisodoro y
Anfícrates, y todos los demás que no saltaron rocas
abajo para alcanzar la retaguardia. Llevada a término 18
esta acción, los bárbaros llegaron a la cima situada
frente a la colina, donde Jenofonte dialogó con ellos
por medio de un intérprete acerca de la tregua y les
pidió los cadáveres. Dijeron ellos que los devolverían 19
a condición de que no les quemaran las casas. En estos
puntos llegó a un acuerdo Jenofonte. Pero mientras el
resto del ejército avanzaba y éstos seguían las conversa-
ciones, todos [los] enemigos de aquellos lugares conflu-
yeron aquí. Y cuando empezaron a bajar de la colina 20
para reunirse con los demás en el campamento, los ene-
migos se lanzaron en tropel y con gran alboroto. Y
cuando estuvieron en la cima de la colina de la que
descendía Jenofonte, hicieron rodar piedras. A un hom-
bre le rompieron la pierna, a Jenofonte le abandonó su
escudero llevándose el escudo. Euríloco de Lusio[110] 21

[110] Ciudad del N. de Arcadia.

[de Arcadia], hoplita, corrió hacia él y, poniendo el escudo delante de los dos, iba retrocediendo. Los demás llegaron a unirse al resto del ejército.

22 Desde este momento todo el ejército griego estuvo reunido, y acamparon allí en muchas y hermosas casas con abundantes provisiones. Había vino abundante, hasta el punto de conservarlo en cisternas encaladas.
23 Jenofonte y Quirísofo consiguieron que les devolvieran los cadáveres a cambio del guía y rindieron todos los honores posibles a los muertos como es norma hacerlo con los hombres valientes.

24 Al día siguiente prosiguieron la marcha sin guía. Los enemigos, luchando y adelantándose a tomar la posición donde el camino era estrecho, impedían el
25 paso. Por consiguiente, cuando los enemigos obstaculizaban a los de vanguardia, Jenofonte, saliendo por detrás en dirección a las montañas, rompía el obstáculo que impedía el paso a la vanguardia, tratando de situar-
26 se más arriba que los enemigos. Y cuando atacaban a los de retaguardia, Quirísofo, saliendo e intentando situarse más arriba que el enemigo, rompía el obstáculo que impedía el paso a la retaguardia. Y siempre de esta manera se ayudaban mutuamente y se preocupaban con intensidad los unos de los otros.

27 Sucedía también a veces que los bárbaros presentaban muchas dificultades al descenso de las tropas que habían subido. Eran ágiles hasta tal extremo, que incluso huyendo desde muy cerca conseguían escapar,
28 pues no llevaban otra cosa sino arcos y hondas. Eran también excelentes arqueros; llevaban arcos de una medida aproximada de tres codos y flechas de más de dos codos. Tendían las cuerdas del arco, cuando disparaban, pisando en la parte inferior del arco con el pie izquierdo. Las flechas atravesaban los escudos y las corazas. Los griegos, cuando las cogían, las utilizaban como dardos, aplicando unas correas. En estas



regiones los cretenses fueron útiles; al frente de ellos estaba Estratocles de Creta.

Aquel día acamparon de nuevo en las aldeas situadas 3
encima de la llanura a lo largo del río Centrites [111], de unos dos pletros de anchura, río que separa Armenia del país de los carducos. Los griegos recuperaron el ánimo aquí, contentos de ver la llanura. Distaba el río seis o siete estadios de las montañas de los carducos.
Así, pues, entonces acamparon muy contentos, porque 2
tenían víveres y recordaban muchas de las penalidades pasadas. Pues durante los siete días que cruzaron el país de los carducos, todos los pasaron luchando y sufrieron tantos males cuantos ni siquiera habían recibido del Rey y Tisafernes juntos. Por consiguiente, liberados de estos sufrimientos, se acostaron contentos.

Al amanecer, ven al otro lado del río unos jinetes 3
armados, con la intención de impedirles el paso, y soldados de infantería apostados en orden de combate en los ribazos, más arriba de los jinetes, para impedirles
salir hacia Armenia. Eran éstos, hombres de Orontas y 4
Artucas, armenios, mardos y mercenarios caldeos. Se decía que los caldeos eran libres y valientes y como
armas tenían escudos de mimbre y lanzas. Estos riba- 5
zos sobre los que estaban apostados distaban del río tres o cuatro pletros. Se veía un solo camino que conducía hacia arriba y daba la impresión de haber sido hecho por la mano del hombre. Por allí intentaron
cruzar los griegos. Pero, en su intento, el agua les cubría 6
por encima del pecho; el fondo era desigual, debido a las grandes y resbaladizas piedras; tampoco podían sostener las armas en el agua y, al no poder, el río los arrastraba. Y si llevaban las armas sobre la cabeza, quedaban indefensos contra las flechas y los demás proyectiles. Por consiguiente, se retiraron y acamparon

111 Hoy llamado Botan Su.

7 allí al lado del río. Y donde ellos estuvieron la noche
anterior sobre la montaña vieron a muchos carducos
reunidos en armas. Entonces cundió gran desánimo
entre los griegos, al pensar en las dificultades de pasar
el río, en los enemigos que se lo impedirían y en los
carducos que atacarían por la espalda a los que inten-
taran pasar.
8 Por consiguiente, durante aquel día y aquella noche
permanecieron muy preocupados. Pero Jenofonte tuvo
un sueño: le pareció estar atado con grilletes y que
éstos le caían resbalando por sí solos, de manera que
quedó libre y podía andar como quería. Cuando ama-
neció, fue a ver a Quirísofo y le dice que tiene espe-
ranzas de que todo saldrá bien, y le explica el sueño.
9 Éste se alegró y, tan pronto como apareció la aurora,
todos los estrategos presentes hicieron sacrificios. Los
presagios resultan favorables desde el primer momento.
Terminados los sacrificios, los estrategos y capitanes
ordenaron al ejército desayunar.
10 Mientras desayunaba Jenofonte, acudieron a su en-
cuentro corriendo dos jovencitos, pues todos sabían
que era posible acercarse a él, desayunando o cenando;
incluso si dormía se le podía despertar y hablar, si
alguien tenía algo que decir en relación con la guerra.
11 Le cuentan entonces que se encontraban recogiendo
leña para el fuego cuando vieron en la otra orilla, en
las rocas que llegaban hasta el mismo lecho del río,
a un anciano, una mujer y unas muchachas que coloca-
12 ban sacos con vestidos en la cavidad de una roca. A
simple vista, les pareció que era seguro el paso, pues
por este punto no podía acercarse la caballería ene-
miga. Y añadieron que, después de quitarse las ropas,
se habían introducido en la corriente desnudos, dis-
puestos a nadar llevando únicamente en la mano un
puñal. Pero llegaron a la otra orilla sin haberse mojado



sus partes. Después de coger los vestidos, se volvieron
de la misma manera.
Así, pues, en seguida Jenofonte, él mismo, ofreció 13
libaciones a los dioses y ordenó a los muchachos derra-
mar vino y pedir a los dioses, que le habían revelado el
sueño y el paso, culminar también con éxito lo restante.
Hechas las libaciones, inmediatamente condujo a los
muchachos ante Quirísofo y le explican lo mismo. Des-
pués de haberlos escuchado, Quirísofo ofreció también
libaciones. Una vez ofrecidas, transmitieron a los demás 14
la orden de recoger los bagajes, mientras ellos con-
vocaron a los estrategos y deliberaron sobre la manera
de pasar el río con más éxito, de vencer a los enemigos
que tenían enfrente y de no recibir ningún daño de los
que tenían detrás. Acordaron que Quirísofo fuera el 15
guía y atravesara con la mitad del ejército, y que la
otra mitad aguardara todavía con Jenofonte y que las
acémilas y la multitud cruzara en medio de éstos.
En cuanto todo estuvo bien dispuesto, se pusieron 16
en marcha, conducidos por los dos muchachos y con el
río a la izquierda. Unos cuatro estadios de camino había
hasta el vado.
Mientras ellos avanzaban, la caballería enemiga lo 17
hacía por el lado opuesto. Una vez que estuvieron en
el vado y en los ribazos, pusieron las armas en tierra y
Quirísofo, él, en primer lugar, después de ponerse una
corona y desvestirse, cogió las armas y transmitió la
orden a todos los demás, ordenando a los capitanes
conducir las compañías en línea recta, unas a su iz-
quierda y las otras a su derecha. Mientras tanto, los 18
adivinos inmolaban víctimas en el río y, al mismo tiem-
po, los enemigos disparaban con sus arcos y hondas,
pero todavía no los alcanzaban. Dado que los sacri- 19
ficios eran favorables, todos los soldados entonaban el
peán y daban gritos de guerra. Las mujeres se unieron

todas también a sus gritos, pues había muchas cortesa-
nas en el ejército.
20 Quirísofo y los que iban con él se adentraron en el
río, mientras Jenofonte, con los más ligeros de la reta-
guardia, regresó corriendo con todas sus fuerzas hacia
el paso situado frente al camino que conducía a las
montañas de Armenia, fingiendo que, después de cruzar
por allí, cerraría el paso a los jinetes situados a lo largo
21 del río. Los enemigos, al ver que Quirísofo y los suyos
crubazan fácilmente el río y al ver que Jenofonte y los
suyos corrían hacia atrás, temiendo ser cercados, huye-
ron con toda su fuerza hacia el camino que dominaba
el río. Cuando estuvieron cerca del camino, se desple-
22 garon montañas arriba. Licio, que llevaba el destaca-
mento de jinetes, y Esquines, que estaba al frente del
destacamento de los peltastas situados alrededor de
Quirísofo, cuando vieron que los enemigos huían con
todas sus fuerzas, emprendieron su persecución. Los
soldados les gritaban que no los dejaran atrás, que que-
23 rían subir con ellos a la montaña. Quirísofo, por su
parte, cuando hubo cruzado, no persiguió a los jinetes,
sino que, de inmediato, siguiendo los ribazos que lleva-
ban hasta el río subió a hacer frente a los enemigos
situados en la parte superior. Y éstos, al ver que huían
sus jinetes y que los hoplitas los atacaban, abandona-
ron las cimas que dominaban el río.
24 Cuando Jenofonte vio que las cosas salían bien al
otro lado del río, retrocedió muy rápido en dirección
al ejército que todavía atravesaba el río. Pues era evi-
dente que los carducos bajaban a la llanura para atacar
25 a los últimos. Quirísofo ocupó las alturas y Licio, con
unos pocos, se empeñó en perseguir a los enemigos y
cogió los bagajes abandonados, entre los que había
26 hermosos vestidos y vasos. Todavía seguían cruzando
los bagajes de los griegos y la muchedumbre, cuando
Jenofonte dio media vuelta, alineó las tropas frente



a los carducos y transmitió a los capitanes la orden de
que cada uno formara su compañía por enomotías [112],
desenvolviendo la enomotía por la izquierda sobre un
frente de falange, de tal forma que los capitanes y eno-
motarcos avanzaran del lado de los carducos y que los
jefes de la retaguardia, en cambio, se alinearan del lado
del río. Los carducos, cuando vieron que la retaguardia 27
estaba desprovista del grueso de las tropas y que pare-
cía ya con pocos efectivos, a toda prisa atacaron, ento-
nando ciertos cantos. Quirísofo, cuando se sintió en
lugar seguro, envía a Jenofonte los peltastas, honderos
y arqueros, con la orden de que cumplan lo que les
ordene Jenofonte.
Al verlos cruzar, Jenofonte envió un mensajero con 28
la orden de que permanecieran allí en el río sin pasar.
Y que, cuando los suyos empezaran a atravesar, pene-
traran en el agua a su encuentro como si se propusie-
ran pasar llevando los dardos cogidos por la correa y
los arqueros con la flecha en la cuerda, pero que no se
adentraran en el río.
Y a los suyos les dio la orden de que, cuando la honda 29
les alcanzara y el escudo resonara, entonaran el peán
y corrieran contra los enemigos, y cuando los enemigos
diesen media vuelta y el trompeta diera la señal de
guerra desde el río, diesen media vuelta a la derecha y
que los jefes de retaguardia fueran al frente, que todos
corrieran y cruzaran lo más rápidamente posible por el
sitio que cada uno tenía asignado, para no estorbarse
unos a otros. Pues el más valeroso sería el que alcanzara
en primer lugar la orilla opuesta.
Los carducos, al ver que ya les quedaban pocos hom- 30
bres —pues muchos, incluso, de los que habían recibido

---

112 Enomotías: grupo de veinticinco a treinta y seis hombres, que era la cuarta parte de la compañía de cien soldados en el ejército griego.

la orden de permanecer en la retaguardia se habían ido, unos por ocuparse de las acémilas, otros de los bagajes, otros de las cortesanas—, atacaron entonces con ardor
31 y empezaron a disparar con las hondas y los arcos. Los griegos entonaron el peán y se lanzaron a la carrera contra ellos. Pero éstos no ofrecieron resistencia. Pues, aunque estaban armados suficientemente, en las montañas, para hacer rápidas incursiones y darse a la fuga, para la lucha cuerpo a cuerpo, sin embargo, no les bas-
32 taba este armamento. En este momento el trompeta dio la señal, los enemigos huyeron todavía más deprisa y los griegos dieron la vuelta en sentido contrario y huye-
33 ron a través del río a toda velocidad. Entre los enemigos, unos se dieron cuenta, corrieron de nuevo hacia el río y, disparando flechas, hirieron a unos pocos, mientras a la mayoría, incluso estando los griegos en la otra
34 orilla, se les veía todavía huir. Los que salieron al encuentro del enemigo, por demostrar su valentía y por avanzar más lejos de lo que era oportuno, cruzaron de nuevo el río detrás de las tropas de Jenofonte. Algunos de éstos fueron también heridos.

4 Después de cruzar el río, volviéndose a formar, hacia mediodía se pusieron en marcha, a través de Armenia, país llano con algunas ligeras elevaciones, y recorrieron no menos de cinco parasangas, pues no había aldeas cerca del río debido a las guerras contra los carducos.
2 La aldea a la que llegaron era grande, tenía un palacio real para el sátrapa y en la mayoría de las casas había torres. Los víveres eran abundantes.

3 Desde allí recorrieron, en dos etapas, diez parasangas, hasta rebasar las fuentes del río Tigris.

Partiendo de este lugar recorrieron, en tres etapas, quince parasangas, hasta el río Teleboas; era éste her-
4 moso, pero no grande. En torno al río [113] había muchas

[113] Se trata, en realidad, de Bitlis, afluente del Centrites.



aldeas. Este lugar se llamaba Armenia occidental. Su gobernador era Tiribazo, que se había hecho también amigo del Rey. Siempre que él estaba presente, nadie
más le ayudaba a montar a caballo. Este se acercó con 5
unos jinetes y, mandando llamar a su intérprete, dijo que quería hablar con los jefes. Decidieron los estrategos escucharlo, se acercaron hasta donde podía oírse
su voz y le preguntaron qué quería. Contestó que quería 6
pactar una tregua bajo la condición de que ni él perjudicaría a los griegos, ni ellos quemarían las casas, sino que cogerían todos los víveres que precisaran. Pareció bien esta propuesta a los estrategos y pactaron la tregua bajo estas condiciones.

Desde allí recorrieron, en tres etapas a través de la 7
llanura, quince parasangas. Tiribazo les seguía con sus fuerzas a una distancia aproximada de diez estadios. Llegaron a unos palacios reales rodeados de muchas
aldeas llenas de víveres en abundancia. Mientras ellos 8
estaban acampados, cayó por la noche una fuerte nevada. Al amanecer, decidieron que los cuerpos del ejército y sus estrategos se alojaran distribuyéndose por aldeas, pues no veían ningún enemigo y parecía el lugar
seguro debido a la abundancia de nieve. Aquí tenían 9
toda clase de cosas buenas: animales para sacrificar, trigo, vinos viejos y olorosos, pasas, legumbres de todo tipo. Algunos de los que se habían alejado del campamento decían que habían visto por la noche resplandecer
muchas hogueras. Entonces los estrategos pensaron que 10
no era seguro acampar dispersos, sino que debían reunir de nuevo el ejército. Así lo hicieron. Y pareció que el
cielo se despejaba. Mientras ellos pasaban la noche aquí, 11
cayó una inmensa nevada, que cubrió el campamento y los hombres tendidos en el suelo. La nieve trababa las patas de las acémilas. Daba mucha pereza levantarse, pues, mientras estaban echados, la nieve caída les proporcionaba calor, en tanto no se deslizaba de sus cuer-

12 pos. Con todo, Jenofonte tuvo la osadía de levantarse
desnudo y ponerse a partir leña. Rápidamente se levantó
un soldado y luego otro que lo relevó en esta tarea.
A continuación se levantaron otros, encendieron fuego
13 y se ungieron. Pues había aquí muchos ungüentos, que
utilizaban en vez de aceite de oliva: manteca de cerdo,
aceite de sésamo y aceite de almendras amargas y de
terebinto. Encontraron también perfumes extraídos de
estas mismas materias.

14 Después de esto, pareció oportuno separarse de nue-
vo y ponerse a cubierto [en las aldeas]. Entonces los
soldados, con mucho griterío y satisfacción, entraron
en las casas en busca de víveres. Y los que, al abandonar
antes las casas, las quemaron por insensatez, recibieron
su merecido, obligados a acampar en malas condiciones.
15 Desde allí enviaron por la noche con un destacamento
a Demócrates de Temnos a las montañas, donde decían
los que se habían dispersado que habían visto hogueras.
Pues se consideraba que este hombre había dicho la
verdad en otras muchas ocasiones anteriores semejan-
16 tes, lo cierto como cierto y lo falso como falso. Cuando
regresó de la misión, dijo que no había visto hogueras,
pero vino con un prisionero que llevaba un arco persa,
un carcaj y un hacha como la que llevan las amazonas.
17 Preguntado de qué país era, dijo que era persa y que se
había alejado del campamento de Tiribazo en busca de
provisiones. Le preguntaron por el número de efectivos
18 de su ejército y por qué motivo se había alistado. Con-
testó éste que Tiribazo contaba con su propio ejército
y con mercenarios cálibes y taocos. Dijo, además, que
él estaba preparado para atacar a los griegos, al escalar
la montaña, en los desfiladeros, donde sólo se podía
pasar por un sitio.

19 Oída esta información, los estrategos acordaron re-
unir el ejército. Y, acto seguido, después de dejar una
guarnición y como estratego de los que se quedaban a



Sofíneto de Estinfalia, se pusieron en marcha llevando
como guía al prisionero. Mientras escalaban las mon- 20
tañas, los peltastas se adelantaron y, al ver el campa-
mento, no esperaron a los hoplitas, sino que, profiriendo
gritos, se lanzaron a la carrera contra él. Los bárbaros, 21
al oír el alboroto, no ofrecieron resistencia, sino que
huyeron. Con todo, murieron algunos bárbaros, unos
veinte caballos fueron capturados, así como la tienda
de Tiribazo; en ella había camas con patas de plata,
vasos y unos hombres que decían ser panaderos y es-
canciadores de vino. Cuando se enteraron de esto los 22
estrategos de los hoplitas, acordaron regresar al campa-
mento lo más rápidamente posible, para que no se pro-
dujera ningún ataque contra los que se habían quedado
atrás. Al punto, después de convocarlos a toque de trom-
peta, retrocedieron y llegaron al campamento el mismo
día.

Al día siguiente acordaron que había que ponerse en 5
camino por donde pudieran avanzar con la mayor ra-
pidez, antes de que el ejército enemigo se reuniese de
nuevo y ocupase los desfiladeros. Acto seguido, recogie-
ron los bagajes y se pusieron en marcha a través de la
abundante nieve, con muchos guías. Aquel mismo día,
después de haber superado la cima en la que Tiribazo
debía atacar, acamparon.

Desde allí recorrieron, en tres etapas a través del 2
desierto, quince parasangas, hasta el río Eufrates, y lo
cruzaron mojándose hasta el ombligo. Se decía que el
nacimiento del río no estaba lejos.

Desde allí recorrieron, a través de una llanura cubier- 3
ta de mucha nieve, en tres etapas, cinco parasangas. La
tercera fue difícil: soplaba de frente un viento del Norte
que lo quemaba absolutamente todo y que helaba a
los hombres. Entonces uno de los adivinos dijo que 4
ofrecieran una víctima al viento, y se hizo el sacrificio.
Y pareció evidente a todos que cesaba la furia del viento.

El espesor de la nieve era de una braza, de manera que
perecieron muchas acémilas y esclavos, y unos treinta
5 soldados. Pasaron la noche encendiendo fuego; había
leña abundante donde acamparon, pero los que llega-
ron tarde no tenían. En efecto, los que habían llegado
desde hacía tiempo y habían encendido el fuego no de-
jaban acercarse a los retrasados, si no les daban a cam-
6 bio trigo u otro alimento de los que tenían. Entonces
se intercambiaban entre sí lo que cada uno tenía. Y
donde ardía el fuego, al derretirse la nieve se produje-
ron grandes hoyos que llegaban hasta el suelo, donde
precisamente podía medirse el espesor de la nieve.
7 Desde allí avanzaron durante todo el día siguiente a
través de la nieve, y muchos hombres sufrieron los
efectos de la *bulimia*[114]. Jenofonte, que iba en la reta-
guardia y recogía a los hombres que caían, ignoraba
8 qué enfermedad era. Pero cuando uno de los expertos
le dijo que sin duda padecían *bulimia* y que, si comían
algo, se pondrían en pie, hizo un recorrido por las acé-
milas y, si veía algo comestible, lo repartía y lo man-
daba distribuir a los que eran capaces de correr y en-
9 tregarlo a los afectados de *bulimia*. Y, tan pronto como
comían algo, se levantaban y continuaban la marcha.
Mientras ellos avanzaban, Quirísofo llega al anochecer
a una aldea y encuentra delante de la fortificación unas
mujeres y muchachas que, saliendo de la aldea, iban
10 a la fuente a buscar agua. Les preguntaron éstas que
quiénes eran. El intérprete contestó, en persa, que iban
a ver al sátrapa de parte del Rey. Contestaron ellas que
no estaba aquí, sino que se hallaba a la distancia apro-
ximada de una parasanga y éstos, como era tarde, se

[114] *Bulimia*, etimológicamente «hambre de buey». Enferme-
dad que consiste en un constante apetito insaciable. Pero, en
realidad, las tropas son víctimas de una extrema debilidad a
consecuencia de la escasa alimentación.



dirigieron, junto con las aguadoras, hacia la fortifica-
ción para ver al jefe de la aldea.
Así, pues, Quirísofo y cuantos del ejército pudieron, 11
acamparon aquí. El resto de los soldados que no pudie-
ron continuar la marcha pasaron la noche sin comer y
sin fuego. Aquí murieron algunos soldados. Algunos 12
enemigos agrupados seguían sus pasos, les quitaban las
acémilas que no podían avanzar y peleaban entre sí por
ellas. Quedaban atrás los soldados que habían sido ciega-
dos por la nieve y que tenían gangrenados los dedos de
los pies debido al frío. Los ojos estaban protegidos de 13
la nieve, si se avanzaba con algo negro puesto delante
de ellos, y los pies, moviéndose sin estar nunca quieto
y descalzándose por la noche. Y a aquellos que se acos- 14
taban calzados se les incrustaban en los pies las correas
y las sandalias se les quedaban pegadas alrededor, pues,
debido a que habían dejado las viejas sandalias, lleva-
ban otras rústicas hechas con pieles de bueyes recién
desollados.
Por tanto, debido a tales penalidades, algunos solda- 15
dos quedaban rezagados. Al ver un espacio negro porque
había desaparecido allí la nieve, imaginaron que se había
fundido. Y se había fundido a causa de una fuente que
estaba cerca humeando en el valle. Entonces se desvia-
ron del camino, se sentaron y se negaron a continuar la
marcha.
Jenofonte, al frente de la retaguardia, cuando se en- 16
teró, les pidió, valiéndose de toda su habilidad y de
todos los medios, que no se quedaran atrás, diciéndoles
que les seguían muchos enemigos reunidos, y, al fin, se
enfadó. Ellos pidieron que los degollasen, pues no po-
drían seguir avanzando. En estas circunstancias pareció 17
que lo mejor era asustar a los enemigos que los per-
seguían, si se podía, para que no atacaran a los enfer-
mos. Era ya de noche y los enemigos se acercaban con
gran alboroto discutiendo por el botín que habían cap-

18 turado. Entonces los de retaguardia, dado que estaban
sanos, se levantaron y corrieron al encuentro de los ene-
migos, mientras los enfermos gritaron con toda la fuer-
za que podían y golpearon sus escudos contra las lanzas.
Los enemigos, asustados, se precipitaron por la nieve
hacia el valle, y nadie más oyó vocerío por ninguna
parte.

19 Jenofonte y los suyos, después de decir a los enfer-
mos que al día siguiente acudirían algunos a buscarlos,
prosiguen la marcha y, antes de haber recorrido cuatro
estadios, se encuentran en el camino a los soldados des-
cansando sobre la nieve envueltos en sus mantas, y nin-
guna guardia se había montado. Intentaron hacerlos
levantar. Ellos dijeron que los de delante no les dejaban
20 pasar. Jenofonte siguió adelante y envió a los peltastas
más vigorosos con la orden de indagar cuál era el obs-
táculo. Volvieron éstos con la noticia de que todo el
21 ejército estaba igualmente descansando. Entonces Jeno-
fonte y los suyos acamparon también allí sin fuego y sin
cenar, después de haber montado las guardias como pu-
dieron. Cuando llegó el día, Jenofonte envió en busca
de los enfermos a los más jóvenes con la orden de ha-
cerlos levantar y obligarlos a avanzar.

22 Entretanto, Quirísofo envía a algunos desde la aldea
para que examinen cómo estaban los últimos. Éstos,
contentos al verlos, les entregaron a los enfermos para
que los llevaran al campamento, mientras ellos prosi-
guieron la marcha, y, antes de haber recorrido veinte
estadios, estuvieron junto a la aldea donde Quirísofo
23 acampaba. Cuando todos estuvieron reunidos, pareció
seguro que los destacamentos acamparan en aldeas.
Quirísofo se quedó allí y los demás, después de haberse
distribuido las aldeas que veían, echándolas a suerte,
24 se dirigieron a ellas cada uno con los suyos. Entonces
Polícrates de Atenas, capitán, pidió que le dejaran mar-
char; con los soldados más ligeros, corrió hacia la aldea



que había obtenido en suerte Jenofonte y sorprendió
a todos sus habitantes dentro, incluido el jefe de la
aldea, así como diecisiete potros criados para entregar-
los al Rey como tributo. También cogieron a la hija del
jefe, que hacía nueve días que se había casado. Su
marido, que había salido a cazar liebres, no fue captura-
do allí.

Las casas eran subterráneas; su entrada como la de 25
un pozo, pero debajo eran amplias. Las entradas para
las acémilas eran rampas excavadas, mientras que los
hombres bajaban por una escalera. En el interior de 26
las casas había cabras, ovejas, vacas, aves, y sus crías.
Todo este ganado era alimentado con forraje. Había
también trigo, cebada, legumbres y vino de cebada en
cráteras. Los granos de cebada flotaban en la super-
ficie, había también cañas dentro, unas más grandes,
otras más pequeñas, que no tenían nudos.

Cuando alguien tenía sed, se llevaba una de estas 27
cañas a la boca y sorbía por ella. Era muy fuerte esta
bebida, si no se le añadía agua, pero muy agradable una
vez acostumbrado a ella. Jenofonte compartió la cena 28
con el jefe de esta aldea y le pidió que tuviera confianza,
asegurándole qué no le privaría de sus hijos y que, en
compensación, al marcharse le llenarían la casa de pro-
visiones, si estaba dispuesto a ser buen guía del ejército
hasta que llegasen a otro pueblo. Él lo prometió y, en 29
prueba de amistad, les indicó dónde tenía el vino es-
condido. Así durmieron aquella noche todos los soldados
en sus respectivos alojamientos en medio de la abun-
dancia de todo tipo, teniendo vigilado al jefe de la al-
dea y sin perder de vista tampoco a sus hijos.

Al día siguiente, Jenofonte, en compañía del jefe de la 30
aldea, fue a ver a Quirísofo. Cuando pasaba junto a una
aldea, se desviaba para ver a los que en ella estaban y
en todas partes los encontraba celebrando banquetes
y llenos de alegría. En ninguna parte les dejaban ir sin

31 antes haberles ofrecido comida. No había sitio donde
no les pusieran en la misma mesa carne de cordero, de
cabrito, de lechón, de ternero, de ave, con abundancia de
32 panes de trigo y de cebada. Cada vez que alguno, en
prueba de amistad, quería brindar por otro, lo arras-
traba hasta la crátera, donde debía agacharse y beber
engullendo como un buey. Al jefe de la aldea le ofrecie-
ron tomar lo que quisiera. Él nada aceptaba, pero cuan-
do veía a alguno de sus parientes, se lo llevaba con él.
33 Cuando llegaron a las proximidades de Quirísofo, en-
contraron también a aquéllos alojados allí, coronados
con coronas de heno seco y servidos por niños armenios
ataviados con vestidos bárbaros; y a los niños les indi-
caban, como si fueran sordomudos [115], lo que debían
34 hacer. Cuando Quirísofo y Jenofonte hubieron puesto
de manifiesto la amistad que les unía, preguntaron en
común al jefe de la aldea, por medio de un intérprete
que hablaba persa, qué país era aquél. Él respondió
que era Armenia. Le preguntaron, además, para quién
criaban los caballos. Él contestó que era un tributo des-
tinado al Rey. Dijo que los cálibes habitaban el país
35 vecino y les indicó el camino para ir. Entonces Jeno-
fonte se fue a llevarlo con sus familiares y da al jefe de
la aldea un caballo bastante viejo que había cogido,
para que, después de haberlo alimentado, lo sacrifique,
porque había oído decir que este caballo estaba con-
sagrado al Sol, y tenía miedo de que muriese, pues esta-
ba maltrecho por la marcha. Él mismo cogió uno de
los potros y dio uno a cada uno de los demás estrategos.
36 Los caballos de allí eran más pequeños que los de los
persas, pero mucho más bravos. Entonces el jefe de la
aldea les enseñó a envolver los cascos de los caballos
y acémilas con saquitos para cuando los llevasen a

[115] Es decir, mediante gestos.



través de la nieve, pues sin los saquitos se hundían
hasta el vientre [116].

Cuando llegó el octavo día, Jenofonte entrega el guía 6
a Quirísofo y deja a sus familiares en su casa excepto
a un hijo, que apenas había entrado en la adolescencia.
Da éste a Epístenes de Anfípolis para que lo vigile, a
fin de que, si el padre los guiaba bien, regresara en
compañía de éste. Introdujeron en su casa el mayor nú-
mero de cosas que pudieron y, después de levantar el
campamento, se pusieron en marcha. El jefe de la aldea, 2
en libertad, los guiaba a través de la nieve. Ya en la ter-
cera etapa, Quirísofo se molestó con él porque no les
condujo a las aldeas. Él dijo que no había en este lugar.
Quirísofo lo golpeó, pero no lo ató. A continuación, aquél 3
huyó por la noche abandonando a su hijo. Éste fue el
único motivo de discusión entre Quirísofo y Jenofonte
durante la marcha: el mal trato y la negligencia con el
guía. Epístenes se enamoró del niño, se lo llevó a su
casa y lo trató como a su más leal servidor.

Después de esto, recorrieron, en siete etapas, unas 4
cinco parasangas por día, siguiendo el curso del río
Fasis, de un pletro de ancho. Desde allí avanzaron, en 5
dos etapas, diez parasangas. En la cima que conducía
a la llanura, les salieron al encuentro cálibes, taocos y
fasianos. Cuando Quirísofo vio a los enemigos en la 6
cima, detuvo la marcha a una distancia de unos treinta
estadios, a fin de no aproximarse a los enemigos en co-
lumna, y transmitió la orden a los demás de que hicie-
ran avanzar sus compañías, para que el ejército se pre-
sentase en línea de combate. Cuando llegaron los de 7
retaguardia, convocó a los estrategos y capitanes, y les
habló en estos términos: «Los enemigos, como veis, ocu-
pan las cimas de la montaña; es el momento de delibe-

[116] Costumbre todavía vigente en regiones del Cáucaso, des-
conocida entonces por los griegos.

8 rar cómo lucharemos con mayor éxito. A mí me parece
oportuno transmitir la orden a los soldados de que al-
muercen, mientras nosotros decidimos si nos parece
9 oportuno hoy o mañana franquear la montaña.» «A mí
particularmente, dijo Cleanor, me parece oportuno que,
tan pronto como hayamos almorzado, tomemos las
armas y, con la mayor rapidez posible, ataquemos a
estos hombres. Porque si dejamos pasar el día de hoy,
los enemigos que ahora nos ven se envalentonarán y es
natural que otros, estando éstos envalentonados, en
número superior se les agreguen.»

10 Después de éste, Jenofonte dijo: «Yo pienso así: si
es necesario luchar, debemos prepararnos para luchar
con la máxima energía; pero si queremos franquear la
montaña de la manera más fácil, me parece que debe-
mos examinar cómo recibir el menor número posible
de heridos y cómo perder el menor número de vidas hu-
11 manas. En efecto, esta montaña que se ve abarca más de
sesenta estadios, y en ninguna parte se ven hombres
que nos vigilen más que por este camino; mucho mejor,
pues, sería intentar apoderarnos por sorpresa, sin que
nos vieran, de un punto de la montaña desierta y anti-
ciparnos a ocuparla, si pudiéramos, más que luchar
12 contra posiciones fuertes y hombres preparados. Pues
es mucho más fácil ascender en vertical sin luchar que
avanzar por terreno liso en presencia de enemigos a
ambos lados. De noche, sin luchar, cualquiera ve mejor
lo que tiene delante de los pies que de día luchando;
el camino escarpado, para los pies que lo recorren, sin
luchar, resulta más cómodo que el liso, cuando se re-
ciben pedradas en la cabeza.

13 »Y no me parece imposible tomar la cima por sor-
presa, porque podemos avanzar por la noche, para no
ser vistos y alejarnos lo suficiente, de manera que no
nos descubran. Me da la impresión de que, si fingiéra-
mos atacar por allí, encontraríamos la montaña más



solitaria, pues los enemigos permanecerían aquí en
grupo más compacto.

»Pero, ¿por qué doy explicaciones sobre acciones 14
furtivas? Pues yo, al menos, Quirísofo, he oído decir
que vosotros, los lacedemonios, cuantos integráis los
Iguales[117], os ejercitáis en el robo desde niños y que
no es vergonzoso sino honroso robar cuanto la ley no
prohíbe. Y para que robéis con el máximo celo y pro- 15
curéis no ser vistos, está establecido por la ley entre
vosotros que, si sois sorprendidos robando, se os azote.
Ahora, pues, tienes una excelente oportunidad de de-
mostrar tu educación y de vigilar que no nos atrapen,
apoderándonos por sorpresa de la montaña, de modo
que no recibamos golpes.»

«Sin embargo, contestó Quirísofo, también yo he 16
oído decir que vosotros, los atenienses, sois hábiles en
robar los fondos públicos, a pesar de que el ladrón
corre un grandísimo peligro, y además que son éstos
los mejores, si es cierto que entre vosotros los me-
jores son considerados dignos de mandar. En conse-
cuencia, tienes tú también la oportunidad de demostrar
tu educación.»

«Pues bien, contestó Jenofonte, yo estoy dispuesto 17
a ir, con la retaguardia, una vez hayamos cenado, a
tomar la montaña. Tengo también guías, pues los sol-
dados de infantería ligera han capturado, mediante
una emboscada, a algunos ladrones que nos seguían.
Por éstos me he informado también de que no es in-
franqueable la montaña, sino que pacen cabras y bue-
yes. De manera que, una vez que hayamos tomado un
punto de la montaña, será también accesible para las
acémilas. Y espero que los enemigos ya no nos aguar- 18
darán cuando nos vean en iguales condiciones sobre

117 Ciudadanos espartanos con plenitud de derechos polí-
ticos; son la clase dominante.

las cimas, pues tampoco ahora quieren bajar al mismo
19 nivel que nosotros.» Entonces Quirísofo dijo: «¿Por
qué debes marchar y dejar la retaguardia? Envía a
otros en tu lugar, si es que no se presenta ningún vo-
luntario.»
20 A continuación, Aristónimo de Metidrio acude con
unos hoplitas, Aristeo de Quíos y Nicómaco de Eta con
soldados de infantería ligera. Convinieron que, cuando
alcanzaran la cima, encenderían muchas hogueras.
21 Acordado esto, desayunaron. Después del almuerzo,
Quirísofo condujo todo el ejército a unos diez estadios
frente a los enemigos, para dar la mayor impresión
posible de que iban a atacar por allí.
22 Una vez que cenaron y llegó la noche, los hombres
designados partieron y se apoderaron de la montaña,
mientras los demás descansaban en el mismo lugar.
Pero cuando los enemigos se dieron cuenta de que la
montaña estaba ocupada, se mantuvieron despiertos y
23 encendieron muchas hogueras por la noche. Cuando
llegó el día, Quirísofo ofreció sacrificios y avanzó por
el camino, mientras los que ocuparon la montaña, avan-
24 zaban por la cima. La mayor parte de los enemigos
permanecían en el paso de la montaña y una parte de
ellos salió al encuentro de los que estaban en la cima.
Antes de que el grueso del ejército de uno y otro bando
se encontraran, los hombres que ocupaban las cimas
entran en combate. Vencen los griegos y los persiguen.
25 Entretanto, los peltastas griegos procedentes de la
llanura se lanzaban a la carrera contra los que estaban
alineados delante de ellos, mientras Quirísofo los seguía
26 a paso ligero con los hoplitas. Los enemigos situados
en el camino, cuando vieron que sus tropas de la parte
alta eran derrotadas, huyeron. No murieron muchos,
pero fueron capturados muchos escudos de mimbre,
27 que los griegos inutilizaron a cuchillazos. Cuando llega-
ron arriba, después de ofrecer sacrificios y levantar un



trofeo [118], volvieron a la llanura y llegaron a aldeas re-
pletas de abundantes y buenas provisiones.
Después de esto recorrieron, en cinco etapas, treinta 7
parasangas hasta los taocos [119]. Las provisiones faltaban,
pues los taocos habitaban en lugares fortificados a los
que habían transportado todas las provisiones. Cuando 2
llegaron a una posición que no tenía ciudad ni casas
—pero se habían reunido allí hombres, mujeres y mucho
ganado—, Quirísofo, al punto que llegó, la atacó. Cuando
el primer destacamento se cansaba, avanzaba otro y
después otro, pues como el lugar era abrupto todos a
la vez no podían atacarlo.
Cuando Jenofonte llegó con los de retaguardia, pel- 3
tastas y hoplitas, entonces Quirísofo dice: «Llegáis en
buen momento, pues debemos tomar la posición; el
ejército no tiene provisiones, si no nos apoderamos del
lugar.» Entonces juntos deliberaron. Y al preguntar 4
Jenofonte cuál era el obstáculo para entrar, contestó
Quirísofo: «Esta entrada que ves es la única que existe;
cada vez que uno intenta avanzar por allí, echan a rodar
piedras desde lo alto de esta roca que domina, y el que
es alcanzado así se queda.» Y al mismo tiempo le mos-
tró hombres con las piernas y costillas rotas. «Si gastan 5
las piedras, dijo Jenofonte, ¿habrá otro obstáculo que
nos impedirá pasar o ninguno más? Pues enfrente sólo
vemos a esos pocos hombres y, de ellos, a sólo dos o
tres armados. La posición, como estás viendo, ocupa 6
aproximadamente un pletro y medio y hay que cruzarla
expuesto a las pedradas. Un pletro más o menos de su
extensión total está cubierto de grandes pinos disper-
sos. Puestos los hombres detrás de ellos, ¿qué mal po-

118 Monumento de piedra o madera, con una inscripción, erigido para celebrar una victoria; solía levantarse en el punto donde los enemigos emprendían la huida.

119 No coinciden los autores respecto al nombre de este pueblo; resulta, por tanto, difícil identificarlos con precisión.

drían sufrir a consecuencia de las piedras arrojadas o de las que hacen rodar? Queda, pues, algo así como medio pletro que hay que cruzar corriendo, cuando las
7 piedras cesen de caer.» «Sin embargo, dijo Quirísofo, cada vez que empezamos a dirigirnos al sitio cubierto, al punto arrojan muchas piedras.» «—Esto mismo, dijo, es lo que hace falta, pues más pronto gastarán las piedras. Pero, vayamos a un lugar donde no haya más que un espacio corto para recorrerlo, si es que podemos, y que sea de fácil retirada si queremos retroceder.»
8 Desde allí se pusieron en marcha Quirísofo, Jenofonte y el capitán Calímaco de Parrasia, pues la dirección de las compañías de retaguardia le correspondía a él ese día[120]. Los demás capitanes permanecieron en lugar seguro. Detrás de éstos se situaron bajo los árboles unos sesenta hombres, no en grupo, sino uno a uno,
9 tomando cada uno las precauciones que podía. Agasias de Estinfalia y Aristónimo de Metidrio —también éstos eran capitanes de la retaguardia— y otros se apostaron fuera de los árboles, pues no era seguro colocar al
10 abrigo de los árboles más de una compañía. Entonces, Calímaco maquina una estratagema: se separa corriendo del árbol, donde él estaba, unos dos o tres pasos y cuando lanzaban las piedras, retrocedía tranquilamente; en cada carrera gastaban más de diez carros de piedras.
11 Agasias, al ver lo que hacía Calímaco y que todo el ejército lo contemplaba, temiendo no ser el primero en asaltar la posición, sin haber llamado a Aristónimo, que estaba cerca, ni a Euríloco Lusio, que eran sus compañeros, ni a ningún otro, avanza él en solitario y se ade-
12 lanta a todos. Calímaco, al verlo pasar, lo coge por el borde del escudo. En este momento, los adelanta corriendo Aristónimo de Metidrio y detrás de él Euríloco

[120] De lo cual se deduce que la dirección de la compañía de retaguardia correspondía cada día a una persona diferente.



Lusio. Todos estos rivalizaban en valor y competían entre sí. Disputando así, ocupan el lugar. Una vez irrumpieron, ninguna piedra fue lanzada desde lo alto. Enton- 13
ces se produjo un espectáculo terrible: las mujeres, arrojando primero a sus hijos, se lanzaban ellas mismas después al precipicio y los hombres hacían lo mismo. Entonces también Eneas de Estinfalia, capitán, habiendo visto a un hombre que corría con intención de arrojarse llevando un hermoso vestido, lo coge para impedírselo. Éste lo arrastra y ambos se precipitaron 14
rocas abajo y murieron. Allí muy pocos hombres fueron capturados, pero sí muchos bueyes, asnos y ganado menor.

Desde allí recorrieron, a través del país de los cáli- 15
bes en siete etapas, cincuenta parasangas. De todos los pueblos por los que pasaron, eran éstos los más belicosos y tuvieron con ellos combates. Llevaban corazas de lino hasta el vientre y, en vez de bandas[121], cuerdas de esparto entrelazadas de manera compacta. Llevaban 16
también grebas, cascos y, en la cintura, un cuchillo como el puñal lacedemonio, con el que degollaban a los que podían vencer y, después de cortarles las cabezas, se las llevaban, y cantaban y danzaban cuando los enemigos podían verlos. Llevaban también una lanza de unos quince codos con una sola punta de hierro. Éstos per- 17
manecían en sus pequeñas ciudades y, cuando los griegos habían pasado, los perseguían luchando. Vivían en lugares fortificados y habían transportado las provisiones a estos lugares, de manera que los griegos nada pudieron coger allí y se alimentaron con las reses que habían cogido a los taocos.

Después de éstos, los griegos llegaron al río Har- 18
paso, de cuatro pletros de ancho. Desde allí recorrieron, a través del país de los escitenos, en cuatro etapas, veinte

[121] Prolongaciones de la coraza.

parasangas, a través de la llanura, hasta una aldea, en la que permanecieron tres días y se aprovisionaron.

19 Desde este lugar recorrieron, en cuatro etapas, veinte parasangas, hasta una ciudad grande, próspera y habitada, que se llamaba Gimnias. De esa ciudad, el gobernador del territorio envía un guía a los griegos para
20 que los conduzca a través del territorio enemigo. Cuando aquél llega, les dice que los conducirá, en cinco días, a un lugar desde donde verán el mar; si no, se muestra dispuesto a morir. Y mientras los guiaba, desde el momento que irrumpió en tierra enemiga, los animaba a quemar y destruir el territorio, con lo que puso de manifiesto que los acompañaba por este motivo, no por benevolencia a los griegos.

21 Y llegan a la montaña al quinto día. El nombre de la montaña era Teques[122]. Cuando los primeros alcanzaron
22 la cima, se produjo un gran griterío. Al oírlo Jenofonte y los de retaguardia, imaginaron que otros enemigos los atacaban de frente, pues les seguían por detrás gente procedente del territorio incendiado. Los de retaguardia mataron a algunos e hicieron prisioneros tendiendo una emboscada, y también capturaron unos veinte escudos de mimbre recubiertos de piel de buey sin curtir y con pelos.

23 Dado que el griterío se hacía más grande y más cercano, que los que avanzaban ininterrumpidamente se dirigían a la carrera al encuentro de los que gritaban sin parar y que el griterío se hacía mayor a medida que aumentaba el número de gente, pareció a Jenofonte
24 que se trataba de algo más importante. Montó a caballo y, escoltado por Licio y sus jinetes, acudió en su ayuda. Y pronto oyen a los soldados que gritan: «¡Mar, mar!», y que lo transmiten de boca en boca. Entonces todos

[122] Montaña llamada Quenio por Diodoro (XIV 29), de identificación insegura.



corrieron, incluso los de retaguardia. Las acémilas y los caballos eran azuzados también. Cuando todos llegaron 25
a la cima, entonces se abrazaban los unos a los otros, estrategos y capitanes, llorando. Y de repente, sin importar quién transmitió la orden, los soldados trajeron piedras y levantaron un gran túmulo. Entonces coloca- 26
ron encima gran cantidad de pieles de buey sin curtir, bastones y escudos de mimbre capturados en guerra, y el guía mismo cortaba los escudos de mimbre y animaba a hacerlo a los demás. Después de esto, los griegos 27
despiden al guía, habiéndole dado como presentes de la comunidad un caballo, una copa de plata, un vestido persa y diez daricos. Él les pedía, sobre todo, anillos y obtuvo muchos de los soldados. Después de haberles indicado un lugar donde acampar y el camino por el que podrían llegar al país de los macrones, regresó por la noche.

Desde allí recorrieron los griegos, a través del país 8
de los macrones, en tres etapas, diez parasangas. El primer día llegaron hasta el río que separaba el país de los macrones y el de los escitenos. Tenían, a la derecha, 2
un lugar escarpado y, a la izquierda, otro río, en el que desembocaba el que deslindaba los dos países, por el que era preciso cruzar. Este río estaba cubierto de árboles delgados, pero espesos. Los griegos, después de acercarse, los iban cortando, pues estaban empeñados en salir del lugar cuanto antes. Los macrones, con sus 3
escudos de mimbre, lanzas y túnicas de crin, estaban alineados en orden de combate al otro lado del paso, animándose mutuamente y arrojando piedras al río; pero no los alcanzaban ni les hacían ningún daño.

Entonces se acerca a Jenofonte un peltasta que afir- 4
maba haber sido esclavo en Atenas, diciendo que comprendía la lengua de estos hombres. «Y creo, añadió, que esta es mi patria, y, si nada lo impide, quiero conversar con ellos.» «Nada lo impide, contestó Jenofonte,

conversa con ellos y entérate primero de quiénes son.»
5 Éstos respondieron que eran macrones. «Pregúntales
además, dijo Jenofonte, por qué están alineados en
orden de combate contra nosotros y por qué quieren ser
6 nuestros enemigos.» Éstos respondieron: «Porque vos-
otros invadís nuestro país.» Los estrategos le ordena-
ron decir que no tenían intención de hacerles daño;
por el contrario, después de haber hecho la guerra al
Rey, regresamos a Grecia y queremos llegar al mar.
7 Preguntaron aquéllos si les darían garantías de esto.
Contestaron éstos que estaban dispuestos a darlas y a
recibirlas. Entonces los macrones dieron una lanza bár-
bara a los griegos y a ellos los griegos, una lanza grie-
ga. Decían que éstas eran sus garantías y ambos pusie-
ron por testigos a los dioses.

8 Después de los compromisos, en seguida los macro-
nes colaboraban en la tala de árboles, les abrían camino
para que pasaran, mezclados entre los griegos, les ofre-
cían el mercado que podían y acompañaron a los grie-
gos, durante tres días, hasta conducirles a las fronteras
9 de los colcos. Allí había una montaña grande y, sobre
ésta, los colcos estaban apostados en orden de combate.
Al principio, los griegos formaron a sus hombres en
falange, para de este modo conducirlos a la montaña;
luego, decidieron los estrategos deliberar reunidos para
10 luchar con las mayores ventajas. Así, pues, Jenofonte
dijo que estimaba oportuno renunciar a la falange y
formar las compañías en columnas. «La falange se rom-
perá en seguida, dijo, pues la montaña no tiene camino
por este lado, mientras que por aquél encontraremos
la montaña accesible. Y al punto cundirá el desaliento,
11 cuando, formados en falange, la vean rota. Además, si
avanzamos formados en un amplio frente, nuestros ene-
migos nos desbordarán y, con los efectivos sobrantes,
harán de nosotros lo que quieran. Si nos alineamos,
en cambio, en un frente reducido, no sería extraño que



la falange nuestra fuese rota por la masa de hombres y
dardos que caerán sobre ella. Si esto ocurre en alguna
parte, la falange entera se resentirá. Sin embargo, a 12
mí me parece oportuno formar las compañías en colum-
nas y ocupar con ellas, distanciándolas, un espacio su-
ficiente como para que las situadas en los extremos
queden fuera del alcance de las alas enemigas. De este
modo, las compañías situadas en los extremos queda-
remos fuera del alcance de la falange enemiga, y los
más arrojados de nosotros, guiando las compañías for-
madas en columnas, serán los primeros en atacar, y
por donde sea accesible el camino, por allí conducirá
su compañía cada capitán. No será fácil a los enemigos 13
penetrar en los espacios situados entre formaciones,
puesto que a ambos lados hay compañías. Tampoco
podrán abrir brecha en una compañía que avanza for-
mada en columnas. Si una compañía se ve agobiada,
la vecina acudirá en su ayuda. Y si alguna de ellas con-
sigue, de algún modo, subir a la cumbre, ningún ene-
migo seguirá resistiendo.»

Pareció bien esta propuesta y formaron las com- 14
pañías en columnas. Jenofonte, al retirarse del flanco
derecho al flanco izquierdo, decía a los soldados: «Com-
pañeros, esos que veis son los únicos que nos impiden
todavía estar ya donde, tiempo ha, pretendemos con
afán; a ésos, por poco que podamos, debemos comér-
noslos incluso crudos»[123].

Cuando cada uno estuvo en sus puestos y hubieron 15
formado las compañías en columnas, resultaron unas
ochenta compañías de hoplitas y cada compañía tenía
unos cien hombres. Dividieron en tres cuerpos a los
peltastas y a los arqueros, situados uno fuera del flanco
izquierdo, otro fuera del derecho y otro en el centro,
cada uno integrado por unos seiscientos hombres.

[123] Cf. *Ilíada* XXII 346 y ss.

16 Acto seguido, los estrategos transmitieron la orden de dirigir las plegarias a los dioses. Después de haber hecho las súplicas y de haber entonado el peán, reanudaron la marcha. Quirísofo y Jenofonte, con los peltastas que los acompañaban, habiendo desbordado la falange de
17 los enemigos, continuaron el avance. Los enemigos, cuando vieron que corrían a su encuentro, unos hacia la derecha, otros hacia la izquierda, se dispersaron y dejaron un considerable vacío en medio de su propia
18 falange. Los peltastas que seguían a las fuerzas arcadias, al frente de los cuales estaba Esquines de Acarnania, creyendo que los colcos huían, se lanzaron a la carrera dando gritos: ellos fueron los primeros en alcanzar la cima de la montaña, y los siguieron los hoplitas arcadios, al frente de los cuales estaba Cleanor el
19 orcomenio. Los enemigos, cuando empezaron a correr, ya no se detuvieron, sino que cada uno emprendió la huida por donde pudo.

Los griegos, después de alcanzar la cima, acamparon en muchas aldeas que tenían víveres en abundancia.

20 Respecto a lo demás, nada ocurrió de extraordinario. Pero había allí muchas colmenas y cuantos soldados comían miel perdían, todos ellos, la razón, vomitaban, les atacaba la diarrea y ninguno podía mantenerse en pie. Los que habían comido un poco parecían estar muy borrachos, los que habían comido mucho parecían enloquecidos y algunos, incluso, parecían moribundos.
21 Muchos yacían tendidos, como si se hubiese producido una derrota, y grande era el desaliento. Al día siguiente no murió ninguno y, a la misma hora, aproximadamente, recobraron la razón. Al tercer y al cuarto día se levantaron como si hubiesen tomado un fármaco [124].

[124] Parece ser que los efectos nocivos de esta miel eran producidos por las flores, de plantas venenosas, libadas por las abejas.



Desde allí recorrieron, en dos etapas, siete parasangas y llegaron al mar en Trapezunte, ciudad griega, habitada, en el Ponto Euxino, colonia de Sínope en el país de los colcos. Aquí permanecieron unos treinta 22
días en las aldeas de los colcos. Partiendo desde allí, 23
devastaban la Cólquide. Los habitantes de Trapezunte proporcionaban mercado al campamento, acogieron a los griegos y les dieron, como regalos de hospitalidad, bueyes, harina de cebada y vino. Negociaron también 24
en nombre de sus vecinos colcos, que vivían sobre todo en la llanura, y como dones de hospitalidad también de parte de éstos les llegaron bueyes.

A continuación, prepararon el sacrificio que habían 25
prometido ofrecer. Les llegaron bueyes suficientes para sacrificar a Zeus Salvador, a Heracles, por su feliz conducción, y a los demás dioses los sacrificios que habían prometido ofrecer. Organizaron también un certamen gimnástico en la montaña donde acampaban. Al espartano Dracontio, que de niño había huido de su país, por haber matado involuntariamente a un niño golpeándole con un puñal, lo eligieron para que organizara la carrera y presidiese el certamen.

Terminado el sacrificio, entregaron las pieles a Dra- 26
contio y le ordenaron que los llevara donde había organizado la carrera. Y les indicó dónde se encontraban. «Esta colina, dijo, es la más hermosa para correr por donde cada uno quiera.» «¿Cómo, pues, le dijeron, podrán luchar en un terreno tan abrupto y cubierto de maleza?» Y contestó: «De este modo, el que caiga lo 27
sentirá más.» Competían en la carrera del estadio [125] niños, la mayor parte hijos de prisioneros. Hicieron la gran carrera [126] los cretenses en número superior a

[125] Se trata de carrera reservada a los adolescentes (158 m.).

[126] La gran carrera (*dolichosdrómos*) consistía en recorrer 24 estadios. El pancracio era una especie de lucha libre en la que se combinaban lucha y boxeo.

sesenta; otros participaron en la lucha, el pugilato y el pancracio. Resultó un bello espectáculo. Muchos bajaron a la arena y, dado que sus compañeros los estaban
28 contemplando, había mucha rivalidad. Hubo también carreras de caballos, y debían conducirlos pendiente abajo y, después de hacerles dar la vuelta en el mar, de nuevo guiarlos hasta el altar. Hacia abajo, la mayor parte rodaban, pero hacia arriba, debido a la fuerte pendiente, a duras penas los caballos caminaban al paso. Entonces se producía gran griterío, risa y animación.

# LIBRO V

**Los griegos manifiestan su deseo de regresar por mar. Jenofonte propone elaborar un reglamento del pillaje por tierra y por mar. La expedición griega llega a Cerasunte. Los griegos se alían con los mosinecos. Llegan al país de los cálibes, tibarenos y a Cotiora. Quejas de los embajadores de Sinope ante Jenofonte. Consejos de Hecatónimo para que los griegos se hagan a la mar. Propuesta frustrada de Jenofonte para fundar una colonia. Jenofonte se somete a la voluntad del ejército. Actos de indisciplina en el ejército. Los estrategos rendirán cuentas de su actuación.**

[Cuanto hicieron los griegos en la expedición con 1
Ciro y en su marcha hasta el mar, hasta el Ponto Euxino, y cómo llegaron a Trapezunte, ciudad griega, y cómo celebraron los sacrificios que prometieron ofrecer como agradecimiento por su salvación tan pronto llegaran a una tierra amiga, en el libro anterior ha sido expuesto] [127].

Después de esto se reunieron para deliberar sobre el 2
trayecto que les quedaba. Se levantó, en primer lugar, León de Turio [128] y habló así: «Yo, compañeros, dijo, ya estoy cansado de recoger los bagajes, de caminar, de correr, de llevar las armas, de ir en formación, de

[127] Interpolación. Resumen que no corresponde a Jenofonte.

[128] Colonia fundada por los atenienses; se encuentra en Italia junto al golfo de Tarento.

montar guardias y de combatir; deseo acabar de una vez con estas penalidades y, puesto que tenemos el mar, recorrer embarcado el resto del camino y, tendido
3 como Ulises [129], llegar a Grecia.» Oídas estas palabras, los soldados gritaron alborozados que tenía razón; otro dijo lo mismo, y todos los que hablaron después.
4 A continuación se levantó Quirísofo y habló así: «Tengo como amigo, compañeros, a Anaxibio y está al frente de la flota. Por consiguiente, si queréis que yo vaya a su encuentro, creo que regresaría con trirremes y barcos para transportarnos. Si vosotros deseáis regresar navegando, aguardad hasta que yo vuelva. Regresaré pronto.» Al oír esta propuesta los soldados se alegraron y decidieron por votación que se hiciera a la mar cuanto antes.

5 Después de éste se levantó Jenofonte y habló así: «Quirísofo se va a buscar barcos y nosotros lo esperaremos. Por consiguiente, cuanto estimo oportuno ha-
6 cer en nuestra espera voy a decíroslo. En primer lugar debemos procurarnos víveres procedentes de un territorio enemigo, pues lo que nos venden no es suficiente y no tenemos medios suficientes para comprarlos, salvo unos pocos. El país es enemigo. Existe, por tanto, el riesgo de que muchos pierdan la vida, si vais a buscar los víveres despreocupadamente y sin tomar
7 precauciones. Me parece oportuno aprovisionarnos mediante destacamentos de forrajeadores y no andar por ahí sin precauciones, con el fin de evitar pérdidas. Nosotros, los estrategos, nos ocuparemos de la seguridad de estas expediciones.» Se aprobó esta decisión.
8 «Escuchad, además, esto. Algunos de vosotros saldrán en busca de botín. Por consiguiente, pienso que lo mejor es que quien tenga intención de salir nos lo diga y nos indique, además, a dónde va, para

[129] Alusión a la *Odisea* V 117-199; XIII 73-76.



que sepamos el número de los que salen y de los que se quedan, tomemos las medidas necesarias y, si es oportuno socorrer a algunos, sepamos a dónde hay que acudir en su ayuda y para que, si alguien entre los menos expertos emprende una acción en alguna parte, colaboremos con nuestro consejo intentando saber las fuerzas contra las que se van a enfrentar.» También esto les pareció bien.

«Tened presente, además, una cosa, dijo. Los ene- 9
migos tienen tiempo libre para dedicarse al pillaje y, con justicia, conspiran contra nosotros, pues tenemos lo que es suyo, y ocupan posiciones por encima de nosotros. Me parece, por tanto, que hay que montar guardias alrededor del campamento. Así, pues, si por turnos montamos guardia y estamos atentos, menos posibilidades tendrán los enemigos de cazarnos.

»Considerad, además, este punto. Si tuviéramos 10
garantías de que Quirísofo vendrá con suficientes embarcaciones, no sería preciso nada de lo que voy a deciros; pero ahora, puesto que esto no está claro, me parece oportuno intentar equipar embarcaciones aquí mismo. Si regresa ⟨con⟩ ellas, puesto que nosotros tenemos aquí, nos haremos a la mar con mayor abundancia de naves, y si él no las trae, utilizaremos las de aquí. Con frecuencia veo embarcaciones que nave- 11
gan siguiendo la costa. Por consiguiente, si, después de haber pedido a los trapezuntios navíos largos [130], los condujéramos a la costa y los guardáramos quitando los timones, hasta tener un número suficiente para llevarnos, posiblemente no estaríamos faltos del medio de transporte que necesitamos.» También en esto estuvieron de acuerdo. «Pensad, añadió, si os pa- 12
rece bien mantener del erario público a las personas

[130] Usados casi siempre en acciones militares, eran muy eficaces por su facilidad de maniobra y por su rapidez.

que nos lleven a puerto durante el tiempo que permanezcan aquí por nuestra causa, y convenir el importe del pasaje, para que, por el favor que nos hacen, tengan también su compensación.» Y esto también les pareció bien.

13 «Me parece oportuno, prosiguió, que, si esto se lleva a cabo de manera que dispongamos navíos suficientes, encarguemos a las ciudades costeras arreglar los caminos que creo son de difícil acceso. Obedecerán, por temor y porque quieren librarse de nosotros.»

14 Entonces gritaron que no había que ir por tierra. Y cuando Jenofonte se dio cuenta de la insensatez del ejército, nada puso a votación, sino que convenció a las ciudades de que repararan los caminos voluntariamente, diciendo que antes se verían libres de ellos si
15 los caminos estaban en buen estado. Consiguieron de los trapezuntios una nave de cincuenta remos, al frente de la cual pusieron a Dexipo, perieco laconio. Éste, sin preocuparse de reunir embarcaciones, escapó fuera del Ponto con su nave. Pero más tarde sufrió el castigo que merecía: por sus intrigas en la corte de Seutes, murió a manos de Nicandro de Laconia, en
16 Tracia. Consiguieron también una nave de treinta remos, al frente de la cual pusieron a Polícrates de Atenas, que llevaba al campamento todas las embarcaciones que capturaba. Y si encontraban mercancías, las sacaban y las ponían bajo vigilancia para no perderlas. Y emplearon las embarcaciones para navegar
17 siguiendo la costa. Mientras esto sucedía, los griegos salían en busca de botín, unos lo conseguían y otros no. Cleeneto, que salió al frente de su compañía y de otra contra una posición difícil, perdió la vida junto con otros muchos que lo acompañaban.

2 Como ya no era posible coger víveres de manera que se pudiera regresar en el mismo día al campamento, cogió entonces Jenofonte unos guías de Trapezunte,



condujo contra los drilas [131] a la mitad de su ejército y dejó la otra mitad para vigilar el campamento, pues los colcos, que habían sido expulsados de sus casas, estaban reunidos en gran número y ocupaban las cimas de las montañas. Los de Trapezunte no los conducían 2
a lugares donde resultaba fácil coger víveres, pues eran amigos de sus habitantes. Sin embargo, los guiaban a gusto contra los drilas, de los que recibían malos tratos, a lugares montañosos, de difícil acceso, y contra los hombres más belicosos del Ponto.

Cuando los griegos estuvieron en la tierra alta, 3
quemaron todas las posiciones que, según los drilas, eran accesibles y se marcharon. Sólo era posible coger algún cerdo, buey o alguna cabeza de ganado que había escapado del fuego; su única posición era su metrópoli; en ésta habían confluido todos. A su alrededor había un torrente muy profundo y los accesos al territorio eran difíciles. Los peltastas, que se adelantaron 4
en su carrera a los hoplitas unos cinco o seis estadios, cruzaron el barranco y, al ver mucho ganado y otros bienes, atacaron la posición. Los seguían también muchos lanceros que habían salido en busca de víveres, de manera que fueron más de dos mil hombres los que pasaron el barranco. Como no podían 5
tomar la posición combatiendo, pues había un foso ancho levantado en torno a ella, estacas sobre la tierra amontonada y muchas torres hechas de madera, intentaban retirarse, pero los enemigos los atacaban. Como no podían correr en su retirada, pues el des- 6
censo de la posición al torrente había que hacerlo de uno en uno, envían a uno a ver a Jenofonte, que estaba al frente de los hoplitas. Cuando llegó éste, le dice: 7
«Hay una posición llena de abundantes bienes, y no

131 Tribu no identificada a la que no se alude en el resto de la obra.

podemos tomarla porque es fuerte. Tampoco nos resulta fácil retirarnos porque salen del lugar y nos presentan combate, y la salida es difícil.»

8 Enterado de estas noticias, Jenofonte se acercó al torrente y ordenó a los hoplitas que se detuvieran; él mismo cruzó con los capitanes y estudiaba si era mejor que los que habían cruzado se retiraran o que los hoplitas acudieran, por si pudiera tomarse la po-
9 sición. Parecía que la retirada no era posible sin producirse muchas bajas y, en cambio, creían los capitanes que podría tomarse la posición; Jenofonte accedió, confiando en las víctimas[132], pues los adivinos habían manifestado que habría lucha, pero que el fin
10 de la expedición sería favorable. Envió Jenofonte a los capitanes para hacer cruzar a los hoplitas, mientras él se quedó allí y mandó retroceder a todos los peltastas sin permitir a nadie hacer escaramuzas.
11 Cuando llegaron los hoplitas, ordenó que cada capitán dispusiera su compañía de la manera que considerara más adecuada para combatir, pues estaban cerca unos de otros los capitanes que, en todo momento,
12 rivalizaban entre sí en valor. Así lo hicieron. Mientras él dio a todos los peltastas la orden de que avanzaran con la mano en la correa de la jabalina para poder lanzarla cuando se les diera la señal, a los arqueros les ordenó que colocaran la flecha en la cuerda, puesto que era preciso disparar cuando se les diera la señal, y a los soldados de infantería ligera que tuvieran sus sacos de cuero llenos de piedras. Y envió hombres adecuados que se encargaran de estos cometidos.
13 Una vez que todo estuvo preparado, no sólo los capitanes y los tenientes, sino todos los que no se con-

[132] Con frecuencia, Jenofonte acude a prácticas religiosas antes de emprender una acción importante. Su profundo sentimiento religioso queda patente.



sideraban menos que éstos, se colocaron en orden de batalla. Unos y otros se veían, pues la formación tenía, debido al terreno, forma de media luna. Cuando hu- 14
bieron entonado el peán y la trompeta hubo sonado, al mismo tiempo que lanzaron un grito en honor de Enialio[133], se precipitaron a la carrera los hoplitas disparando flechas, dardos, lanzas, flechas y piedras con hondas, pero lanzaban todavía muchas más con las manos. Había también quien arrojaba fuego. Bajo la 15
avalancha de dardos los enemigos abandonaron las empalizadas y las torres, de manera que Agasias de Estinfalia y Filóxeno de Pelene subieron sólo con la túnica, uno tiraba del otro y en seguida ya se había encaramado otro más. La posición había sido, según parecía, tomada.

Los peltastas y la infantería ligera entraron corrien- 16
do y saqueaban lo que cada uno podía; Jenofonte, sin embargo, se detuvo frente a las puertas e impedía el paso desde fuera a todos los hoplitas que podía, pues otros enemigos aparecían en unas cimas fortificadas. No había transcurrido mucho tiempo cuando 17
se produjo un griterío en el interior y huían, unos con el botín que cogieron y alguno, posiblemente, también herido. Y muchos empujones se daban alrededor de las puertas. Al ser preguntados los que salían, decían que había dentro unas posiciones elevadas y muchos enemigos que habían hecho una salida y golpeaban a los hombres que estaban dentro. Entonces 18
ordenó al heraldo Tólmides[134] proclamar que entrara el que quisiera coger alguna cosa. Muchos se precipitan dentro, y vencen los que entran a empujones a los que salen, y encierran de nuevo a los enemigos en la ciudadela. Todo lo que se hallaba fuera fue saquea- 19

[133] Sobrenombre de Ares, dios de la guerra. Cf. I 8, 18.
[134] Más datos sobre él, en II 2, 20.

do y los griegos se lo llevaron; los hoplitas se detu-
vieron, unos alrededor de las empalizadas y otros en
20 el camino que llevaba a la fortificación. Jenofonte y
los capitanes examinaban si era posible tomarla, pues
así era segura la salvación, y de otro modo parecía
muy difícil la retirada; de su investigación dedujeron
que era absolutamente imposible tomar la posición.
21 Entonces comenzaron a preparar la retirada. Cada
uno arrancaba las estacas que tenía frente a sí, y
despedían a los inútiles, y a los que llevaban carga y
al grueso de los hoplitas, quedándose los capitanes
con los hombres que inspiraban confianza a cada uno.
22 Pero cuando iniciaron la retirada, se precipitaron des-
de el interior sobre ellos muchos enemigos, con sus
escudos de mimbre, lanzas, grebas y cascos paflagonios,
y otros subían a las casas, a uno y otro lado del
23 camino de la ciudadela. De manera que tampoco era
seguro perseguirlos hasta las puertas de la fortifica-
ción, pues arrojaban desde arriba grandes maderos,
por lo que resultaba difícil quedarse y retirarse, y la
noche que se avecinaba era espantosa.
24 Mientras ellos luchaban y estaban en apuros, un
dios les ofrece un medio de salvación. De pronto
comenzó a arder una casa de las situadas a la derecha,
sin que se supiera quién le prendió fuego. Cuando ésa
se derrumbó, huyeron los habitantes de las casas de
25 la derecha. Una vez que Jenofonte entendió el signifi-
cado de este hecho gracias a la fortuna, ordenó pren-
der fuego también a las casas de la izquierda, que
eran de madera, de modo que bien pronto se quema-
ron. Por consiguiente, huyeron también los habitan-
26 tes de esas casas. Sólo los seguían molestando los que
estaban enfrente y estaba claro que los atacarían en
la salida y en el descenso. Entonces, Jenofonte trans-
mite la orden de que traigan leña todos los que se
encontraban fuera del alcance de los dardos y que la



pongan entre ellos y los enemigos. Cuando hubo ya
suficiente, la prendieron fuego. También incendiaron
las casas situadas junto a la misma empalizada, para
que los enemigos estuvieran ocupados en esto. Así 27
con dificultad se retiraron de la posición, poniendo
fuego entre ellos y los enemigos. La ciudad entera se
quemó, las casas, las torres, las empalizadas y todo
lo demás, excepto la fortificación.

Al día siguiente los griegos se retiraron con los 28
víveres. Y, como temían la bajada que conduce a Tra-
pezunte, pues era pendiente y estrecha, hicieron una
falsa emboscada. Un misio, que se llamaba también 29
así, con diez cretenses, se quedó en un lugar de vege-
tación espesa y fingía intentar pasar desapercibido a
los enemigos, pero sus escudos, que eran de bronce,
brillaban de vez en cuando a través de la espesura.
Así, pues, los enemigos al ver esto, temían que fuera 30
una emboscada; mientras tanto el ejército descendía.
Cuando pareció que el ejército había avanzado bastan-
te, se indicó por medio de una señal al misio que
huyera a toda prisa. Se levantó éste y escapó con los
que le acompañaban. Los restantes cretenses, temien- 31
do, según dijeron, que los alcanzaran los enemigos,
salieron del camino, se metieron en un bosque y, ro-
dando por los valles, lograron salvarse, mientras el
misio, que huía por el camino, pedía auxilio. Acudie- 32
ron en su ayuda y lo recogieron herido. Los que le
prestaron ayuda se retiraban paso a paso bajo los
disparos enemigos y algunos cretenses replicaban dis-
parando con sus arcos. De este modo llegaron sanos y
salvos al campamento todos.

Puesto que ni Quirísofo regresaba, ni había embar- 3
caciones suficientes, ni era posible coger más víveres,
acordaron que había que partir. Embarcaron en las
naves a los enfermos, a los mayores de cuarenta años,
a los niños, a las mujeres y todos los bagajes que no

era preciso conservar. También hicieron subir en las
naves a Filesio y a Soféneto, los estrategos de más
edad, con la orden de que se ocuparan de ellos. Los
demás se pusieron en marcha, pues el camino había
2 sido ya acondicionado. Al tercer día de marcha llega-
ron a Cerasunte, ciudad griega junto al mar, colonia
3 de Sínope, en la Cólquide. Aquí se quedaron diez días.
Se pasó revista y se contó el número de hombres en
armas: resultaron ocho mil seiscientos. Éstos fueron
los que se salvaron. Los demás perecieron a manos de
los enemigos, por causa de la nieve y otros, por en-
4 fermedad. Aquí también reparten el dinero obtenido
de los prisioneros. En cuanto al diezmo, que reserva-
ron a Apolo y a Ártemis de Éfeso, cada estratego
recibió la parte correspondiente para guardarla con
destino a los dioses. Neón de Ásine la recibió en vez
5 de Quirísofo. Jenofonte hizo la ofrenda a Apolo y la
consagró en el tesoro de los atenienses en Delfos y
puso una inscripción con su nombre y el de Próxeno,
6 que murió con Clearco; pues era su amigo. La parte
de Ártemis de Éfeso, cuando salió de Asia con Agesilao
por el camino de Beocia, la dejó en manos de Mega-
bizo, guardián[135] del templo de Ártemis, porque pen-
saba que correría peligro en el camino, y le encargó
que, si salvaba la vida, se la devolviera y, si le pasaba
algo, que la consagrara a Ártemis, ofreciéndole lo que
creyera que fuera agradable a la diosa.
7 Una vez que Jenofonte estaba ya en el destierro,
viviendo en Escilunte, merced a la hospitalidad de los
Lacedemonios [cerca de Olimpia], llega Megabizo a
Olimpia para contemplar los juegos y le devuelve el
depósito. Jenofonte lo coge y compra un terreno para

[135] *Neocóros* es el término griego. Se trata de un sacerdote encargado de la vigilancia del templo y de las riquezas depositadas en él.



la diosa donde le indicó Apolo. Corría por la región 8
el río Selinunte. En Éfeso también, junto al templo
de Ártemis, pasa un río llamado Selinunte. En los dos
hay peces y conchas. En los campos de Escilunte se
encuentra toda la variedad de animales salvajes que
quieran cazarse. Construyó, además, un altar y un 9
templo con el dinero sagrado y, en lo sucesivo, siem-
pre, con el diezmo de los frutos del campo, ofrecía un
sacrificio a la diosa, y todos los ciudadanos y los veci-
nos, hombres y mujeres, participaban en la fiesta.
Proporcionaba la diosa a los concurrentes harina de
cebada, panes, vinos, golosinas y parte de las víctimas
cebadas con el pasto sagrado y otros productos de la
caza. Pues los hijos de Jenofonte y de los demás ciu- 10
dadanos organizaban una cacería para la fiesta. Los
hombres que querían se sumaban también a la cace-
ría. Se capturaban piezas procedentes, unas, del mismo
terreno sagrado y, otras, de la Fóloe[136]: jabalíes, gace-
las y ciervos. El terreno, que desde Lacedemonia con- 11
duce a Olimpia, está a unos veinte estadios del templo
de Zeus en Olimpia. Hay, además, en el recinto sagrado
una pradera y montañas llenas de árboles, aptas para
criar cerdos, cabras, bueyes y caballos, de manera que
incluso las acémilas de los que iban a la fiesta pas-
taban en abundancia. Alrededor del templo mismo 12
plantaron un jardín de árboles frutales que producen
frutos comestibles propios de la estación. El templo
se parece, en pequeño, al grande de Éfeso y la imagen
se parece, en madera de ciprés, a la de Éfeso, que
es de oro. También se levanta junto al templo una 13
columna con esta inscripción: «ESTE TERRENO SAGRADO
PERTENECE A ÁRTEMIS. EL QUE LO POSEA Y DISFRUTE, OFREZ-
CA EL DIEZMO EN SACRIFICIO CADA AÑO. Y CON LO SOBRANTE,
RESTAURE EL TEMPLO. SI NO LO HACE, LA DIOSA SE VENGARÁ.»

[136] Región montañosa próxima a Olimpia. Cf. ESTRABÓN, VIII 3, 32.

4 Desde Cerasunte se trasladaron por mar los que antes se habían embarcado. Los demás siguieron su camino por tierra.
2 Cuando estuvieron en los límites de los mosinecos[137], envían a Timesiteo de Trapezunte, que era protector de los mosinecos, a preguntarles si iban a atravesar un país amigo o enemigo. Contestaron éstos que no les dejarían pasar. Pues confiaban en sus plazas fuertes.
3 Entonces Timesiteo dice que son enemigos de éstos los que habitan al otro extremo del país. Se acordó convocarlos por si querían concertar una alianza.
4 Enviado Timesiteo, regresó con los jefes. Cuando llegaron se reunieron los jefes mosinecos y los estrategos griegos. Habló Jenofonte y hacía de intérprete
5 Timesiteo: «Mosinecos, nosotros queremos regresar, sanos y salvos, a Grecia a pie, pues no tenemos naves; pero ésos, que tenemos entendido que son vuestros
6 enemigos, nos lo impiden. Pues bien, si queréis, tenéis posibilidad de tomarnos como aliados y vengaros, si alguna vez os han tratado injustamente, y tenerlos
7 sometidos en lo sucesivo. Si no nos hacéis caso, pensad dónde podríais obtener en otra ocasión una fuerza
8 aliada como la nuestra. A esta propuesta respondió el jefe de los mosinecos diciendo que ellos también
9 querían esto y que aceptaban la alianza. «Veamos, pues, dijo Jenofonte, ¿en qué necesitaréis utilizarnos, si nos convertimos en vuestros aliados, y cómo váis a
10 colaborar con nosotros en el camino?» Contestaron ellos: «Podemos invadir el territorio de nuestros comunes enemigos desde el otro lado, y enviaros aquí naves y hombres que serán vuestros aliados y os guiarán en el camino.»

137 Llamados así porque habitan en torres de madera, en el Ponto. Cf. HERÓDOTO, VIII 94.



Sobre estos acuerdos dieron y recibieron garantías, 11
y se marcharon. Al día siguiente volvieron con trescientas barcas hechas de un solo tronco y en cada una tres hombres, dos de los cuales desembarcaron y presentaron armas, mientras el tercero se quedó en la barca. Cogieron las barcas y se hicieron de nuevo a 12
la mar. Los que se quedaron formaron en orden de batalla del siguiente modo: en filas de unos cien hombres, colocados unos frente a otros correlativamente como en los coros, llevando todos escudos de mimbre recubiertos con pieles de bueyes de pelo blanco, semejantes a una hoja de hiedra. En la mano derecha llevaban una jabalina de unos seis codos, con una punta de lanza delante y, detrás, una bola de madera. Iban 13
vestidos con unas túnicas cortas por encima de las rodillas, pero su espesor era como el del lino del saco de la ropa de cama. En la cabeza llevaban cascos de cuero como los de los paflagonios, con un penacho en medio y muy semejantes a las tiaras. Llevaban, ade- 14
más, hachas de hierro. Entonces uno de ellos inició un canto y todos los demás se pusieron en marcha cantando al compás, y atravesando las filas y el campamento de los griegos, al punto se dirigieron contra los enemigos, hacia la plaza fuerte que parecía más fácil de atacar. Estaba situada ésta delante [de la ciudad], 15
llamada metrópoli, y ocupaba el punto más elevado del país de los mosinecos. Por la posesión de este lugar se hacía la guerra, pues los que cada vez la ocupaban parecían ser también dueños de todos los mosinecos, y los aliados de los griegos decían que éstos no la ocupaban conforme a derecho, sino que, habiéndose apropiado de un bien común, usurpaban sus derechos.

Les seguían también algunos griegos, no por orden 16
de los estrategos, sino para saquear. Los enemigos permanecían inmóviles mientras se acercaban, pero cuando estuvieron cerca de la plaza fuerte, salieron

corriendo y los pusieron en fuga; mataron a muchos bárbaros y a algunos griegos que fueron con ellos, y continuaron la persecución hasta que vieron que los
17 griegos acudían en su ayuda. Luego dando la vuelta se marcharon y, después de cortar las cabezas de los cadáveres, las enseñaban a los griegos y a sus enemigos, al tiempo que danzaban al son de una canción.
18 Los griegos estaban muy apenados porque sus aliados habían envalentonado a los enemigos y porque los griegos que salieron con ellos habían huido, a pesar de ser muchos, cosa que nunca habían hecho antes en el curso de la expedición.

19 Jenofonte convocó a los griegos y les dijo: «Soldados, no os desaniméis por lo ocurrido. Sabed que un
20 bien no inferior al mal se ha producido. En primer lugar sabéis que nuestros guías están realmente en guerra con los que por necesidad son nuestros enemigos. Luego, aquellos griegos que abandonaron nuestras filas y que creyeron que podrían conseguir lo mismo con los bárbaros que con nosotros han pagado su pena. De manera que, para otra vez, se alejarán menos de
21 nuestras filas. Es preciso que vosotros os preparéis para dar la impresión a los bárbaros que son amigos de que sois superiores a ellos y para demostrar a los enemigos que ahora lucharán con hombres diferentes a los desorganizados con los que se enfrentaron antes.»

22 Así pasaron aquel día. Al día siguiente, después de ofrecer sacrificios, cuando los presagios fueron favorables, desayunaron, formaron las compañías en columna, alinearon a los bárbaros a la izquierda de la misma manera y se pusieron en marcha situando a los arqueros entre las compañías, quedando un poco reza-
23 gado el frente de los hoplitas. Había entre los enemigos hombres ligeros que bajaban corriendo y tiraban piedras. Rechazaban a éstos los arqueros y peltastas. Los demás siguieron la marcha al paso, primero hacia



la plaza fuerte desde la que el día anterior los bárbaros y los que les acompañaban fueron puestos en fuga. Aquí los enemigos se habían alineado en orden
de batalla. Resistieron los bárbaros a los peltastas y 24
lucharon, pero cuando estuvieron cerca los hoplitas, se dieron a la fuga. Los peltastas, de inmediato, los siguieron persiguiéndolos hasta arriba en dirección a la ciudad, mientras que los hoplitas iban detrás sin
perder la formación. Cuando estuvieron arriba junto 25
a las casas de la metrópoli, entonces los enemigos se reunieron todos y continuaron la lucha lanzando sus jabalinas e intentando defenderse cuerpo a cuerpo con otras lanzas gruesas y largas, que a duras penas po-
dría llevar un hombre. Como los griegos no cedían, 26
sino que avanzaban a su encuentro, los bárbaros huían también todos de allí abandonando la plaza fuerte. Pero su rey, que habitaba en una torre de madera, construida en la cima, al que todos en común sustentaban y protegían mientras permanecía allí, no quería salir, ni tampoco el de la posición ocupada antes. Allí, con las torres de madera fueron quemados ambos.

Los griegos, al saquear las plazas fuertes, encon- 27
traban en las casas depósitos de panes amontonados que se transmitían de padres a hijos, según contaban los mosinecos, y trigo nuevo guardado con la paja.
La mayor parte era espelta. También encontraban en 28
las ánforas lonchas de delfín en salazón y, en vasos, grasa de delfín, que los mosinecos utilizaban como los
grigos el aceite de oliva. En los graneros había mu- 29
chas nueces lisas[138] sin ninguna hendidura. Este era su alimento principal, que hervían y cocían como pan. Se encontraba también vino que, sin mezclar,

[138] En realidad, castañas, nombre todavía no conocido en Grecia.

parecía agrio por su aspereza, pero mezclado, resultaba aromático y dulce.
30 Los griegos desayunaron aquí y continuaron la
marcha, después de haber entregado las plazas fuertes
a los mosinecos que lucharon con ellos. De todos los
territorios enemigos que encontraban guarnecidos los
más accesibles eran abandonados y los otros se unían
31 a ellos voluntariamente. Así eran la mayor parte de las
fortificaciones: distaban entre sí las ciudades ochenta
estadios, unas más, otras menos. Cuando se gritaban
unos a otros, se oían de una a otra ciudad: tan elevado
32 y profundo era el país. Tan pronto como en su mar-
cha se encontraban con amigos, les mostraban niños
de gente rica alimentados y criados con nueces hervi-
das, tiernos y muy blancos, y no les faltaba mucho
para igualar el grosor con la altura, y tenían las espal-
das pintadas de muchos colores y, por delante, unos
33 tatuajes en forma de flores. Buscaban, además, unirse,
a la vista de todos, con las heteras que los griegos
llevaban, pues tenían ellos esa costumbre. Todos los
34 hombres y mujeres eran blancos. Los que tomaron par-
te en la expedición decían que ésos eran los más bár-
baros que habían encontrado en su recorrido y los
más diferentes de las costumbres griegas. Pues hacían
en medio de la gente lo que los hombres deben hacer
en secreto y, a solas, se comportaban como si estuvieran acompañados. Hablaban consigo mismos, reían solos y, deteniéndose en cualquier lugar que se encontraran, se ponían a bailar, como si alguien pudiese verlos.

5 A travé de este país —ya enemigo, ya amigo— recorrieron ocho etapas y llegaron al país de los cálibes. Éstos eran pocos y súbditos de los mosinecos. El medio de vida para la mayoría procedía de la extracción de hierro.



Desde aquí llegan al país de los tibarenos. El terri- 2
torio de los tibarenos era mucho más llano y tenía
posiciones junto al mar menos fortificadas. Deseaban
los estrategos atacar las posiciones y que el ejército
cogiese algo de botín. No aceptaron los presentes de
hospitalidad de los tibarenos, sino que les ordenaron
esperar hasta que hubiesen deliberado, y se pusieron a
ofrecer los sacrificios. Después de haber sacrificado 3
muchas víctimas, todos los adivinos dijeron que de
ningún modo los dioses aprobaban la guerra. Entonces aceptaron los presentes y marchando dos días como a través de un país amigo llegaron a Cotiora, ciudad griega, colonia de los sinopenses, que se hallaba en el territorio de los tibarenos.

[Hasta aquí el ejército fue a pie. El camino de 4
vuelta recorrido desde la batalla en Babilonia hasta Cotiora[139] ascendía a ciento veintidós etapas, seiscientas veinte parasangas, dieciocho mil seiscientos estadios; el tiempo invertido, ocho meses][140].

Aquí permanecieron cuarenta y cinco días. Durante 5
estos días, en primer lugar hicieron sacrificios a los
dioses, y todos los griegos, distribuidos por grupos,
organizaron procesiones y certámenes gimnásticos.
Cogían los víveres, unos de Paflagonia[141] y otros de 6
los territorios de los cotioritas; pues éstos no les proporcionaban mercado ni daban cobijo a los enfermos dentro de sus murallas.

Entretanto llegan desde Sínope embajadores, que 7
temían por la ciudad de los cotioritas (pues les perte-

[139] Ciudad griega del Ponto, en territorio de los tibarenos. Aquí embarcaron los griegos.

[140] Interpolación. El cómputo de etapas y parasangas es preciso; el tiempo empleado en recorrerlas parece que fue algo inferior.

[141] Región de Asia Menor que se extendía a lo largo del Ponto hasta Bitinia.

necía y les pagaban tributo) y por el territorio, porque
oían decir que era saqueado. Entraron en el campa-
mento y hablaron, tomando la palabra en su nombre
8 Hecatónimo, considerado hábil orador. «Nos ha enviado,
soldados, la ciudad de Sínope para elogiaros, puesto
que habéis vencido a los bárbaros, vosotros que sois
griegos. Además, también, para compartir vuestra satis-
facción, ya que estáis sanos y salvos, después de pasar
muchas y terribles dificultades, según hemos oído
9 decir. Nosotros, que somos griegos, pretendemos reci-
bir de vosotros, también griegos, algún favor y ningún
daño, pues nunca nosotros hemos sido los primeros
10 en causaros algún perjuicio. Esos cotioritas son nues-
tros colonos y nosotros les entregamos este territorio,
después de habérselo arrebatado a los bárbaros. Por
esta razón nos pagan un tributo establecido, lo mismo
que los de Cerasunte y Trapezunte. En consecuencia,
cualquier mal que les hagáis, la ciudad de Sínope
11 entiende que lo sufre ella misma. Pero ahora oímos
decir que habéis entrado en la ciudad por la fuerza,
que algunos se alojan en sus casas y que cogéis por la
fuerza lo que necesitáis de sus campos sin permiso.
12 Pues bien, esto no lo consideramos justo. Si lo se-
guís haciendo, nos obligaréis a hacernos amigo de
Corila, de los paflagonios y de cualquier otro que poda-
mos.»

13 A continuación se levantó Jenofonte y en nombre
de todo el ejército dijo: «Nosotros, sinopenses, llega-
mos contentos por haber salvado nuestras vidas y
nuestras armas, porque no era posible obtener botín y
14 hacer frente a los enemigos simultáneamente. Y ahora,
hemos llegado a las ciudades griegas, en Trapezunte
(nos ofrecían mercado) nos procurábamos los víveres
comprándolos y, a cambio de los honores que nos rin-
dieron y de los presentes de hospitalidad que dieron
al ejército, nosotros les correspondimos en honores y,



a cuantos amigos tenían entre los bárbaros, los hemos
respetado, pero a los enemigos contra los cuales
nos guiaban les hacíamos tanto daño como podíamos.
Preguntadles qué tipo de gente encontraron en nos- 15
otros. Aquí están aquellos que nos envió la ciudad
como guías en prueba de amistad.

»Sin embargo, a cualquier sitio que vayamos, si no 16
tenemos mercado, sea tierra bárbara o griega, no por
arrogancia, sino por necesidad cogemos los víveres.
A los carducos, a los taocos y a los caldeos, a pesar de 17
que no son súbditos del Rey y aun siendo muy temi-
bles, nos los hemos ganado como enemigos por tener
necesidad de coger los víveres, puesto que no nos ofre-
cían mercado. En cambio, a los macrones, aunque 18
eran bárbaros, dado que nos proporcionaban el mer-
cado que podían, los considerábamos amigos y no
cogíamos por la fuerza nada de lo suyo.

»Respecto a los cotioritas, que decís que son colo- 19
nos vuestros, si algo les hemos cogido, ellos son los
culpables. No se han comportado con nosotros como
amigos, sino que nos cerraron las puertas, y no nos
aceptaban dentro de su ciudad ni nos enviaban merca-
do fuera. Acusaban, además, a vuestro harmosta[142] de
ser culpable de esto. En cuanto a lo que dices, que 20
entramos por la fuerza y nos alojamos allí, nosotros
pretendíamos que acogieran a los enfermos bajo techo
y, como no abrían las puertas, entramos por donde
pudimos, pero nada violento hicimos, y viven los en-
fermos en las casas gastando de lo suyo y vigilamos
las puertas para que nuestros enfermos no estén en
manos de vuestro harmosta, sino que dependa de
nosotros trasladarlos cuando queramos. Los demás, 21

[142] Harmosta, gobernador de un país o ciudad sometidos a Esparta.

como veis, acampamos al aire libre en formación, preparados a devolver bien por bien y mal por mal.

22 »En cuanto a tus amenazas de que, si os parece, os haréis aliados de Corila y de los paflagonios contra nosotros, nosotros, por nuestra parte, si es necesario, haremos también la guerra a ambos, pues ya la hemos hecho a otros, mucho más numerosos que vosotros.
23 Y si creemos que debemos conseguir también la amistad del paflagonio —estamos enterados de que ambiciona vuestra ciudad y las plazas marítimas—, intentaremos, colaborando con él en conseguir lo que ambiciona, llegar a ser sus amigos.»

24 Después de esto estaba muy claro que los embajadores que acompañaban a Hecatónimo estaban enfandados por lo que había dicho. Uno de ellos se adelantó y dijo que no venían para hacer la guerra, sino para demostrar que eran amigos. «Y, si vais a la ciudad de Sínope, os recibiremos con presentes de hospitalidad. De momento, ordenaremos a los de aquí que os den lo que puedan, porque vemos que es verdad todo lo
25 que decís.» Desde este momento, los cotioritas enviaron presentes de hospitalidad y los estrategos griegos acogieron como huéspedes a los embajadores sinopenses, y mantuvieron amplias y cordiales conversaciones conjuntas, y de un modo especial se informaban de las necesidades que cada uno tenía para el camino que les quedaba por recorrer.

6 Así terminó aquel día. Al día siguiente los estrategos reunieron a los soldados. Consideraban oportuno convocar a los sinopenses y deliberar acerca del trayecto que les quedaba. Si era preciso marchar a pie, pensaban que los sinopenses les serían útiles, pues conocían la Paflagonia; y si por mar, creían necesitar también a los sinopenses, pues eran los únicos que daban la impresión de ser capaces de proporcionar
2 naves suficientes al ejército. Por consiguiente, convo-



caron a los embajadores y deliberaron conjuntamente. Pensaban que era justo, siendo griegos, en primer lugar, acoger bien a unos griegos, demostrando buena disposición, y darles los mejores consejos.

Se levantó, en primer lugar, Hecatónimo y se excu- 3
só sobre lo que había dicho de que se ganarían la amistad del paflagonio, porque no lo había dicho pensando en que ellos harían la guerra a los griegos, sino porque, teniendo la posibilidad de ser amigos de los bárbaros, preferirían a los griegos. Y como le pe- 4
dían un consejo, hizo una súplica y habló así: «Si os aconsejo lo que me parece mejor, que obtenga yo muchos beneficios, y si no, lo contrario. Pues me parece que dispongo de ese consejo denominado sagrado. Por consiguiente, si es evidente que os he aconsejado bien, muchos serán los que me elogien, y si mal, seréis muchos los que me maldeciréis. En efecto, sé 5
que tendremos muchas más dificultades si os trasladáis por mar, porque deberemos procurarnos naves. Si, en cambio, hacéis la expedición por tierra, tendréis que luchar. Con todo, debo deciros lo que pienso. Soy experto en el país de los paflagonios y en su pode- 6
río. Tiene ambas cosas: llanuras bellísimas y montañas muy altas.

»En primer lugar, sé en este mismo momento por 7
donde debéis necesariamente hacer la incursión; no es posible por otro sitio más que por donde las cimas de la montaña se elevan a ambos lados del camino. Incluso ocupando las cimas muy pocos hombres, podrían dominar el paso. Y, una vez dominadas las alturas, ni siquiera todos los ejércitos del mundo podrían cruzar. Y os lo demostraría, si quisierais enviar a alguien conmigo.

»Sé, además, que hay llanuras y una caballería que 8
los bárbaros mismos consideran superior a toda la

caballería del Rey. Y ahora éstos no acudieron a la llamada del Rey, pues su jefe es demasiado orgulloso.

9 »Si también sois capaces de apoderaros por sorpresa de las montañas o de ocuparlas de antemano, y en la llanura sois capaces de vencer a sus jinetes luchando y a su infantería, que supera las doce miríadas, llegaréis a los ríos; primero, al Termodonte, de tres pletros de anchura, que, a mi entender, es difícil de cruzar, sobre todo teniendo muchos enemigos de frente y muchos que siguen detrás; en segundo lugar, al Iris, igualmente de tres pletros; en tercer lugar, al Halis, con no menos de dos estadios de anchura, que no podríais atravesar sin naves. ¿Y quién proporcionará las naves? Del mismo modo, también el Partenio es infranqueable; a éste podríais llegar cruzando el Halis.

10 »Por consiguiente, yo creo que la marcha no es difícil para vosotros, sino absolutamente imposible. Sin embargo, si os hacéis a la mar podéis desde aquí navegar hasta Sínope siguiendo la costa, y desde Sínope hasta Heraclea; y desde Heraclea ni por tierra ni por mar hay dificultades, pues hay muchas naves

11 en Heraclea.» Cuando hubo dicho esto, unos sospechaban que lo decía por amistad con Corilas, pues era su próxeno[143]; otros, que para obtener unos regalos por este consejo; otros incluso sospechaban que lo decía para que, en su marcha a pie, no causaran ningún daño en el país de los sinopenses. Pues bien, los grie-

12 gos votaron hacer el viaje por mar. A continuación, habló Jenofonte: «Sinopenses, los compañeros han escogido la ruta que vosotros aconsejáis; así están las cosas: si va a haber naves en número suficiente para que nadie se quede aquí, nos embarcaríamos; pero si unos han de quedarse y otros hacerse a la mar, no

[143] Huésped público; también, encargado en una ciudad de velar por los intereses de los ciudadanos de otra (= cónsul).



subiríamos a bordo. Pues sabemos que, dondequiera 13
que venzamos, podríamos salvarnos y tener víveres, pero si en alguna parte somos sorprendidos con efectivos inferiores a los enemigos, está bien claro que llegaremos a ser esclavos.» Oído esto, los sinopenses les invitaron a enviar embajadores. Y designan a Calí- 14
maco de Arcadia, a Aristón de Atenas y a Samolao de Acaya. Y se pusieron en camino.

Mientras tanto, Jenofonte, viendo los numerosos 15
hoplitas griegos, los numerosos peltastas, arqueros, honderos y jinetes —ya muy competentes por el adiestramiento, y que se hallaban en el Ponto, donde efectivos tan numerosos no se habrían podido preparar con poco dinero—, consideraba excelente aumentar el territorio y el poderío de Grecia fundando una ciudad. Pensaba, además, que sería una gran ciudad, contan- 16
do con la multitud de los suyos y con los que habitaban alrededor del Ponto. Con este objetivo, antes de comunicarlo a ningún soldado, mandó llamar a Silano de Ambracia, que había sido adivino de Ciro, e hizo un sacrificio. Pero Silano, temiendo que llevase ade- 17
lante esta idea y que el ejército se quedara en alguna parte, difunde entre el ejército la noticia de que Jenofonte quiere hacer permanecer al ejército allí, fundar una ciudad y procurarse fama y poder. Personalmente, 18
Silano quería regresar cuanto antes a Grecia, pues había conseguido conservar intactos los tres mil daricos que le dio Ciro cuando, sacrificando para él, le predijo sin equivocarse lo que pasaría durante los diez días siguientes.

Algunos soldados, cuando se enteraron, pensaron 19
que lo mejor era quedarse, pero la mayoría no. Timasión de Dárdano y Tórax de Beocia dicen a unos comerciantes de Heraclea y de Sínope, que estaban allí, que si no proporcionan al ejército un sueldo para que puedan tener víveres durante la travesía, existirá

el peligro de que un ejército tan numeroso se quede en el Ponto. «Pues Jenofonte quiere y nos invita a que, una vez que lleguen las naves, digamos de repente al
20 ejército: 'Compañeros, ahora nos damos cuenta de que tenéis dificultades para obtener víveres durante la travesía y para ser de utilidad a los vuestros cuando regreséis a la patria. Pero si queréis escoger del territorio que rodea el Ponto el lugar donde queráis quedaros, el que quiera, que vuelva a casa, y el que no, que se quede aquí, pues tenéis naves suficientes para caer repentinamente donde os parezca.'»

21 Oído esto, los comerciantes lo anunciaron a las ciudades. Timasión de Dárdano envió con ellos a Eurímaco de Dárdano y a Tórax de Beocia para ratificar lo dicho. Los sinopenses y los habitantes de Heraclea, cuando se enteraron de esto, envían una embajada a Timasión y le piden que, mediante dinero, asuma la responsabilidad de que el ejército se haga a la mar.
22 Éste, contento con la noticia, estando los soldados en asamblea, les habla en estos términos: «No debemos pensar en quedarnos, compañeros, ni considerar nada más importante que Grecia. Tengo entendido que algunos hacen sacrificios con este objeto sin deciros nada a
23 vosotros. Pero yo os prometo, si zarpáis, a partir del novilunio ofreceros un sueldo mensual de un ciciceno[144] a cada uno. Os conduciré a Troya, de donde estoy desterrado, y mi ciudad se pondrá a vuestras órdenes,
24 porque de buen grado me acogerán. Además, yo personalmente os guiaré a un lugar donde podréis obtener muchas riquezas. Conozco bien Eólide, Frigia, Troya y todos los dominios de Farnabazo, unos por-

[144] Moneda de oro acuñada en Cícico, cuyo valor era de unos 28 dracmas; circulaba, sobre todo, entre los griegos de Asia Menor.



que soy de allí y otros por haber participado en expediciones militares con Clearco y Dercílidas[145].

A continuación se levantó Tórax [de Beocia], que 25
disputaba a Jenofonte el cargo de estratego, y dijo que, si salían del Ponto, tendrían el Quersoneso, región bella y próspera, de modo que el que lo desee podrá quedarse a vivir en ella y el que no, podrá regresar a su patria. Añadió que era ridículo, existiendo en Grecia amplias y abundantes tierras, buscarlas en el país de los bárbaros. «Hasta que lleguéis allí, dijo, yo, al 26
igual que Timasión, os prometemos la soldada.» Decía esto, conocedor de las promesas que los heracleotas y sinopenses habían hecho a Timasión para que se hiciera a la mar. Jenofonte, entretanto, permanecía 27
callado.

Se levantaron los aqueos Filesio y Licón y dijeron que era raro que Jenofonte, en particular, les incitara a quedarse y, en cambio, que ofreciera sacrificios para permanecer [sin comunicarlo al ejército], pero luego en público nada dijera sobre estos proyectos. De mane- 28
ra que Jenofonte se sintió obligado a levantarse y hablar en estos términos:

«Yo, compañeros, ofrezco sacrificios, como veis, tantos como puedo, en beneficio vuestro y en el mío propio, para tener acierto al hablar, al pensar y al realizar cuanto sea lo mejor y lo más conveniente para vosotros y para mí. Y ahora estaba ofreciendo un sacrificio por esto mismo, por si era mejor empezar a hablaros y actuar sobre estos asuntos, o no tocar en absoluto la cuestión. Silano, el adivino, me respondió, 29
y esto es lo más importante, que las entrañas de las víctimas eran favorables, pues él sabía, además, que

[145] Referencia a la campaña de 411, en la que Clearco era almirante de la flota espartana y Dercílidas, gobernador de Abidos, jefe del ejército. Cf. Tucídides, VIII 61 s.

yo no era un inexperto, porque presenciaba siempre
los sacrificios. Dijo también que en las entrañas de las
víctimas se manifestaba un engaño y conspiración con-
tra mí, porque, como es natural, sabía que él mismo
maquinaba calumniarme ante vosotros. Difundió el
rumor de que yo pensaba llevar a la práctica estos
proyectos de inmediato sin vuestro consentimiento.
30 Yo, si os viera en dificultades, buscaría la manera de
que consiguierais apoderaros de una ciudad y que el
que quisiera se hiciera a la mar en seguida y el que
no, lo hiciese después de haber adquirido riquezas
31 suficientes para ser de utilidad a los suyos. Pero como
veo que los heracleotas y los sinopenses os envían
naves para haceros a la mar y unos hombres que os
ofrecen sueldo a partir del novilunio, me parece estu-
pendo que, salvándonos donde queramos, recibamos
un sueldo por la salvación; yo, personalmente, desisto
de aquel proyecto y creo que deben también desistir
cuantos a mí se acercaron diciendo que era preciso
ponerlo en práctica.
32 »Así pienso: mientras estéis juntos y seáis tantos
como ahora, me parece que seréis respetados y podréis
tener provisiones porque la supremacía implica tam-
bién coger los bienes de los derrotados, pero, disper-
sos y con las fuerzas divididas, no podréis tener sus-
33 tento ni escapar con bien. Por consiguiente, comparto
con vosotros la opinión de que regresemos a Grecia,
pero si alguien es sorprendido desertando antes de
que todo el ejército esté en lugar seguro, que sea juz-
gado como incurso en un delito. Quien esté de acuerdo
con esto, dijo, que levante la mano.» Todos la levan-
taron.
34 Silano gritaba e intentaba decir que era justo que
se marchara el que quisiera. Los soldados no lo sopor-
taban, sino que lo amenazaban diciendo que, si lo
sorprendían escapando, le aplicarían el castigo.



Entonces, cuando los heracleotas supieron que se 35
había acordado zarpar y que el mismo Jenofonte lo
había puesto a votación, envían las naves, pero en
cuanto al dinero que prometieron a Timasión y a Tó-
rax no habían cumplido su promesa [del sueldo]. En- 36
tonces, los que habían prometido el dinero estaban
perplejos por miedo al ejército. Así, pues, reuniendo a
los demás estrategos que habían tenido conocimiento
de sus maquinaciones anteriores —y estaban todos,
excepto Neón de Asine, lugarteniente de Quirísofo,
que tampoco estaba presente—, van a ver a Jenofon-
te y le dicen que están arrepentidos y que les parece
mucho mejor navegar hasta el Fasis, ya que tienen
naves, y apoderarse del territorio de los fasianos. Se 37
daba la circunstancia de que su rey era el nieto de
Eetes[146]. Jenofonte respondió que no diría nada de
esto al ejército. «Vosotros, dijo, reunidlos, si queréis,
y decídselo.» Entonces, Timasión de Dárdano dice que
es de la opinión de no convocar la asamblea, sino que
cada uno intente, ante todo, convencer a sus capitanes.
Se retiraron y así lo hicieron.

Así, pues, los soldados se enteraron de lo que se 7
tramaba. Neón dice que Jenofonte ha convencido a
los demás estrategos y tiene el proyecto de conducir
a los soldados, después de un nuevo engaño, hasta el
Fasis[147]. Al oírlo los soldados se molestaron y hacían 2
reuniones y corrillos y estaban temerosos de que fue-
sen a hacer lo mismo que hicieron con los heraldos de
los colcos y con los inspectores de los mercados.
[Cuantos no consiguieron refugiarse en el mar fueron
lapidados][148]. Cuando se enteró Jenofonte, decidió 3

146 Con este nombre se designa, de manera genérica, a los reyes de la Cólquide.

147 Nombre correspondiente a dos ríos, uno en la Cólquide, otro en territorio de los cálibes.

148 Interpolación.

reunir, cuanto antes, a los soldados sin permitirles
que se reunieran ellos por su cuenta. Ordenó al heraldo
4 que convocara la reunión. Éstos, cuando oyeron la
llamada, acudieron corriendo con mucho entusiasmo.
Entonces, Jenofonte, sin acusar a los estrategos de ha-
ber ido a buscarlo, habla de esta manera:
5 «Sé, compañeros, que me calumnian so pretexto de
que pretendo conduciros hasta el Fasis con engaños.
Pues bien, ¡por los dioses!, escuchadme y, si se de-
muestra que soy culpable, no debo salir de aquí hasta
pagar la pena. Pero si, por el contrario, se demuestra
que son culpables los que me calumnian, tratadlos
6 como merecen. Vosotros sin duda sabéis, dijo, por
dónde sale el sol y dónde se pone, y que si uno tiene
intención de ir a Grecia, debe dirigirse hacia Occiden-
te, pero si quiere ir al país de los bárbaros, por el
contrario, hacia Oriente. ¿Existe, pues, alguien que
pudiera engañaros diciendo que el sol se levanta por
donde se pone y que se pone por donde se levanta?
7 Pero, además, sabéis que el Bóreas [149] lleva hacia Gre-
cia fuera del Ponto, y el Noto hacia dentro, hasta el
Fasis, y se dice que, 'cuando el Bóreas sopla, son
favorables las travesías rumbo a Grecia'. ¿Es posible,
por tanto, que alguien os engañe de manera que con-
8 siga embarcaros, cuando sopla el Noto? Pero, imagi-
nemos que yo os embarco cuando haya calma. Pues
bien, yo navegaré en una sola nave, mientras vosotros,
como mínimo, en cien. ¿Cómo, por consiguiente,
podría forzaros a navegar conmigo contra vuestra vo-
9 luntad o llevaros engañados? Supongamos, sin embar-
go, que vosotros, engañados y embaucados por mí,
llegáis hasta el Fasis y desembarcamos en el país.
Entonces sabréis sin duda que no estáis en Grecia, y
yo —el que os ha mentido— seré uno solo, mientras

[149] Viento del N.; Noto, viento del S.



que vosotros —los engañados— cerca de diez mil,
armados. ¿Cómo, pues, un hombre que semejantes
cosas maquinara para sí mismo y para vosotros deja-
ría de ser castigado?
»Pero eso son habladurías de hombres necios y que 10
me tienen envidia, porque yo soy respetado entre
vosotros. Y, sin embargo, tal vez no me envidian con
razón. Porque ¿a quién de ellos impido yo hablar, si
tiene algo bueno que deciros, o luchar, si alguno quie-
re por vosotros o por sí mismo, o estar despierto vigi-
lando por vuestra seguridad? ¿Y qué, cuando vosotros
elegís jefes, es que yo soy un obstáculo para alguien?
Lo dejo, que mande. Con la única condición de que
esté claro que os procura algún bien. A mí me basta 11
con lo dicho sobre esta cuestión. Pero si alguno de
vosotros cree que pudo ser engañado o que confundí
a otros respecto a estas cosas, explicándose que lo
demuestre. Y cuando ya este asunto se termine, no os 12
vayáis hasta haber oído algo que estoy empezando a
ver en el ejército. Pues si esto progresa y llega adonde
parece que va a llegar, es hora de que deliberemos
en beneficio nuestro para que no aparezcamos ante los
dioses y ante los hombres, ya sean amigos o enemigos,
como los más cobardes y los más desvergonzados.»
Oídas estas palabras los soldados se preguntaron 13
con sorpresa de qué se trataba y le pedían que dijera
lo que tenía que decir. A continuación empieza de
nuevo: «Sabéis, sin duda, que había en las montañas
plazas fuertes bárbaras, amigas de los cerasuntios, de
donde bajaban algunos y os vendían animales y otras
cosas que tenían, y me parece que algunos de vosotros,
yendo al territorio más cercano de todos, compraron y
volvieron de nuevo. El capitán Cleáreto, al enterarse 14
de que una era pequeña y estaba desguarnecida por
creerse amigo, se dirigió contra ellos por la noche con
intención de saquearla sin decir nada a nadie. Había 15

planeado, si se apoderaba de esta plaza fuerte, no
volver más al ejército, embarcarse en la nave en la
que sus compañeros de tienda costeaban el litoral y,
cargando lo que cogiera, zarpar y alejarse del Ponto.
A este acuerdo llegaron él y sus camaradas de la em-
16 barcación, según acabo de informarme. Así, pues, con-
vocó a cuantos había convencido y los condujo contra
la fortificación. Pero, en su camino lo sorprende la
llegada del día, y los habitantes del lugar, habiéndose
reunido, los atacaron desde posiciones elevadas con
proyectiles y de cerca a golpes, matando a Cleáreto y
17 a muchos más. Y algunos de ellos se retiran a Cera-
sunte. Sucedía esto el día en que nosotros salíamos
andando hacia aquí. Todavía se encontraban en Cera-
sunte algunos de los que iban por mar, que aún no
habían zarpado.

»Después de esto, según cuentan los de Cerasunte,
vienen desde la plaza fuerte tres hombres de los más
18 ancianos queriendo acudir a nuestra asamblea. Y, al
no encontrarnos, dijeron a los cerasuntios que no se
explicaban por qué habíamos decidido atacarlos. Pero
al decirles los de Cerasunte, según han contado, que
el ataque no se había acordado en la asamblea, se
alegran y se muestran dispuestos a navegar hacia aquí
para contarnos lo ocurrido e invitarnos a recoger los
19 cadáveres y sepultarlos. De los griegos que huyeron,
algunos se hallaban todavía en Cerasunte y, sabiendo
la dirección en que iban los bárbaros, se atrevieron a
apedrearlos y animaban a los demás a que hicieran
lo mismo. Y los tres embajadores mueren lapidados.
20 »Después de estos sucesos, se presentan ante nos-
otros los cerasuntios y nos cuentan los hechos. Nos-
otros, los estrategos, al oírlo, lamentábamos lo sucedido
y considerábamos con los cerasuntios la manera de
21 sepultar los cadáveres griegos. Mientras estábamos sen-
tados fuera del campamento, de repente oímos un



considerable alboroto: '¡Golpea, golpea! ¡Hiere, hie-
re!', y en seguida vemos a muchos que corrían con
piedras en las manos y a otros que las recogían. Los 22
cerasuntios, que habían presenciado los hechos en su
ciudad, huyen asustados a las naves. Hubo también
entre nosotros, ¡por Zeus!, algunos que sintieron
miedo. Yo, por mi parte, fui a su encuentro y les pre- 23
gunté qué era lo que ocurría. Entre ellos había algu-
nos que no lo sabían, pero con todo tenían piedras
en las manos. Y cuando me encontré con uno que lo
sabía, me dice que los inspectores del mercado[150] se
comportaban muy duramente con el ejército. En esto, 24
uno ve al inspector Zelarco retirándose hacia el mar,
y gritó. Y los otros cuando lo oyeron, se lanzan contra
él como si hubiese aparecido un jabalí o un ciervo.
Los cerasuntios, por su parte, cuando vieron que se 25
precipitaban hacia ellos, creyendo que iban a por
ellos, huyen a la carrera y se arrojan al mar. Se preci-
pitaron también con ellos algunos de los nuestros, y
todo el que no sabía nadar se ahogó. ¿Y qué pensáis 26
de los cerasuntios? Ningún mal nos habían hecho, pero
temían que una especie de rabia se hubiese apoderado
de nosotros como de los perros.

»Así, pues, si eso sigue así, contemplad cuál será la
situación de nuestro ejército. Vosotros, en conjunto, 27
no seréis dueños ni de promover la guerra contra
quien queráis ni de poner fin a la misma. Por el con-
trario, el que quiera conducirá particularmente el ejér-
cito contra lo que quiera. Y si vienen a visitarnos al-
gunos embajadores a pediros la paz u otra cosa, los
matarán quienes quieran y conseguirán que no escu-
chéis las propuestas de los que vayan a veros. Luego, 28

[150] *Agoranómos* es el término griego. Funcionarios, con la
misión de mantener el orden público, sobre todo en los mer-
cados. Iban provistos de una estaca.

a los que vosotros hayáis elegido como jefes, no les tendrán ninguna consideración, mientras que si a alguien se le ocurre elegirse a sí mismo estratego y querer decir: '¡Ataca, Ataca!', ése podrá matar a cualquier jefe o simple soldado, sin ser sometido a juicio, si tiene personas que obedezcan sus órdenes, como
29 acaba de suceder. Pensad lo que os han hecho esos estrategos espontáneos. Zelarco, el inspector de mercado, si es que os ha causado algún perjuicio, se ha marchado por mar sin haber recibido el castigo. Y si es inocente, ha huido del ejército por temor a morir
30 injustamente sin juicio previo. Los que han lapidado a los embajadores han conseguido que vosotros entre los griegos no tengáis seguridad en Cerasunte, a no ser que lleguéis recurriendo a la fuerza. Y respecto a los cadáveres que los mismos que los mataron nos invitaban a sepultar, han conseguido que ni siquiera sea ya seguro recogerlos con un caduceo[151]. Porque ¿quién querrá venir de heraldo cuando matasteis a sus heraldos? Sin embargo, nosotros pedimos a los cerasuntios
31 sepultar nuestros cadáveres. Por consiguiente, si esto os parece bien, decidlo expresamente para que cada uno, con objeto de prevenirse, se ponga en guardia individualmente e intente acampar ocupando posiciones
32 fuertes y elevadas. Pero si os parece que tales acciones son propias de bestias y no de hombres, tratad de poner fin a ellas. Si no, ¡por Zeus! ¿cómo sacrificaremos con el beneplácito de los dioses, si cometemos actos impíos?, o ¿cómo lucharemos contra los enemi-
33 gos, si nos matamos los unos a los otros? ¿Qué ciudad amiga nos acogerá, si ve tanta ilegalidad entre nosotros? ¿Cuál nos proporcionará mercado con confianza, si está claro que cometemos tales errores en asuntos

[151] Vara delgada, rodeada de dos serpientes, atributo de Hermes, insignia de los heraldos.



de suma importancia? ¿En qué lugar de Grecia creemos nosotros que vamos a ser dignos de alabanza? ¿Quién aplaudirá nuestra actitud? Porque nosotros, evidentemente, llamaríamos malvados a los que hicieran semejantes cosas.»

Acto seguido, todos se levantaron y dijeron que los 34
promotores de estas faltas tuvieran su castigo, y que, en adelante, no sería lícito fomentar la ilegalidad. Si alguien lo hacía, sería condenado ⟨a⟩ muerte; que los estrategos instruirían un proceso a todos los comprometidos y también habría un juicio para los que hubiesen cometido algún delito desde la muerte de Ciro. Nombraron jueces a los capitanes. A instancias de Jeno- 35
fonte y apoyándolo los adivinos, acordaron purificar el ejército. Y la purificación[152] se llevó a cabo.

Decidieron también que los estrategos rindieran 8
cuentas de su actuación anterior. Y, en la rendición, Filesio y Janticles fueron condenados a una multa de veinte minas por el déficit de las mercancías confiadas a su custodia. Soféneto, porque, una vez elegido ***[153], se había descuidado, a diez minas.

Algunos acusaron a Jenofonte diciendo que les golpeaba, y presentaban también la acusación de que los trataba mal. Jenofonte pidió al que habló primero que 2
dijera dónde había sido golpeado. Él respondió: «Donde nos moríamos de frío y había muchísima nieve»[154].
Dijo Jenofonte: «Sí, efectivamente, era invierno como 3
tú dices, la comida faltaba, el vino no podía ni olerse, muchos desfallecían por la fatiga, los enemigos nos seguían, y en tales circunstancias yo he sido violento, reconozco también que soy más violento que los as-

[152] Los procedimientos de purificación eran diversos: aspersiones, baños en agua corriente, etc. Cf. *Odisea* XXII 480 ss., y en todos los trágicos.

[153] Existe una laguna en el texto.

[154] Alusión a las montañas de Armenia (IV 4, 5).

nos, de los cuales se dice que no conocen la fatiga
4 debido a su testarudez. Sin embargo, prosiguió, di por
qué fuiste golpeado. ¿Te pedía yo algo y, como no me
lo dabas, te golpeaba? ¿Te reclamaba algo? ¿Competía
por un joven? ¿Borracho, me comporté mal en tal
5 estado?» Como contestó que nada de esto, le preguntó
Jenofonte si era hoplita. «No», contestó. De nuevo le
preguntó si era peltasta. «Tampoco esto, respondió,
sino que conducía un mulo por encargo de los com-
6 pañeros de tienda, aunque era libre»[155]. Entonces, Je-
nofonte lo reconoce y le pregunta: «¿Eres tú el que
llevaba al enfermo?» «Sí, ¡por Zeus!, contestó, pues
tú me obligabas y desparramaste los bagajes de mis
7 compañeros de tienda.» «Pero la dispersión, añadió
Jenofonte, tuvo lugar así: repartí la carga entre otros
para que la llevaran y les ordené que me la devolvie-
ran, y, después de recuperar todo intacto, te lo devolví,
una vez que me entregaste al hombre enfermo. Y cómo
ocurrieron los hechos, escuchadlo, dijo, porque merece
la pena.

8 »Un hombre quedaba rezagado porque no podía se-
guir avanzando. Y yo sólo sabía que aquel hombre era
uno de los nuestros y te obligué a llevarlo para que no
pereciera, porque, según creo, nos perseguían enemi-
9 gos.» Asintió el hombre. «Pues bien, dijo Jenofonte,
después de enviarte por delante, te sorprendo de nue-
vo con los de retaguardia, al acercarme, cavando un
hoyo como para enterrar al hombre. Me detuve y te
10 felicité. Y cuando estábamos a tu lado, movió la pier-
na el hombre, gritaron los que allí estaban que el
hombre está vivo, y tú dijiste: '¡Que viva lo que quie-
ra! que yo, por mi parte, no lo llevaré'. Entonces te
golpeé, tienes razón, porque me parecía que tú tenías
11 aspecto de saber que vivía.» «¿Qué?, replicó, ¿acaso

[155] Misión encomendada, por lo general, a esclavos.



dejó de morirse, después de entregártelo?» «También
nosotros, dijo Jenofonte, moriremos todos; pero, ¿de-
ben, por eso, enterrarnos vivos?»

Entonces gritaron que lo había golpeado poco. 12
Invitó a otros a que dijera cada uno por qué había
sido golpeado. Como no se levantaban, él mismo dijo: 13
«Yo, compañeros, reconozco haber golpeado por indis-
ciplina a cuantos hombres les parecía suficiente sal-
varse ellos gracias a vosotros que avanzabais en orden
y que luchabais donde era preciso, mientras ellos, aban-
donando las formaciones y corriendo delante, querían
saquear y tener más que vosotros. Si todos hubiésemos
hecho eso, todos habríamos perecido. También ahora, 14
cuando uno se hacía el débil y no quería levantarse,
sino que se abandonaba a los enemigos, lo golpeé y lo
obligué a seguir la marcha. Pues en el rigor del in-
vierno, yo mismo, un día, mientras aguardaba sentado
durante mucho rato a los que preparaban los bagajes,
me di cuenta de que a duras penas conseguí levantar-
me y estirar las piernas. Así, pues, por haberlo experi- 15
mentado en mí mismo, a partir de este momento,
cuando veía a otro sentado y perezoso, lo empujaba;
porque el moverme y el actuar con valor proporciona-
ba cierto calor y flexibilidad, mientras que el estar
sentado y quieto veía que ayudaba a helar la sangre y
a pudrir los dedos de los pies, cosas que sabéis que
muchos han sufrido. Tal vez, a otro que se quedaba 16
atrás por negligencia y que os impedía a vosotros, los
de vanguardia, y a nosotros los de retaguardia, avan-
zar, le di un puñetazo, para que no fuera alcanzado
por la lanza de los enemigos. Y ahora pueden, una vez 17
salvados, si han sufrido alguna ofensa de mí injusta-
mente, exigir reparación. Pero si hubiesen caído en
manos del enemigo, ¿de qué hubieran podido pedir
justicia por grande que fuera la ofensa?

18 »Sencillo es mi razonamiento, dijo. Si castigué a
alguien por su bien, considero justo recibir un castigo
como el que los padres dan a sus hijos y los maestros
a los niños. Pues también los médicos queman y cor-
19 tan para obtener un bien. Pero si creéis que hacía esto
por brutalidad, daos cuenta de que ahora yo tengo
más ánimo, con ayuda de los dioses, que entonces, y
soy más osado ahora que entonces y bebo más vino,
pero, con todo, a nadie golpeo, pues os veo en buen
20 puerto. Pero cuando hay tempestad y mar gruesa, ¿no
veis que, por un simple movimiento de cabeza, el jefe
de proa se irrita con los de proa y el piloto se enoja
con los de popa? Porque, en tales circunstancias, fallos
incluso insignificantes son suficientes para echarlo a
21 perder todo. Que yo les pegaba con justicia, incluso
vosotros lo habéis considerado así. Estabais junto a
mí con espadas, no con piedrecillas de nada y habríais
podido auxiliarles, si hubieseis querido, pero, ¡por
Zeus!, ni los socorríais ni pegabais conmigo al indisci-
22 plinado. Por consiguiente, disteis a los cobardes la
posibilidad de ser violentos con vuestra permisividad.
»En mi opinión, si queréis examinarlo, encontraréis
que los más cobardes de entonces son ahora los más
23 violentos. Boisco, por ejemplo, el púgil tesalo, por-
fiaba entonces para no llevar escudo alegando que esta-
ba enfermo, y ahora, según he oído decir, ha desnudado
24 ya a muchos cotioritas. Si, pues, sois sensatos, a éste
le haréis lo contrario de lo que se hace a los perros;
a los perros difíciles, los atan de día, y de noche los
sueltan, y a ése, si sois sensatos, de noche lo ataréis,
y de día lo soltaréis.
25 »Sin embargo, siguió, me sorprende que, si me ene-
misté con alguno de vosotros, lo recordéis y no lo
calléis, y que, en cambio, si a alguno presté ayuda du-
rante el invierno o lo aparté del enemigo, o a un en-
fermo o desvalido ayudé, nadie se acuerde de esto,



como tampoco que nadie recuerde las ocasiones en
que he alabado al que se conducía bien o he honrado,
en la medida de mis fuerzas, a los valientes. Sin em- 26
bargo, es más hermoso, justo, piadoso y grato recor-
dar los bienes que los males.»

Acto seguido, se levantaron y recordaron el pasado.
Y el resultado fue que todo iba bien.

# LIBRO VI[156]

Los griegos en la Paflagonia. Acuerdo con Corilas. Fiestas en honor de los griegos. Llegada a Sínope. Regreso de Quirísofo sin naves. Los griegos prefieren un jefe único. No acepta Jenofonte la propuesta para ocupar el cargo de jefe supremo. Llegan a Heraclea. Exigencias de los griegos. Escisión en el ejército griego: aqueos y arcadios se agrupan. Jenofonte y Quirísofo avanzan por rutas diferentes. Los tracios bloquean a los arcadios. Jenofonte acude en su ayuda. Reagrupamiento de las tropas en el puerto de Calpe. Descripción del puerto. Muerte de Quirísofo. Neón le sustituye. La caballería de Farnabazo causa estragos en las tropas griegas. Con la intervención de Jenofonte, las tropas griegas consiguen una victoria sobre Farnabazo y los bitinos. Llegada de Cleandro. Incidentes al fin resueltos. Cleandro no acepta la jefatura suprema del ejército. Los griegos llegan a Crisópolis.

1 Después de esto, durante su estancia, unos vivían de lo que compraban en el mercado, otros, de lo que saqueaban en Paflagonia. Robaban también los paflagonios cuanto podían a los que encontraban dispersos y, por la noche, trataban de hacer daño a los que estaban acampados. A consecuencia de esto tenían una terrible hostilidad entre sí.

[156] A diferencia de los otros libros, el libro VI comienza sin el resumen inicial interpolado por el editor; posiblemente se haya perdido.



Corilas, que entonces era gobernador de Paflagonia, 2
envía a los griegos embajadores con caballos y hermosos vestidos, con la propuesta de que estaba dispuesto a no hacer daño a los griegos con tal de que no se lo
hiciesen a él. Respondieron los estrategos que, sobre 3
estas propuestas, consultarían con el ejército y los acogieron con hospitalidad. Además, invitaron, del resto de los hombres, a los que juzgaban de mayor honradez.

Sacrificaron los bueyes de los prisioneros y otras 4
víctimas, ofrecieron un banquete abundante, cenaron tumbados en lechos y bebieron en vasos de cuerno de
los que había en el país. Cuando hubieron hecho las 5
libaciones y entonado el peán[157], se levantaron, en primer lugar, unos tracios y bailaron al son de la flauta con las armas, dando grandes saltos con ligereza y moviendo los cuchillos. Al fin, uno golpea a otro, dando la impresión a todos de que le había herido, pues
cayó éste con cierta habilidad. Dieron un grito los pa- 6
flagonios. Despojó de sus armas al caído y salió cantando el Sitalcas[158], mientras otros tracios lo sacaban como muerto, pero no había sufrido ningún daño.

A continuación, se levantaron unos enianeos y mag- 7
nesios[159], que bailaban con las armas la danza llamada «carpea»[160]. El modo de danzarla era así: uno deposita en tierra las armas, siembra y conduce la yunta, dando muchas vueltas como asustado, y entonces se presenta un ladrón. El otro, cuando lo ve, sale a su encuentro, cogiendo las armas, y lucha con él delante

[157] Los banquetes solían terminar, habitualmente, con dos actos: las libaciones en honor de Zeus Salvador y el canto del peán.

[158] Canto de guerra compuesto en honor del rey de Tracia, Sitalcas, hijo de Teres, rey de los odrisios. Cf. TUCÍDIDES, II 29.

[159] Pueblos establecidos en Tesalia.

[160] Danza mímica.

8 de la yunta. Esto lo hacían con ritmo y al son de la
flauta. Al fin, el ladrón ata al hombre y se va con la
yunta. Otras veces también el que conduce la yunta
se impone al ladrón. A continuación, después de un-
cirlo al lado de los bueyes, lo empuja con las dos ma-
nos atadas detrás.

9 Después de esto, un misio[161] entró con un escudo
ligero en cada mano y bailaba, unas veces, imitando
que se enfrentaba a dos, otras veces, usando los escu-
dos como contra uno solo y, otras, dando giros y ha-
ciendo volteretas, de manera que ofrecía un hermoso
10 espectáculo. Al fin bailó la danza pérsica golpeando
un escudo contra otro, y doblaba las rodillas y se le-
vantaba. Y todo ello lo hacía rítmicamente y al son
de la flauta.

11 Después, los mantineos[162] y algunos otros arcadios
se levantaron, se armaron con las armas más hermo-
sas que pudieron y avanzaron, al compás, al son de la
flauta siguiendo el ritmo guerrero. También entonaron
el peán y bailaron como en las procesiones dedicadas
a los dioses.

Al verlo los paflagones, consideraban extraordinario
12 que todas las danzas se ejecutaran con armas. Y el
misio, viendo que ellos estaban perplejos por esto, con-
venció a un arcadio que tenía una esclava bailarina y
éste la introdujo vestida de la manera más vistosa que
pudo y llevando en la mano un escudo ligero que le
13 dio. Bailó ésta la danza pírrica[163] con agilidad. Enton-
ces se produjo un gran aplauso y los paflagones pre-
guntaron si también las mujeres luchaban con ellos.

[161] Habitante de Misia. Región del Asia Menor, situada entre Frigia y Lidia.

[162] De Mantinea. Ciudad de Arcadia.

[163] Danza interpretada al son de la flauta con escenificación de los movimientos de la lucha, originaria de Esparta o Creta. Cf. Platón, *Leyes* 815.



Les respondieron que eran ellas las que habían puesto
en fuga al Rey del campamento. Así acabó aquella
noche.

Al día siguiente condujeron a los embajadores ante 14
el ejército. Acordaron los soldados no hacer daño a los
paflagones, si no se lo hacían a ellos. Acto seguido, los
embajadores se fueron. Los griegos, puesto que les
parecía que tenían naves suficientes, se embarcaron y
navegaron durante un día y una noche con viento favo-
rable, teniendo a su izquierda la Paflagonia. Al día 15
siguiente, llegan a Sínope y atracaron en Harmena de
Sínope. Los sinopenses habitan en la Paflagonia y son
colonos de los milesios. Éstos envían a los griegos, en
prueba de hospitalidad, tres mil medimnos[164] de hari-
na de cebada y mil quinientas vasijas[165] de vino.

También Quirísofo llegó entonces con una trirre- 16
me. Los soldados esperaban que viniera con alguna
cosa para ellos. No traía nada, pero les anunciaba que
los elogiaban el almirante Anaxibio y los demás, y que
Anaxibio les prometía, si llegaban a salir del Ponto,
una soldada. En la ciudad de Harmena permanecie- 17
ron los soldados cinco días.

Como creían hallarse cerca de Grecia, ahora más
que nunca les venía a la mente cómo volver a casa
llevando alguna cosa. Consideraron, pues, que si ele- 18
gían un solo jefe, éste solo, mejor que muchos, podría
dirigir el ejército de día y de noche. Si era preciso
hacer algo en secreto, mejor podría ocultarse, y si
había que adelantarse al enemigo, habría menos peligro
de quedarse retrasado, puesto que no habría necesidad
de conversaciones, sino sólo de poner en práctica

[164] Medida de capacidad para áridos, equivalente a 48 quénices (el quénice equivale a 1,08 l.).

[165] Vasija con una capacidad aproximada de 40 l.

la opinión de un solo jefe. Antes, sin embargo, los estrategos actuaban de acuerdo con la mayoría de votos.

19 Cuando se hacían estas reflexiones volvieron los ojos hacia Jenofonte. Los capitanes le dijeron, acercándose a él, que así pensaba el ejército y, poniendo de relieve cada uno su afecto por él, trataba de con-
20 vencerle para que aceptara el mando. Jenofonte, por una parte, lo quería, en la creencia de que así se incrementaría su estima entre los amigos y su nombre llegaría con más grandeza a su ciudad. Además, quizá podría hacer también algún bien para el ejército.
21 Tales reflexiones lo incitaban a desear llegar a ser jefe con plenos poderes. Pero, cuando reflexionaba que es incierto para todo hombre cómo será el futuro y que, por esto, incluso corría el riesgo de perder la fama adquirida con anterioridad, dudaba.

22 Incapaz de decidirse, estimó que lo más importante era consultar a los dioses; presentó dos víctimas y las sacrificó en honor de Zeus Rey, que le había sido designado por el oráculo de Delfos. Creía también que el sueño que había tenido cuando había empezado a tomar parte en los cuidados del ejército procedía de
23 este dios. También, cuando partió de Éfeso para ser presentado a Ciro, recordaba que un águila graznaba a su derecha, aunque estaba inmóvil. El adivino que lo acompañaba le había dicho que se trataba de un presagio importante —impropio de un hombre vulgar—, glorioso pero laborioso, porque los pájaros, sobre todo, decía, atacan al águila cuando está quieta: sin embargo, no era un presagio que prometía dinero, porque el
24 águila volando captura mejor sus presas. Así, con el sacrificio el dios le revela claramente que ni pida el mando ni lo acepte si le eligen. Así sucedió esto.

25 Se reunió el ejército y todos proponían elegir un solo jefe. Decidido esto, lo propusieron a él. Y como



parecía evidente que lo elegirían si se pasaba a la votación, se levantó y dijo lo siguiente:

«Yo, soldados, estoy satisfecho por los honores que 26
me hacéis, puesto que soy hombre; lo agradezco y suplico a los dioses que me concedan ser autor de algún beneficio para vosotros.

»Pero el hecho de que vosotros me hayáis elegido como jefe, habiendo entre nosotros un lacedemonio, me parece que no es conveniente para vosotros, pues ello sería motivo de que obtuvieseis más difícilmente lo que necesitáis de los lacedemonios. Por lo que a mí respecta, considero que esto no es muy seguro. Porque 27
veo que no dejaron de hacer la guerra a mi patria hasta que consiguieron que la ciudad entera reconociera a los lacedemonios como sus guías[166].

»Una vez que reconocieron esto, al instante cesaron 28
las hostilidades y ya no prolongaron el asedio de la ciudad. Por consiguiente, si yo, al ver esto, pensara, en la medida de mis posibilidades, anular su autoridad, temo que demasiado pronto sería castigado. Y, en 29
cuanto a lo que vosotros pensáis de que habría menos revueltas con un solo jefe que con muchos, tened la seguridad de que, si elegís a otro, no descubriréis que yo promueva una revuelta, porque creo que, quien, estando en guerra, se rebela contra su jefe, contra su propia salvación conspira. En cambio, si me elegís a mí, no me extrañaría que encontrarais a alguien enojado contra vosotros y contra mí.»

Dicho esto, muchos más se levantaron diciendo que 30
él debía ser el jefe. Agasias de Estinfalia dijo que era ridículo que las cosas fueran así: «¿Se enfadarán los lacedemonios también, si, reunidos los invitados en un banquete, no eligen presidente del banquete a un lace-

166 Referencia al triunfo final de Esparta sobre Atenas en la guerra del Peloponeso (404). Cf. *Helénicas* II 2, 20.

demonio? Porque, si esto es así, dijo, tampoco nos está
permitido mandar una compañía, según parece, porque
somos arcadios.» Entonces prorrumpieron en aplausos
por las acertadas palabras de Agasias.
31 Entonces, Jenofonte, al ver que era necesario in-
sistir más, se adelantó y dijo: «Soldados, para que lo
sepáis todo, os juro, por todos los dioses y diosas, que
yo, cuando me enteré de vuestra decisión, ofrecí sacri-
ficios para saber si era lo mejor, para vosotros y para
mí, que me entregarais este cargo y, para mí, aceptarlo.
Y los dioses me han hecho tales señales por medio de
las víctimas, que incluso un profano podría compren-
der que debo abstenerme del mando absoluto.»
32 Así, pues, eligen a Quirísofo. Y Quirísofo, una vez
elegido, se adelantó y dijo: «Soldados, sabed que tam-
poco yo habría promovido una revuelta, si hubieseis
elegido a otro. Sin embargo, a Jenofonte, dijo, le ha-
béis hecho un favor no eligiéndolo, porque, hace unos
momentos, Dexipo lo calumniaba ante Anaxibio cuanto
podía, a pesar de mis esfuerzos por hacerle callar. De-
cía él que pensaba que Jenofonte ⟨habría⟩ preferido
compartir el mando con Timasión de Dárdano, que per-
tenecía al ejército de Clearco, que conmigo mismo, que
33 era laconio. Pero, ya que me elegisteis, dijo, intentaré
haceros todo el bien que pueda. Y vosotros preparaos
para haceros a la mar mañana, si hace buen tiempo.
La travesía será rumbo a Heraclea. Es preciso, pues,
que todos intenten atracar allí. En cuanto a lo demás,
cuando hayamos llegado allí, deliberaremos.»
2 Desde allí, al día siguiente, se hacen a la mar y,
con viento favorable, navegaron durante dos días si-
guiendo la costa. Mientras costeaban, [contemplaban
el promontorio de Jasón, donde se dice que la nave
Argo ancló, y las desembocaduras de los ríos: prime-
ro, la del Termodonte, luego, la del Iris, a continuación,
la del Halis y, después, la del Partenio, y después de



haberlo pasado siguiendo la costa] [167], llegaron a Hera-
clea, ciudad griega, colonia de Mégara, que se hallaba
en el país de los mariandinos [168]. Atracaron junto al 2
Quersoneso de Aquerusia, donde se dice que Hera-
cles descendió en busca del Cancerbero, lugar por
donde todavía ahora enseñan como prueba del des-
censo una profundidad superior a los dos estadios.
Entonces los heracleotas envían a los griegos como 3
prueba de hospitalidad tres mil medimnos de harina
de cebada, dos mil vasijas de vino, veinte bueyes y
cien ovejas. Por aquí fluye a través de la llanura un río
denominado Licos, de unos dos pletros de anchura.
Los soldados, habiéndose reunido, deliberaban so- 4
bre el resto de la marcha, si debían salir del Ponto
por tierra o por mar. Se levantó Licón de Acaya y
dijo: «Me sorprendo, compañeros, de que los estrate-
gos no traten de proporcionarnos una asignación para
alimentos, porque los presentes de hospitalidad seguro
que no llegarán para alimentar al ejército durante
tres días. Y no existe un lugar donde conseguir pro-
visiones para continuar la marcha, dijo. Por consi- 5
guiente, me parece oportuno pedir a los heracleotas no
menos de tres mil cicicenos.» Otro dijo que no menos
de diez mil. «Y elegir embajadores y, en seguida,
mientras nosotros permanecemos en la asamblea, en-
viarlos a la ciudad, saber qué respuesta nos dan y, a
la vista de ésta, deliberar.» Entonces propusieron unos 6
embajadores, en primer lugar, a Quirísofo, que había
sido elegido jefe, y otros, también, a Jenofonte. Uno y
otro rehusaron enérgicamente. Ambos coincidían en
no obligar a una ciudad griega y amiga a dar algo que
no quisieran dar. Y puesto que éstos no parecían estar 7

[167] Texto interpolado, con errores geográficos en los tres primeros ríos citados. Sólo el Partenio se halla situado entre Sínope y Heraclea.

[168] Habitantes de la costa de Heraclea sometidos a éstos.

dispuestos, envían a Licón de Acaya, a Calímaco de
Parrasia y a Agasias de Estinfalia. Ésos fueron y dije-
ron lo que se había acordado. Decían que Licón, in-
cluso, los había amenazado, si no accedían a las peti-
8 ciones. Después de haber escuchado, los heracleotas
dijeron que iban a deliberar. Al instante recogieron
las cosas de los campos, metieron dentro las mercan-
cías, cerraron las puertas; y sobre las murallas se veía
gente armada.

9 A continuación, los promotores de estos alborotos
acusaban a los estrategos de hacer fracasar la acción.
10 Los arcadios y los aqueos se reunieron. Eran sus jefes
principales Calímaco de Parrasia y Licón de Acaya.
Comentaban ellos que era vergonzoso que un atenien-
se, sin aportar ninguna fuerza al ejército, mandara a
peloponesios y lacedemonios, y que, mientras las fati-
gas les correspondían a ellos, las ganancias eran para
otros, y esto, a pesar de que ellos habían sido los artí-
fices de la salvación. Porque eran arcadios y aqueos
los que la hicieron posible, y el resto del ejército era
insignificante —y era cierto que más de la mitad del
11 ejército eran arcadios y aqueos—. Por consiguiente,
si eran sensatos, se reunirían, elegirían sus propios
estrategos entre ellos y proseguirían la marcha tratan-
12 do de obtener algún provecho. Acordaron esto. Aban-
donaron a Quirísofo y a Jenofonte todos los arcadios y
aqueos que estaban con él, se reunieron y eligieron a
diez estrategos entre ellos. Y votaron que éstos harían
lo que se acordara por mayoría. Así, pues, el mando
absoluto de Quirísofo fue anulado al sexto o séptimo
día de su elección.

13 Jenofonte, sin embargo, quería continuar el viaje de
común acuerdo con ellos, porque pensaba que era más
seguro de este modo que si cada uno se ponía en cami-
no por su cuenta. Pero Neón trataba de convencerlo
de que marchara con él, pues había oído decir a Quirí-



sofo que Cleandro, el harmosta de Bizancio, afirmaba
que iría al puerto de Calpe con trirremes. Así, pues, 14
para que nadie más se aprovechara, y sólo ellos y sus
soldados se hicieran a la mar a bordo de las trirremes,
por esta razón, le aconsejaba esto. Y Quirísofo, desani-
mado en parte por lo sucedido y en parte odiando al
ejército por esto, le deja hacer lo que quiera. Jeno- 15
fonte todavía intentó apartarse del ejército y hacerse
a la mar, pero al hacer un sacrificio a Heracles con-
ductor y consultarle si era más ventajoso y mejor
continuar en la expedición con los soldados que le
quedaban o apartarse de ellos, el dios le indicó por
medio de las víctimas que siguiera en la expedición
con ellos. Así el ejército resulta dividido en tres par- 16
tes: de un lado, arcadios y aqueos, en número supe-
rior a cuatro mil, todos hoplitas. De otro, Quirísofo
con sus hoplitas, en número aproximado de mil cua-
trocientos y unos setecientos peltastas, los tracios
de Clearco. Por último, Jenofonte con sus hoplitas,
unos mil setecientos y unos trescientos peltastas. Sólo
él tenía caballería, unos cuarenta jinetes.

Los arcadios, que consiguieron naves de los hera- 17
cleotas, se hacen a la mar en primer lugar, para caer
de improviso sobre los bitinos [169] y obtener el máximo
botín posible. Desembarcan en el puerto de Calpe, en
el centro de Tracia aproximadamente. Quirísofo, en 18
seguida, al salir de Heraclea, iba, al principio, a pie
a través del país, pero cuando entró en Tracia, avan-
zaba siguiendo la costa, porque estaba enfermo. Jeno- 19
fonte cogió unas naves y desembarcó en los límites
de la Tracia y del territorio de Heraclea, y siguió el
viaje a través de la tierra interior.

[De qué modo el mando absoluto de Quirísofo fue 3
anulado y el ejército de los griegos se escindió, se ha

169 Los bitinos son considerados tracios por Jenofonte.

2 dicho más arriba] [170]. Cada uno de los grupos hizo lo
siguiente. Los arcadios, una vez que desembarcaron
de noche en el puerto de Calpe, se encaminaron a las
primeras aldeas, a unos treinta estadios del mar. Al
amanecer, cada estratego conducía su compañía con-
tra una aldea y, cuando la aldea parecía más grande,
3 los estrategos llevaban dos compañías a la vez. Desig-
naron también una colina en la que debían reunirse
todos y, como cayeron sobre ellos de manera impre-
vista, cogieron muchos prisioneros y se apoderaron
4 de mucho ganado. Pero los tracios que consiguieron
huir se reunieron. Muchos, que eran peltastas, escapa-
ron de entre las mismas manos de los hoplitas. Una
vez reunidos, en primer lugar atacaron la compañía de
Esmicres, uno de los estrategos arcadios, que ya se
retiraba hacia el lugar convenido y que llevaba mucho
5 botín. Entretanto, los griegos luchaban, al tiempo que
continuaban la marcha, pero al cruzar un barranco
los pusieron en fuga y dieron muerte al mismo Esmi-
cres y a todos los demás. De otra compañía, mandada
por Hegesandro, de los diez estrategos quedaron sólo
ocho. El propio Hegesandro se salvó.
6 Las compañías restantes se reunieron, unas con di-
ficultades y las otra sin ellas. Los tracios, después del
éxito alcanzado, se llamaban a gritos unos a los otros
y se iban reuniendo en gran número durante la noche.
Al amanecer, se formaron en círculo alrededor de la
colina, donde los griegos estaban acampados. Eran
muchos los jinetes y los peltastas, y continuamente
crecía su número y atacaban a los hoplitas impunemen-
7 te. Porque los griegos no tenían ni arqueros ni sol-
dados que disparasen jabalinas, ni caballería. Y, en
cambio, los tracios se adelantaban corriendo o galo-
pando y los herían con los dardos. Y, cuando los grie-

[170] Texto interpolado, omitido en varios manuscritos.



gos los atacaban, se escapaban con facilidad, mientras
otros se lanzaban contra ellos por otro lugar. Los grie- 8
gos tenían muchos heridos, los tracios ninguno, de
manera que no pudieron moverse del lugar y, al fin,
los tracios les impidieron el acceso del agua. Y como 9
las dificultades eran muchas, entablaron conversacio-
nes para una tregua.

Pero, aunque en todo lo demás se habían puesto de
acuerdo, los tracios se negaron a devolver los rehenes
que pedían los griegos. En este punto estaban estanca-
das las negociaciones. Así estaban las cosas de los
arcadios.

Quirísofo en su avance, siguiendo la costa, llega 10
al puerto de Calpe sin correr ningún riesgo.

Los jinetes que marchaban en cabeza con Jenofon-
te, en su avance por el interior del país, se encuentran
con unos ancianos que iban hacia algún lugar. Y,
cuando fueron conducidos ante Jenofonte, les pregunta
si están informados de la presencia de otro ejército
griego en otra parte. Ellos contaron todo lo que ha- 11
bía ocurrido y que ahora estaban sitiados en la colina
y que los tracios en bloque los tenían cercados. En-
tonces puso bajo fuerte vigilancia a estos hombres, para
que los guiaran adonde fuera preciso. Y, después de
establecer diez vigilantes, reunió a los soldados y dijo:

«Soldados, una parte de los arcadios ha muerto y 12
el resto es asediado en una colina. Y yo pienso que, si
aquéllos perecen, no existe tampoco solución para
nosotros, siendo tan numerosos ⟨los⟩ enemigos y te-
niendo una moral tan elevada. Por consiguiente, lo 13
mejor para nosotros es socorrer a aquellos hombres
cuanto antes, para, si todavía están sanos y salvos,
luchar a su lado y no que, solos nosotros, tengamos
que afrontar los peligros [171]. Porque nosotros a ningu- 14

[171] Las traslaciones del texto han sido diversas sin que se

na parte podríamos escapar desde aquí; mucha es la
distancia, dijo, para regresar a Heraclea y mucha
también, para llegar a Crisópolis [172], y los enemigos
15 están cerca. El camino más corto es hacia el puerto de
Calpe, donde suponemos que está Quirísofo, si es que
vive todavía. Pero allí no hay naves con las que hacer-
nos a la mar y no tenemos víveres ni para un solo día
16 si nos quedamos aquí. Y si los asediados perecen, es
mucho más difícil que superemos los peligros nosotros
y los de Quirísofo, y, en cambio, todos a salvo y reuni-
dos en un punto, podemos luchar juntos por nuestra
salvación. Conviene, pues, marchar, mentalizados de
que ahora se trata de morir con honor, o de llevar a
cabo la acción gloriosa salvando a un número tan gran-
17 de de griegos. Y tal vez actúa así el dios porque pre-
tende humillar a los arrogantes por su soberbia,
mientras que a nosotros que empezamos invocando a
los dioses quiere colocarnos por encima de aquéllos.
Es necesario, por consiguiente, seguir a los jefes y
prestar atención, para que podáis ejecutar las órdenes.
18 Ahora continuaremos el camino para acampar en el
momento oportuno de preparar la cena. Y, mientras
avanzamos, Timasión que se adelante con sus jinetes
sin perdernos de vista e inspeccione lo que hay de-
lante, para que nada se nos pase desapercibido.»

19 Dicho esto, abrió la marcha a la cabeza de las tro-
pas. Envió, también, a los hombres más ágiles de entre
los soldados de infantería ligera, hacia los flancos y ha-
cia las cimas, para que, si veían algo en alguna parte,
lo indicaran. Les ordenó, además, que quemaran todo
lo que encontraran combustible.

20 Los jinetes, dispersándose hasta donde tenían segu-
ridad, continuaban incendiando; los peltastas, avanzan-

hayan dado explicaciones satisfactorias a sus causas. Rehdantz ha establecido el texto originario.

[172] Ciudad situada al S. del Bósforo, frente a Bizancio.



do paralelamente por las cimas, prendían fuego a todo
lo que veían que podía arder, y el ejército hacía tam-
bién lo mismo si se encontraba con algo que quedaba,
de manera que todo el país parecía quemarse y el ejér-
cito parecía mucho más grande. Cuando llegó la hora,
subieron a una colina y acamparon, y veían las hogue-
ras de los enemigos que estaban a una distancia de
unos cuarenta estadios. También ellos encendían el 21
mayor número posible de hogueras. Tan pronto como
hubieron cenado, se dio la orden de que las apagaran
todas. Montaron guardias durante la noche y se fueron
a dormir. Al amanecer, después de hacer las súplicas
a los dioses, se dispusieron como para entrar en ba-
talla y continuaron la marcha con la mayor rapidez
posible. Timasión y los jinetes que iban en vanguardia 22
con los guías, llegaron sin ser vistos a la cima donde
eran asediados los griegos. Y no ven ningún ejército,
ni amigo, ni enemigo, [y lo notifican a Jenofonte y al
ejército] [173], sino unas viejecitas, unos viejecitos, unas
pocas ovejas y unos bueyes abandonados. Al principio 23
se sorprendieron de qué era lo que había ocurrido, pero
luego se enteraron por los que se habían quedado allí
que los tracios se habían ido al anochecer y dijeron
que los griegos también se habían ido cuando amane-
cía. Pero adónde, no lo sabían.

Al oír esto, Jenofonte y los suyos, cuando hubieron 24
desayunado, recogieron los bagajes y se pusieron en
camino, queriendo encontrarse cuanto antes con los
demás en el puerto de Calpe. Y en su marcha veían
la huella de los arcadios y de los aqueos en el camino
que conduce [a Calpe]. Cuando se encontraron se vie-
ron unos a otros con alegría y se abrazaban como her-
manos. Los arcadios preguntaban a los soldados de Je- 25
nofonte por qué habían apagado las hogueras. «Nos-

[173] Texto interpolado.

otros, dijeron, pensábamos primero, al no ver ya las
hogueras, que atacaríais por la noche a los enemigos;
y ellos, según creíamos, temiendo esto retrocedieron,
26 pues casi al mismo tiempo se fueron. Pero como no
llegabais y el tiempo transcurría, creíamos que vosotros, informados de nuestra situación, asustados habíais escapado hacia el mar. Y nos parecía conveniente
no quedarnos detrás de vosotros. Por consiguiente, también nosotros nos pusimos en camino hacia aquí.»

4 Aquel día acamparon allí al aire libre en la playa
junto al puerto. Este lugar, que se llama puerto de
Calpe, está en la Tracia asiática. Esta Tracia, que
comienza en la boca del Ponto, se extiende hasta Hera-
2 clea, a la derecha según se entra en el Ponto. Para una
trirreme hay, desde Bizancio a Heraclea, una travesía
de un día largo navegando a remo. Entre una y otra
no hay ninguna ciudad más, ni amiga, ni griega, sino
tracios bitinos. Se cuenta que tratan con crueldad [a
los griegos] que, de un modo u otro, caen en sus ma-
3 nos. El puerto de Calpe está a mitad de camino para
los que navegan desde Heraclea a Bizancio. Hay un
promontorio que se adentra en el mar. La parte que
desciende hasta el mar es una roca escarpada, su altura en la parte más pequeña no es inferior a veinte
brazas. El istmo que une el promontorio con la tierra
firme tiene unos cuatro pletros de anchura y el espacio
que abarca el istmo tiene capacidad para albergar a
4 diez mil hombres. El puerto está al pie de la roca, con
la playa mirando a Poniente. Hay una fuente de agua
dulce y que mana abundantemente al lado mismo del
mar, dominada por el promontorio. En el mismo litoral hay muchos árboles de todas clases, muy abundan-
5 tes y hermosos, adecuados para construir naves. La
montaña se extiende tierra adentro hasta unos veinte
estadios, es terrosa y no tiene piedras. La parte que
está junto al mar, en una extensión superior a veinte



estadios, está cubierta de espesos bosques con grandes árboles de toda especie.

El resto del país es hermoso y amplio, y hay en él 6
muchas aldeas habitadas, pues la tierra produce cebada, trigo, legumbres de todas clases, zahína, sésamo,
higos suficientes, muchas viñas, vino agradable y todo
lo demás, excepto olivos.

Así era el país. Los soldados tenían sus tiendas en 7
la playa cerca del mar, pues no querían acampar en un
sitio donde se pudiese fundar una ciudad, sino que les
parecía, incluso, que el haber llegado aquí era resultado de una maquinación de algunos que querían esta-
blecerse allí. En su mayor parte los soldados no habían 8
embarcado para este servicio mercenario por obtener
esta soldada, sino porque habían oído hablar de la
personalidad de Ciro. Unos se habían alistado, incluso,
llevando sus propios hombres; otros, habiendo hecho
gastos; otros, también, escapando de casa de sus padres y de sus madres, y otros, abandonando a sus
hijos, en la creencia de que, después de ganar dinero
para ellos, regresarían de nuevo, porque oían hablar
de los bienes abundantes obtenidos por los que estaban al lado de Ciro. Tales hombres deseaban regresar
a Grecia sanos y salvos.

Al día siguiente de la reunión, allí mismo Jenofon- 9
te hizo un sacrificio con vistas a la salida de la
expedición. Había necesidad de salir en busca de provisiones. Y tenía también el proyecto de sepultar a los
cadáveres. Cuando las víctimas fueron favorables, incluso los arcadios lo siguieron y dieron sepultura a la
mayor parte de los cadáveres en el mismo lugar donde
cada uno había caído, pues era ya el quinto día y no
era posible levantarlos. A algunos, sin embargo, que se
encontraron fuera de los caminos les dieron la mejor
sepultura que pudieron, de acuerdo con las circunstancias. A los que no encontraron, les levantaron un

10 gran cenotafio y depositaron coronas. Después de hacer
esto, se retiraron al campamento, cenaron y se acos-
taron. Al día siguiente se reunieron todos los soldados.
Convocaron la reunión, especialmente, los capitanes
Agasias de Estinfalia, Jerónimo de Elea y los arcadios
11 más ancianos. Decretaron que, si alguien en lo sucesi-
vo proponía dividir el ejército, fuera condenado a
muerte, que el ejército saliese en el mismo orden de
antes y que también mandaran los antiguos estrategos.
Quirísofo había muerto ya a causa de una medicina
que había tomado en un acceso de fiebre. Neón de An-
sina asumió las funciones de aquél.

12 Después de esto, Jenofonte se levantó y dijo: «Sol-
dados, es evidente, según parece, que debemos seguir
la marcha a pie, pues no tenemos naves, y es necesa-
rio partir ya, porque no tenemos víveres, si nos que-
damos. Nosotros, pues, dijo, ofreceremos un sacrificio
y es conveniente que vosotros os preparéis para luchar
con más energía que nunca ya que los enemigos están
13 envalentonados.» A continuación, los estrategos ofre-
cieron un sacrificio, y se hallaba presente el adivino
Arexión de Arcadia. Pues Silano de Ambracia ya había
huido de Heraclea en un barco que fletó. Pero las
entrañas de las víctimas del sacrificio que ofrecieron
14 no fueron favorables para la marcha. Aquel día, pues,
no se movieron. Y algunos se atrevieron a decir que
Jenofonte, queriendo fundar una colonia en el lugar,
había convencido al adivino para que dijera que las
entrañas de las víctimas no eran favorables a la salida.
15 Entonces, después de proclamar por medio de un he-
raldo que al día siguiente presenciara el sacrificio el
que quisiera y habiendo transmitido la orden de que
asistiese todo adivino que en el ejército se encontrara
para examinar también las víctimas, ofreció el sacrifi-
cio, y en aquella ocasión muchos estuvieron presentes.
16 Hasta tres veces sacrificó antes de salir, y las entrañas



de las víctimas no eran favorables. Estaban molestos
los soldados por esto, pues se habían agotado los víve-
res que trajeron y no había mercado en ninguna parte.

Después de esto se reunieron y Jenofonte habló de 17
nuevo: «Soldados, como veis, las entrañas de las vícti-
mas no resultan favorables para la marcha y, sin em-
bargo, veo que vosotros estáis faltos de víveres. Por
consiguiente, me parece necesario continuar los sacri-
ficios con el mismo fin.» Uno se levantó y dijo: «Es 18
lógico que las víctimas no nos resulten favorables,
puesto que yo, al llegar ayer una nave, oí decir a uno
que Cleandro, harmosta de Bizancio, está a punto de
llegar con naves de transporte y trirremes.» A partir 19
de este momento a todos pareció oportuno quedarse,
pero había necesidad de salir a buscar víveres. A este
fin, de nuevo, se sacrificó hasta tres veces, y las vícti-
mas no resultaban favorables.

De nuevo, al día siguiente, se ofreció un sacrificio 20
y casi todo el ejército, porque a todos les interesaba,
estaba alrededor haciendo un círculo. No obstante, las
víctimas seguían fallando. Los estrategos no sacaron
al ejército, pero convocaron una asamblea. Jenofonte 21
dijo: «Posiblèmente los enemigos estén reunidos y sea
necesario luchar. Si dejáramos ⟨los bagajes⟩ en la po-
sición fortificada y nos fuéramos como preparados
para luchar, tal vez las víctimas nos serían favorables.»
Al oírlo los soldados, prorrumpieron en gritos diciendo 22
que nada debía llevarse al lugar fortificado, sino ofre-
cer sacrificios cuanto antes. Ovejas ya no había, enton-
ces compraron unos bueyes que tiraban de un carro
y los sacrificaron. Jenofonte pidió a Cleanor de Arca-
dia que sacrificara en su lugar, por si se conseguía algo
con esto. Pero tampoco así resultaron favorables.

Neón había sido nombrado estratego en el lugar de 23
Quirísofo y, cuando vio a los soldados que se encontra-
ban en necesidad extrema, queriendo ganarse su favor,

habiendo encontrado a un cierto heracleota que afir-
maba conocer unas aldeas próximas de donde se podría
coger víveres, proclamó por medio de un heraldo que
el que quisiera podría ir a buscarlos porque dispondría
de un guía. Salen, pues, con dardos, odres, sacos y otras
24 vasijas unos dos mil hombres. Pero, cuando estaban en
las aldeas y andaban dispersos para buscar botín, caen
sobre ellos, primero, los jinetes de Farnabazo[174]. Pues
éstos habían acudido en ayuda de los bitinos, querien-
do colaborar, si podían, para impedir la entrada de los
griegos en Frigia. Estos jinetes matan a no menos de
quinientos hombres. Y los que quedaron huyeron a la
25 montaña. A continuación, alguno de los que escapa-
ron anuncia lo ocurrido en el campamento. Y Jenofonte,
puesto que las víctimas tampoco habían resultado favo-
rables aquel día, cogió un buey que tiraba de un carro,
pues no había otras víctimas, lo sacrificó y fue en ayuda
de los suyos con todos los demás soldados menores de
26 treinta años. Y, después de recoger a los supervivien-
27 tes, vuelven al campamento. Se produjo griterío y
todos los griegos corrieron a las armas. Perseguir al
enemigo y levantar el campamento de noche no pare-
cía seguro, pues el país estaba cubierto de vegetación.
Sin embargo, pasaron la noche en armas, vigilados
por un número suficiente de centinelas.

**5** Así transcurrió la noche. Al amanecer, los estrategos
condujeron el ejército hacia la posición fortificada.
Los soldados los seguían con armas y bagajes. Antes
de la hora del almuerzo, abrieron una fosa por donde
se entraba a la posición y la rodearon toda ella con
una empalizada dejando tres puertas. Una nave de car-
ga llegó de Heraclea con harina de cebada, víctimas para
2 los sacrificios y vino. Al amanecer Jenofonte se levantó
y ofreció sacrificios para ver si podía partir y las en-

174 Sátrapa de Frigia y Bitinia.



trañas de las víctimas resultan favorables a la primera.
Ya terminaban los sacrificios, y el adivino Arexión de
Parrasia ve un águila de buen augurio y exhorta a
Jenofonte a abrir la marcha. Después de cruzar el foso 3
hicieron un alto y ordenaron pregonar por los heraldos
que los soldados, después de almorzar, salieran con las
armas, pero que se quedaran allí los esclavos y la mul-
titud de los no combatientes. Todos los demás salieron, 4
pero Neón no. Parecía mejor dejarle como guardián
de los que quedaban en el campamento. Pero, cuando
los capitanes y los soldados los dejaron allí, los que
quedaron con Neón, avergonzados de no seguir a los
demás que se iban, abandonaron allí solamente a los
mayores de cuarenta y cinco años. Sólo ésos se que- 5
daron, los demás se fueron. Y, antes de haber reco-
rrido quince estadios, se encontraron ya con cadáve-
res. Una vez situado el final de la columna frente a los
primeros cadáveres aparecidos, sepultaron a todos los
que iban encontrando dentro de la línea. Cuando hu- 6
bieron sepultado a los primeros, continuaron la mar-
cha, haciendo la misma maniobra, hasta enterrar a
todos los que fueron encontrando de la misma manera.
Y, cuando llegaron al camino que salía de las aldeas,
donde los cadáveres yacían agrupados, los llevaron
todos a un sitio y los sepultaron juntos.

Ya era más de mediodía, cuando el ejército había 7
rebasado las aldeas y se pusieron a coger lo que cada
cual veía dentro de la falange, y de pronto ven a los
enemigos que subían a unas colinas situadas en fren-
te. Eran muchos jinetes y soldados de infantería for-
mados en falange, pues Espitridates y Ratines habían
acudido, enviados por Farnabazo, con sus fuerzas.
Cuando los enemigos vieron a los griegos, se detuvie- 8
ron a una distancia de ellos de unos quince estadios.
Acto seguido, Arexión [el adivino de los griegos] sacri-
ficó una víctima y resultaron, a la primera, las entra-

9 ñas favorables. Entonces Jenofonte dice: «Me parece
oportuno, estrategos, situar detrás de la falange unas
compañías de reserva, para que, donde sea preciso,
tengamos fuerzas que aporten ayuda a la falange y los
enemigos, en desorden, caigan sobre tropas en correcta
formación y de refresco.» Todos coincideron en esto.
10 «Pues bien, vosotros, añadió, guiad las tropas contra
los adversarios. No nos detengamos, puesto que nos
han visto los enemigos y nosotros los vemos; yo, por
mi parte, iré después de disponer en orden las últimas
11 compañías de la manera que habéis acordado.» Después
de esto, los estrategos avanzaban tranquilos, mientras
Jenofonte, tomando las tres últimas compañías de dos-
cientos hombres, ordenó que una siguiera hacia la de-
recha a una distancia de un pletro; al frente de esta
formación iba Samolao de Acaya. Ordenó a la segunda
que siguiera por el centro, Pirrias de Arcadia estaba
al frente de esta formación. Y la que quedaba fue colo-
cada a la izquierda, a las órdenes de Frasias de Atenas.
12 En sus avances, cuando estuvieron los guías en un
valle profundo y de difícil acceso, se detuvieron, no
sabiendo si debían cruzar el valle. Comunican a los
estrategos y capitanes que acudan a primera línea.
13 Jenofonte se preguntaba extrañado qué dificultaba el
avance y, al momento de oír la orden transmitida, se
lanza a caballo con la mayor rapidez posible. Cuando
estuvieron reunidos, Soféneto, que era el más anciano
de los estrategos, dice que no merecía la pena deliberar
sobre si debía cruzarse o no semejante cañada.
14 Entonces, Jenofonte lo interrumpió bruscamente y
dijo: «Sabéis, compañeros, que yo nunca he tramado
ningún complot contra vosotros por voluntad personal,
pues veo que vosotros no necesitáis adquirir gloria
15 demostrando valor, sino salvaros. Pero ahora las cosas
están así: sin luchar no es posible salir de aquí. Si
nosotros no atacamos a los enemigos, éstos nos perse-



guirán cuando nos vayamos y caerán sobre nosotros.
Ved, por consiguiente, si es mejor ir contra estos hom- 16
bres con las armas por delante o que los enemigos nos
ataquen por detrás con los escudos cubriéndonos las
espaldas. Sabéis, sin duda, que retroceder ante los ene- 17
migos a nadie parece honroso, pero perseguirlos, in-
cluso a los cobardes infunde confianza. Yo, al menos,
preferiría atacar con la mitad que retirarme con el
doble. Y, respecto a éstos, sé que, si nosotros los ata-
camos, ni siquiera vosotros esperáis que nos ofrezcan
resistencia, mientras que, si nos retiramos, todos sabe-
mos que se atreverán a perseguirnos. Y el cruzar un 18
valle difícil y dejarlo atrás, cuando estamos a punto
de entrar en combate, ¿no es una ocasión que merece
la pena aprovecharse en seguida? Yo querría que a los
enemigos todos les resultase de fácil acceso de modo
que pudieran retirarse, pero nosotros debemos apren-
der, a la vista de este lugar, que no hay posibilidad de
victoria para nosotros si no vencemos. ¿Cómo, pues, 19
podemos cruzar la llanura, si no vencemos a los jine-
tes? ¿Y cómo, las montañas que hemos cruzado, si nos
persiguen tantos peltastas? Y a mí, en particular, me
sorprende también que alguien considere este valle
más temible que los demás lugares que hemos cruzado.
Y si llegamos felizmente al mar, ¿qué inmenso valle 20
no será el Ponto? Allí ni hay naves que nos transporten
ni trigo para alimentarnos, si nos quedamos, y será
necesario, cuanto antes lleguemos, salir con más rapi-
dez en busca de víveres. Por consiguiente, es preferible 21
luchar ahora que hemos almorzado que no mañana,
en ayunas. Compañeros, los sacrificios nos son favora-
bles, los augurios propicios y las entrañas magníficas.
Vayamos contra estos hombres. No deben ya ésos
—puesto que han visto todo nuestro ejército— cenar
a gusto ni tampoco acampar donde quieran.»

22 Entonces las capitanes le exhortaron a que los guia-
ra y nadie replicó. Éste iba al frente del ejército, des-
pués de haber transmitido la orden de que cada uno
cruzara el valle por donde pudiera. Pensaba que así en
grupo con más rapidez cruzaría el ejército que si pasa-
23 ban en fila por el puente que había sobre el valle. Una
vez que hubieron cruzado, pasando por delante de las
líneas, decía: «Soldados, recordad en cuántas batallas
habéis vencido con la ayuda de los dioses atacando
frontalmente y cuáles son los sufrimientos de quienes
huyen de los enemigos, y considerad también que esta-
24 mos a las puertas de Grecia. Seguid a Heracles conduc-
tor y animaos mutuamente llamándoos por vuestros
nombres. Es, efectivamente, grato decir y hacer ahora
algo arriesgado y bello que deje recuerdo de uno mismo
entre quienes se quiere.»

25 Eso decía, mientras recorría las filas y, al mismo
tiempo, hacía avanzar con lentitud al ejército formado
en falange. Y marchaban contra los enemigos con los
peltastas situado a ambos lados. Se transmitió la orden
de llevar las lanzas sobre el hombro derecho, hasta
que se diera la señal con la trompeta; después que las
bajaran para el ataque, que siguieran al paso y que
nadie se lanzase corriendo contra el enemigo. A conti-
nuación se transmitió la consigna: «Zeus salvador,
26 Heracles conductor.» Los enemigos aguardaban, porque
creían que era buena su posición. Cuando estuvieron
cerca, los peltastas griegos dieron el grito de guerra
y corrieron contra los enemigos, antes de que se les
diera la orden. Los enemigos se lanzaron contra ellos,
los jinetes y la infantería de los bitinos en bloque, y
27 ponen en fuga a los peltastas. Pero, como la falange
de los hoplitas les salió al encuentro en rápido avance
y, al mismo tiempo, sonó la trompeta y entonaron el
peán, y después lanzaron el grito de guerra mientras



que bajaron las lanzas, entonces ya no resistieron los
enemigos, sino que huyeron. Timasión, con los jine- 28
tes, los persiguió y mataron a todos los que pudieron,
que fueron pocos. El ala izquierda de los enemigos,
frente a la cual estaban los jinetes griegos, al punto
se dispersó y la derecha, que no era perseguida vio-
lentamente, se reagrupó en una colina. Cuando los 29
griegos vieron que los enemigos se detenían, les pare-
ció muy fácil y sin ningún riesgo atacarlos de inme-
diato. Por consiguiente, entonaron el peán y en seguida
se lanzaron contra ellos; pero los enemigos no los es-
peraron. Entonces los peltastas continuaron la persecu-
ción hasta que el ala derecha quedó dispersa. Pero
murieron pocos de los bárbaros, pues la caballería ene-
miga, que era numerosa, infundía miedo a los griegos.
Mas, cuando los griegos vieron que la caballería de Far- 30
nabazo todavía estaba reunida, que los jinetes bitinos
se agrupaban también allí y que desde una colina con-
templaban lo que ocurría, aunque estaban extenuados,
decidieron que debían atacarlos como pudiesen, para
evitar que cobrasen ánimos si descansaban. Por con- 31
siguiente, formados en orden de batalla, se ponen en
camino. Entonces los jinetes enemigos huyen pendien-
te abajo, como perseguidos por otra caballería. Un
valle los aguardaba, cosa que los griegos no sabían,
pero, como era tarde, desistieron de perseguirlos.
Regresaron al lugar donde el primer encuentro tuvo 32
lugar, erigieron un trofeo y se retiraron en dirección
al mar hacia la puesta de sol. Había unos sesenta esta-
dios hasta el campamento.

A partir de entonces, los enemigos se preocuparon 6
de sus cosas y se llevaron, lo más lejos que pudieron,
a sus familias y sus bienes. Los griegos, por su parte,
aguardaban a Cleandro, creyendo que vendría con tri-
rremes y naves de transporte. En sus salidas cotidia-

nas con las acémilas y los esclavos[175] traían, sin correr
riesgos, trigo, cebada, vino, legumbres, zahína, higos.
Pues toda clase de productos buenos producía el país,
2 excepto aceite de oliva. Siempre que el ejército se que-
daba descansando, les permitían salir en busca de
botín, y ⟨los⟩ que salían lo conseguían. Pero, cuando
salía todo el ejército, si alguien por separado en su sali-
3 da cogía algo, se acordó que fuera fondo común. Ya
había abundancia de todo. Pues también de todas partes
llegaban mercados procedentes de las ciudades grie-
gas y los que pasaban fondeaban gustosos, pues corría
el rumor de que se iba a fundar una ciudad y que había
4 un puerto. Enviaban, incluso los enemigos que habi-
taban cerca, embajadas a Jenofonte, al oír decir que
él fundaba una colonia en el lugar, preguntándole qué
debían hacer para ser sus amigos. Y él los presentaba
a los soldados.

5 Mientras tanto, Cleandro, llega con dos trirremes,
pero sin ninguna nave de transporte. Precisamente
el ejército estaba fuera cuando llegó y algunos que
habían ido en busca de botín en otro lugar hacia la
montaña habían cogido muchos rebaños. Y temiendo
que se los quitaran, se lo cuentan a Dexipo, que había
huido de Trapezunte con la nave de cincuenta remos,
y le piden que les guarde el ganado, quedándose él con
6 una parte y devolviéndoles el resto. En seguida aquél
expulsa a los soldados que estaban en torno a él di-
ciendo que el botín era propiedad común, y añade,
dirigiéndose a Cleandro, que intentan arrebatárselo.
Entonces Cleandro ordena que lleven ante él al ladron.
7 Dexipo cogió a uno y se lo llevó, pero, habiéndolo en-
contrado casualmente Agasias, le quitó al hombre de
las manos, pues era un soldado de su compañía. Los

[175] Alusión a los hombres capturados, a lo largo de la expe-
dición, en los países sometidos por la fuerza.



demás soldados que lo presenciaban se pusieron a tirar
piedras a Dexipo, llamándole traidor. Muchos de los
tripulantes de las trirremes tuvieron miedo y huyeron
al mar. También Cleandro huyó. Jenofonte y los demás 8
estrategos trataban de impedírselo y decían a Clean-
dro que ninguna importancia tenía el asunto, que el
decreto del ejército era culpable de que ocurriera esto.
Cleandro, excitado por Dexipo y enojado él mismo por- 9
que había sentido temor, dijo que se haría a la mar y
que pediría por medio de un heraldo que ninguna ciu-
dad les diese acogida, considerándoles enemigos. Por
aquellas fechas los lacedemonios estaban al frente de
todos los griegos. Entonces pareció a los griegos que 10
la situación era grave y le pidieron que no hiciera eso.
Contestó Cleandro que no podría ser de otro modo, a
no ser que se le entregara al que había empezado a
tirarle piedras y al hombre que le habían quitado de
las manos. Este culpable que Cleandro reclamaba no 11
era otro que Agasias, amigo íntimo de Jenofonte. Por
este motivo era acusado por Dexipo.

Entonces, como no había salida para la situación,
los jefes convocaron al ejército; algunos tenían en poca
consideración a Cleandro, pero a Jenofonte el asunto
no le parecía insignificante, y se levantó y dijo: «Solda- 12
dos, a mí el asunto me parece muy importante, si
Cleandro se va —tal y como dice— con esta opinión
de nosotros. Porque están cerca las ciudades griegas
y los lacedemonios están al frente de Grecia. Y son capa-
ces los lacedemonios —cada cual por su cuenta— de
hacer en las ciudades lo que quieran.

»Así, pues, si éste, en primer lugar, nos cierra las 13
puertas de Bizancio, y luego ordena a los demás har-
mostas que no nos reciban en las ciudades como des-
leales a los lacedemonios y gente sin ley; más aún, si
este concepto de nosotros llega al almirante Anaxibio,
nos será tan difícil quedarnos como permanecer aquí.

Pues en la actualidad los lacedemonios dominan por
14 tierra y por mar. Pues bien, ni por un hombre solo ni
por dos debemos los demás estar alejados de Grecia,
sino que debemos obedecer lo que nos ordenen, pues
también las ciudades de donde procedemos les obe-
15 decen. Por consiguiente, yo, puesto que he oído que
Dexipo afirma ante Cleandro que Agasias no habría
hecho esto, si yo no se lo hubiese ordenado; yo, por
consiguiente, os eximo a vosotros y a Agasias de toda
culpa, si es que el mismo Agasias sostiene que soy yo
el culpable de esto, y si he inducido a alguien a tirar
piedras o a cualquier otro acto de violencia me declaro
culpable y reo de la última pena y estoy dispuesto a
16 sufrirla. Digo, además, que, si se acusa a algún otro,
ese debe entregarse a Cleandro para que lo juzgue,
pues así vosotros quedaríais libres de culpa. Y tal
como ahora están las cosas, sería una pena que, espe-
rando alcanzar en Grecia gloria y honores, en vez de
esto no fuésemos siquiera considerados como los otros
y se nos marginara de las ciudades griegas.»
17 Después de esto se levantó Agasias y dijo: «Yo,
compañeros, juro por los dioses y por las diosas que
ni Jenofonte me ordenó quitarle el hombre ni tampoco
ninguno de vosotros. Pero cuando vi a un hombre
valiente de mi compañía conducido por Dexipo, que
vosotros sabéis que os ha traicionado, me pareció terri-
18 ble y se lo arrebaté, lo reconozco. Sin embargo, no me
entreguéis. Yo mismo, como dice Jenofonte, me pre-
sentaré a Cleandro para que me juzgue y haga de mí
lo que quiera. Por este motivo no entréis en guerra con
los lacedemonios y llegad sanos y salvos a donde cada
uno quiera. Acompañadme, sin embargo, algunos esco-
gidos de entre vosotros ante Cleandro para que si yo
omito algo, ellos hablen y actúen por mí.»
19 A continuación, el ejército le concedió que partie-
ra eligiendo a los que quisiera. Y eligió a los estrategos.



Después de esto se puso en camino para verse con
Cleandro, Agasias, los estrategos y el hombre que Aga-
sias quitó de las manos a Dexipo. Y dijeron los estra- 20
tegos: «Nos ha enviado el ejército a tu presencia,
Cleandro, y te piden que si los acusas a todos, tú mis-
mo los juzgues y hagas con ellos lo que quieras, y si
acusas a uno sólo o a dos o a más, consideran justo
presentarse a ti para someterse a juicio. Por tanto, si
tienes alguna acusación que formular contra alguno
de nosotros, aquí estamos, y si es a algún otro, dilo.
Porque ninguno de los que quiera obedecernos, trata- 21
rá de ocultarse.» A continuación se adelantó Agasias y
dijo: «Yo soy, Cleandro, el que arrebató este hombre a
Dexipo cuando lo llevaba y el que mandó golpear a
Dexipo. Pues sé que este hombre es valiente, pero sé 22
que Dexipo fue elegido por el ejército para ponerse
al frente de la nave de cincuenta remos que pedimos
a los trapezuntios a condición de que reuniera naves
de transporte para salvarnos, y huyó [Dexipo] y trai-
cionó a los soldados con los que se salvó. Y hemos qui- 23
tado la nave de cincuenta remos a los trapezuntios y
por este motivo se nos considera malos, y, en lo que
de él depende, estamos perdidos. Porque estaba al
corriente él, igual que nosotros, de que era imposible,
regresando a pie, cruzar los ríos y llegar sanos y salvos
a Grecia. De las manos de ése, que era de tal condición, 24
arrebaté al soldado. Si tú o algunos de tus hombres os
lo hubieseis llevado y no uno de nuestros desertores,
estáte seguro que nada de eso hubiera hecho. Piensa,
pues, que, si ahora me condenas, matas a un valiente
por causa de un hombre cobarde y malvado.»
Al oír esto, Cleandro dijo que no aprobaba la con- 25
ducta de Dexipo, si había hecho esto. Sin embargo,
añadió que no creía que, por malvado que fuera Dexi-
po, debiera sufrir tratos violentos, «sino ser juzgado,
como también vosotros ahora reclamáis, y obtener

26 justicia. Ahora, pues, retiraos y dejadme con este hom-
bre; y cuando yo os lo ordene, venid para presenciar
el juicio. Yo ya no acuso ni al ejército ni a ningún
otro, puesto que éste confiesa haber arrebatado el hom-
27 bre.» Entonces el soldado que había sido librado de
las manos de Dexipo dijo: «Yo, Cleandro, aunque creas
que yo fui llevado como culpable, no golpeé a nadie
ni tampoco tiré piedras, sólo dije que el rebaño era de
todos, porque existía una decisión de los soldados que,
si alguno, cuando el ejército salía, cogía botín por su
28 cuenta, lo obtenido pertenecía a todos. Eso dije. Por
eso me cogió y me llevó, para que nadie hablara y,
cogiendo él su parte, asegurara el botín a los saquea-
dores contra los acuerdos.» A esto contestó Cleandro:
«Pues bien, ya que tú eres ⟨coautor⟩, quédate, para
que deliberemos también sobre ti.»

29 Acto seguido, Cleandro y los suyos almorzaron. Je-
nofonte convocó entonces al ejército y le aconsejaba
que enviara hombres ante Cleandro para interceder
30 por los prisioneros. Entonces acordaron enviar estra-
tegos y capitanes, a Dracontio de Esparta y a los que
consideraban idóneos de los demás para pedir a Clean-
dro, por todos los medios, que dejara en libertad a
31 los dos hombres. Al llegar, Jenofonte dice: «Tienes,
Cleandro, a los hombres y el ejército te ha permitido
hacer lo que quieras con éstos y con todos. Ahora bien,
te piden y suplican que les devuelvas a los dos hombres
y que no los mates, pues muchas fatigas han pasado
32 por el ejército en tiempos pasados. Y, si obtienen esto
de ti, prometen —a cambio de estos favores—, si quie-
res ser su guía y los dioses son propicios, demostrarte
cuán disciplinados son y capaces de obedecer a su jefe
y que, contando con la ayuda de los dioses, no temen
33 al enemigo. Otra súplica te hacen: que si estás a su
lado y eres su jefe, pongas a prueba a Dexipo y a todos
los demás para ver cómo es cada uno y des a cada uno



su merecido.» Al oír esto, dijo Cleandro: «Por los Dios- 34
curos, pronto os daré una respuesta. Os entrego estos
dos hombres y yo mismo estaré a vuestro lado; y si
los dioses lo permiten, os guiaré hasta Grecia. Estas
palabras son muy distintas de las que yo he oído decir
acerca de algunos de vosotros, en el sentido de que in-
tentabais que el ejército hiciera defección de los lace-
demonios.»

Acto seguido, los emisarios regresaron con los dos 35
hombres, haciendo elogios de Cleandro. Cleandro, por
su parte, ofrecía sacrificios para la marcha y mantenía
relaciones amistosas con Jenofonte y contrajeron en-
tre sí vínculos de hospitalidad. Y como veía que ellos
hacían con disciplina lo que se les ordenaba, mayores
deseos tenía todavía de ser su guía. Pero como en los 36
sacrificios que ofrecía durante tres días no resultaban
las víctimas favorables, convocó a los estrategos y dijo:
«Las víctimas no ofrecen buenos augurios para que yo
tome el mando de la expedición, pero no os desaniméis
por eso, pues a vosotros, según parece, se os ha con-
cedido sacar de aquí a esta gente. Poneos, pues, en
marcha. Y nosotros, cuando lleguéis allá, os recibire-
mos de la mejor manera posible.»

Entonces los soldados decidieron darle el ganado 37
que pertenecía a todos; él lo aceptó y se lo devolvió
otra vez. Y Cleandro se hizo a la mar. Los soldados,
por su parte, pusieron a la venta el trigo que habían
reunido y las demás cosas que habían cogido, y se
pusieron en marcha a través de Bitinia. Pero, como 38
nada encontraron siguiendo el camino recto y querían
llegar al país amigo llevando alguna cosa, decidieron
volver atrás durante un día y una noche. Así lo hicie-
ron, y se apoderaron de muchos esclavos y ganado. Y
al sexto día llegaron a Crisópolis de Calcedonia, y allí
permanecieron siete días mientras vendían el botín.

# LIBRO VII

Anaxibio invita a los griegos a ir a Bizancio. Propuestas de Seutes a Jenofonte. Anaxibio obliga a los griegos a salir de Bizancio. Jenofonte abandona el ejército. Cleandro y Anaxibio son apartados del mando. Acuerdo Jenofonte-Seutes. Gran banquete en honor de los griegos. Marcha nocturna y ocupación de ciudades tracias. Llegada al país de los tinos. Aficiones de Epístenes. Sumisión de los tinos. Seutes incumple el pacto. Heraclides calumnia a Jenofonte. Los griegos llegan a Salmideso. Malestar en el ejército. Tibrón propone tomar las tropas griegas a su servicio. Seutes acepta. Los soldados acusan a Jenofonte. Éste se defiende. Los griegos saquean las aldeas de Medósades. A instancias de Jenofonte, Seutes paga a los griegos lo convenido. Las tropas griegas se dirigen a Asia bajo el mando de Jenofonte. Llegada a Lámpsaco y Pérgamo. Tibrón al frente de los griegos.

1 [Cuanto hicieron los griegos en su expedición hacia el interior con Ciro hasta la batalla, cuanto hicieron después de la muerte de Ciro durante la marcha hasta su llegada al Ponto y cuanto hicieron, al salir de allí, por tierra y por mar hasta que estuvieron en Crisópolis de Asia, fuera de la entrada del Ponto, ha sido expuesto en los libros precedentes] [176].

2 Después de esto, Farnabazo, temiendo que el ejército irrumpiera en su propio territorio, envió una embajada al almirante Anaxibio —que se encontraba en Bizan-

[176] Interpolación debida al editor.



cio—, con la petición de que transportase al ejército fuera de Asia y prometiéndole, a cambio, hacer todo lo
que pudiese. Anaxibio mandó venir a los estrategos y 3
capitanes a Bizancio e hizo la promesa de que, si cruzaban, los soldados tendrían soldada. Los otros dijeron 4
que se lo notificarían después de haber deliberado, pero Jenofonte le contestó que pretendía separarse del ejército y que quería hacerse a la mar. Anaxibio, sin embargo, le exhortó a que cruzara con las tropas y que a continuación se retirara como era su deseo. Él le dijo que así lo haría.

Seutes de Tracia envía a Medósades y pide a Jeno- 5
fonte que contribuya con su esfuerzo a que el ejército atraviese, y le decía que no se arrepentiría de haber
colaborado en esta tarea. Respondió éste: «El ejército 6
pasará. Pero por esto, que no se me pague a mí, ni a ningún otro. En cambio, cuando ya hayan atravesado, yo me retiraré, y con los que se queden y con los jefes, que actúe como le parezca oportuno.»

A continuación, todos los soldados pasan a Bizancio. 7
Anaxibio no les daba sueldo; antes bien, proclamó por medio de un heraldo que los soldados cogieran las armas y los bagajes y que salieran, para despedirlos al tiempo que pasaba lista. Entonces los soldados estaban molestos, porque no tenían dinero para adquirir víveres en el mercado, y preparaban los bagajes con indolencia.
Y Jenofonte, que había establecido con Cleandro, el 8
harmosta, lazos de hospitalidad, se acercó a él y lo abrazó como para hacerse a la mar en seguida. Cleandro le dice: «No hagas eso; si te marchas, te echarán la culpa de lo que ocurra, puesto que incluso ahora algunos ya te acusan de que el ejército no se retira
con rapidez.» Replicó Jenofonte: «No soy yo culpable 9
de esto, sino los soldados, que están faltos de víveres, y por ese motivo no están animados para la marcha.»
«Pero, con todo, dijo, yo te aconsejo que salgas como 10

si fueras a continuar la expedición y, cuando el ejército
esté fuera, entonces retírate.» «Pues bien, dijo Jeno-
fonte, vayamos a ver a Anaxibio y negociemos esta solu-
ción con él.» Entonces fueron y se lo explicaron.

11 Anaxibio les exhortó a actuar así: que salieran cuanto
antes, una vez preparados los bagajes, y declaró, ade-
más, que se consideraría culpable a quien no se presen-
tara a la revista y al recuento.

12 Entonces salieron los estrategos, en primer lugar, y
los demás. Y ya todos estaban fuera, excepto unos pocos,
y Eteónico permanecía junto a las puertas para, cuando
todos estuvieran fuera, cerrarlas y echar el cerrojo.
13 Y Anaxibio convocó a los estrategos y capitanes y les
dijo: «Tomad los víveres de las aldeas tracias, allí hay
cebada en abundancia, trigo y todos los demás víveres,
cogedlos y dirigiros al Quersoneso, y allí Cinisco os
14 tomará a sueldo.» Oyeron esto algunos soldados o, in-
cluso, algún capitán y lo anuncian al ejército. Y los
estrategos se informaban, acerca de Seutes, si era ene-
migo o amigo y si había que marchar a través de la Mon-
taña Sagrada o rodearla por el centro de Tracia.

15 Mientras mantenían estas conversaciones, los solda-
dos cogieron las armas y se lanzaron a la carrera contra
las puertas, como para entrar de nuevo en la muralla.
Al ver Eteónico y sus acompañantes que los hoplitas
corrían hacia las puertas, las cierran y echan el cerrojo.
16 Golpeaban los soldados las puertas y decían que eran
víctimas de la mayor injusticia siendo arrojados en
manos de los enemigos, y decían que echarían abajo
17 las puertas, si no las abrían por las buenas. Otros corrían
hacia el mar y, por el rompeolas, escalaban la muralla
y entraban en la ciudad, mientras otros soldados que se
hallaban dentro, cuando vieron lo que ocurría en las
puertas, rompieron los cerrojos a hachazos, abrieron
las puertas y los soldados se precipitaron dentro.



Jenofonte, cuando vio lo que pasaba, temiendo que 18
el ejército se entregara al saqueo y se produjeran males
irreparables para la ciudad, para él mismo y para los
soldados, corrió y se precipitó dentro de las puertas
junto con la multitud. Los bizantinos, cuando vieron 19
que el ejército penetraba por la fuerza, huyeron del
ágora: unos, hacia las naves; otros, a casa, y los que
estaban dentro, hacia fuera. Otros echaban a la mar las
trirremes para salvarse en ellas; todos creían que esta-
ban perdidos porque tenían la impresión de que la ciu-
dad había sido tomada. Eteónico se refugió en la ciuda-
dela. Anaxibio bajó corriendo hacia el mar y zarpó en 20
un barco de pesca siguiendo la costa hasta la acrópolis
y, en seguida, mandó venir a las guarniciones de Calce-
donia, pues le parecía que no eran suficientes las fuer-
zas de la acrópolis para contener a los griegos.

Los soldados, cuando vieron a Jenofonte, se preci- 21
pitan a su encuentro en masa y le dijeron: «Ahora
tienes la oportunidad, Jenofonte, de ser un hombre.
Tienes una ciudad, tienes trirremes, tienes dinero, tienes
gran número de hombres. Ahora, si quisieras, nos serías
útil y nosotros te haríamos grande.» Contestó él, con 22
ánimo de calmarles: «Tenéis razón, y lo haré; pero si
estos son vuestros deseos, situaros en orden de batalla
sin armas cuanto antes.» Él mismo dio la orden y pidió
a los demás que la transmitieran y que depusieran las
armas. Los hoplitas en poco tiempo estuvieron forma- 23
dos por sí mismos de ocho en fondo y los peltastas ha-
bían corrido ya a alinearse a ambos flancos. El lugar, 24
llamado Tracio, era el más idóneo posible para des-
plegarse en formación: sin casas y llano. Cuando las
armas estuvieron en el suelo y los ánimos calmados,
Jenofonte convoca al ejército y le habla en estos tér-
minos:

«Que estéis irritados, soldados, y creáis que sois 25
víctimas de malos tratos y que os han mentido, no me

extraña. Pero si nos dejamos dominar por la ira, cas-
tigamos por su engaño a los lacedemonios aquí presen-
tes y saqueamos la ciudad que en absoluto es culpable,
26 pensad lo que ocurrirá después. Seremos declarados
enemigos de los lacedemonios y de sus aliados. Y qué
guerra se desencadenaría, podéis sin duda suponerlo,
puesto que habéis visto y recordáis lo que acaba de
27 ocurrir[177]. Porque nosotros los atenienses, entramos en
guerra con los lacedemonios y sus aliados teniendo tri-
rremes, unas en el mar y otras en los arsenales, no
menos de trescientas. Disponíamos de grandes sumas
de dinero en la ciudad y teníamos ingresos anuales
procedentes de tributos de la misma ciudad y de fuera
de nuestras fronteras, no inferiores a mil talentos[178];
y, aun dominando todas las islas y teniendo muchas
ciudades en Asia y en Europa —y entre otras muchas
también ésta misma, Bizancio, donde ahora estamos—,
28 fuimos derrotados, como todos vosotros sabéis. Y ahora,
¿qué creemos que nos ocurriría, cuando los lacedemo-
nios conservan sus antiguos aliados y, además, se les
han unido los atenienses y todos los que entonces eran
aliados de éstos; cuando también Tisafernes y todos
los demás bárbaros que habitan junto al mar son ene-
migos nuestros, y el mayor enemigo es el mismo Rey
de tierra adentro, contra el que nos dirigimos para
arrebatarle el mando y darle muerte si podíamos? Es-
tando pues todos estos unidos, ¿hay alguien tan insen-
29 sato que crea que podríamos vencer? No seamos locos,
¡por los dioses!, ni perdamos la vida vergonzosamente
siendo enemigos no sólo de nuestra patria, sino también
de nuestros propios amigos y familiares. Porque todos

[177] Alusión a la guerra del Peloponeso.

[178] A seiscientos talentos ascendían los ingresos por impuestos de los aliados de Atenas. Cf. TUCÍDIDES, II 13, 3. A éstos había que sumar unos cuatrocientos correspondientes a impuestos de los ciudadanos.



están en las ciudades que emprenderán la expedición
militar contra nosotros y con razón, si nosotros, que
no hemos querido conservar ninguna ciudad bárbara
ni siquiera cuando podíamos hacerlo, saqueamos, en
cambio, ésta, la primera ciudad griega en la que hemos
entrado. Pues bien, yo quisiera —antes de veros hacer 30
esta barbaridad— encontrarme al menos a diez mil
brazas bajo tierra. Y os aconsejo, además, puesto que
sois griegos, que obedezcáis a los jefes griegos y tratéis
de conseguir lo justo. Y si no podéis, es preciso que,
aunque víctimas de la injusticia, no seamos privados
al menos de Grecia. Ahora me parece oportuno enviar 31
embajadas a Anaxibio y decirle que nosotros no hemos
entrado en la ciudad para cometer ningún acto violento,
sino por si podíamos conseguir de ellos algún beneficio,
y, si no, para que quede claro que salimos de aquí, no
engañados sino sumisos.»

Acordaron esto, y envían a Jerónimo de Elea, a 32
Euríloco de Arcadia y a Filesio de Acaya para exponerle
lo convenido. Éstos se fueron a comunicarle la resolu-
ción.

Todavía estaban sentados los soldados cuando se 33
les presenta Cerátadas de Tebas, que andaba errante
no como exiliado de Grecia, sino deseando ser estratego
y ofreciendo sus servicios por si alguna ciudad o pue-
blo necesitaba un estratego. También se acercó entonces
y les dijo que estaba dispuesto a guiarles hasta el de-
nominado Delta de Tracia, donde podrían coger botín
en abundancia; y mientras llegaban, dijo que les pro-
porcionaría comida y bebida en abundancia. Al oír los 34
soldados esta propuesta y, a la vez, la notificación de
Anaxibio —respondió que no se arrepentirían de obe-
decerle, pues notificaría esta resolución a los magistra-
dos de su patria y él mismo pensaría la recompensa
que pudiera darles—, aceptaron, entonces, éstos a Ce- 35

rátadas como estratego y salieron fuera de la muralla. Cerátadas conviene con ellos que al día siguiente acudiría al campamento con víctimas, un adivino, comida y
36 bebida para el ejército. Cuando salieron, Anaxibio cerró las puertas y pregonó que todo soldado que fuera cogido
37 dentro, sería vendido. Al día siguiente, Cerátadas vino con las víctimas y el adivino. Lo seguían veinte hombres llevando harina de cebada, y uno con un cargamento de ajos todo lo grande que podía llevar, y otro con uno de cebollas. Mandó poner en el suelo esto como para repartirlo y ofreció un sacrificio.

38 Jenofonte mandó llamar a Cleandro y le instó a que consiguiera permiso para entrar en la ciudad y ha-
39 cerse a la mar desde Bizancio. Cuando volvió Cleandro le dijo que con muchas dificultades había conseguido el permiso, pues decía Anaxibio que no era adecuado que los soldados estuvieran cerca de la muralla, mientras Jenofonte estaba dentro, y que los bizantinos estaban divididos en facciones y enfrentados unos contra otros. «Pero, con todo, dijo, le invitaba a entrar, si tienes in-
40 tención de hacerte a la mar con él.» Entonces, Jenofonte dio un abrazo de despedida a los soldados y entró en la fortificación con Cleandro.

Cerátadas, por su parte, no obtuvo auspicios favorables el primer día ni distribuyó nada entre los soldados. Al día siguiente, las víctimas estaban colocadas junto al altar y Cerátadas iba coronado para ofrecer el sacrificio; entonces se le acercaron Timasión de Dárdano, Neón de Asine y Cleanor de Orcómeno y le dijeron a Cerátadas que no ofreciera el sacrificio, porque no conduciría el ejército, si no les daba víveres. Da orden,
41 entonces, de repartirlos. Pero, como le faltaba mucha cantidad para que cada uno tuviera alimento para un día, recuperó las víctimas y renunció al cargo de estratego.



Neón de Asine, Frinisco de Acaya, Filesio de Acaya, 2
Janticles de Acaya y Timasión de Dárdano se quedaron con el ejército y, avanzando hacia las aldeas tracias situadas frente a Bizancio, acamparon. Los estrategos 2
estaban divididos: Cleanor y Frinisco querían unir el ejército con el de Seutes, pues éste se los había ganado dando un caballo al uno y una mujer al otro; Neón, por el contrario, quería conducirlos al Quersoneso, en la convicción de que, si llegaban a estar bajo el dominio de los lacedemonios, sería jefe de todo el ejército. Timasión, a su vez, deseaba pasar nuevamente a Asia, en la creencia de que regresaría a su tierra. Los soldados querían también lo mismo. Como el tiempo transcurría, 3
muchos soldados vendían las armas en el lugar y se embarcaban como podían; otros daban [las armas en el lugar] y se mezclaban con los habitantes de las ciudades. Anaxibio se alegraba cuando oía decir que el 4
ejército se desmantelaba, pues creía que agradaban muchísimo a Farnabazo estos sucesos.

Aristarco, sucesor de Cleandro como harmosta de 5
Bizancio, se encuentra en Cícico[179] con Anaxibio que navegaba desde Bizancio. Se decía también que Polo, sucesor como almirante, estaba ya a punto de llegar al Helesponto. Anaxibio encarga a Aristarco que venda 6
todos los soldados de Ciro que encuentre rezagados en Bizancio. Cleandro a ninguno había vendido, sino que cuidaba a los enfermos por compasión y obligaba a que los acogieran en las casas. En cambio, Aristarco, tan pronto como llegó, vendió no menos de cuatrocientos. Anaxibio, después de navegar siguiendo la costa hasta 7
Pario[180], envía una embajada a Farnabazo según lo convenido. Pero, cuando éste se enteró de que Aristarco

[179] Colonia de Mileto.

[180] Ciudad misia de la Propóntide, situada entre Lámpsaco y Cícico.

iba a Bizancio como harmosta y que Anaxibio ya no
era almirante, se olvidó de Anaxibio y negoció con
Aristarco sobre el ejército de Ciro en las mismas con-
diciones que con Anaxibio.

8 Entonces, Anaxibio llamó a Jenofonte y le ordenó
que, por todos los medios y artes, se embarcara cuanto
antes en busca del ejército, que lo concentrara y reunie-
ra el mayor número posible de hombres dispersos, y
que, después de conducirlos hasta Perinto, los trasla-
dara a Asia a la mayor brevedad posible. Le da también
una nave de treinta remos y una carta, y envía con él
a un hombre para ordenar a los perintios que con la
mayor rapidez den escolta con sus caballos a Jenofonte
9 que iba en busca del ejército. Jenofonte cruzó el mar
y llegó a donde estaba el ejército. Los soldados lo reci-
bieron con alegría y, al punto, le siguieron contentos
para pasar de Tracia a Asia.

10 Seutes, cuando se enteró de su llegada, le envió de
nuevo por mar a Medósades y le pedía que le llevase el
ejército haciéndole todas las promesas que consideraba
que podían convencerle. Jenofonte le respondió que
nada de eso era posible llevar a cabo. Oída su respuesta,
11 Medósades se fue. Cuando los griegos llegaron a Perin-
to, Neón se separó y acampó aparte con unos ochocien-
tos hombres, pero el resto del ejército se mantuvo,
todo, en el mismo lugar a lo largo de la muralla de
Perinto.

12 Después de esto, Jenofonte se esforzaba en conse-
guir naves de transporte, para atravesar el mar cuanto
antes. En este momento llega a Bizancio el harmosta
Aristarco con dos trirremes. Convencido por Farnabazo,
impidió pasar a los armadores de las naves, se dirigió
al ejército y prohibió a los soldados que pasaran a
13 Asia. Jenofonte le dijo que lo había ordenado Anaxibio
«y me ha enviado aquí con esta misión». A su vez, Aris-
tarco respondió: «Anaxibio ya no es almirante y yo soy



harmosta de aquí; y si capturo a alguno de vosotros
en el mar, lo echaré al fondo.» Dicho esto, se fue a la
ciudadela. Al día siguiente manda venir a los estrategos
y capitanes del ejército. Estando ya junto a la muralla, 14
alguien anuncia a Jenofonte que, si entra, será detenido
y, o le harían algo allí o lo entregarían a Farnabazo. Al
oír esto, envía a los otros por delante, mientras él dijo
que quería ofrecer un sacrificio. Regresó Jenofonte y 15
ofreció un sacrificio por si los dioses le consentían que
procurase llevar el ejército a Seutes. Porque veía que
no era seguro cruzar, siendo así que el que los obstacu-
lizaría tenía trirremes; tampoco quería dirigirse al
Quersoneso y encontrarse bloqueado, y que el ejército
tuviera gran escasez de todo, en un lugar donde ⟨era⟩
necesario obedecer al harmosta de allí y no podrían
conseguir víveres de ninguna clase.

Seguía Jenofonte ocupado en estas tareas, mientras 16
los estrategos y los capitanes llegaron de ver a Aristarco
y le anunciaron que les había ordenado regresar ahora,
y volver por la tarde. Entonces le pareció más evidente
todavía la conspiración.

Por consiguiente, Jenofonte, puesto que le parecía 17
que las víctimas les eran favorables para ir a Seutes
sin riesgos, se llevó consigo a Polícrates de Atenas, capi-
tán, y de cada uno de los estrategos a un hombre —ex-
cepto de Neón— en el que cada uno tenía confianza, y
se fue por la noche al campamento de Seutes, que estaba
a sesenta estadios. Cuando estuvieron cerca de allí, se 18
encuentra con unas hogueras abandonadas. Al prin-
cipio creía que Seutes se había ido a otra parte, pero
cuando oyó barullo y que los soldados de Seutes se
hacían señales unos a otros, comprendió que por este
motivo tenía Seutes las hogueras encendidas delante
de los centinelas nocturnos, para que éstos, en medio
de la oscuridad, no fuesen vistos, ni cuántos eran ni
dónde estaban, pero, en cambio, no les pasaran inad-

vertidos los que se acercaban, sino que fueran visibles gracias a la luz.

19 Cuando se dio cuenta, envía por delante al intérprete que lo acompañaba y le ordena decir a Seutes que Jenofonte está allí con el deseo de entablar relaciones con él. Preguntaron éstos si era el ateniense del ejército.
20 Cuando contestó que era él, dieron un salto, los persiguieron y, poco después, se presentaron unos doscientos peltastas que, habiendo tomado consigo a Jenofonte y a los que iban con él, los condujeron a presencia de
21 Seutes. Éste se hallaba en una torre muy vigilada, y había en torno a ella caballos embridados formando círculo. Por el miedo que tenía, los sacaba a pastar durante el día y por la noche los mantenía en guardia
22 con las bridas puestas. Se decía que, en tiempos pasados, Teres, su antecesor en este país, con un numeroso ejército perdió muchos hombres a manos de sus habitantes y que le fueron arrebatadas las acémilas. Estos indígenas eran los tinos, que tenían fama de ser los más belicosos de todos, sobre todo, de noche.

23 Cuando estuvieron cerca, ordenó a Jenofonte que entrara con los dos hombres que quisiera. Una vez que entraron se saludaron en primer lugar y, de acuerdo con la costumbre tracia, brindaron bebiendo en unos cuernos de vino. Estaba, junto a Seutes, Medósades,
24 que era su embajador en todas partes. A continuación, Jenofonte empezó a hablar: «Me enviaste, Seutes, a Medósades aquí presente, a Calcedonia, primero, con la petición de que colaborase con mi esfuerzo a trasladar el ejército desde Asia, y con la promesa de que, si lo conseguía, me lo recompensarías, según dijo Me-
25 dósades aquí presente.» Dicho esto, preguntó a Medósades si era verdad lo que decía. Él lo ratificó. «De nuevo vino Medósades, cuando hubo cruzado por segunda vez en busca del ejército desde Pario, con la promesa de que, si conducía el ejército a tu presencia, me tratarías



como amigo y hermano y, además, me darías los territorios junto al mar de los que tú eres dueño.» Después 26
de esto, de nuevo preguntó a Medósades si lo había dicho. Convino también en esto. «Ea, pues, dijo, explícale a éste qué te respondí en Calcedonia la primera vez.»
«Respondiste que el ejército pasaría a Bizancio y que 27
no por ello debía pagarte nada a ti ni a otro. Y tú mismo dijiste que, cuando pasaras, regresarías. Y sucedió tal como decías. ¿Y qué dije, añadió, cuando llegaste a 28
Selimbria[181]?» «Dijiste que no era posible, pero que, después de ir a Perinto, pasarías a Asia.» «Pues bien, 29
dijo Jenofonte, ahora estamos aquí Frinisco, uno de los estrategos, y yo y aquí tienes también a Polícrates, uno de los capitanes, y fuera está, enviado por los estrategos, a excepción de los de Neón de Laconia, el hombre más leal de cada uno de ellos. Por consiguiente, si quieres 30
que la negociación tenga más credibilidad, llama también a aquéllos. Y tú, Polícrates, vete y diles que les ordeno dejar las armas, y tú mismo deja el cuchillo y entra.» Al oír esto, Seutes dijo que de ningún ateniense 31
desconfiaría, pues sabía que eran parientes suyos[182], y añadió que los consideraba buenos amigos. Después de esto, cuando estuvieron dentro los hombres que era preciso, en primer lugar Jenofonte preguntó a Seutes en qué necesitaba utilizar el ejército. Y él le contestó lo siguiente: «Mésades era mi padre y eran sus dominios 32
los melanditas, los tinos y los tranipsas. Expulsado, pues, de este país, cuando las cosas de los odrisios se pusieron mal, mi padre murió de enfermedad y yo me crié huérfano, al lado de Médoco el rey actual. Cuando 33
llegué a la adolescencia, no podía vivir mirando a una

[181] Ciudad costera, colonia de Mégara, situada entre Bizancio y Perinto.

[182] Seutes confunde a su antepasado Teres con Tereo, héroe de la leyenda de Procne y Filomela: ésta era hija de Pandión, rey de Atenas. Cf. TUCÍDIDES, 2, 29.

mesa ajena; y me sentaba a su lado en la mesa suplicándole que me diera cuantos hombres pudiera para hacer todo el daño posible a los que nos habían expulsado y vivir sin mirar a su mesa, [como un perro][183].
34 Entonces me dio los hombres y los caballos que veréis cuando se haga de día. Y ahora vivo con éstos, saqueando mi tierra paterna. Si vosotros me ayudarais, creo que fácilmente recuperaría el poder, con la ayuda de los dioses. Esto es lo que os pido.»
35 «Pues bien, dijo Jenofonte, si viniéramos, qué podrías dar al ejército, a los capitanes y a los estrategos? Dilo,
36 para que éstos se lo comuniquen a los demás.» Él prometió un ciciceno al soldado, el doble al capitán y el cuádruple al estratego, toda la tierra que quisieran,
37 yuntas y una plaza fuerte junto al mar. «¿Y si, añadió Jenofonte, no tuviéramos éxito en este intento, sino que el miedo a los lacedemonios nos detuviera, nos recibirías en tu país, si alguien quisiera refugiarse a tu lado?»
38 Él contestó: «Los trataré como hermanos y compañeros de mesa y les haré partícipes de todo cuanto consigamos. Y a ti, Jenofonte, te daré mi hija, y si tú tienes alguna hija, la compraré según la costumbre tracia. Te daré como residencia Bisante[184], que es el más hermoso lugar de los que tengo junto al mar.»

3 Oídas estas propuestas, se dieron las manos y se retiraron. Antes del día llegaron al campamento y cada
2 uno informó a los que le habían enviado. Cuando se hizo de día, Aristarco llamó de nuevo a los estrategos, pero ellos acordaron no ir a ver a Aristarco y convocar, en cambio, al ejército. Todos se reunieron, excepto los hombres de Neón. Éstos estaban a una distancia de unos

[183] Lectura añadida en los manuscritos F. M., considerados como deteriorados.

[184] Ciudad de Tracia. Colonia de Samos, en la Propóntide, hoy Rodosto.



diez estadios. Cuando estuvieron reunidos, Jenofonte 3
se levantó y habló así: «Soldados, Aristarco nos impide con sus trirremes hacer la travesía a donde queremos, de manera que no es seguro embarcarnos en naves de transporte. Él mismo nos insta a ir al Quersoneso por la fuerza cruzando la Montaña Sagrada. Si lo conseguimos y llegamos allá, afirma que nunca más os venderá como en Bizancio, ni tampoco os engañará sino que recibiréis una soldada. Ni permitirá nunca más que, como ahora, estéis faltos de provisiones. Éstas son sus pala- 4
bras. Seutes, por su parte, dice que, si vais con él, os tratará bien. Ahora, pues, examinad si queréis decidir aquí mismo o después de haber llegado donde haya provisiones. A mí, pues, me parece oportuno que, puesto 5
que no tenemos aquí ni dinero para comprar en el mercado, ni tampoco nos dejan coger nada gratis, volvamos a las aldeas, donde sus habitantes, sintiéndose inferiores a nosotros, nos dejan coger provisiones, y allí, cuando tengamos lo necesario, escuchemos lo que se nos pide y elijamos lo que nos parezca mejor. Y quien 6
esté de acuerdo con esto, dijo, levante la mano.» Todos la levantaron. «Pues bien, dijo, id a recoger los bagajes, y cuando se transmita la orden, seguir al guía»[185].

Después de esto, Jenofonte se puso al frente y ellos 7
lo seguían. Neón y otros emisarios de Aristarco trataban de convencerlos para que se volvieran. Ellos, sin embargo, no les prestaban atención. Y cuando hubieron avanzado unos treinta estadios, Seutes les sale al encuentro. Jenofonte, al verle, le pidió que se acercara, para, con el mayor número posible de testigos, hablarle lo que creyera oportuno. Cuando se aproximó, dijo 8
Jenofonte: «Nosotros nos encaminamos hacia donde el ejército va a tener alimentos. Allí escucharemos tus

[185] Jenofonte. A la vuelta de la expedición fue elegido jefe. Cf. Diodoro, XIV 37.

propuestas y las del lacedemonio y escogeremos lo que
nos parezca mejor. Por consiguiente, si nos conduces
a un lugar donde tengamos muchísimos víveres, con-
9 sideraremos que nos tratas como a huéspedes.» Y Seu-
tes dijo: «Conozco muchas aldeas agrupadas y que tie-
nen toda clase de víveres; están a una distancia de
nosotros que, si las recorrierais, almorzaríais a gusto.»
10 «Guíanos», dijo Jenofonte. Una vez que llegaron al lugar,
al atardecer, se reunieron los soldados y dijo Seutes
lo siguiente: «Yo, soldados, os pido que hagáis la ex-
pedición conmigo y os prometo dar, a los soldados,
un ciciceno y, a los capitanes y estrategos, el sueldo
acostumbrado. Además de esto, recompensaré al que lo
merezca. Tendréis comida y bebida, como ahora, tomán-
dola del país. Pero todo lo que se coja exigiré que sea
de mi propiedad para venderlo y pagaros el sueldo.
11 Nosotros también seremos capaces de perseguir y bus-
car al que huya y pretenda escapar; y si alguien opone
resistencia, con vuestra ayuda intentaremos someterle.»
12 Jenofonte le preguntó: «¿Hasta qué distancia del mar
pretenderás que el ejército te acompañe?» Él contes-
tó: «Nunca a más de siete jornadas, y a menos muchas
veces.»

13 Después de esto se permitió hablar al que quería;
muchos decían que Seutes hacía propuestas muy valio-
sas, pues estaban en invierno y quienes quisieran re-
gresar por mar a la patria no podrían hacerlo; tampoco
era posible permanecer en un país amigo, si era necesa-
rio subsistir comprando los alimentos, mientras que
pasar el tiempo y alimentarse en país enemigo era más
seguro con Seutes que solos. ⟨Y⟩ si, además de todo
esto, recibían un sueldo, pensaban que era un hallazgo
14 inesperado. Añadió Jenofonte: «Si alguien opina lo
contrario, manifiéstelo. Y si no, someteré a votación la
propuesta. Y como nadie ponía objeciones, la sometió



a votación, y la aprobaron. Y de inmediato dijo a Seutes
que lo acompañarían en su expedición.

Después de esto los demás acamparon por destaca- 15
mentos, mientras Seutes, que ocupaba una aldea pró-
xima, invitó a cenar a los estrategos y capitanes. Cuando 16
estuvieron cerca de las puertas, dispuestos para pasar
a cenar, actuó un tal Heraclides de Maronea[186]. Éste,
acercándose a cada uno de los que creía que podían
dar algo a Seutes —primero, a unos de Pario que esta-
ban allí para granjearse la amistad de Médoco, rey de
los odrisos, y que llevaban presentes para él y para
su mujer—, les decía que Médoco habitaba tierra aden-
tro a doce jornadas de camino del mar, y que, en cam-
bio, Seutes, puesto que había reclutado este ejército,
dominaría hasta las orillas del mar. «Por consiguiente, 17
siendo vuestro vecino, dispondrá de los mejores medios
para haceros bien y mal. Si sois, por tanto, sensatos,
le entregaréis lo que lleváis y os resultará mejor que
si se lo dais a Médoco, que vive lejos.» Así trataba de 18
convencerlos. A continuación se acercó a Timasión de
Dardania, puesto que había oído decir que poseía copas
y tapices bárbaros, y le dijo que, cuando Seutes invitaba
a cenar, era costumbre que los invitados le hicieran ob-
sequios. «Y si él llega a ser importante en este país,
podrá repatriarte y hacerte rico aquí.» Así trataba de
conseguir cosas para Seutes solicitándolas a cada uno.
Se dirigió también a Jenofonte y le dijo: «Tú también 19
eres de una ciudad muy grande y tienes gran fama con
Seutes. En este país puede ser que tú desees obtener
plazas fuertes y tierras, igual que otros de entre vos-
otros las obtuvieron. Por consiguiente, merece la pena
también que honres a Seutes con la mayor generosidad.
Te animo a que actúes así, porque tengo buena disposi- 20
ción de ánimo hacia ti, pues sé con seguridad que cuan-

[186] Puerto del mar Egeo situado al E. de Abdera.

tos más regalos le ofrezcas tantos más bienes recibirás de él.» Al oír esto, Jenofonte estaba aturdido, pues había venido desde Pario con sólo un esclavo y lo imprescindible para el viaje.

21 Cuando entraron a cenar los principales jefes tracios que estaban allí, los estrategos y los capitanes griegos, y todas las embajadas que estaban presentes enviadas por su ciudad, se sentaron en círculo para el banquete. A continuación, trajeron trípodes para todos. Éstos, en número aproximado de veinte, estaban llenos de trozos de carne y de grandes panes con levadura cla-
22 vados en la carne. Colocaban siempre las mesas preferentemente frente a los huéspedes, pues era la costumbre. Y Seutes sirvió el primero. Cogía los panes que estaban a su lado, los partía en pequeños pedazos y los tiraba a quienes estimaba oportuno, y del mismo modo procedía con los trozos de carne, dejando para él sólo
23 lo imprescindible para probarlo. Y los demás hicieron lo mismo cogiendo de las mesas que cada uno tenía delante. Pero cierto arcadio, llamado Aristas, muy comilón, no se preocupó de distribuir a los otros y, cogiendo en la mano un pan de unos tres quénices [187] y colocando
24 pedazos de carne sobre sus rodillas, iba cenando. Hacían pasar cuernos de vino y todos lo aceptaban. Pero Aristas, cuando el escanciador se acercó ofreciéndole el cuerno, dijo dirigiendo la vista a Jenofonte que ya no cenaba: «Dáselo a aquél, dijo, pues él está desocupado
25 y yo todavía no.» Oyó Seutes su voz y preguntó al escanciador qué decía. Y el escanciador se lo explicó, pues conocía la lengua griega. Entonces se produjo una carcajada.

26 En el transcurso de la bebida entró un tracio llevando un caballo blanco y, tomando un cuerno lleno, dijo:

[187] Medida equivalente a poco más de un litro; era la ración cotidiana para la alimentación de un hombre.



«Brindo por ti, Seutes, y te regalo este caballo; montado en él perseguirás y capturarás a quien quieras y podrás retirarte sin temor al enemigo.» Otro entró con un niño 27
y se lo regaló brindando de la misma manera. Y otro, vestidos para su mujer. También Timasión brindó y le regaló una copa de plata y un tapiz que valía diez minas. Cierto Gnesipo, ateniense, se levantó y dijo que 28
era una antigua y bellísima costumbre que los que tenían dieran al rey para honrarle, mientras que a los que no tenían que les diera el rey, «a fin de que también yo, dijo, pueda hacerte un regalo y honrarte». Jeno- 29
fonte no sabía qué hacer, pues se hallaba sentado, como persona distinguida en el asiento más próximo a Seutes. Heraclides ordenó al escanciador que le ofreciera el cuerno. Y Jenofonte que ya había bebido un poco, se levantó echándole valor, aceptó el cuerno y dijo: «Yo, 30
Seutes, me entrego a mí mismo a ti con estos compañeros míos para ser tus amigos fieles. Ninguno lo hace de mala gana. Al contrario, todos quieren ser tus amigos 31
todavía más que yo. Y ahora están aquí sin pedirte nada. Antes bien, están incluso ansiosos de afrontar por ti fatigas y peligros. Con su compañía, si los dioses quieren, recuperarás muchos territorios, unos que ya te pertenecen por derecho de tus padres, y otros nuevos que incorporarás a tus posesiones. Conseguirás, además, muchos caballos, muchos hombres y hermosas mujeres que no te será necesario obtener por medio del pillaje sino que ellos mismos se presentarán a ti ofreciéndote regalos.» Se levantó Seutes, bebió con él y derramó con 32
él el vino que quedaba en el cuerno. A continuación entraron unas gentes que tocaban soplando unos cuernos semejantes a los que se utilizan para dar señales y con unas trompetas de cuero crudo, emitiendo unos ritmos parecidos a los que se entonan con una mágadis [188].

[188] Instrumento de cuerda, especie de arpa con veinte cuerdas, las diez primeras dispuestas en octava con las otras diez.

33 Entonces el mismo Seutes se levantó, lanzó un grito de
guerra y dio un salto, como si esquivara un dardo, con
mucha agilidad. Entraron también unos bufones.
34 Cuando el sol estaba a punto de ponerse, los griegos
se levantaron y dijeron que era momento de montar
vigilancias nocturnas y dar el santo y seña. Pidieron
también a Seutes que diera la orden de que ningún
tracio entrara por la noche en el campamento griego,
«porque los tracios son nuestros enemigos y vosotros
35 los amigos». Y cuando salieron, se levantó con ellos
Seutes, que no parecía estar borracho en absoluto. Cuan-
do salió, llamó a los estrategos aparte y les dijo: «Com-
pañeros, nuestros enemigos nada saben todavía de nues-
tra alianza. Por consiguiente, si los atacamos antes de
que se pongan en guardia para no ser sorprendidos o de
que se hayan preparado para defenderse, tendríamos
muchas posibilidades de capturar hombres y botín.»
36 Aprobaron esta idea los estrategos y le exhortaron a
que les guiara. Sin embargo, él les dijo: «Aguardad pre-
parados, y yo, cuando sea el momento oportuno, iré a
buscaros y, recogiendo a los peltastas y a vosotros, os
37 guiaré con la ayuda de los dioses.» Y Jenofonte dijo:
«Examina, pues, si es que vamos a marchar de noche,
si no es preferible adoptar la costumbre griega. Pues
durante el día, van a la cabeza del ejército aquellas
tropas que mejor se adaptan a la naturaleza del terre-
no, ya sean los hoplitas, los peltastas o la caballería.
Pero, de noche, es costumbre entre los griegos que vayan
38 al frente los cuerpos más lentos. De este modo se dis-
persa menos el ejército y es más difícil separarse sin
notarlo. Ocurre a menudo que los hombres que se han
dispersado caen unos sobre los otros e, involuntaria-
39 mente, causan daños y los sufren.» Seutes respondió:
«Tienes razón y yo adoptaré vuestra costumbre. Os daré
como guías, entre los más ancianos, a los más expertos
conocedores del país, y yo mismo os seguiré, en última



posición, con la caballería, pues rápidamente estaré en
primera línea, si es necesario. Dieron como consigna
'Atenea', por el parentesco.» Después de estas palabras
se acostaron.
Hacia medianoche, se presentó Seutes con los jine- 40
tes cubiertos de corazas y con los peltastas armados.
Y, una vez que les dio los guías, los hoplitas iban de-
lante, los peltastas los seguían y los jinetes ocupaban
la retaguardia. Cuando llegó el día, Seutes se adelantó 41
a la vanguardia y alabó la costumbre griega. «Pues con
frecuencia, dijo, marchando yo mismo incluso con
pocos, de noche, me he separado con los caballos de la
infantería; ahora, en cambio, como debe ser, aparece-
mos al amanecer todos reunidos. Sin embargo, vosotros
aguardad aquí y descansad, y yo volveré después de re-
conocer el terreno.» Dicho esto, se puso en marcha a 42
caballo por un camino a través del monte. Cuando llegó
a un lugar con nieve abundante, examinó si había hue-
llas humanas que iban hacia delante o en sentido con-
trario. Como vio que el camino no estaba pisado, re-
gresó en seguida y dijo: «Compañeros, todo irá bien, 43
si la divinidad lo permite, pues caeremos sobre estos
hombres por sorpresa. Yo iré al frente de la caballería,
a fin de que, si vemos a alguien, no escape y nos delate
al enemigo. Vosotros seguidme y, si quedáis rezagados,
seguid las huellas de los caballos. Y después de cruzar
las montañas, llegaremos a muchas y prósperas aldeas.»
A mediodía, estaba ya en las cimas y, cuando divisó 44
las aldeas, volvió a galope al encuentro de los hoplitas
y dijo: «Ahora mismo voy a lanzar a los jinetes corrien-
do hacia la llanura y a los peltastas hacia las aldeas.
Seguidles con la mayor rapidez posible, para que pres-
téis ayuda si hay alguna resistencia.» Al oír esto Jeno- 45
fonte se bajó de su caballo. Y Seutes le preguntó: «¿Por
qué descabalgas, cuando es necesario ir deprisa?» «Sé,
dijo Jenofonte, que no soy yo sólo a quien tú necesitas

y que los hoplitas correrán con más rapidez y más a
46 gusto, si yo los guío marchando también a pie.» A con-
tinuación, se fue y Timasión con él, al frente de unos
cuarenta jinetes griegos. Jenofonte transmitió la orden
de que salieran de las compañías los soldados menores
de treinta años que eran más ligeros. Él mismo echó
a correr con ellos, mientras Cleanor iba al frente de
47 los demás. Cuando estuvieron en las aldeas, Seutes
con una treintena de jinetes se acercó a él cabalgando
y le dijo: «Ha sucedido, Jenofonte, lo que tú dijiste.
Los habitantes están cogidos, pero los jinetes, en soli-
tario, se alejan de mí persiguiendo cada uno por su
lado, y temo que los enemigos se agrupen en alguna
parte y nos causen algún daño. Es necesario, además,
que algunos de nosotros permanezcamos en las aldeas,
48 pues están llenas de gente.» «Yo, dijo Jenofonte, con
los hombres que tengo, ocuparé las cimas. Y tú ordena
a Cleanor que despliegue la falange a través de la lla-
nura junto a las aldeas.» Hecho esto, se apoderaron de
unos mil esclavos, dos mil bueyes y otras diez mil cabe-
zas de ganado. Entonces acamparon allí.

4 Al día siguiente, Seutes, después de quemar total-
mente las aldeas, sin dejar una sola casa, para infundir
miedo a los demás de cuáles serían sus sufrimientos,
2 si no obedecían, se retiró de nuevo. Envió a Heraclides
a Perinto a vender el botín para que los soldados tuvie-
ran soldada. Él mismo y los griegos acamparon en la
llanura de los tinos. Éstos se fueron y se refugiaron
en las montañas.

3 Había mucha nieve y era tanto el frío, que el agua
que llevaban para la cena se helaba, y también el vino
que había en las jarras, y a muchos griegos se les que-
4 maba la nariz y las orejas por el frío. Entonces com-
prendieron por qué los tracios llevan las pieles de zorro
en la cabeza y en las orejas, y túnicas no sólo en el
pecho sino también en los muslos, y llevan, cuando



montan a caballo, mantos que les llegan hasta los pies,
y no clámides [189].

Seutes envió a unos prisioneros a las montañas y 5
les dijo que, si no bajaban a ocupar sus casas y le
obedecían, quemaría sus aldeas y su trigo y morirían
de hambre. Después de esto, bajaron las mujeres, los
niños y los ancianos. Los más jóvenes acamparon en
las aldeas al pie de la montaña. Cuando Seutes se dio 6
cuenta, ordenó a Jenofonte que cogiera los hoplitas más
jóvenes y lo siguiera. Se levantaron por la noche y, al
amanecer, se presentaron en las aldeas. La mayor parte
de los habitantes escaparon, pues estaba cerca la mon-
taña. Pero a todos los que capturó Seutes los mató a
flechazos sin contemplaciones.

Había cierto Epístenes de Olinto, pederasta, que al 7
ver que un hermoso niño, apenas adolescente, que lleva-
ba un escudo, estaba a punto de morir, corrió al en-
cuentro de Jenofonte y le suplicó que ayudara al her-
moso niño. Se acercó Jenofonte a Seutes y le pidió que 8
no matara al niño, y le explicó las aficiones de Epístenes,
y que en cierta ocasión había reclutado una compañía
sin atender a otra cosa que no fuera la belleza de sus
hombres, y que con ellos se comportaba como un va-
liente. Seutes preguntó: «¿Estarías dispuesto, Episte- 9
nes, a morir por él?» Ofreció su cuello Epístenes y dijo:
«Hiere, si lo ordena el niño y a ver si tiene intención
de darme las gracias.» Seutes preguntó al niño si mata- 10
ba a Epístenes en su lugar. No lo consintió el muchacho,
sino que le suplicaba que perdonase a los dos. Enton-
ces, Epístenes abrazó al niño y dijo: «Es hora, Seutes,
de que tú luches abiertamente conmigo por él, pues yo
no soltaré al niño.» Seutes se echó a reír y zanjó la 11
cuestión. Le pareció oportuno acampar allí, para que

189 Especie de capa o manto militar sin mangas. Utilizado, sobre todo, por la caballería.

los refugiados en la montaña no pudiesen sacar alimentos de estas aldeas. Él mismo bajó despacio a la llanura y puso las tiendas, mientras Jenofonte lo hizo, con sus soldados escogidos, en la aldea más alta al pie de la montaña y los demás griegos, cerca, en las llamadas montañas tracias.

12 Después de esto no habían transcurrido muchos días cuando los tracios bajaban de la montaña a entrevistarse con Seutes para negociar pactos y tratar de los rehenes. Jenofonte fue a decir a Seutes que el campamento estaba en lugares desfavorables y que los enemigos estaban cerca. Dijo que sería preferible acampar en posiciones seguras, en vez de permanecer bajo techo, en las casas, corriendo peligro de ser aniquilados. Seutes le exhortó a tener confianza y le mostró los rehenes
13 tracios que tenía. Algunos que descendían de la montaña pedían, incluso, al mismo Jenofonte que les ayudase a concluir los pactos. Él estaba de acuerdo y les dijo que estuvieran tranquilos pues les garantizaba que ningún mal sufrirían si se sometían a Seutes. Pero ellos mantenían estas conversaciones con el único objeto de espiar.

14 Esto ocurre durante el día; pero, la noche siguiente, bajan de la montaña los tinos y atacan. Era su guía el dueño de cada casa. De otro modo, habría sido difícil, en medio de la oscuridad, descubrir las casas en las aldeas, pues las casas estaban rodeadas de empalizadas
15 con grandes estacas para el ganado. Cuando estuvieron frente a las puertas de cada casa, unos lanzaban dardos contra ellos, otros golpeaban con las mazas que, según decían, llevaban para romper las puntas de las lanzas, otros prendían fuego y, llamando a Jenofonte por su nombre, le invitaban a salir a morir o, si no, decían
16 que le quemarían allí mismo. Ya se veía fuego a través del techo y Jenofonte con los suyos estaban dentro revestidos de corazas con escudos, puñales y cascos,



cuando Silano de Macisto[190], que tenía unos dieciocho años, da la señal con la trompeta. Al instante saltan fuera con las espadas desenvainadas junto con los de
las otras casas. Los tracios huyen, como es su costum- 17
bre, echándose los escudos a la espalda. Al intentar saltar por encima de las empalizadas algunos quedaron colgados y fueron capturados, al engancharse sus escudos en las estacas. Otros murieron también al no acertar a encontrar las salidas. Los griegos los perse-
guían fuera de la aldea. Retrocedieron algunos tinos 18
en la oscuridad y dispararon sus dardos contra los que corrían delante de una casa en llamas, desde la oscuridad hacia la luz. Hirieron a Jerónimo y †a Evodias†[191], capitán, y a Teógenes de Lócride, capitán. Pero ninguno murió. Sin embargo, se quemaron el vestido y los equi-
pajes de algunos. Acudió en su ayuda Seutes, con siete 19
jinetes, los primeros, y con el trompeta tracio. Y, cuando se dio cuenta del ataque, le mandó tocar el cuerno todo el tiempo que duró su intervención, con lo que esto infundió miedo a los enemigos. Y cuando llegó, les tendió la diestra y les dijo que creía iba a encontrar a muchos muertos.

Después de esto, Jenofonte le pide que le entregue 20
los rehenes y que lo acompañe, si quiere, en su marcha
hacia la montaña; y si no, que le deje ir. Al día siguien- 21
te, Seutes le entrega los rehenes, hombres ya ancianos, los principales, según decían, entre los montañeses, y él mismo acude con sus fuerzas. Seutes había triplicado ya sus efectivos. Pues, al enterarse de lo que hacía Seutes, muchos, procedentes del país de los odrisios, baja-
ban para unirse a su expedición. Los tinos, cuando 22
vieron desde la montaña gran número de hoplitas, gran número de peltastas y gran número de jinetes, bajaron

[190] Ciudad de la Élide.
[191] Texto incierto.

y le suplicaron que firmara un pacto, y estaban de acuerdo en aceptarlo todo y rogaban que les recibiesen
23 sus garantías. Seutes llamó a Jenofonte y le explicó lo que le proponían, y dijo que no les concedería la paz, si Jenofonte pretendía vengarse de ellos por su
24 ataque. Éste respondió: «Yo, al menos, pienso que ahora tienen castigo suficiente, si éstos, de libres, se convierten en esclavos.» Sin embargo, dijo que le aconsejaba tomar como rehenes, a partir de ahora, a los más capaces de hacer algún daño y dejar a los ancianos en casa. Así, pues, todos los de allí se sumaron a este acuerdo.

5 Franquean los montes en dirección a los tracios situados encima de Bizancio, hacia el llamado Delta. Este territorio ya no pertenecía a Mésades, sino a Teres
2 el odrisio [un antiguo rey]. Aquí se encontraba Heraclides con el total de la venta del botín. Seutes sacó tres yuntas de mulas, pues no tenía más, y las otras de bueyes, llamó a Jenofonte y le invitó a cogerlas y a repartir las demás entre los estrategos y los capitanes.
3 Jenofonte le dijo: «Yo ya cogeré en otra ocasión. Recompensa ahora a los estrategos y capitanes que te
4 acompañaron conmigo.» Una de las yuntas la coge Timasión de Dardania, otra Cleanor de Orcómeno y la tercera Frinisco de Acaya. Las yuntas de bueyes fueron repartidas entre los capitanes. Sin embargo, a pesar de haber transcurrido ya el mes, sólo les paga la soldada correspondiente a veinte días. Heraclides decía que no
5 había conseguido más dinero por la venta. Jenofonte, indignado, le dijo con un juramento: «Me parece, Heraclides, que no te preocupas por Seutes como es debido. Pues si te preocuparas, habrías venido con el sueldo completo, incluso tomándolo prestado, si no podías de otro modo, o vendiendo tus propios vestidos.»

6 Entonces Heraclides se enojó y temió perder la amistad de Seutes y, a partir de aquel día, en la medida



que podía, calumniaba a Jenofonte ante Seutes. Los 7
soldados, por consiguiente, recriminaban a Jenofonte por no disponer de la soldada. Seutes, por su parte, estaba enfadado con él porque le reclamaba con insistencia el dinero de los soldados. Hasta entonces no ha- 8
bía cesado de recordarle que, cuando llegara al mar, le entregaría Bisante, Ganos y Neontico; a partir de este momento, sin embargo, de ninguna de esas cosas le habló más. Pues Heraclides también lo había calumniado pretextando que no era seguro entregar fortalezas a un hombre que poseía un ejército.

Después de esto, Jenofonte pensaba en la manera 9
de continuar la expedición hacia el interior, pero Heraclides, llevando a los demás estrategos ante Seutes, les exhortó a decir que ellos conducirían al ejército igual que Jenofonte, y les prometió que dentro de pocos días tendrían la soldada completa de dos meses y les animó a seguir la campaña con él. Timasión respondió: 10
«Pues bien, yo, aunque fuera a recibir la soldada de cinco meses, no proseguiría la expedición sin Jenofonte.» Frinisco y Cleanor ratificaron las palabras de Timasión. Entonces, Seutes vituperaba a Heraclides por no haber 11
convocado a Jenofonte. Acto seguido lo convocan a él solo. Pero éste, que conocía la malicia de Heraclides, que quería calumniarle ante los demás estrategos, se presenta con todos los estrategos y los capitanes.

Una vez que fueron todos convencidos, prosiguieron 12
la expedición con él y llegaron, teniendo el Ponto a su derecha, a través del país de los tracios llamados «comedores de mijo»[192], a Salmideso[193]. Allí, muchas naves de las que navegan hacia el Ponto embarrancan y son arrojadas a la costa, pues hay marismas hasta muy

[192] «Melinófagos». No es infrecuente designar a gentes poco conocidas, por su alimentación cotidiana. Cf. «lotófagos».

[193] Región de Tracia próxima al Bósforo.

13 adentro del mar. Los tracios que habitan por esos luga-
res han delimitado la costa por medio de mojones y
cada uno saquea las naves que encallan en su terreno.
Hasta entonces decían que, antes de repartir la zona,
14 muchos morían enfrentándose entre ellos. Allí encon-
traban muchas camas, muchos cofres, muchos libros
escritos y otras muchas cosas que los armadores de
naves llevan en cajas de madera. Una vez sometidos
estos territorios, regresaron de nuevo.
15 Entonces, Seutes disponía ya de un ejército más
numeroso que el griego, pues del país de los odrisios
habían bajado todavía muchos más y los que sin inte-
rrupción se le sometían se sumaban a su expedición.
Acamparon en la llanura, por encima de Selimbria, a
16 unos treinta estadios del mar. Pero no aparecía solda-
da por ninguna parte. Los soldados estaban muy mo-
lestos con Jenofonte y Seutes ya no tenía un trato
familiar con él, sino que siempre que iba con el deseo
de verlo, muchas ocupaciones se le presentaban en ese
momento.

6 Por entonces, transcurridos ya casi dos meses, llega
Cármino de Lacedemonia y Polinico, enviados por Ti-
brón, y dicen que es decisión de los lacedemonios em-
prender una expedición contra Tisafernes, que Tibrón
ha zarpado para entrar en guerra y necesita este ejér-
cito, y añade que cada soldado tendrá un darico de sol-
dada mensual, los capitanes el doble y los estrategos
el cuádruple.
2 Cuando los lacedemonios llegaron, tan pronto como
Heraclides se enteró de que venían a buscar el ejército,
dijo a Seutes que se había presentado una ocasión in-
mejorable: «Pues los lacedemonios tienen necesidad
del ejército, y tú ya no lo necesitas. Entrégalo y les
harás un favor, y ya no te reclamarán el sueldo, sino
3 que se alejarán del país.» Al oír esto, Seutes ordena que
los condujera a su presencia. Y cuando dijeron que ve-



nían a buscar el ejército, él les respondió que se lo en-
tregaba, que quería ser su amigo y aliado, y les invitó
como huéspedes dándoles un magnífico trato. Sin em-
bargo, a Jenofonte no lo invitó y tampoco a ninguno
de los demás estrategos. Al preguntar los lacedemonios 4
qué clase de hombre era Jenofonte, respondió que en
lo demás no era malo, pero que era amigo de los sol-
dados y, por este motivo, le iba peor. Entonces éstos
dijeron: «Pero ¿se gana este hombre el favor de sus
soldados?» «Sin duda», contestó Heraclides. «Así, pues, 5
continuaron los lacedemonios, ¿no se opondrá a que
nos lo llevemos?» «Si vosotros, prosiguió Heraclides,
reunís a los soldados y les prometéis la soldada, poco
caso harán de aquél y correrán con vosotros.» «¿Cómo, 6
pues, dijeron, podríamos reunirlos?» «Mañana, a pri-
mera hora, dijo Heraclides, os conduciremos ante ellos.
Y sé, añadió, que, cuando os vean, correrán a vuestro
encuentro contentos.» Así acabó aquel día.
Al día siguiente, Seutes y Heraclides conducen a los 7
lacedemonios ante el ejército, y el ejército se reúne.
Los dos laconios dijeron: «Los lacedemonios han deci-
dido hacer la guerra a Tisafernes, el que os perjudicó a
vosotros. Pues bien, si nos acompañáis, os vengaréis del
enemigo y cada uno de vosotros percibirá un darico al
mes, cada capitán el doble, y cada estratego el cuádru-
ple.» Los soldados oyeron esto con gusto y, al instante, 8
se levanta un arcadio para acusar a Jenofonte. Y estaba
presente también Seutes que quería saber cómo acaba-
ría la disputa, y permanecía allí donde podía oírlo todo
con un intérprete. Comprendía, sin embargo, él mismo
la mayor parte de lo que se decía en griego. Entonces 9
dice el arcadio: «Nosotros, lacedemonios, tiempo ha que
estaríamos entre vosotros, si Jenofonte no nos hubiese
convencido para traernos aquí, donde durante el terrible
invierno no hemos cesado ni un momento de marchar
ni de día ni de noche, mientras él se aprovecha de nues-

tras fatigas. Además, Seutes le ha enriquecido particular-
mente, mientras a nosotros nos priva de la soldada.
10 Por consiguiente, [ya que hablo en primer lugar] yo,
si viera a Jenofonte lapidado y castigado por los males
en que nos ha involucrado, sería como si ya tuviese mi
soldada y no me afligiría por las penas que he sufrido.»
Después de éste, se levantó otro que habló en términos
semejantes, y todavía otro. A continuación, habló Jeno-
fonte así:
11 «Verdaderamente todo puede esperarse del género
humano, puesto que yo soy acusado ahora por vosotros
de algo que considero en conciencia como la mejor prue-
ba de mi buena voluntad hacia vosotros. Volví atrás,
cuando había partido ya hacia mi patria, no, ¡por
Zeus!, al enterarme de vuestros éxitos, sino, por el con-
trario, al oír decir que estabais en dificultades, con la
intención de ayudaros en la medida de mis posibilida-
12 des. Y cuando llegué, a pesar de que Seutes, aquí pre-
sente, me enviaba muchos emisarios y me hacía muchas
promesas si os convencía para ir con él, no intenté
hacer esto, como vosotros mismos sabéis, sino que os
guié a un lugar desde el cual pensaba que podríais
pasar con mayor rapidez a Asia. Pues creía que esto
era lo mejor para vosotros y sabía que vosotros lo
queríais.
13 »Y cuando llegó Aristarco con las trirremes para im-
pedirnos cruzar, de inmediato, cosa que sin duda era
natural, os reuní para deliberar qué había que hacer.
14 Por consiguiente, al oír a Aristarco que ordenaba mar-
char hacia el Quersoneso, y oyendo, de otra parte, a
Seutes que os persuadía a sumaros a su expedición, ¿no
estuvisteis todos de acuerdo en ir con Seutes, no votas-
teis todos esta propuesta? ¿Cuál, pues, es mi culpa ahora
15 al llevaros allí donde todos vosotros decidisteis? Cuan-
do Seutes empezó a engañaros en lo relativo a la sol-
dada, si yo lo hubiese aprobado, con razón me podríais



acusar y odiar. Pero, si antes era su mejor amigo y
ahora soy el que más discrepa de él, ¿cómo puede ser
justo acusarme a mí que he tomado partido por vos-
otros en lugar de por Seutes en cosas que, en definitiva,
me han indispuesto con él?
»Acaso digáis que es posible que yo, después de haber 16
tomado nuestro dinero de Seutes, os engañe. Sin em-
bargo, una cosa al menos es evidente: si Seutes me
pagaba algo, sin duda no era para perder lo que a mí
me daba y pagaros a vosotros otro tanto, sino que, a mi
entender, si me lo daba, lo hacía con el propósito de
que dándome menos a mí, no tuviese que pagaros a
vosotros más. Por consiguiente, si creéis que es así, os 17
es posible en seguida desbaratar este negocio común a
los dos, reclamándole vuestra paga. Pues es evidente
que Seutes, si tengo algo que le pertenece, me lo re-
clamará, y me lo reclamará con razón, si no le consolido
el negocio por el que me había dado el dinero. Pero 18
me parece que estoy muy lejos de tener lo que es vues-
tro. Os juro por todos los dioses y todas las diosas que
ni siquiera tengo lo que Seutes me prometió para mí.
Además, él en persona está aquí oyéndome y sabe igual
que yo si juro en falso. Y para que más os sorprendáis, 19
juro al mismo tiempo que ni siquiera he recibido lo
que recibieron los demás estrategos, ni incluso lo que
algunos de los capitanes. ¿Por qué lo hice? Creía, com- 20
pañeros, que cuanto más le ayudara en su pobreza de
entonces, tanto más me consideraría su amigo cuando
fuera poderoso. Pero desde el momento en que le veo
triunfador, comprendo también su manera de pensar.
»Alguien podría decir: ¿no te avergüenzas de de- 21
jarte engañar tan estúpidamente? Sí, ¡por Zeus!, ten-
dría vergüenza si hubiese sido engañado por un ene-
migo, pero, tratándose de un amigo, me parece más
vergonzoso engañar que ser engañado. Porque, si algu- 22
nas precauciones deben tomarse con los amigos, sé que

vosotros las habéis tomado todas para no darle un pre-
texto justo de no pagaros lo que había prometido.
Porque no le perjudicamos en absoluto ni dejamos
perder ninguno de sus intereses por negligencia ni tam-
poco retrocedimos por cobardía en ninguna acción para
la que nos llamó.

23 »Pero, tal vez diréis que había que haber exigido
garantías entonces, para que no pudiera engañarnos,
aunque quisiera. Respecto a esto, escuchad lo que yo
nunca habría dicho delante de éste, si no me dieseis
la impresión de ser absolutamente ignorantes o dema-
24 siado ingratos conmigo. Recordad las dificultades en
las que estabais cuando yo os conduje ante Seutes. ¿No
era Perinto la ciudad en la que el lacedemonio Aris-
tarco no os permitía entrar, si os acercabais a ella, ha-
biéndoos cerrado las puertas? Acampabais fuera al aire
libre y era pleno invierno. Necesitabais comprar en el
mercado y veíais que las mercancías eran escasas, sien-
do también escaso el dinero que teníais para comprar-
25 las. La necesidad nos obligaba a quedarnos en Tracia.
Las trirremes ancladas nos impedían hacer la travesía.
Si nos quedábamos allí, estábamos en territorio ene-
migo, donde había muchos jinetes adversarios y muchos
26 peltastas. Nosotros teníamos hoplitas con los que, ata-
cando en bloque las aldeas, tal vez podríamos obtener
trigo, no demasiado abundante, pero no teníamos sufi-
cientes como para perseguir y capturar esclavos o re-
baños, pues nunca entre vosotros encontré ni jinetes ni
peltastas organizados.

27 »Sí, pues, estando vosotros en medio de tales nece-
sidades, os hubiese conseguido la alianza de Seutes sin
reclamarle ningún tipo de soldada, ya que él tenía jine-
tes y peltastas de los que vosotros estabais necesitados,
¿os habría parecido que había tomado una mala deci-
28 sión en interés vuestro? Sin duda, por haberos asociado
a ellos, habéis encontrado trigo más abundante en las



aldeas, porque los tracios se vieron obligados a huir
más deprisa, y habéis tenido una parte mayor de reba-
ños y esclavos. Ningún enemigo más hemos visto ya 29
desde que se unió a nosotros la caballería. Hasta en-
tonces los enemigos nos perseguían confiadamente con
la caballería y los peltastas, impidiéndonos dispersarnos
por todas partes en pequeños grupos para procurarnos
víveres más abundantes. Si, pues, el que os ha propor- 30
cionado esta seguridad no os paga muy exactamente,
encima, importante sueldo, ¿es esto un infortunio tre-
mendo y, por ello, creéis que a ninguna parte debéis
dejarme ir con vida?

»Y ahora, ¿cómo os retiráis? ¿No lo hacéis después 31
de haber pasado el invierno con víveres en abundancia
y llevándoos además lo que hayáis recibido de Seutes?
Pues consumíais los bienes de los enemigos. Y a pesar
de hacer esto, ni visteis morir a hombres de los vuestros
ni los perdisteis tampoco estando vivos. Y si vosotros 32
habéis hecho algo glorioso en lucha con los bárbaros
de Asia, ¿no habéis conservado esta gloria y le habéis
añadido la de, incluso, haber vencido a los tracios de
Europa contra los que emprendisteis la expedición mili-
tar? En verdad os digo que vosotros con razón deberíais
estar agradecidos a los dioses, como de un beneficio,
de esas cosas que provocan vuestra indignación contra
mí. Ésta es vuestra situación actual. 33

»¡Ea, por los dioses!, examinad también cómo están
mis cosas. Cuando, antes, yo regresaba a mi patria, vol-
vía con muchos elogios vuestros, lleno de gloria gracias
a vosotros delante de los demás griegos. Tenía la con-
fianza de los lacedemonios, pues, de otro modo, no me
habrían enviado de nuevo junto a vosotros. Ahora, sin 34
embargo, me voy, ante los lacedemonios calumniado
por vosotros. Por vuestra causa, enemistado con Seutes,
que yo pensaba que me iba a proporcionar un retiro
feliz para mí y para mis hijos si los tuviera. Vosotros, 35

en cambio, en defensa de los cuales he sido víctima de
muchísimos odios, mucho más poderosos que yo mis-
mo, vosotros a quien ni siquiera ahora renuncio a hace-
ros el bien que pueda, tenéis tal opinión de mí.
36 »Pero aquí me tenéis sin haberme cogido ni huyendo
ni escapando. Y si hacéis lo que decís, sabed que ha-
bréis matado a un hombre que ha pasado muchas noches
en vela por vosotros, que ha compartido con vosotros
muchas fatigas y peligros, cuando le tocaba y cuando
no, y que, cuando los dioses le eran favorables, ha eri-
gido con vosotros muchos trofeos de los bárbaros, y
que, para que no os convirtierais en enemigos de nin-
guno de los griegos, ha luchado con tesón entre vos-
37 otros todo lo que ha podido. Por consiguiente, ahora
podéis ir, sin temor a ser censurados, adonde queráis,
por tierra y por mar. Y vosotros, puesto que se os pre-
sentan infinidad de recursos, vais a navegar adonde,
tiempo ha, deseabais, los más poderosos os reclaman, se
vislumbra soldada y vienen como guías los lacedemonios
considerados como los más poderosos, ¿os parece opor-
38 tuno ahora darme muerte cuanto antes? Ciertamente
no ocurría lo mismo cuando estabais en dificultades,
¡oh prodigios de memoria!, sino que incluso me llama-
bais padre y me prometíais tenerme siempre presente
como bienhechor. Estos mismos que ahora vienen a
buscaros verán lo que hay de cierto. De manera que,
a mi entender, no creo que vuestra conducta conmigo
os favorecerá ante sus ojos.» Dicho esto, terminó.
39 Cármino de Lacedemonia se levantó y dijo: «¡Por
los dos dioses! [194], me parece que os indignáis injusta-
mente contra este hombre; yo mismo puedo testificar
en favor de él. Al preguntarle Polinico y yo a Seutes

[194] Alusión a Cástor y Pólux (los Dioscuros), hijos de Zeus y Leda; pero Leda estaba casada con Tíndaro, rey de Lacedemonia, por lo que se les daba culto allí.



sobre qué tipo de hombre era Jenofonte, ningún otro
defecto pudo reprocharle, sino que dijo de él que era
demasiado amigo de los soldados, hecho que le per-
judicaba ante nosotros los lacedemonios y ante él mis-
mo.» Se levantó a continuación Euríloco de Lusia, [ar- 40
cadio], y dijo: «Me parece, lacedemonios, que vuestro
primer objetivo, como estrategos nuestros, debe ser
exigir a Seutes la soldada que nos pertenece, tanto si
está de acuerdo como si no, y no hacernos retirar antes
de conseguirlo.» Polícrates de Atenas, instado por Jeno- 41
fonte, dijo: «Veo, compañeros, dijo, a Heraclides aquí
presente, que se apoderó del botín que nosotros obtu-
vimos con fatigas, lo vendió y no devolvió el importe
ni a Seutes ni a nosotros, sino que lo robó y se ha apro-
vechado de él. Por consiguiente, si somos sensatos, lo
detendremos. Porque no es ese, dijo, un tracio, sino que
es un griego que perjudica a los griegos.»
Cuando Heraclides oyó esto, sintió un profundo te- 42
mor; se acercó a Seutes y le dijo: «Nosotros, si somos
sensatos, partiremos de aquí, de las manos de éstos.»
Montaron en sus caballos y se fueron a galope a su cam-
pamento. Desde allí, Seutes envía a Abrozelmes, su in- 43
térprete, a ver a Jenofonte y le exhorta a que se quede
a su lado con mil hoplitas, y promete darle las plazas
junto al mar y las demás cosas que le había prometido.
Y, confiándole un secreto, le dice que ha oído decir a
Polinico que, cuando estuviera en poder de los lacede-
monios, con seguridad moriría a manos de Tibrón.
Comunicaban, además, esta noticia a Jenofonte otros 44
muchos: que había sido calumniado y debía estar en
guardia. Al oír esto, cogió dos víctimas y las sacrificó a
Zeus Rey por si resultaba mejor y más favorable para
él quedarse al lado de Seutes bajo las condiciones que
decía Seutes o salir con el ejército. El dios le aconseja
que se marche.

7 A partir de este momento, Seutes estableció el cam-
pamento más adelante. Los griegos, por su parte, acam-
paron en aldeas donde pensaban obtener muchísimos
víveres y dirigirse hacia el mar. Estas aldeas habían
2 sido dadas por Seutes a Medósades. Así, pues, al ver
Medósades que los griegos consumían lo que había
en las aldeas, a duras penas lo soportaba. Y, cogiendo
a un odrisio, el más poderoso de los que habían bajado
de las regiones altas y a unos treinta jinetes, se puso
en camino e invitó a Jenofonte a salir del campamento
griego. Éste, con unos capitanes y otros partidarios,
3 se acercó. Entonces dijo Medósades: «Obráis injusta-
mente, Jenofonte, al saquear nuestras aldeas. Os adver-
timos, por consiguiente, yo, en nombre de Seutes, y
este hombre, de parte de Médoco, rey del interior, que
salgáis del país. En caso contrario, no os lo consentire-
mos, sino que, si causáis daño a nuestro territorio, os
rechazaremos como a enemigos.»

4 Jenofonte, al oír esto, replicó: «Difícil es contestarte
a ti que hablas en estos términos. Hablaré, sin embargo,
por este jovencito, para que sepa qué tipo de gente sois
5 vosotros y quiénes nosotros. Nosotros, dijo, antes de
llegar a ser amigos vuestros, recorríamos este país por
donde queríamos, saqueándolo y quemándolo a nuestro
6 antojo. Y tú, siempre que venías a vernos como emba-
jador, acampabas a nuestro lado sin ningún temor a
los enemigos. Vosotros, sin embargo, no veníais a este
país, o si alguna vez lo hacíais, acampabais, como en un
país de gente más poderosa, con los caballos embrida-
7 dos. Cuando llegasteis a ser amigos nuestros y, gracias
a nosotros, con la ayuda de los dioses, tenéis este terri-
torio, ahora nos expulsáis de este país que habéis reci-
bido de nosotros y que conquistamos por la fuerza.
Porque, como tú mismo sabes, los enemigos no son
8 capaces de expulsarnos. Y no sólo no consideras justo
despedirnos dándonos regalos y tratándonos bien a



cambio de los favores que recibiste, sino que tampoco
nos permites, en la medida que de ti depende, acampar
en este territorio en nuestro viaje de regreso. Y al decir 9
esto, no sientes vergüenza ante los dioses ni ante este
hombre que ahora te ve enriquecido, pero que, antes
de llegar a ser amigo nuestro, vivía del pillaje, como
tú mismo afirmabas. Pero, ¿por qué me dices eso?, 10
añadió. Pues yo ya no mando, sino los lacedemonios,
a quienes vosotros entregasteis el ejército para que se
lo llevaran sin haberme pedido opinión, ¡oh gente sin-
gularísima!, para que, al igual que yo me enemisté con
ellos, cuando os los traje, ahora les diese satisfacción
devolviéndolos.» Cuando oyó esto el odrisio dijo: «Yo, 11
Medósades, me hundo bajo tierra de vergüenza al oír
esto. Y si lo hubiese sabido antes, no te habría acom-
pañado. Y ahora me voy, pues el rey Médoco no apro-
baría que expulsara a los bienhechores.» Dicho esto, 12
montó en su caballo y se fue a galope, y con él los
demás jinetes, excepto cuatro o cinco. Sin embargo,
Medósades, puesto que el país devastado le entristecía,
exhortaba a Jenofonte a que llamara a los dos lacede-
monios. Y éste, cogiendo a los hombres más adecuados, 13
se acercó a Cármino y Polínico y les dijo que Medósa-
des los llamaba para advertirles, como a él mismo, de
que abandonaran el país. «Creo, en efecto, prosiguió, 14
que vosotros recuperaríais para el ejército la soldada
adeudada, si manifestarais que el ejército os ha pedido
colaboración para cobrarla, con el consentimiento de
Seutes o contra su voluntad; que, conseguido este ob-
jetivo, afirman que os seguirían sin vacilación; que
creéis que tienen razón, y que les habéis prometido
salir sólo cuando hayan obtenido lo que es justo.»

Los lacedemonios, después de oír estas propuestas, 15
afirmaron que las harían suyas y que aportarían otras
lo más valiosas posible. De inmediato se pusieron en
marcha con todos los principales. Y, al llegar, dijo Cár-

mino: «Si tienes algo que decirnos, Medósades, dilo. Y
16 si no, nosotros sí que tenemos algo que decirte.» Y
Medósades, en tono muy humilde, contestó: «Yo digo
y Seutes lo ratifica que estimamos justo que no sean
maltratados por vosotros quienes se han convertido en
amigos nuestros. Pues cualquier daño que les hagáis,
nos lo hacéis ya a nosotros, puesto que son nuestros.»
17 «Pues bien, contestaron los lacedemonios, nosotros nos
retiraríamos, cuando tuvieran la soldada los que han
colaborado con vosotros en el cumplimiento de este
objetivo. En caso contrario, acudimos ahora mismo a
ayudarlos y a castigar a unos hombres que les han per-
judicado faltando a los juramentos. Si vosotros sois
de esta condición, desde este momento empezaremos
18 a tomarnos la justicia.» Y Jenofonte dijo: «¿Queréis,
Medósades, puesto que afirmáis que son vuestros ami-
gos los habitantes del país en que nos encontramos,
permitirles decidir la cuestión por votación sobre si con-
viene que abandonéis el país vosotros, o nosotros?»
19 Contestó éste negativamente a esta propuesta. Sin em-
bargo, pidió, especialmente, a ambos lacedemonios que
fueran a ver a Seutes para tratar de la soldada, y creía
que lo convencerían. En caso contrario, que enviaran
a Jenofonte con él, prometiendo secundarle en las nego-
ciaciones. Le pedía, además, que no quemara las aldeas.
20 Entonces envían a Jenofonte y, con él, a los que
parecían más apropiados. Éste, a su llegada, dijo a Seu-
tes: «Estoy aquí, Seutes, no para pedirte algo, sino
21 para hacerte comprender, si puedo, que sin razón te
has enojado conmigo por el hecho de haberte reclama-
do con insistencia, en nombre de los soldados, lo que
les habías prometido. Porque yo consideraba que era
tan conveniente para ti dárselo como para ellos reci-
22 birlo. En primer lugar, sé que, después de los dioses,
éstos te han situado en una posición eminente, porque
te han hecho rey de un amplio territorio y de numerosos



hombres. De manera que ninguna de tus acciones, ya
sea honrosa ya denigrante, puede pasar inadvertida.
»Para un hombre de tal relieve, me parecía que era 23
importante no dar la impresión de despedir con ingra-
titud a hombres bienhechores; importante, también,
ser tenido en buen concepto por seis mil hombres; pero
más importante, que tus palabras en ningún caso ins-
piraran desconfianza. Porque sé que las palabras de las 24
personas que no merecen confianza van y vienen sin
rumbo vanas, sin poder y sin valor. Mientras que quie-
nes practican abiertamente la verdad, sus palabras, si
pretenden algo, mejor pueden conseguirlo que la fuerza
de otros. Y si quieren hacer entrar en razón a cual-
quiera, entiendo que sus amenazas tienen más efecto
que el castigo inmediato de otros; y si tales hombres
hacen una promesa a alguien, no consiguen menos que
otros que dan al instante.
»Recuerda también qué nos pagaste de antemano 25
cuando nos tomaste como aliados. Bien sabes que nada.
Sin embargo, en la seguridad de que dirías la verdad
en lo que decías, indujiste a tan gran número de hom-
bres a unirse a tu expedición y a conquistar para ti un
reino valorado no sólo en treinta talentos, que es la can-
tidad que creen éstos que deben percibir ahora, sino
muchísimo más. Pues bien, esta primera confianza que 26
te ha conseguido también el reino, vas a venderla por
este dinero.
»¡Ea, pues!, recuerda cómo considerabas entonces 27
de gran importancia la conquista del país que ahora
tienes sometido. Pero bien sé yo que tú habrías prefe-
rido conseguir lo que hoy posees a tener una cantidad
de dinero muy superior a este dinero. A mí, pues, me 28
parece un daño mayor y más denigrante el no conservar
ahora esto, que el no haberlo recibido antes, en la me-
dida en que es más duro pasar de rico a pobre que no
haber tenido riquezas nunca, y de la misma manera,

que es más penoso aparecer como simple particular
habiendo sido rey que el no haber reinado nunca.
29 »Sin duda sabes que los que ahora te obedecen, no
por amistad hacia ti se dejaron convencer para ser tus
súbditos, sino por necesidad, y que tratarían de ser
30 libres de nuevo si no los retuviera cierto temor. ¿De
cuál de las dos maneras crees que ellos temerían más
y serían más sensatos en lo relativo a ti: si vieran que
los soldados están en una disposición tal hacia ti, que
se quedasen ahora si se lo mandaras, y de nuevo regre-
sasen con rapidez, si fuera necesario, y que otros —al
oírles decir de ti muchas maravillas— en seguida acu-
diesen a ti, cuando quisieras; o si, por el contrario,
sospecharan que nadie más iría en tu ayuda por la des-
confianza que provoca tu actuación presente, y que los
soldados tienen mejor disposición para con ellos que
31 para contigo? Pero, además, tampoco por ser inferiores
en número a nosotros cedieron ante ti, sino por falta
de jefes. Sin duda ahora también existe el riesgo de que
tomen en calidad de jefes suyos a algunos de éstos que
se creen maltratados por ti; o, incluso, a hombres más
poderosos que éstos, los lacedemonios, en el caso de
que los soldados prometan unirse a su expedición con
más ardor, si ellos te exigen lo que les adeudas, y si los
lacedemonios se lo consienten por el hecho de que tienen
32 necesidad del ejército. Que los tracios ahora sometidos
irían con más entusiasmo contra ti que contigo, está
claro, porque tu victoria supone para ellos la esclavi-
tud; tu derrota, en cambio, la libertad.
33 »Si has de velar por este territorio que te pertenece,
¿cómo crees que saldría más indemne: si esos soldados,
cobrando lo que reclaman se fueran dejando la paz, o
bien si se quedaran como en tierra enemiga y tú procu-
raras hacerles frente, con otros efectivos más numero-
34 sos, necesitados de víveres? Y, respecto al dinero, ¿cómo
gastarías más, si les pagaras lo que les debes, o si se



les debiera y fuera preciso que alquilaras a sueldo a
otros más poderosos? Sin embargo, a Heraclides, según 35
me manifestaba, le parece excesiva esta suma de dinero.
Es cierto, pero te supone a ti mucho menos ahora coger
esta cantidad y pagar que, antes de unirnos a ti, una
décima parte de ella. Porque no es la cifra la que mide 36
lo mucho y lo poco, sino la capacidad del que da y del
que recibe. Ahora tus ingresos anuales superarán todos
los bienes que poseías antes.
»Yo, Seutes, te he prevenido de esto como amigo, 37
para que te muestres digno de los bienes que los dioses
te han concedido y yo no sea desprestigiado en el
ejército. Pues ten por seguro que ahora yo, con este 38
ejército, aunque pretendiera hacer daño a un enemigo,
no podría. Ni, aunque quisiera ayudarte de nuevo, tam-
poco sería capaz. Así están las relaciones del ejército
conmigo. Sin embargo, te tomo por testigo, a ti y a los 39
dioses que lo saben, de que ni tengo nada que me hayas
dado para los soldados, ni jamás te he pedido para mí
personalmente lo que pertenece a los soldados, ni si-
quiera te he reclamado lo que me habías prometido.
Y te juro que no lo aceptaría, aunque me lo dieras, si 40
los soldados no iban a recibir al mismo tiempo lo suyo.
Pues sería ignominioso llevar a buen término mis asun-
tos y, en cambio, olvidar los de aquellos que está mal,
sobre todo cuando soy estimado por ellos. Sin embargo, 41
a Heraclides todo le parece tontería, excepto conseguir
el dinero de cualquier manera; pero yo, Seutes, consi-
dero que para un hombre, sobre todo si es jefe, no hay
bien más hermoso ni más espléndido que virtud, justicia
y generosidad. Pues quien posee estas cualidades es 42
rico, porque tiene muchos amigos; es rico, además,
porque otros quieren llegar a ser sus amigos también,
y, si triunfa, tiene personas para compartir su satis-
facción, y, si fracasa, no le falta quien le ayude.

43 »Pero si por mis actos no has comprendido que yo
era tu amigo de corazón, ni tampoco eres capaz de verlo
por mis palabras, presta atención a todas las opiniones
de los soldados, pues tú estabas presente y oías lo que
44 decían los que intentaban censurarme. Me acusaban
ante los lacedemonios de que hacía mucho más caso
de ti que de los lacedemonios y éstos, por su parte, me
censuraban diciendo que me interesaba más del éxito
de tus cosas que de las suyas. Incluso afirmaban que
45 yo recibía presentes de ti. Y, respecto a estos regalos,
¿crees que me acusaban de recibirlos de ti porque vie-
ron en mí cierta malevolencia hacia ti, o porque se
46 dieron cuenta de mi gran apego a tu persona? A mi
entender, todos los hombres creen que se debe demos-
trar afecto a la persona de la que se reciben bienes.
Y tú, antes de prestarte ningún servicio, me recibiste
con mirada y voz agradables, con presentes de hospi-
talidad y no te cansaste prometiéndome las cosas que
tendría. Pero cuando has conseguido lo que querías y
has llegado a la cúspide del poder en todo lo que yo
podía, ¿ahora tienes la osadía de ver con indiferencia
47 mi total descrédito entre los soldados? Sin embargo,
confío que decidirás pagarlos, que el tiempo te enseña-
rá y que tú mismo no soportarás ver que te acusan
quienes se han entregado a tu servicio. Te pido, por
consiguiente, que, cuando les pagues, te esfuerces para
que los soldados tengan de mí la misma opinión que
cuando me hiciste tu aliado.»

48 Oído el discurso, Seutes maldijo al culpable de no
haber pagado tiempo ha la soldada. Todos sospechaban
que se trataba de Heraclides. «Porque yo, dijo, jamás
he tenido intención de privaros de ella, y os pagaré.»
49 Entonces, Jenofonte tomó de nuevo la palabra: «Pues
bien, ya que piensas pagar, te pido ahora que lo hagas
a través mío, y no permitas que por tu culpa me en-
cuentre ahora en el ejército en situación diferente a



la que tenía cuando vinimos a ti.» Seutes respondió: 50
«No serás menos estimado entre los soldados por mi
culpa; si te quedas a mi lado con sólo mil hoplitas,
te daré las plazas y todo lo demás que te prometí.»
Jenofonte le contestó de nuevo: «No es posible que 51
esto se cumpla. Despídenos.» «Sin embargo, dijo Seutes,
sé que es más seguro para ti permanecer a mi lado que
irte.» Jenofonte contestó: «Elogio tu intención, pero no 52
me es posible quedarme; dondequiera que yo me en-
cuentre mejor considerado, piensa que eso también re-
dundará en bien tuyo.» Entonces dice Seutes: «Dinero 53
no tengo sino una pequeña cantidad, y te doy esto: un
talento; además, seiscientos bueyes, unas cuatro mil
ovejas y unos ciento veinte esclavos. Tómalos, llévate,
además, los rehenes de los que te perjudicaron y vete.»
Se rió Jenofonte y dijo: «Y si no me llega todo esto 54
para la paga, ¿a quién diré que pertenece este talento?,
¿no es mejor, puesto que también entraña peligro para
mí, que al irme procure evitar las piedras? Pues has
oído las amenazas.» Entonces se quedó allí.

Al día siguiente les pagó lo que había prometido y 55
envió con ellos a unos para que llevaran el ganado. Los
soldados, entretanto, decían que Jenofonte se había
marchado para vivir con Seutes y tomar lo que le había
prometido. Pero cuando lo vieron, se alegraron y corrie-
ron a su encuentro. Jenofonte, cuando vio a Cármino 56
y Polinico, dijo: «Esto se ha salvado gracias a vosotros
para el ejército, y yo os lo entrego. Vosotros, vendedlo
y distribuidlo entre los soldados.» Éstos lo recibieron,
nombraron encargados de vender el botín y lo vendie-
ron, provocando muchas críticas. Jenofonte no se acer- 57
caba, sino que hacía los preparativos a la vista de todos
para volver a su patria. Todavía no se había aducido
contra él, en Atenas, el decreto relativo a su destierro.
Pero sus amigos del campamento se le acercaron y le

pidieron que no se fuera antes de haber guiado al ejército y haberlo entregado a Tibrón.

8 Desde allí se dirigieron por mar rumbo a Lámpsaco[195] y salió al encuentro de Jenofonte Euclides, adivino de Fliunte, hijo de Cleágoras, el que pintara los *Sueños*[196] en el Liceo. Se regocijó con Jenofonte por haber salvado la vida y le preguntó cuánto dinero lleva-
2 ba. Éste le contestó bajo juramento que ni siquiera tendría medios suficientes para regresar a Atenas, a no ser que vendiera el caballo y lo que llevaba encima.
3 Euclides no daba crédito a lo que decía. Pero, una vez que los de Lámpsaco enviaron presentes de hospitalidad a Jenofonte, éste ofreció sacrificios a Apolo, situando a su lado a Euclides. Cuando éste vio las entrañas, dijo que estaba convencido de que no tenía dinero: «Pero sé, añadió, que, aunque algún día lo tendrás, se te presentará un obstáculo, si no es otro, tú mismo.»
4 Convino en esto Jenofonte. Añadió Euclides: «Tú obstáculo es Zeus Miliquio[197]», y le preguntó si ya le había ofrecido sacrificios, «como en casa, siguió, solía yo ofrecerlos y hacer holocaustos». Jenofonte dijo que no había ofrecido sacrificios a este dios desde que había salido de su patria. Le aconsejó, por consiguiente, ofrecerle sacrificios como acostumbraba, y le aseguró que le
5 daría mejores resultados. Al día siguiente, Jenofonte se acercó a Ofrinio[198], ofreció sacrificios y quemó unos lechones según la costumbre de sus padres, resultando
6 favorables las entrañas de las víctimas. Aquel día se presentan Bión y Nausiclides para dar dinero al ejército, y devuelven a Jenofonte, en prueba de hospitalidad, el caballo que había vendido en Lámpsaco por cincuenta daricos, sospechando que lo había vendido por necesidad, puesto que habían oído decir que disfrutaba con el caballo. Lo rescataron y se lo devolvieron no queriendo recibir el precio.

[195] Ciudad de la Tróade, en el Helesponto, antigua colonia griega.

[196] Adoptamos la variante *enypnia*, siguiendo a P. Masqueray. Sin embargo, los mejores manuscritos presentan *enoikia*, de difícil interpretación. Referencia a un cuadro alegórico.

[197] Epíteto de Zeus, «acogedor de sacrificios expiatorios».

[198] Ciudad de la Tróade, en la costa del Helesponto.



Desde allí marcharon a través de la Tróade y, des- 7
pués de franquear el Ida, llegaron, primero, a Antandro; luego, siguiendo la costa de Lidia, a la llanura de Tebas.
Desde allí avanzaron a través de Adramitio y Citonio 8
hasta llegar a la llanura de Caico y ocupar Pérgamo de Misia.

Aquí se hospeda en casa de Hélade, mujer de Góngilo
de Eretria[199] y madre de Gorgión y de Góngilo. Ella le 9
indica que Asidates, un persa, se encuentra en la llanura. Le dijo que, yendo de noche con trescientos hombres, podría capturarlo a él, a su mujer, a sus hijos y sus riquezas que eran muchas. Para indicarles el camino envió a su propio primo y a Dafnágoras, a quien tenía
en gran estima. Con ellos a su lado, ofreció Jenofonte 10
un sacrificio. Basias, el adivino de Elea, que estaba presente, dijo que las víctimas le eran muy favorables y
que el susodicho hombre sería capturado. Después de 11
cenar, se puso en camino llevando consigo a los capitanes más amigos y a los que le habían sido más leales en toda situación, para procurarles un triunfo. Con él salen, además, a pesar de su oposición, otros hombres, unos seiscientos. Pero los capitanes se adelantaron para no compartir el botín que consideraban ya seguro.

Cuando llegaron, hacia medianoche, los esclavos que 12
se hallaban en torno a la torre y la mayor parte de las riquezas se les escaparon por falta de atención. Su único objetivo era capturar a Asidates en persona y sus ri-
quezas. Atacaron la torre, pero, como no podían tomar- 13

[199] Ciudad de Eubea, isla del mar Egeo.

la —ya que era alta, grande, dotada de almenas y de-
fendida por muchos y belicosos hombres—, intentaron
14 abrir un boquete en ella. El muro tenía una anchura
de ocho ladrillos de tierra. Al amanecer estaba ya per-
forado. Tan pronto como el muro dejó penetrar la luz,
uno de los sitiados, desde el interior, con un asador
capaz de atravesar un buey traspasó el muslo del que
tenía más cerca. Y después se pusieron a arrojar tal
15 cantidad de flechas que ya era peligroso asomarse. A
los gritos que proferían y a las señales que hacían con
fuego, acudieron en su ayuda Itamenes con sus fuerzas y,
de la Comania, vinieron hoplitas asirios, jinetes hirca-
nos, éstos mercenarios del Rey, ochenta poco más o
menos, y otros peltastas, en número aproximado de
ochocientos; otros, de Partenio, también de Apolonia,
y caballería de las plazas vecinas.

16 Había llegado el momento de pensar cómo se haría
la retirada. Cogieron todos los bueyes que había, re-
baños y esclavos y los llevaron dentro del cuadro que
habían formado, no porque prestaran todavía atención
al botín, sino para evitar que la retirada fuera una
huida, si se marchaban abandonando el botín, y para
evitar que los enemigos se envalentonaran y sus solda-
dos se desanimaran. Se iban, pues, retirando como si
17 combatiesen por el botín. Cuando vio Góngilo que los
griegos eran pocos y muchos los atacantes, sale tam-
bién él, contra la voluntad de su madre, con sus fuer-
zas, con el deseo de participar en la acción. Acudía tam-
bién en ayuda, desde Halisarne y Teutrania, Procles,
18 hijo de Damarato. Jenofonte y los suyos, cuando se
hallaban ya muy agobiados por las flechas y las pie-
dras de las hondas, avanzaron en círculo para oponer
los escudos a los dardos y, a duras penas, cruzaron el
19 río Caico, heridos casi la mitad. Entonces es herido el
capitán Agasias de Estinfalia, que había luchado sin
interrupción contra los enemigos. Los griegos logran



salvarse, junto con unos doscientos esclavos y ganado
menor suficiente para los sacrificios.

Al día siguiente, Jenofonte, después de ofrecer sacri- 20
ficios, conduce de noche todo el ejército, con la inten-
ción de recorrer el máximo camino posible por el inte-
rior de Lidia para que Asidates, no teniéndoles cerca,
perdiese el miedo y dejara de vigilar. Pero cuando se 21
enteró Asidates de que Jenofonte había ofrecido de
nuevo sacrificios para ir contra él y avanzaba con todo
el ejército, levantó el campamento en dirección a unas
aldeas situadas al pie de la ciudad de Partenio. Allí, 22
Jenofonte y sus hombres se encuentran con él, y le
apresan junto con su mujer, sus hijos, sus caballos y
todo lo que había. Así se cumplió la predicción de los
primeros sacrificios.

Luego vuelven a Pérgamo. Allí Jenofonte fue a salu- 23
dar al dios. Pues los lacedemonios, los capitanes, los
demás estrategos y los soldados convinieron en darle
una parte escogida del botín entre los caballos, las
yuntas y lo demás, de manera que estaba en condicio-
nes, entonces, hasta de hacer un favor a otro.

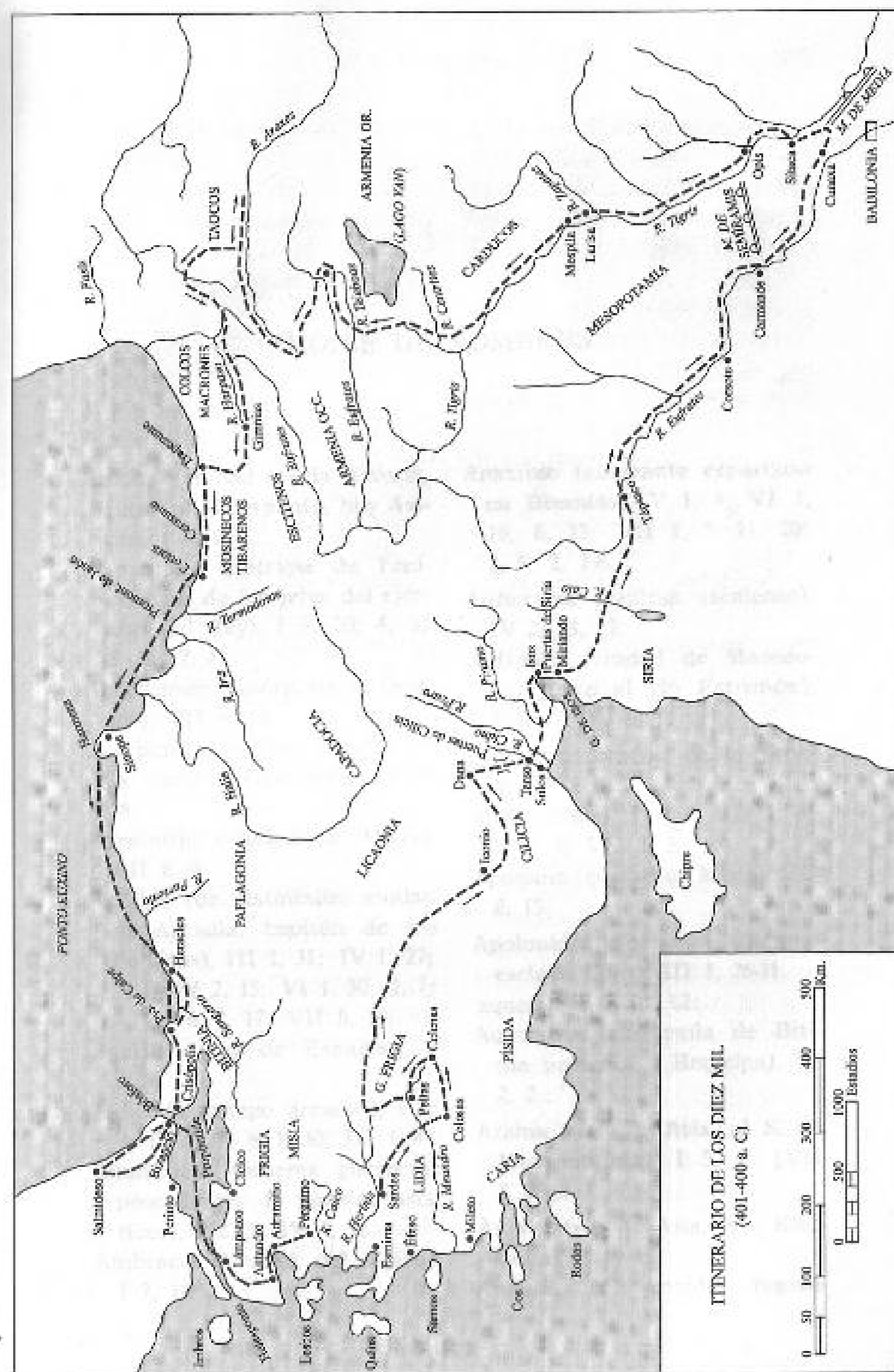
Entretanto se presentó Tibrón y se encargó del man- 24
do del ejército y, después de unirlo al resto del ejército
griego, prosiguió la guerra contra Tisafernes y Farna-
bazo.

[Éstos son los gobernadores del país del Rey que 25
atravesamos: de Lidia, Artimas; de Frigia, Artacamas;
de Licaonia y Capadocia, Mitrádates; de Cilicia, Siéne-
sis; de Fenicia y Arabia, Dernes; de Siria y Asiria, Bé-
lesis; de Babilonia, Roparas; de Media, Arbacas; de los
fasianos y hesperitas, Tiribazo; los carducos, los cá-
libes, los macrones, los colcos, los mosinecos, los cetos
y los tibarenos son autónomos; de Paflagonia, Corilas;
de los bitinos, Farnabazo; de los tracios de Europa,
Seutes.

La suma del recorrido completo, entre ida y vuelta, asciende a doscientas quince etapas, treinta y cuatro mil seiscientos cincuenta estadios. El tiempo transcurrido, entre ida y vuelta, un año y tres meses] [200].

---

[200] Interpolación. Este resumen final no corresponde a Jenofonte. Ciertos comentaristas lo atribuyen a Ctesias o Soféneto de Estinfalia, escritor de una *Anábasis*.



# INDICE DE NOMBRES

## ÍNDICE GENERAL